

UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

VIDA  
DE SAN

FRANCISCO  
DE SMITH

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

BX4700  
F58  
M3  
V.2

C  
271.3  
M

# VIDA

DE SAN FRANCISCO DE SALES,  
OBISPO Y PRINCIPE DE GINEBRA.

ESCRITA EN FRANCES

POR

Mr. de Marsollier,

DEAN DE LA IGLESIA CATEDRAL DE UZES,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

DE LA SÉPTIMA EDICION FRANCESA,

POR

EL CAPITAN DE INFANTERÍA

Doy Mariano de Godoy.

DEDICADA

al Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza.

TOMO 2.º

CON LICENCIA:

Zaragoza: en la imprenta Real.  
1835.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
CÁPULA ALONSO BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

4-2283 MICROFILMADO P-255

87338518



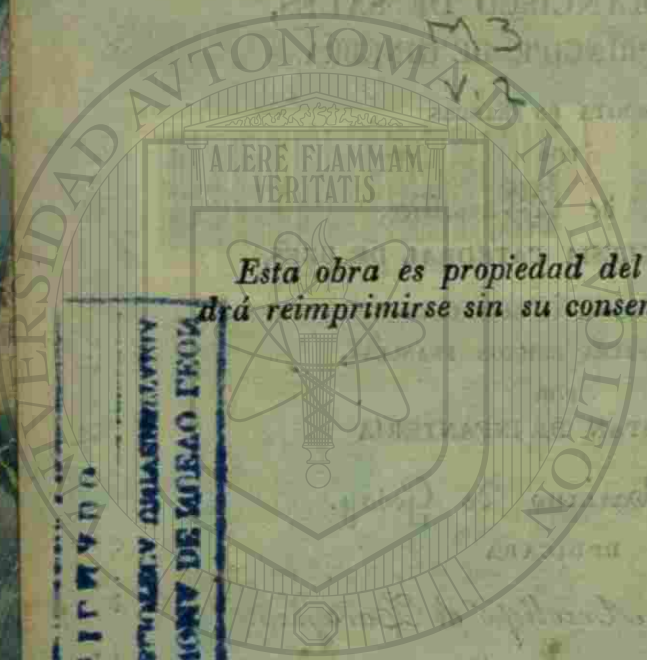
12-001-923-44

279.3

BX 47009

F85

M3



*Esta obra es propiedad del traductor y no podrá reimprimirse sin su consentimiento.*



FUNDO  
RICARDO COVARRUBIAS

135778

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO QUINTO.

En tanto que Francisco no se ocupaba de otra cosa que de Dios en su retiro, la Condesa su madre nada omitía para que su consagración fuese de las mas magnificas. Habia elegido para celebrarla la Iglesia de Thorens, villa grande y de muchos vecinos, (que pertenece á la casa de Sales), tanto á causa de su hermosura y magnitud de su nave, cuanto por lo próxima que está al castillo de Sales.

El ocho de Diciembre, dia destinado para la augusta ceremonia, se consagró Francisco en presencia de un gran número de pueblo que habia concurrido de Annecy, de los lugares circunvecinos, y de las personas mas distinguidas de toda la Saboya, que habian ido alli para honrarle con su asistencia. Mientras duró la ceremonia, Francisco poseido de una devocion tierna y llena de uncion pareció estar como fuera de sí mismo; y cuentan los historiadores de su vida que le sucedió una cosa algo parecida á la que cuenta San Pablo de sí mismo, cuando fué arrebatado al tercer cielo. La impresion que hizo la gracia sobre su corazon, se mostró de un modo tan sensible, que los Obispos que creyeron que se habia puesto malo, y que iba á darle alguna congoja, le ofrecieron abreviar las ceremonias; pero él les suplicó que no omitiesen cosa alguna de todas ellas, añadiendo, que la Iglesia nada habia mandado que fuese inútil, y á que Dios no hubiese señalado una bendición particular.

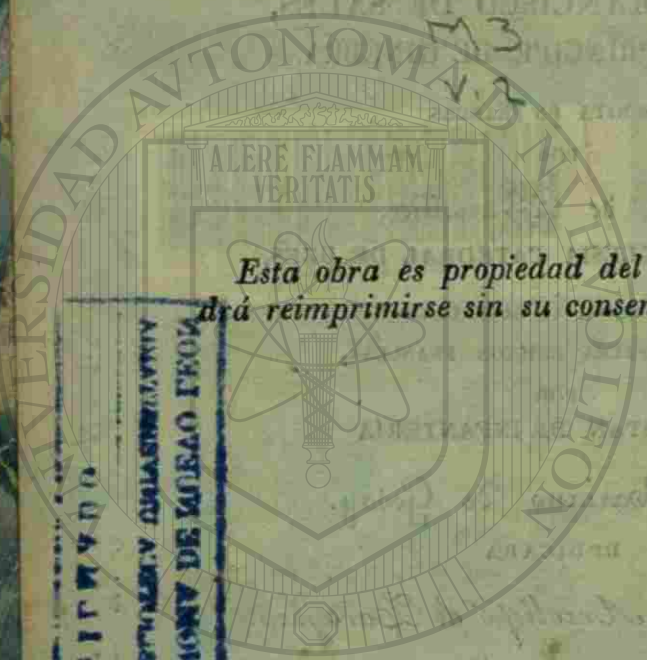
12-001-923-44

279.3

BX 47009

F85

M3



*Esta obra es propiedad del traductor y no podrá reimprimirse sin su consentimiento.*



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

135778

### VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

#### LIBRO QUINTO.

**E**n tanto que Francisco no se ocupaba de otra cosa que de Dios en su retiro, la Condesa su madre nada omitía para que su consagración fuese de las mas magníficas. Habia elegido para celebrarla la Iglesia de Thorens, villa grande y de muchos vecinos, (que pertenece á la casa de Sales), tanto á causa de su hermosura y magnitud de su nave, cuanto por lo próxima que está al castillo de Sales.

El ocho de Diciembre, dia destinado para la augusta ceremonia, se consagró Francisco en presencia de un gran número de pueblo que habia concurrido de Annecy, de los lugares circunvecinos, y de las personas mas distinguidas de toda la Saboya, que habian ido alli para honrarle con su asistencia. Mientras duró la ceremonia, Francisco poseido de una devoción tierna y llena de unción pareció estar como fuera de sí mismo; y cuentan los historiadores de su vida que le sucedió una cosa algo parecida á la que cuenta San Pablo de sí mismo, cuando fué arrebatado al tercer cielo. La impresión que hizo la gracia sobre su corazón, se mostró de un modo tan sensible, que los Obispos que creyeron que se habia puesto malo, y que iba á darle alguna congoja, le ofrecieron abreviar las ceremonias; pero él les suplicó que no omitiesen cosa alguna de todas ellas, añadiendo, que la Iglesia nada habia mandado que fuese inútil, y á que Dios no hubiese señalado una bendición particular.

Después de su consagración, se consideró ya Francisco como un hombre muerto al mundo, y que no debía vivir sino para Dios y para la Iglesia. No se ocupó ya en otra cosa que en cumplir con los deberes de su ministerio; de los que si la educación, ó lo que debía á su familia, parecia que le distraian algunas veces, volvia á ellos al instante con un nuevo fervor, y parecia que no habia dejado de obrar, sino para volver á emprender sus ocupaciones diarias con mayor celo y actividad. Así es, que después que se marcharon los Obispos que habian hecho su consagración, volvió á entrar de nuevo en su retiro para arreglar todo lo que habia de hacer cuando llegase á Annecy. Envió entretanto á su primo Luis de Sales á que tomase posesion en su nombre, y diese parte al Cabildo de su consagración. Salió él mismo algunos dias después para Annecy acompañado de varias personas de distincion que quisieron honrar su entrada.

Fué recibido con extraordinarios honores y con una satisfaccion general; no pudiendo el pueblo cesar de alabar á Dios por haberle dado un Pastor segun su corazon, y tan propio para santificar el rebaño que el Señor le habia confiado.

Al dia siguiente de su entrada, que era el tercer domingo de adviento, subió al púlpito para anunciar á su pueblo por sí mismo la venida del Salvador, y para darle las instrucciones necesarias para recibirle debidamente. Nombró en seguida los Oficiales necesarios para el gobierno de su Diócesis, y les señaló sueldos á fin de que no fuesen gravosos á persona alguna, y pudiesen despachar con prontitud y sin interes á los que toviesen negocios en la curia eclesiástica. Mucho hubiera deseado que todo cuanto se hubiese despachado por el tribunal hubiera sido enteramente gratuito; pero no permitiéndole la cortedad de su renta atender á los gastos que hubiera tenido que hacer para lograrlo, se li-

mitió á reformar el arancel de derechos, y los puso tan moderados, que no podian ser gravosos á persona alguna. Decia sobre esto, que mientras pudiese hacerse, era preciso dar gratuitamente lo que se habia recibido del mismo modo, y que los eclesiásticos, y especialmente los Obispos, jamas podrian evitar con demasiado cuidado la sospecha de parecer avaros é interesados; añadia, que la utilidad que resultaba de las gracias y dispensas, hacia que se concediesen con mas facilidad, y contribuia á la ruina de la disciplina eclesiástica; y que cuando no habia ganancia en concederlas no se estaba tentado de aflojar en el orden establecido para hacerlo.

Supo por entonces que el Duque de Saboya habia pasado los montes en posta *de incógnito*, y que estaba dentro de la Diócesis de Ginebra, sin que pudiesen decirle en que punto: no dudó de que hubiera en esto un gran designio; y supo efectivamente algunos dias después que su Alteza habia pensado en sorprender á Ginebra, y que habia dado el asalto en la noche del veinte y dos de Diciembre: que el mismo Príncipe, á la cabeza de algunas tropas escogidas, habia favorecido la empresa; pero que habiendo sido rechazadas sus gentes, y no habiendo seguridad de poder atacar la ciudad á viva fuerza, se habia vuelto á Turin, con la misma precipitacion con que habia venido.

Frustrado aquel gran designio, fué por algun tiempo la conversacion de toda la Europa. Como se hablase un dia de esto delante del santo Prelado, alguno le dijo que si aquella empresa hubiese salido bien, ya no se le hubiera llamado mas el pobre Obispo de Ginebra, y que el Duque no hubiera dejado de hacerle volver los grandes bienes que su Iglesia habia poseido en otros tiempos. Decid, respondió Francisco, (lo que es mas interesante que la restitucion de los bienes de que han gozado mis antecesores), que hubiera restablecido la Religion católica en aquella famosa ciudad. Añadió á

esto que la violencia y la usurpacion jamas habian sido un titulo legitimo para poseer los bienes ajenos; que sin embargo, si las cosas dependiesen de él se contentaria con ganar las almas, y se arreglaria como quisiesen con respecto á los bienes eclesiásticos. Esta respuesta edificó tanto mas á la reunion, quanto que se estaba persuadido de que hablaba segun su corazon, y no se dudaba de que estuviere dispuesto á dar no solamente sus bienes, sino aun su propia vida por la salvacion de su pueblo.

Entretanto, como estaba convencido de que nada es mas capaz de contribuir al restablecimiento de las buenas costumbres, que la instruccion de la juventud, mandó, que en todos los domingos y dias festivos se esplicase el catecismo en Annecy y en toda la Diócesis, y que se enseñase por los del Concilio de Trento y de Belarmino, á fin de que hubiese en todo el obispado una perfecta uniformidad de doctrina. Para dar prueba del aprecio en que tenia este ministerio, quiso hacer él mismo la apertura, y continuó esplicándola despues, siempre que se lo permitian sus ocupaciones. Veíase á aquel grande Prelado de quien Roma y Paris habian admirado la ciencia, y la Corte de Francia la elocuencia, en medio de los niños pequeños, acomodándose á su comprension y debilidad, é instruyéndolos él mismo con una paciencia y una dulzura que no podia dejar de admirarse.

Su ejemplo fué seguido en toda su grande Diócesis; y no hubo persona alguna á quien se le figurase (como habia sucedido hasta entonces), que esta ocupacion desdijese de su caracter. No hubo párroco que no se creyese obligado á hacer en su parroquia, lo que el santo Prelado hacia en la capital. En efecto, para demostrar mejor el aprecio en que tenia la instruccion de la juventud, siempre que sus ocupaciones no le permitian explicar por sí mismo el catecismo, no daba el encar-

go de que lo hiciesen sino á las Dignidades de su catedral, ó á las personas mas instruidas del clero. Sucedió con esto, que cada uno en particular se impuso la obligacion y tuvo por un deber el asistir á aquellas instrucciones: no se contentaban las gentes con enviar sus hijos á ellas; las personas mas ancianas y distinguidas asistian lo mismo que las menores del pueblo; y esto se llamaba ir á aprender el camino del cielo.

En efecto, despues que se habia dedicado algun tiempo á la instruccion de los niños, el santo Prelado, ó el que hacia sus veces, subia al púlpito y esplicaba de un modo fácil y familiar los principales puntos de la moral cristiana.

Despues de haber establecido la esplicacion de la doctrina, Francisco se puso á considerar si emprenderia la visita general de su Diócesis. Era entonces lo mas fuerte del invierno; la estación era tan rigurosa que los paisanos mas robustos á penas salian de sus casas. Los que tenian que acompañar al santo Obispo, no podian oír sin estremecerse que tratase de ponerse en camino para dar una vuelta tan larga y penosa; la estension de la Diócesis de Ginebra, las montañas casi inaccesibles y cubiertas continuamente de una nieve y de un yelo tan antiguo como el mundo, por las que tenian que pasar, la pobreza del país, y los malos alojamientos que indispensablemente habian de tener, todo esto hacia temblar á los mas resueltos y acostumbrados al trabajo. Francisco incapaz de temor, cuando se trataba de cumplir con los deberes que le imponia su cargo, no dejó de proponer á los de su consejo, la intencion que tenia de empezar su visita. Decia sobre esto que nunca era demasiado pronto para que un Obispo empezase por sí mismo á tomar conocimiento de su Diócesis: que se estaba sujeto á cometer muchas faltas cuando lo que uno habia de hacer se lo encargaba á otro: que Jesucristo, el Obispo de nuestras almas, le habia enseñado

que un Pastor debe marchar siempre á la cabeza de su rebaño: que él debía conocer por sí mismo sus ovejas y llamarlas por su nombre: que no había distinguido para esto ni de tiempos ni de estaciones: que aquellas pobres gentes á quienes la Providencia habia como desterrado en aquellas horrosas montañas, no pertenecian menos al número de sus ovejas que los habitantes de las ciudades; y que tenian tanta mas necesidad de sus cuidados pastorales, quanto mayor era la dificultad de encontrar párrocos capaces, que pudiesen resolverse á vivir entre ellas: que á la verdad la estacion era cruda; que sin embargo era la misma á corta diferencia que habia elegido el Hijo de Dios para venir á visitar á los hombres: que nosotros podiamos hacer muy bien por su divina Magestad en lo mejor de la edad, lo que siendo tan parecido á nosotros en todas las cosas, menos en el pecado, se habia dignado hacer por nosotros en la mayor ternura de la infancia: que muy malos habian de ser los albergues, para que fuesen peores que el portal de Belen: que si las dificultades arredaban, su ejemplo debia infundir valor: que en una palabra, nada importaba que él viviese ó dejase de vivir; pero que era de la mayor importancia el que cumpliera con su obligacion.

Como Francisco no era de los que no quieren ser contrariados, y como cuando pedia un consejo se le podia dar sin recelo alguno, los que fueron consultados no tuvieron reparo en oponerse á su resolucian: no le hablaron al principio de el rigor de la estacion, ni de las demas dificultades que no eran capaces de hacerle mudar de intento. Le representaron que durante su permanencia en la Corte de Francia, habian sucedido muchos cambios en su Diócesis de los que convenia que estuviese informado antes de empezar la visita: que la haria con mas utilidad quando de todo estuviese mejor instruido: que la costumbre de su antecesor antes de em-

pezar la visita, era la de hacerse enviar por los Arciprestes y Deanes rurales, memorias exactas del estado de las parroquias de sus respectivos distritos; que en aquellas memorias se espresaba, en cuanto era posible, el caracter de los párrocos, el de los pueblos, sus costumbres, ocupaciones y comercio, el número de los parroquianos, de los pobres y personas acomodadas, el de los escandalosos y pecadores públicos, de los católicos y hereges, el estado de las fábricas de las Iglesias, de los hospitales, de los ornamentos, y de todo lo que pertenecia al servicio divino y á la administracion de sacramentos; que recibidas sus memorias arreglaba el plan de las visitas; que en conformidad de este plan disponia, y aun dictaba los edictos de visita; que este parecia un método tan bien dispuesto que no podian dudar de que tendria una satisfaccian en seguirlo; y que era tanto mas necesario que se hiciese enviar unas memorias exactas, quanto que no podia valerse de las antiguas, porque el tiempo hace siempre cambios extraordinarios y que no es fácil preveer.

Añadieron á lo dicho, que si el rigor de la estacion no le parecia una razon suficiente con respecto á sí mismo para dejar la visita para mejor tiempo, tendria tal vez á bien considerarlo como tal con respecto á la incomodidad que con ella causaria á sus diocesanos: que los sacerdotes de las parroquias inmediatas, la mayor parte pobres y sin carruage, y aun los mismos pueblos que acostumbraban salir á recibir y á acompañar á su Obispo, no podrian cumplir con esta obligacion sin ponerse en peligro de perder la vida, y que habia tambien muchas parroquias en las montañas, cuya entrada la cerrarian los yelos y las nieves; que estos eran unos obstáculos puestos por el mismo Dios para impedir la ejecucion de su intento; y que en diferirlo no hacia mas que someterse á las órdenes de la Providencia.

Esto era atacar al santo Obispo por su flanco; tenia



tanto mas miramiento con los demas, quanto menos tenia consigo mismo; no podia resolverse á causarles la menor incomodidad. Por otra parte honraba extraordinariamente la memoria de su antecesor; se gloriaba de imitarle, y de no cambiar cosa alguna de las que habia establecido; aprobaba el método que habia seguido antes de empezar sus visitas: y del mismo modo que creia que nunca seria demasiada la firmeza que se tuviese en hacer observar los edictos una vez dados, tambien estaba firmemente persuadido de que nunca serian demasiadas las precauciones que se tomasen antes de darlos. Escribió pues por sí mismo á todas partes, para hacerse remitir las memorias todo lo mas exactas que fuese posible del estado de las parroquias; encargaba particularmente que se tuviese cuidado en ellas de informarle de las costumbres y capacidad de los que pretendian Ordenes; y dejó la visita general para otro tiempo, en que estando mejor informado de todas las cosas, pudiese hacerla con mas fruto.

Ocupóse entretanto en arreglar la ciudad de Annecy y sus contornos, y empezó el arreglo por su propia casa. No se contentó con ejecutar lo que habia proyectado antes de su consagracion; añadió ademas muchas cosas que creyó que debían contribuir á la pública edificación. Cuentase sobre esto, que habiéndole propuesto uno de sus amigos, que tomase una muger de una edad nada sospechosa, para que cuidase de la ropa blanca y aseo de los muebles, jamas quiso consentir en ello; y añadió que no tendria en su casa ni aun á su misma madre. La razon que dió para obrar de esta suerte, fué la misma de que se valió San Agustin en una ocasion enteramente semejante: consistia esta en decir que estaba bien persuadido de que nadie podria tener que decir en que viviese con una madre de una virtud tan generalmente reconocida como la de la Condesa de Sales; pero que tal vez no sucederia lo mismo con res-

pecto á la de las señoras, cuyas visitas no podria escusarse de recibir. En efecto, la Condesa de Sales que iba muy á menudo á Annecy, no se alojó jamas en su casa; tenia para esto una casa particular á donde iba á parar, siendo este un punto sobre el que jamas se le pudo obligar á ceder.

Guardaba la misma escrupulosa exactitud con respecto á las mugeres que tenian que comunicarle algun asunto. Jamas las hablaba sino en público, ó delante de algun testigo á quien habia mandado que no los perdiese de vista. En quanto á visitas inútiles, aun las de urbanidad y buena armonia estaban absolutamente prohibidas. Decia sobre este particular, que un Obispo no tenia tiempo que malgastar; y que, aun cuando lo tuviese, no era con las personas de otro sexo con las que debia perderlo; que nada perjudicaba mas á la reputacion de los eclesiásticos, que la frecuencia de trato con las mugeres, cualesquiera que fuesen las razones de que pudiesen valerse para cohonestarlo; que la ociosidad, que siempre era peligrosa, lo era mucho mas cuando á ella se juntaba la concurrencia de personas de aquel sexo. Era de una exactitud sobre esto que llegaba á ser escrupulosa. Bajo este concepto, nada encargaba á los eclesiásticos de su Diócesis con mas cuidado, que el que se ocupasen en algo; y ha repetido con mucha frecuencia, que hubiera deseado que se hubiese establecido la antigua disciplina de la Iglesia, que mandaba á todos los clérigos que supiesen algun oficio honrado. Añadía, que aquella regla era tan general, que aun los mas sabios y mas capaces de ocuparse en la lectura de los libros santos, no estaban exceptuados de seguirla; y que la Iglesia habia estado tan persuadida de que nada habia que fuese tan peligroso á las personas consagradas á Dios como la ociosidad, que habia preferido el permitirles que cultivasen la tierra, antes que verlos sin ocupacion: el canon 31 dice, *que los clérigos por hábiles que sean*

*en la predicacion, sepan un oficio honrado con que ganen para vivir: el canon 52 dice, que los clérigos ganen para mantenerse y vestirse con alguna pequeña ocupacion, ó cultivando la tierra, sin faltar por esto al desempeño de sus funciones.*

El mismo era un exacto observador de aquella tan saludable disciplina. Siempre estaba ocupado en la predicacion, en la instruccion, en la oracion y en el estudio, ó en las demas funciones del Episcopado. Cuando le quedaba algun tiempo desocupado, lo empleaba en ir á los hospitales, ó á las casas particulares á visitar los enfermos. Les administraba él mismo los sacramentos, y aun algunas veces les prestaba los servicios mas bajos y repugnantes. Dios bendijo varias veces su caridad, aliviando á los enfermos que visitaba, de un modo que parecia enteramente milagroso.

El amor y estimacion que le tenia su pueblo, no podian pasar mas adelante. Cuando iba por la ciudad, por la que siempre iba á pie, salian las gentes de las casas para recibir su bendicion. Las madres particularmente le presentaban sus hijos impertinentes y testarudos, para que los bendijese; y se notó varias veces que haciéndoles la señal de la cruz en la frente, ó poniéndoles la mano sobre la cabeza, y aun acariciándolos, cesaban en sus gritos y lloros, y se volvian mas dulces y tratables.

La caridad del santo Prelado no se reducía á esto solo; entraba á menudo en las casas de los artesanos y de las gentes pobres, se informaba de sus necesidades, y los consolaba y asistia; llevaba la paz por todas partes; y en cuanto sabia que habia alguna disension en las familias, iba á la casa en que sucedia, y no salia de ella sin que hubiese establecido de nuevo la union. Nada resistia á su incomparable dulzura; nada era capaz de resfriar su caridad, y se le ha visto con su paciencia reconciliar los mas inveterados enemigos.

Mientras Francisco se ocupaba de un modo tan digno

de un santo Prelado, que debe ser el padre de su pueblo, llegó la cuaresma. Como habia determinado dar las Ordenes en aquel tiempo por la primera vez, dejó todas sus demas ocupaciones para dedicarse enteramente á esta funcion.

Estaba persuadido de que es una de las mas importantes del Episcopado, y que no hay cosa que sea mas digna de la atencion de un Obispo, que el cuidado en dar santos ministros á la Iglesia: miraba como una de las mayores y mas graves cuentas que tendria que dar á Dios la de la eleccion de las personas que ordenase, sino acertaba á elegirlos. Bajo este aspecto, redobló sus ayunos y oraciones, y poseido del temor de equivocarse, desconfiando tambien de aquella dulzura estremada que le llevaba continuamente á usar de condescendencia con las flaquezas de los hombres, decia incesantemente á Dios en el fondo de su corazon: *hacedme conocer, Señor, los que habeis elegido vos mismo, á fin de que yo no admita en el número de vuestros ministros, á los que vos habeis desechado, y que no excluya á los que vos habeis llamado.*

Usó pues de una estrema exactitud en la eleccion de los que se presentaban para pedir Ordenes, examinándolos por sí mismo con mucho rigor. No guardó miramientos sobre este particular, ni al nacimiento, ni á las recomendaciones, ni á los grandes talentos, que no estaban sostenidos por una vida santa, ó á lo menos irreprehensible á los ojos de los hombres. Examinaba muy particularmente la vocacion, y no podia sufrir que se entrase en la Iglesia con las profanas y sacrilegas miras de un sórdido interes.

Dió una prueba convincente de este modo de pensar en el examen de un joven de distinguido nacimiento, en quien se habia provisto un Priorato considerable. El santo Obispo juzgó por su aire y modales, que la renta del Priorato tenia mas parte en la súplica que hacia de

que se le admitiese á Ordenes, que ninguna otra consideracion: hizole mil preguntas sobre esto, hasta que aquel joven le confesó que no tenia mas vocacion, que la avaricia de sus padres que querian aumentar su hacienda con la renta del beneficio. Esto fué lo bastante; el santo Obispo le negó las Ordenes, y permaneció firme en su negativa por mas empeños que se pusieron para que le ordenase.

Al examen de la capacidad, unia el de las costumbres. Tomaba todos los informes que podian darle algunas luces sobre un punto tan importante; y solia decir, que los eclesiásticos de conducta desarreglada destruian mas con sus malos ejemplos, de lo que podian edificar con su doctrina. Era no obstante mas indulgente sobre este punto que sobre el de la capacidad. La ignorancia escluye para siempre; pero uno puede enmendarse, en lugar de que la ignorancia es casi siempre un mal sin remedio: se contentaba con diferir algun tiempo el ordenar á los que no le parecian bastante arreglados, hasta que hubiesen dado señales manifiestas de una regularidad conforme al estado que querian abrazar.

Sucedió con esta gran escrupulosidad en admitir los ordenandos, que las Ordenes que hacia, no eran muy numerosas; y se admiraba tanto mas su firmeza sobre este punto, quanto que desde la conversion del Chablais y de las Bailias, sufría su Diócesis una gran escasez de sacerdotes. El lo conocia mejor que otro alguno; pero respondia quando se le hablaba de esto, que la Iglesia no tenia tanta necesidad de sacerdotes, como de buenos sacerdotes; que con el tiempo se proveeria á todo; y que era necesario rogar al amo de la casa, que enviase á ella obreros.

Mucho hubiera deseado el establecer un seminario en Annecy, para formar en él desde sus principios á los jóvenes en la ciencia y en la virtud, y hacer de ellos unos ministros que pudiesen servir para la instruccion

y edificacion del pueblo. Su poca renta y la pobreza de su clero se lo impidió, y murió con este deseo. Acostumbraba decir con este motivo que no podia admirarse suficientemente, de que no hubiese algun Orden religioso que no hubiese establecido noviciados para instruir y formar á los pretendientes en la práctica de la regla; que no hubiese tampoco ni arte ni profesion que no tuviese, por decirlo así, su aprendizaje, en el que se estuviese obligado á dar pruebas de capacidad; y que no se hubiese tomado esta precaucion para el ministerio eclesiástico y la direccion de las almas, que es sin embargo el arte de los artes, y la mas noble, como tambien la mas difícil de todas las profesiones.

Añadia á esto el decir, que Dios le habia dado una grandísima indiferencia hácia los bienes temporales; que sin embargo estaba obligado á confesar que estos no eran inútiles á la Iglesia; que así como siempre se tenia demasiado, cuando no se hacia buen uso de lo que se tenia, así tambien era muy raro el que se tuviese suficiente, cuando se trataba de hacer buen uso de ello; que le habia sucedido muy á menudo el no poder proveer á muchas necesidades por no tener medios para hacerlo; pero que lo que le consolaba en esto, era que Dios no le pediria cuenta sino de lo que habia dado.

Un Prelado tan exacto en no admitir á los Ordenes menores sino á personas de conocida capacidad y virtud, no podia faltar á la exactitud en la colacion de los beneficios. No sufría que estos se diesen por consideraciones humanas, ó como recompensa de unos servicios prestados á menudo en negocios puramente temporales, y aun alguna de ellas en las intrigas del mundo. Llamaba á aquel infame comercio *la abominacion dentro del lugar santo*, y una de las fuentes mas secundas de los males de la Iglesia. Para cerrar la puerta de una vez para siempre á las sollicitaciones y engaños, no daba los beneficios con cura de almas, sino por concurso; es de-

oir, que no se obtenian sino por medio de disputas arregladas, en las que presidia siempre el santo Prelado, y en las que se daban pruebas públicas de capacidad, lo mismo que hubiera podido hacerse para obtener una cátedra de teología. El mas capaz era el que se llevaba siempre el beneficio. El manejo y las sollicitaciones nunca tenían parte en la provision; el mérito solamente era el que decidia; y hubiera sido escluirse de obtenerlos para siempre, el haberse salido de otros medios. En una de estas disputas fué en donde empezó á conocer las grandes disposiciones del señor de Fenouillet, que fué despues uno de los predicadores mas famosos de su tiempo, y uno de los mas grandes Prelados de la Iglesia de Francia.

Para establecer en su Diócesis una perfecta uniformidad en las instrucciones y en la administracion de los sacramentos, compuso él mismo un escelente ritual, que será un perpetuo monumento de su prudencia, de su capacidad y de la caritativa condescendencia que debe tenerse con el prójimo.

No se contuvo el celo del santo Obispo con dar á sus párrocos las instrucciones por escrito; creyó que estaba obligado á instruirlos de viva voz. Mandó pues al efecto, que se celebrase el Sínodo todos los años en un dia señalado, y sin que hubiese necesidad en lo sucesivo de nueva convocatoria. Destinaba aquel tiempo para enseñarles lo conveniente á sus funciones parroquiales; y no creia que desdijese de él, el descender hasta las últimas menudencias. Hé aqui algunas de las principales constituciones que hizo en su primer Sínodo celebrado en el año de 1603.

Como la mas grande dignidad del sacerdocio de Jesucristo viene del poder que ha dado á los sacerdotes de consagrar la divina Eucaristia, y como la mas santa de sus funciones es la de ofrecer el incruento sacrificio, asi como Jesucristo ofreció el sangriento sobre

la Cruz; quiso que un misterio tan lleno de amor, y tan capaz de llamar á los hombres al recuerdo de su Dios, fuese honrado con particularidad en toda su Diócesis, mandando al efecto que se celebrase en toda ella el oficio del Santísimo Sacramento todos los jueves del año.

Pero como la pureza del cuerpo y del espíritu sea el mejor modo de honrar este tremendo misterio, prohibió á todos los eclesiásticos el que tuviesen mugeres sospechosas en sus casas, y tomó todas las precauciones posibles para alejar de ellos hasta las mas minimas sospechas. Les hizo varios discursos sobre este punto á cual mas enérgicos. Y porque la pureza no es una virtud que solo deban tener los sacerdotes, estando todos los cristianos obligados á guardarla con proporcion á sus respectivos estados; mandó á todos los párrocos que velasen con cuidado, y le diesen cuenta todos los años en el Sínodo del número de amancebados y adulteros públicos, que habiendo sido amonestados, no se hubiesen corregido.

Aunque fuese la costumbre de aquel tiempo, el recibir dinero por la administracion del sacramento de la penitencia, no dejó de considerar esto como un abuso, y prohibió el que se tomase en lo sucesivo: exhortando ademas á los párrocos y demas sacerdotes, á que tampoco lo exijiesen por la administracion de los demas sacramentos, y á que se contentasen con lo que se les diese voluntariamente.

Obligó á que residiesen á todos los beneficiados con cura de almas, bajo la pena de privacion de sus beneficios, reservándose á sí solo, el conocer de las razones que pudieran tener para eximirse de residir, y el derecho de permitir que se ausentasen aun cuando la ausencia hubiese de ser por poco tiempo.

Mandó á todos los sacerdotes y clérigos de su Diócesis que observasen una modestia grande en su modo de

vestir, y se arregló sobre este punto á lo que prescriben los sagrados canones. Prohibióles la entrada en los figones, todos los juegos de suerte, y todos los demas que se jugasen en público. Tambien les prohibió la caza, por los inconvenientes que de ella podian seguirse, y por la pérdida del tiempo que es consiguiente á este ejercicio.

Estableció celadores que visitasen dos veces al año cierto número de parroquias que se les señalaba: se les permitia dispensar en las cosas pequeñas, reservándose siempre el Obispo el dispensar en las grandes. Podian tambien instruir y corregir las faltas que exigian una pronta correccion.

Ademas de todo esto, obligó á los Arciprestes á que reuniesen tres veces al año á todos los sacerdotes de su distrito, á que los instruyesen en las funciones de su ministerio, y á que resolviesen todos los casos y cuestiones dificiles sobre que hubiese necesidad de consultarles.

Estableció ademas conferencias mensuales; lo que se ha visto practicar despues en Francia con tanta utilidad, que fuera de desear, que se pusiese semejante costumbre en todas las Diócesis.

La mezcla de los católicos con los hereges le hizo señalar por asunto de aquellas conferencias, diversas materias de la controversia. Las del Cardenal Belarmino servian para las objeciones y las respuestas, y regularmente se atenia á la decision de aquel sabio Jesuita. Decia sobre esto el santo Obispo, que un Pastor que no sabe defender su rebaño de los ataques de los lobos, ignora una parte esencial de su deber; que era tambien vergonzoso que un párroco no supiese responder á las objeciones de los hereges, y se quedase mudo y sin saber como defenderse, en tanto que se insultaba á la Iglesia del Dios vivo.

Ya ha podido notarse la aversion que tenia el santo

Prelado á los procesos, cuan perjudiciales los creia á la caridad, que es el fundamento de todas las virtudes cristianas, y el cuidado que ponía en detener su curso aun cuando eran entre seglares; fácil es imaginarse que los miraba con mucho mas horror cuando los veia reinar entre los eclesiásticos. Les exhortó pues á huir de ellos, ó á terminarlos cuanto antes por medio de árbitros: tambien se ofreció á componerlos si querian valerse de él para el efecto; y en realidad terminó bastantes por sí mismo. Decia á menudo hablando de esto, que no acababa de admirarse de ver que las gentes se dirigiesen á los Obispos, y á los demas sacerdotes instruidos, sobre las materias de la fé, de la moral y de la salvacion, que son asuntos infinitamente mas importantes que los que ocupan todos los dias que dura un pleito; y que se tuviese reparo en atenerse á su decision para arreglar las diferencias que nacen de los negocios temporales; que á la verdad ellos debian ignorar los embrollos, pero que tambien debian estar desterrados de entre los sacerdotes; que prescindiendo de esto, por poca aficion que hubiese á la paz de una y otra parte de las litigantes, cualquiera hombre regular y de recta intencion podia componerlas.

Su ternura para con los pobres aumentaba aun mas la aversion que su estremada dulzura le hacia tener á los pleitos; estaba persuadido de que estos agotan la fuente de las limosnas, y que el dinero que se emplea en seguirlos era otra tanta pérdida para aquellos desgraciados que no subsisten de otra cosa que de la abundancia de los demas. No podia sufrir que se diese como una razon para no dar limosna, el decir que se tenian pleitos pendientes: llamaba á esto escusarse de un pecado con otro, y lavarse con una agua que no podia ensuciarse mas de lo que estaba.

La profunda estimacion en que tenia al sacerdocio de Jesucristo, no le permitía ver sin dolor á los que esta-

ban revestidos de él, ocupados en el servicio de los Grandes del mundo, y empleados la mayor parte del tiempo en cosas totalmente indignas de su profesion. Los consideraba mientras estuviesen en aquel estado, como hombres espuestos á que se les ofreciesen ocasiones de caer, á las cuales es muy difícil resistir: y acostumbraba decir que si es tan difícil el perseverar y conservar las virtudes propias del estado eclesiástico, aun á los que viven en el retiro y la soledad, es casi imposible conseguirlo cuando se vive en el gran mundo, en donde todo favorece y halaga las pasiones, y donde parece que no hay cosa que no ataque á la inocencia.

Esto fué lo que le movió á no ordenar de sacerdotes á los que no tuviesen un titulo, ó á lo menos un destino en la Iglesia que les diese para vivir. No prohibió expresamente á los eclesiásticos de su Diócesis que contrajesen empeños con los Grandes, pero los exhortó á no hacerlo con mucha viveza, y puso la mano en esto tan de firme, que al fin abolió casi enteramente aquel abuso. Decia sobre este particular: *que nada habia tan dificultoso en materia de virtud, de que no se pudiese persuadir á los hombres, si se podia lograr el curarles de la avaricia y de la ambicion.*

En tanto que Francisco se ocupaba de este modo en arreglar su Diócesis, llegaron las fiestas de Pascua; apenas se pasaron cuando partió á Turin para cumplir con el Duque de Saboya, del modo que acostumbran hacerlo los Obispos de sus Estados recientemente consagrados. Fué recibido en aquella Corte con todo el aprecio que le habia adquirido su reputacion. Todo el mundo le consultaba á porfia, y el mismo Duque tuvo varias conferencias con él, concernientes al entero restablecimiento de la Religion católica en su Diócesis. Aun dió nuevas pruebas de su desinterés en esta ocasion. Todos sabian que era pobre, y el Príncipe lo sabia mejor que otro alguno: la consideracion que este le te-

nia, y aun la misma confianza que de él hacia, parecian invitarle á que le pidiese alguna gracia. Olvidóse de ello como tenia de costumbre. No se acordó sino de los pobres y de los nuevos católicos, en favor de los cuales alcanzó todo lo que pidió. No faltó quien le sugiriese la idea de que pensase en si mismo, y se aprovechase de la buena voluntad del Duque; pero el respondió, *que no habia venido para esto.* No es la Corte el paraje en donde mejor se practica la virtud; con todo no deja de ser apreciada. Todo el mundo reparó y quedó admirado de la indiferencia con que miraba Francisco los bienes temporales, y hasta el mismo Duque no pudo menos de decir: *que siempre habia advertido que los que hacian mejor uso de las riquezas, hacian menos caso de ellas que los otros.*

Como el viaje á Turin no era el solo motivo que habia obligado al santo Prelado á pasar los montes, partió de allí algunos dias despues para ir á visitar al Obispo de Saluces. Este era el padre Juvenal Ancina, sacerdote del oratorio, de quien ya hemos hablado anteriormente. Habian contraido su amistad en Roma, y habian seguido cultivándola despues por medio de cartas. Hubiera sido difícil encontrar dos hombres que mas se pareciesen en todo. Uno y otro tenian una ciencia y piedad distinguidas; se parecian sus corazones y sus almas; la misma sencillez, la misma caridad y dulzura, igual desprecio de las riquezas, y una aplicacion enteramente semejante á las funciones de su ministerio. El Obispo de Saluces, lo mismo que el de Ginebra, vivia con su pueblo como un padre con sus hijos; y su pueblo le amaba con toda la ternura, y profesaba todo el respeto, que unos hijos hubieran podido tener á su padre. Su amor para con los pobres no podia ser mayor; y le habia sucedido muy á menudo verse reducido á las mayores necesidades por consolarlos. Si la virtud y la conformidad de costumbres, son el mas só-

lido fundamento de la amistad, puede juzgarse por lo dicho de la que habria entre los Obispos de Saluces y de Ginebra.

Francisco llegó á Saluces la víspera de la Invencion de la Santa Cruz. Como la Iglesia celebra este mismo dia la fiesta de San Juvenal patron del Obispo de Saluces, era este para él un doble motivo de devocion. De aqui tomó ocasion para suplicar al Obispo de Ginebra que hiciese un sermón á su pueblo. Francisco se lo concedió, y habiendo subido al púlpito al dia siguiente, empezó en italiano un escelente discurso en alabanza de la Santa Cruz. Acabado el exordio, el Obispo de Saluces le hizo avisar de que podia continuar el sermón en frances; puesto que el Marquesado de Saluces habia pertenecido tanto tiempo á la Francia, y hacia tan poco que habia sido cedido al Duque de Saboya, que aun se hablaban las dos lenguas con igual facilidad. El santo Prelado prosiguió su discurso en frances, con una piedad y elocuencia que fueron admiradas de todo el mundo. Permaneció allí aun algunos dias descendiendo á las instancias del Obispo su amigo; y partió despues para satisfacer su devocion á Nuestra Señora de Montdovy, y se volvió á Annecy para la fiesta de Pentecostes.

La fiesta del Corpus, que iba acercándose, habia producido un altercado entre el Cabildo de la catedral, y el de Nuestra Señora. El Cabildo de la catedral pretendia la preferencia en la procesion y en todas partes; y los canónigos de Nuestra Señora sostenian por el contrario, que ellos estaban en posesion de presidir en todas las ceremonias eclesiásticas. Verdad es que gozaban de aquel derecho, antes de que el Cabildo de San Pedro de Ginebra se hubiese retirado á Annecy; pero desde aquel entonces los Obispos y el Cabildo de la catedral siempre se lo habian disputado. Francisco se conformó en aquella ocasion con los sentimientos de sus an-

tecesores, y pretendia que el Cabildo de la catedral debía preceder al otro. Esta declaracion no sirvió mas que para acalorar la disputa. Los canónigos de Nuestra Señora se negaron á someterse á ella; y pretendian tambien que el Obispo no podia ser juez, siendo parte. Sin embargo como la fiesta se acercaba y no podia pasarse sin arreglar la cosa aunque fuese provisionalmente, Francisco mandó interinamente que precediese el Cabildo de la catedral. Los canónigos de Nuestra Señora se negaron á obedecer, y no asistieron á la procesion.

Es cierto que el Obispo de Ginebra teniendo entera jurisdiccion sobre el Cabildo de Nuestra Señora, tenia tambien derecho de juzgar de aquella diferencia, y de obligar á las partes á que se sometiesen á su decision; pero su estremada dulzura y la aversion que tenia á los pleitos no le permitieron usar en semejante ocasion de una autoridad que no podia disputarsele. Dió pues nuevo giro al asunto, y trató de zanjarlo por medio de una composicion, é hizo convenir á las dos partes, en que se escribiera por una y otra al Duque de Nemours, señor de Annecy, para rogarle que hiciese consultar aquel negocio, y que tuviese á bien proponer él mismo los medios mas á propósito para terminarlo. El Duque consultó sobre esto á los sugetos mas hábiles del clero y del Parlamento de Paris. La pretension del Cabildo de Nuestra Señora de preceder al de la catedral, se juzgó desde luego por incapaz de sostenerse; y se propuso en seguida arreglar la marcha de los dos Cabildos, sobre la de las dos colegiats de la santa capilla, y de santa Genoveva de Paris, cuando se hallan reunidas en una funcion con el Cabildo de la catedral, es decir, que el de la catedral de Ginebra iria á uno de los lados de la procesion, y el de Nuestra Señora iria al otro.

Francisco desechó esta proposicion. Dijo que habia prestado juramento de mantener los privilegios y prerogativas del clero de la catedral; que creia ser un de-

ber religioso el observarlo, y que jamas consentiria que en su tiempo se les diese el mas mínimo golpe. Que la prerogativa de su catedral no consistia solamente en no ser precedida por una colegiata, sino que se estendia á precederla de todos modos: que la santa capilla de Paris y la abadía de santa Genoveva, estaban exentas de la jurisdiccion Episcopal, y tambien de la del Cabildo de la catedral, en su Sede vacante: que no habiendo dependencia entre aquellas Iglesias, no habia inconveniente en que fuesen iguales en cierto modo cuando se encontraban reunidas: que no sucedia lo mismo con respecto al Cabildo de Nuestra Señora de Annecy, que dependia en todo de la jurisdiccion Episcopal y de la del Cabildo, en Sede vacante: que no era justo arreglarse para este asunto sobre el modelo de unas Iglesias que eran independientes: que esto seria hacer perjuicio á la superioridad del Cabildo de la catedral, y que de esto podrian producirse en lo sucesivo consecuencias muy funestas.

Francisco escribió en este sentido al Duque de Nemours; y le suplicó que llevase á bien el que no admitiese la composicion que se le habia propuesto. El Duque aprobó sus razones, y escribió al Cabildo de Nuestra Señora que no podia pretender la presidencia, ni tampoco la igualdad con respecto al Cabildo de San Pedro de Ginebra, y que le aconsejaba que se sometiese al juicio de su Obispo. Este era el único partido que le quedaba; pero cuando el espíritu de pleitear se ha llegado á apoderar una vez de una comunidad, no es fácil el que desista de sus pretensiones. El Cabildo de Nuestra Señora no se conformó ni con el juicio del Obispo ni con las ideas del Duque de Nemours. Llevó el pleito adelante y lo siguió en la curia del Arzobispo de Viena Metropolitano de Ginebra. Francisco lo siguió tambien por su parte, y obtuvo al fin una sentencia que confirmaba su juicio, y que da-

ba en todo la presidencia al Cabildo de la catedral.

Francisco, que creia poder disfrutar ya de aquella tranquilidad, volvió al instante á su intento de hacer la visita general de su Diócesis; pero le apartó de él una carta que le escribieron el Alcalde y Regidores de Dijon, suplicándole que fuese á predicar el Adviento y la Cuaresma. Francisco que habia resuelto no salir de su Diócesis, sino cuando se tratase del servicio de la Iglesia en general, ó de los intereses de la suya en particular, estuvo ya para escusarse. Pero Dios, á cuya gloria debia contribuir tanto algun dia aquel viaje, no permitió que se mantuviese en la primera idea que habia tenido. Sintióse estrechado interiormente á conceder lo que se le pedia. No veia cual fuese la razon que le movia á ello; antes por el contrario se decia á sí mismo muchas cosas que debian apartarle de aquel designio: la Providencia le ocultaba aun el fruto que pretendia sacar de este viaje; pero le instaba interiormente á que lo hiciese. Siguió aquel atractivo, y respondió que tratándose de salir de su Diócesis, y de los Estados del Duque de Saboya, no podia hacer ni lo uno ni lo otro, sin obtener para ello el permiso del Papa, y tambien el de su Soberano: que iba á escribir á los dos sobre el asunto, y que les haria saber las respuestas que le diesen; el Papa le concedió al instante el permiso que pedia; pero el Duque se lo negó bajo pretestos especiosos.

Esta negativa no sorprendió ni cogió de nuevo á Francisco: habia notado en su último viaje á Turin que el Duque que era muy desconfiado, habia entrado en sospechas en su primer viaje á Francia, de la estimacion que el Rey le habia manifestado, y aun mucho mas de las ofertas que le habia hecho. Francisco, que tenia la gracia de insinuarse, nada habia omitido para descubrir la causa de aquellos recelos; pero el Duque, que no habia podido menos de hacerle ver su desconfianza, te-



nia entonces sus razones para ocultarle los motivos que se la habian hecho concebir.

Se ha sabido despues que siendo Ginebra una ciudad, cuya posesion seria muy conveniente para la Francia, especialmente despues del cambio del Marquesado de Saluces, habia temido el Duque, que se le hubiese propuesto á Francisco el que tratase de los derechos de Soberanía, que pretendian tener sobre aquella ciudad los Obispos de Ginebra, para hacerlos valer cuando fuese ocasion proporcionada de hacerlo: que él habia creido que no se le habia agasajado tanto, cuando no era mas que Coadjutor, sino para ganarle, á fin de que se empeñase en concluir el tratado, cuando fuese Obispo: que se habia imaginado por esta causa que el viaje de Dijon no era sino un pretexto, que encubria un designio mucho mas grande. Lo que el Duque de Bellegarde, Gran Canciller de Francia y Gobernador de la Bressa y de los demas paises trocados por el Marquesado de Saluces hacia entonces en Bressa, en compañía del Baron de Luz y del Presidente Jannin, aumentó sus sospechas, y fué lo que le obligó á negar á Francisco el permiso que le pedia.

El Duque de Saboya tenia tanto mas interes en el tratado que hubiera podido hacerse sobre semejante artículo, quanto que él mismo aspiraba á la Soberanía de Ginebra, y trataba de imaginarios y mal fundados los derechos pretendidos por el Obispo. Parece tan natural el tratar aqui de esta famosa cuestion, que no quedaria satisfecha la curiosidad del lector, si se dejase de hacerlo. Hé aqui pues las razones que el Duque de Saboya, y el Obispo de Ginebra alegaban cada uno de su parte, para defender su derecho de Soberanía sobre Ginebra.

Los Duques de Saboya, para apoyar su derecho, toman las cosas de mas lejos, y suponen que en mil trescientos noventa y dos, habiendo muerto sin hijos, Pedro Conde de Ginebra, eligió por su heredero á Hum-

berto de Vilars, hijo de su hermana: que Humberto, en mil trescientos noventa y cinco, obtuvo del Emperador Venceslao la investidura del Condado de Ginebra: que lo poseyó pacificamente hasta el año de mil cuatrocientos, que fué el último de su vida: que viéndose sin hijos, dispuso de sus bienes en favor de Odon de Vilars, su tío paterno: que Odon recogió sin contradiccion la herencia de su sobrino, y la vendió al año siguiente á Luis, Conde de Saboya. Hé aqui sobre que estan fundados en su principio los derechos de la casa de Saboya.

Los Duques añadian, que en virtud de aquella venta, que se hizo sin oposicion, Luis de Saboya disfrutó largo tiempo sin contradiccion del Condado de Ginebra: que habiendo sido erigida en Ducado de Saboya en mil cuatrocientos diez y siete por el Emperador Sigismundo en favor de Amadeo VIII, hubo un pleito en la Cámara Imperial tocante al Condado de Ginebra: que por causa de aquella diferencia, en mil cuatrocientos veinte y cuatro, dió el Emperador una nueva investidura de aquel Condado al Duque de Saboya: que esta fué confirmada por los Emperadores Maximiliano I, en mil quinientos diez y nueve, y Carlos Quinto en mil quinientos treinta.

Pretendian ademas los Duques de Saboya, que en virtud de aquellos títulos, han ejercido sin obstáculo todos los actos de la Soberanía en Ginebra: que han nombrado Gobernadores, Jueces, Notarios y demas ministros de justicia: que han hecho guardar las puertas, puesto guarnición en la fortaleza, y han tenido una casa de señorío: que han hecho moneda, y han concedido perdon de la pena capital á varias personas condenadas á sufrirla.

Añadieron en fin los Duques por último título, que en mil quinientos quince, Pedro de la Beaume, Obispo de Ginebra, habiendo tratado de pretender derechos á la jurisdiccion temporal de la ciudad, el Papa Leon X

se lo prohibió por un Breve espreso, espedido en el mismo año, y que el Obispo obedeció sin alegar cosa alguna en defensa de su pretendido derecho á la Soberanía de Ginebra. Hé aqui en que estan fundadas las pretensiones de los Duques de Saboya al señorío temporal de Ginebra.

Los Obispos de Ginebra sostenian por el contrario, que las pretensiones de los Duques de Saboya estan fundadas únicamente en una equivocacion: que ellos son á la verdad Condes del Ginebres; pero, que muy lejos de que tengan algun derecho como tales sobre Ginebra y su distrito, dependian en otro tiempo de la Iglesia de Ginebra, y le prestaban homenaje: que el tratado celebrado entre Arduce, Obispo de Ginebra, y Amado, Conde del Ginebres, lo dice asi en términos espesos: que se leen en él con estas mismas palabras: *el Conde debe ser fiel procurador bajo la dependencia del Obispo*: que los antiguos Condes del Ginebres habiendo emprendido el substraerse de la dependencia de la Iglesia de Ginebra, y aun de avasallarla, el mismo Arduce recurrió al Emperador Federico Barbaroja, el cual le habia confirmado en el señorío temporal de Ginebra, por una declaracion auténtica del año de mil ciento cincuenta y tres: que á pesar de un derecho tan bien fundado, habiendo usurpado el señorío temporal de la Iglesia de Ginebra el Conde de Zeringuen, en calidad de Vicario del Emperador, y el del Ginebres, en la misma, el Obispo se habia quejado á la Dieta general del Imperio, celebrada en el año de mil ciento ochenta y seis: que el atentado de los dos Condes habia parecido tan injusto, que la Dieta les habia obligado á que compareciesen á ella en persona á dar razon de su hecho: que les habia dado una severa reprehension por su atrevimiento, y les habia obligado á firmar la sentencia de su condena, concebida con tanto rigor con respecto á Guillermo, Conde del Ginebres, que su hijo fué adju-

dicado á Nantelin, Obispo de Ginebra, en compensacion de la felonía que habia cometido contra aquel Prelado y contra su Iglesia.

Los Obispos de Ginebra producian aun en su favor un acto muy antiguo, citado por el ciudadano de Ginebra, y vuelto á citar por Spon: dice este en propios términos, *que la Iglesia de Ginebra tiene sola el dominio y la Soberanía de la ciudad y arrabales de Ginebra*.

Añadian á este acto, dos mas, que son dos reconocimientos, del año mil doscientos ochenta y cuatro, de Amadeo, Conde del Ginebres, por los cuales declara no tener derecho alguno, ni pretension sobre la ciudad, ni sobre los bienes del Obispado de Ginebra: pretendian que esto es tan cierto, que habiendo entrado Amadeo VIII primer Duque de Saboya en posesion del Condado del Ginebres, habia prestado el homenaje al Obispo con toda solemnidad en la Iglesia catedral de San Pedro, y que el Duque Luis, su hijo, habia renunciado en particular á la Soberanía de las tierras adquiridas por los de Ginebra cerca del puente de Arvé.

En cuanto á la Bula de Leon X, de que se ha hablado, ya confesaban que habia sido dada; pero que no podia perjudicar á los derechos de Soberanía de los Obispos por dos razones indestructibles: la una, que no teniendo los Papas derecho alguno temporal sobre el Estado de Ginebra, no podia Leon X disponer de la Soberanía en favor de los Duques de Saboya y en perjuicio de los Obispos; la otra, que, aun cuando Leon X hubiese tenido el derecho de disponer de la Soberanía de Ginebra, no hubiera podido condenar al Obispo sin oírle; y que era constante que ni habia sido oído, ni aun siquiera citado.

Por lo que respeta á los actos de Soberanía, que pretenden los Duques de Saboya haber ejercido en Ginebra, los Obispos negaban la mayor parte de ellos, y sostenian en cuanto á los demas, que fueron ejecuta-

dos por violencia y contra toda justicia, por ser mas poderosos los Duques que los Obispos, y por haberse prevalido de las circunstancias; y que habiéndose opuesto siempre á ellos los Obispos y el Cabildo de Ginebra, no pueden haber adquirido derecho alguno los Duques de Saboya.

Añaden en fin los Obispos que siendo constante que la Soberanía de Ginebra ha pertenecido á su Iglesia, y que los Duques de Saboya, como Condes del Ginebres, la han reconocido, como lo prueban por los actos auténticos que se han citado, deberian los Duques hacer ver á lo menos como habia perdido aquella Soberanía la Iglesia de Ginebra, y como la habian adquirido ellos mismos; y esto es lo que pretenden que no podran hacer jamas. Hé aqui en compendio las razones sobre que fundaban su derecho las dos partes: no es este el lugar de decidir aquella famosa cuestion, esto seria salirse de los límites de la historia.

Nos contentaremos con decir que habiéndose erigido en república la ciudad de Ginebra, del modo que se ha contado al principio del segundo libro de esta historia, pretendia que la Soberanía de Ginebra pertenecia al pueblo: que primeramente los Obispos, y en segundo lugar los Duques de Saboya, le habian usurpado aquella Soberanía; y que, aun durante estas usurpaciones siempre habian quedado restos de la Soberanía del pueblo. Hé aqui las pruebas que dá Ginebra, á las que se añadirán algunas reflexiones que servirán para aclarar el hecho de la verdad.

Pretende pues la república de Ginebra que el Obispo aun no siendo sino electo, prestaba juramento de conservar los privilegios y franquicias de la ciudad. Pero esto no derogaba mas su Soberanía, que lo que perjudica á las suyas respectivas el juramento que prestan el Emperador y la mayor parte de los Reyes de Europa. En segundo lugar, que la suma deferencia que tenia la

ciudad á sus Obispos, y á los Duques de Saboya, no la permitia examinar tan de cerca sus tratados, y las empresas que hacian contra su libertad. Pero habiendo durado esta deferencia por espacio de muchos siglos sin interrupcion, sin que ninguno se hubiese opuesto jamas á estas pretendidas empresas, es una prueba evidente de que antes del año de mil quinientos treinta y cinco, no tenian los ginebrinos las pretensiones que tienen en el dia. En tercer lugar, que el Emperador Federico Barbaroja no podia dar ni á los Duques de Saboya, ni á los Condes del Ginebres y de Zeringuen, ni á los Obispos, la Soberanía de una ciudad Imperial como Ginebra, sin la participacion del Imperio, y el consentimiento de los vasallos. Sin embargo, ni el Imperio ni los vasallos se han quejado de que el Emperador se hubiese escedido de sus facultades: al contrario, las Dietas generales del Imperio han reconocido la Soberanía de los Obispos. En cuarto lugar, que aun en el mismo tiempo, en que los Obispos, y los Duques de Saboya habian ejercido el poder mas ampliamente, habian quedado bastantes señales de la Soberanía del pueblo; pero esto no basta el decirlo, es necesario probarlo. En quinto lugar, que los Obispos no tenian mas autoridad dentro de Ginebra, que el Dux en Venecia y en Genova, y que se hacian los pregones en nombre del Obispo, de su Vidame, y de los Pro-hombres de la ciudad. Pero falta aun que probar lo primero, y los Obispos no convienen en lo segundo. En sexto lugar, que el Obispo tenia varios asesores elegidos por los vecinos; que se apelaba de todas sus sentencias al Consejo de los doscientos, y aun tambien al Consejo general compuesto de todos los cabezas de familia, y que el Obispo estaba obligado á ratificar lo que este Consejo hubiese resuelto; pero la cuestion no versa sobre saber si el Obispo tenia oficiales subalternos; lo que debe saberse es si estos oficiales dependian de él; si podia deponerlos de

sus destinos, y mudarlos cuando lo tuviese por conveniente. Los Obispos así lo pretenden, y citan varios ejemplos de ellos; y la república no cita uno solo, para justificar que los Obispos estaban obligados á ratificar lo que se hubiese resuelto en el Consejo de los doscientos, ó en el general. En séptimo lugar, que los Síndicos tenían el derecho de mandar hacer moneda; y además la guardia de la ciudad, sin que el Obispo se mezclase en tales cosas. Pero el derecho de mandar hacer la moneda no siempre ha sido inseparable de la Soberanía. En Francia, los Duques de Nevers y de Sully tienen este derecho; sin embargo jamás han pretendido ser Soberanos. Aun prueba menos el derecho de guardar la ciudad: las ciudades de Leon, San Maló, Amiens, Perona y varias otras están en posesión de hacerlo; sin embargo no por eso están menos sujetas que todas las demás.

Los defensores de la libertad de Ginebra añaden á estas pretendidas pruebas, que los magistrados seculares juzgaban las causas criminales en última instancia, cuando los culpados no eran eclesiásticos. Pero aun en este caso sería preciso probar, que no recibían de sus Obispos la autoridad de juzgar; esto es lo que los Obispos pretenden; y no se dá prueba alguna en contra de su pretension. Lo que es muy digno de atención, es que el historiador de la ciudad de Ginebra conviene en que los Obispos tenían el derecho de perdonar á los criminales que estaban sentenciados á muerte; cosa que prueba evidentemente su Soberanía. *Pero, lo hacían, dice el historiador, mas por autoridad eclesiástica y episcopal, que por autoridad secular.* Sin embargo es constante por todas las historias, que jamás un Obispo ha perdonado la vida á los culpados que estaban sentenciados á perderla, á no ser que fuese á un mismo tiempo señor espiritual y temporal. Puede aun sacarse otra consecuencia de aquella declaración del historiador de Ginebra; y es que el Obispo, como dice el mismo histo-

riador en otra parte de su obra, no estaba obligado á conformarse con las sentencias del Consejo de Ginebra.

Aquellos mismos defensores pretenden todavía, que en los negocios importantes, nada podía hacer el Obispo sin el pueblo. Esto es lo que sería necesario probar; porque los Obispos prueban por el contrario, que en todos los tratados celebrados entre los Obispos de Ginebra, y los Condes de Zeringuen, del Ginebres y de Borgoña, como también con los Duques de Saboya ninguna mención se hace de la intervención del pueblo en ellos.

Sostienen también los defensores de la libertad de Ginebra, que el Común del pueblo y los Síndicos, hacían alianzas y ajustaban tratados de paz con los Príncipes extranjeros, sin la participación del Obispo, como sucedió en mil doscientos ochenta y cinco con Amadeo, Conde de Saboya; en mil quinientos quince, con el Cantón de Fribourg; y en mil quinientos veinte y seis, con el de Berna. Los Obispos responden á esto que aquellos tratados se hicieron en tiempos de desorden, y sin autoridad, y lo prueban por las composiciones que se hacían luego que se restablecía el orden. Véase entonces que el vecindario de Ginebra renunciaba á todas las alianzas que había contraído con los extranjeros, y no hay alguna de estas composiciones en que no se halle espresa esta cláusula.

Pretenden también los dichos defensores que las rentas de la ciudad se partían entre esta y el Obispo, y que los Síndicos tenían también una tercera parte; pero esta partición jamás fué una señal de independencia; porque si así fuese, habría muchas ciudades que serían libres, y no lo son en efecto.

Añaden finalmente, que Ginebra era una colonia romana, y que escribiendo Carlos Quinto á la ciudad de Ginebra en mil quinientos y treinta, no dirigió sus cartas al Obispo, sino á los Síndicos, Consejo y Común de Ginebra, tratándola en ellas de ciudad Imperial. En

cuanto á lo primero, nada tiene en esto Ginebra, que no sea comun á la mayor parte de las ciudades del Delfinado, de la Provenza y del Languedoc; sin embargo ninguna de ellas ha tratado de pretender la Soberanía bajo el título de colonia romana. Por lo que toca á las cartas de Carlos Quinto, es tanto mas cierto que nada puede deducirse de ellas, quanto que es constante que no siempre han sido libres las ciudades Imperiales. Tales son en compendio las pruebas que dan los Obispos, la ciudad de Ginebra y los Duques de Saboya, de la Soberanía que todos pretenden tener sobre aquella ciudad.

Muy sencillo es el concluir de todo lo que hasta aquí se ha dicho sobre este asunto, que una cesion del derecho de los Obispos, hecha á un Principe tan poderoso y que se hallaba tan en estado de hacerla valer, como le sucedia al Rey de Francia, no acomodaria de modo alguno á las pretensiones del Duque de Saboya. La política siempre fué desconfiada; ó á lo menos los políticos siempre se sobresaltan aun de las menores apariencias. Francisco de Sales estaba muy distante de tratar de sus derechos sobre Ginebra: Carlos Manuel no obstante llegó á concebir sospechas de que lo hiciese, ó tal vez de que ya lo hubiese hecho; y esta fué la razon que le hizo negar el permiso para que fuese á Dijon.

El santo Prelado que miraba siempre la voluntad de Dios, como el primer móvil de todos los sucesos humanos, que, (como él decia) se habia hecho una ley de no desear cosa alguna, ni tampoco temerla, recibió la negativa del Duque, del mismo modo que hubiera recibido el permiso que le habia pedido; escribió en este sentido al Alcalde y Regidores de Dijon, y continuó en sus funciones con su acostumbrada tranquilidad.

Recibió por entonces un auto del Parlamento de Borgoña, del que depende la Bailia de Gex, el cual solicitaba desde que habia vuelto de la Corte de Francia:

habia sido dado en virtud de los despachos abiertos de su Magestad Cristianísima, que habia obtenido para el restablecimiento de la Religión católica en aquella Bailia. Mandaba espresamente el auto, que los bienes eclesiásticos usurpados por los calvinistas, fuesen restituidos. Este artículo no podia menos de ofrecer grandísimas dificultades en su ejecucion, y Francisco juzgó que su autoridad, poco respetada por otra parte de los calvinistas, no seria suficiente para superarlas. Era íntimo amigo del Duque de Bellegarde, Gobernador del pais de Gex, y del Baron de Luz; en este concepto rogó á los dos que se trasladasen á Gex, para ayudarle á hacer ejecutar las intenciones de su Magestad. El Duque y el Baron se trasladaron allí efectivamente, y Francisco, acompañado de varios eclesiásticos celosos é instruidos, llegó tambien al mismo tiempo. Las cosas fueron al principio con mucha paz: las órdenes del Rey eran terminantes, y no habia seguridad en oponerse á ellas en presencia de un Gobernador que únicamente habia ido á aquel punto para hacerlas ejecutar. Pero las mayores calmas son seguidas ordinariamente de las mas furiosas tempestades: en tanto que no se trató de otra cosa que de predicar é instruir, no se presentó oposicion; pero apenas se consideró como un deber el volver á entrar en posesion de los bienes usurpados, cuando estuvo á pique de sublevarse todo el mundo. La presencia y autoridad del Duque y del Baron, y mas que todo esto, las precauciones que estos habian tomado, para hacer ejecutar la voluntad del Rey, contuvieron no obstante á los mas acalorados; pero no pudieron impedir que cayese su resentimiento sobre el santo Prelado. Sabian ellos que este era el que habia obtenido los despachos del Rey, y el auto del Parlamento; y era demasiado conocido su celo, para que pudiesen dudar, de que él procurase la ejecucion de las órdenes Soberanas en toda su estension, conociendo tambien que solamente su muer-

te podría detener el curso de aquel negocio; resolvieron el dársela, y se halló modo de envenenarlo. Al instante le asaltó una ardiente calentura; pero como todo es sospechoso en un país en que se sabe que no se carece de enemigos, los médicos se maliciaron lo que podía ser causa de aquella repentina indisposición, y le hicieron tomar tantos contra-venenos, que al fin cesó la calentura, y volvió á recobrar la salud. No dejó de debilitarse con esto la robustez de su temperamento, y esta fué probablemente una de las causas que abreviaron sus días.

Su mayor cuidado, en lo mas fuerte de la enfermedad, era el rogar por sus enemigos, é impedir que se castigase el atentado que se había cometido contra su persona. Una virtud tan rara conmovió á dos Gentiles-hombres del Duque de Bellegarde, celosos calvinistas, y sugetos de capacidad; se habían movido ya con sus sermones, y su ejemplo acabó su conversion; no pudieron creer, que un imitador tan exacto de la paciencia del Salvador pudiese ignorar ó alterar su doctrina; y comparando la inocencia de sus costumbres con las de sus ministros, acabaron de persuadirse, de que la pureza de la fé debía estar en donde veían resplandecer tantas virtudes. Su conversion fué seguida de muchas otras; pero esta ocurrencia no sirvió sino de aumentar el odio de los calvinistas contra el santo Obispo.

Nada disminuía este en su celo, no tomó mas precauciones á pesar de lo que le había sucedido, y no dejó aquel país, sino despues de haber ganado para Dios un gran número de almas, establecido Iglesias y párrocos, y tomado todas las medidas para hacer que floreciese en él la antigua Religion. De Gex, volvió á Annecy, pero partió de este pueblo al momento, y anduvo á pie doce leguas largas para ir á Nuestra Señora de Tonon, á dar gracias á Dios por el restablecimiento de su salud, y por el de la Religion católica en la Bailía de Gex.

Cómo la ciudad de Tonon y el Chablais, de que es capital, eran deudores á Francisco de su vuelta á la Iglesia católica, y como este les había alcanzado muchas gracias del Duque de Saboya, fué recibido con una estremada alegría. No había ido allí desde que era Obispo de Ginebra; y por esta razon pensaron los Sindicos en hacerle una magnífica entrada; pero Francisco, cuya humildad no se adaptaba á los honores del mundo, y que sabía sostener su dignidad por otros medios, la rehusó; entró en la ciudad á pie, seguido de un solo criado, brillando mas con sola su virtud, que hubiera podido hacerlo si hubiese entrado rodeado de la pompa mas suntuosa. Todo el mundo fué á presentársele, y vinieron gentes de toda la provincia á verlo; y la ciudad de Tonon muy distinta entonces de lo que había sido en otros tiempos, le honró tanto, como antes le había odiado y despreciado. Acabó de afirmar en la fé, á los que no estaban aun bien seguros en ella; curó el escozor que había quedado en el corazon de los que creían que habían sido maltratados, y se hizo todo para todos, con el objeto de ganar á todo el mundo para Jesucristo.

Cuando estaba próximo á emprender su marcha para volverse á Annecy, fueron á visitarle dos canónigos regulares de la Abadía de Six. Esta Abadía está situada en lo interior del Fossigny entre montañas muy ásperas y elevadas; estan estas cubiertas siempre de yelos tan recios, que no se derriten jamas. Unicamente en el rigor del verano, se derriten alguna vez con un ruido tan terrible, que parece que va á hundirse el país. Un invierno casi eterno reina en aquellos tristes lugares, y los hace inaccesibles durante la mayor parte del año. Esta horrorosa mansion fué escogida, hace bastantes siglos, por Ponce, hijo de la ilustre casa de los Barones de Fossigny, pero mas ilustre aun por su piedad, para vivir retirado del mundo; había edificado la Abadía de Six, y la había dado muchos bienes, ha-

biendo muerto al fin en opinion de santo. La piedad habia reinado por largo espacio de tiempo en este santo lugar. Pero nada hay de que mas presto se canse la humana debilidad, que de una regularidad exacta. Con el discurso del tiempo, los canónigos regulares de aquella Abadía degeneraron de la virtud de sus padres. Las cosas habian llegado ya á tal punto que amenazaban una total ruina, cuando Santiago de Mouxy, sucediendo á los Abades regulares, fué el primer provisto en la encomienda de aquella Abadía. Pretendió tener en ella la jurisdicción regular; el Cabildo se opuso, y apeló de sus empresas al Senado de Chambery. Se le privó de la jurisdicción regular; y los canónigos, viéndose sin superior, se entregaron á toda clase de desórdenes.

Con el objeto de quejarse al santo Prelado, y para suplicarle que pusiese remedio, fueron á encontrarle los dos canónigos, de quienes hemos hablado. Despues de haberle hecho una larga narracion de los desórdenes que cometian sus hermanos, le hicieron presente, que no teniendo Abad regular, tenia él derecho de visitar su Abadía, y darles las constituciones que creyese necesarias para restablecer el buen orden, y desterrar los escándalos de la casa de Dios: que solamente él podia poner remedio á tantos y tan graves males; y que en cuanto á ellos, se juzgaban fuera de responsabilidad, con el aviso que le habian dado.

Sintióse conmovido el santo Prelado á vista de sus súplicas, y partió en aquel mismo instante para ir á visitar la Abadía de Six: encontró las cosas en el estado deplorable, en que se le habian pintado. Pero como su prudencia correspondia á su celo, juzgó, que queriendo hacerlo todo de una vez, nada podria lograrse: que sucedia lo mismo á poca diferencia con las enfermedades del corazón y del espíritu que sucede con las del cuerpo: que era preciso aplicar los remedios en proporcion á las fuerzas de los enfermos; y que imponiendo á aque-

llos canónigos un yugo demasiado pesado, nó dejarían de sacudirlo á la primera ocasion que se les presentase de poder hacerlo.

Por otra parte, cogido el Cabildo de improvisó y sin consejo, ganado tambien por la dulzura y buenos modos del santo Prelado, recibió su visita, y se sometió á las reglas que tuvo por conveniente darles, restableciéndose asi el orden en aquella casa en pocos dias.

Entretanto habiéndose estendido por todo el Fossigny la noticia de que Francisco estaba en la Abadía de Six, fueron á visitarle las gentes de todos aquellos alrededores: entre otros recibió á los Diputados de los habitantes de un valle, situado á tres leguas de allí; estos le dijeron la catástrofe que habia sucedido hacia poco tiempo, y que vamos á contar. Como la provincia está llena de montañas de una altura excesiva, sucedió que habiéndose desprendido las cimas de dos de aquellas montañas, habian arruinado en su caída varios pueblos, muerto gran número de sus habitantes, y una porcion de ganados que hacían toda la riqueza del país. Esto es substancialmente lo que contaron á Francisco, añadiéndole, que estaban reducidos por aquel incidente, á una estremada pobreza, y que viéndose absolutamente impossibilitados de pagar las contribuciones, se habian dirigido á la contaduría mayor del Duque de Saboya, para que se les eximiese del pago: que esto habia sido en vano: que nada habian podido conseguir, y que se continuaba exigiéndoles lo que estaban en una impotencia absoluta de poder pagar: que tenian motivos de creer, que ó no se habian persuadido de que el mal fuese tan grande como lo era, ó que les creían menos pobres de lo que lo eran en realidad. Sobre esto le suplicaron que enviase gentes de su satisfaccion al paraje en donde habia sucedido la desgracia, para que se informasen bien de todo, á fin de que por lo que ellos le dijesen, pudiese escribir en su favor.

Francisco, que tenia el corazon mas compasivo del mundo para las miserias de los demas, se affligió vivamente con la desgracia de aquellas pobres gentes, y se ofreció á partir al momento para ir á consolarlas, y prestarles todos los servicios que dependiesen de él. Opusieronse á su resolucion los comisionados, representando que el pais estaba intransitable, y que era al mismo tiempo una tierra tan áspera y escabrosa que no podria ir por ella un caballo. El santo Obispo les preguntó, si ellos habian venido por aquel mismo pais; contestaronle que ellos eran unos infelices, acostumbrados ya á semejantes fatigas: *y yo, hijos míos, (respondió Francisco) soy vuestro padre, obligado á proveer por mi mismo á vuestro consuelo y á vuestras necesidades.* Asi es, que por mas que le dijeron, partió en compañía de ellos á pie. Cualquiera otro se hubiera arrepentido de haber emprendido tal viaje: necesitó un día entero para andar las tres leguas que hay desde la Abadía de Six al valle. El mal era mayor de lo que se le habia dicho. Los habitantes reducidos á la última miseria, apenas tenian figura humana: todo les faltaba, vestidos, casas y con qué mantenerse. Francisco mezcló sus lágrimas con las de aquellos infelices: les consoló, y repartió entre ellos todo el dinero que llevaba, prometiéndoles escribir en su favor al mismo Duque. Hizolo así, y alcanzó en beneficio de aquellas gentes todo cuanto pidió.

Pero si Francisco se sintió conmovido á vista de la desgracia de aquellas gentes, no lo quedaron estas menos en vista de su gran caridad: no habian visto jamas á sus Obispos, y tal vez puede ser que no hubiese habido alguno que hubiese ido á aquellos tristes lugares. Estaban admirados de la dulzura que aparecia en su semblante, en sus discursos y en todas sus acciones; y no podian acabar de admirarse de la paciencia y alegría, con que se acomodaba á comer el mismo alimento

que ellos, aunque tan grosero y desabrido, como tambien de que no estrañase el vivir en unas casuchas medio arruinadas, en las que aun ellos mismos vivian con grandísima incomodidad. El santo Prelado, por su parte, tuvo la satisfaccion de ver que se habia conservado entre ellos la Religion católica, á escepcion de algunas supersticiones que tuvo cuidado de quitarles. Al volverse á Tonon, pasó por la Abadía de Six, en donde les dió aun algunas reglas que juzgó necesarias, para mantener en ella el buen orden que habia establecido.

Los canónigos se sometian á todo en la apariencia; pero, como nada es mas difícil que el abandonar la vida licenciosa y relajada, sobre todo cuando uno ha avanzado ya demasiado en el camino de la perdicion, violando las obligaciones de una profesion que es enteramente santa, apenas supieron que Francisco estaba de vuelta de Annecy, cuando apelaron al Senado de Chambery de todas las reglas y constituciones que les habia dado.

Por enemigo que fuese el santo de pleitos, siguió aquel negocio, y obtuvo en fin una sentencia que confirmaba todas sus reglas, y le daba el poder de reformar aquella Abadía. Entonces Francisco, que tenia gran firmeza de caracter, cuando los medios de dulzura eran inútiles, volvió al designio de emprender la reforma. Halló mucha resistencia; pero al fin llevó á cabo su empresa, repartiendo en varias casas de la Orden á los mas opuestos á sus buenas intenciones; y poniendo en su lugar personas de una conducta edificante, y que vivieron despues de un modo ejemplar.

Apenas habia salido Francisco de este negocio, cuando recibió cartas de Dijon. El Alcalde y Regidores no habian desistido de su intento á pesar de la negativa del Duque de Saboya; se habian dirigido al Parlamento, y habian escrito juntamente al Duque, suplicándole que consintiese, en que el Obispo de Ginebra predicase la



próxima cuaresma en aquella ciudad. El Duque no creyó deber persistir mas en la negativa. Concedió lo que se le pedia; y el Alcalde y Regidores dieron aviso de esta concesion al santo Prelado por medio de las cartas de que hemos hablado. Francisco les respondió, que habiendo cesado el obstáculo que le habia impedido acceder á su petición, no dejaria de ir á Dijon para el principio de la cuaresma.

Quedándole ya poco tiempo para disponerse á aquella grande obra, se vió precisado á salirse de Annecy, en donde estaba agoviado de negocios: retiróse al castillo de Sales, para entregarse mas á su satisfaccion á la oracion y al estudio. Jamas separaba una cosa de la otra; y aunque no descuidase el estudio, era mucho mas lo que aprendia á los pies del Crucifijo, que en los libros. De allí sacaba aquel celo y aquella elocuencia tan persuasiva que le ganaba los corazones, al mismo tiempo que convencía los entendimientos. Se habia formado en la santa costumbre del recogimiento y de la contemplacion mas sublime; y se habia hecho dueño de su imaginacion y de sus sentidos, de tal suerte, que estos no ponian género alguno de obstáculo á las impresiones que Dios queria hacer en su corazon y en su espíritu. Su fidelidad en corresponder á los movimientos de la gracia le hacia adquirir nuevos aumentos de ella cada dia; y la pureza de su corazon le ponía en estado de tener con Dios aquellas íntimas comunicaciones, que eran tan frecuentes en otros tiempos, y que son tan raras en el dia. En efecto, los que observan en la sagrada Escritura aquellas apariciones y visiones, aquel conocimiento de las cosas futuras y lejanas, concedido á tantos santos de uno y otro Testamento, y en una palabra, aquellas comunicaciones tan ordinarias de Dios con los hombres, se admiran con razon, de ver que hayan cesado, ó á lo menos de que no sean ni con mucho tan frecuentes. Ha llegado tambien á formarse una especie

de incredulidad sobre este particular; y no se repara en tratar de visionarios á los que pretenden haber tenido revelaciones, como tambien de hombres de mal gusto á los historiadores que las refieren.

Verdad es que no debe creerse sobre esto á toda clase de espíritus: que se necesita tener mucha luz y un gran discernimiento sobre semejante asunto: que demasiada credulidad en estas materias seria peligrosa, y conduciría directamente al fanatismo; pero seria caer en otro esceso, el pretender que Dios no mantiene ya aquella suerte de comunicaciones con sus santos, con aquellas almas escogidas, con aquellos corazones tan puros y desinteresados que ha formado para sí mismo, y á los que se ha complacido en llenar de su corazon y de su amor. No se reparará pues en contar lo que refieren los historiadores de San Francisco de Sales que le sucedió en el retiro de que acaba de hablarse. Esta es una vision con que se dignó Dios favorecerle, tocante á la Orden de la Visitacion, de la que algun dia habia de ser fundador.

Cuentan pues, que estando un dia meditando, y rogando á Dios con su acostumbrado fervor, que se sirviera de que él pudiese ser útil á su gloria y á la salvacion de las almas que se habia dignado rescatar con su sangre, le hizo Dios conocer, que fundaria un dia una nueva Orden de religiosas, que edificarian á la Iglesia con el brillo de sus virtudes, y que perpetuarian en la posteridad su espíritu, sus sentimientos y máximas. Añaden tambien, que Dios le hizo conocer ya desde entonces las principales personas que debian ayudarle en su intento; y que le quedaron tan fijas en la imaginacion, que despues reconoció á la Baronesa de Chantal por aquella que Dios habia destinado para ser la primera religiosa de la nueva Orden. Hallábase entonces esta señora en Dijon, á donde habia ido atraída por la reputacion del santo Prelado, que debia predicar la cua-

resma; y allí fué en donde se formó entre los dos aquella santa union, cuyas circunstancias se contarán en el séptimo libro de esta historia.

Entretanto, acercándose la cuaresma, después de haber arreglado Francisco los negocios de su Diócesis, partió para Dijon. Fué recibido allí muy honóricamente por parte de la ciudad y del Parlamento; y predicó con tanto aplauso, que atrajo á la ciudad, la nobleza y pueblo de todas las cercanias. Las Iglesias mas capaces apenas eran suficientes para contener la gente que concurría á sus sermones; y lo que es muy digno de notarse, es que los calvinistas, de que estaba llena entonces la ciudad, acudían á oírle con igual ansia que los católicos. Esto le dió margen á tratar de varias materias de controversia, en lo que ya se ha visto que era sobresaliente; y lo hizo con tal energía y elocuencia, que un gran número de ellos se convirtió, y volvió al gremio de la Iglesia católica.

Los ministros de la pretendida Religion reformada, veían con disgusto aquellos adelantos; pero no había medio alguno de detener su curso, no siendo el de aceptar la conferencia pública, que Francisco tantas veces les había ofrecido. Varios de ellos tuvieron intencion de hacerlo; pero habiendo reflexionado, que tendrían que haberselas con el Apostol del Chablais, con aquel hombre tan famoso por el gran número de conversiones que había hecho, juzgaron que era mas seguro declamar contra él en sus sermones. La cosa hubiera quedado en este estado, si uno de ellos, mas presumido que los demas, no se hubiese presentado á disputar con él. Francisco le cogió la palabra; y el tiempo, que se escogió para la conferencia, fué el de después de Pascua, por no permitirle al santo Prelado sus ocupaciones el asistir antes á ella.

El Consistorio llevó muy á mal que el ministro se hubiese comprometido, sin haberselo participado antes.

Hizósele entender, que si se hubiese de elegir alguno para defender la causa comun, no sería á él á quien se hubieran dirigido para que lo hiciese; y se le prohibió el que cumpliese la palabra que había dado. Habiendo llegado el tiempo en que se habían convenido para celebrar la conferencia, el ministro no compareció; y Francisco rogó al Baron de Luz, y á otras varias personas de distincion, que habían sido testigos del desafío del ministro, que se acordasen, de que no había cumplido su palabra.

Entretanto, por trabajo que tuviese en predicar todos los dias, y en responder á todos los que iban á consultarle, no por eso se dió su celo por satisfecho; iba por las tardes á los hospitales de la ciudad y de los arrabales á visitar los enfermos, consolarlos é instruirlos; muchas veces los confesaba tambien y les administraba los sacramentos. No había miseria, ni necesidad que escapase á sus desvelos; y no se podía comprender como podía un hombre solo atender á tantas ocupaciones diferentes.

Habiéndose pasado las fiestas de Pascua, y estando ya disponiéndose Francisco para regresar á Annecy, fué el cuerpo municipal á darle las gracias, y le regaló una vagilla de plata, que se había mandado hacer expresamente, para testificarle su reconocimiento. Francisco la miró, y alabó el primor de la obra; pero por mas instancias que se le hicieron, no fué posible hacerle consentir en que la aceptara. Les dijo, para escusarse, que Dios le mandaba que diese gratuitamente lo que había recibido de su infinita misericordia sin haberle costado cosa alguna; que jamas había tomado nada por sus sermones, y que no había de empezar por ellos á sacar alguna utilidad temporal de su ministerio; que sin embargo, puesto que querían absolutamente que recibiese alguna recompensa de su trabajo, les pedía una que le sería mucho mas agradable que toda la plata que po-

drian ofrecerle: que esta consistia en que se acordasen de él en sus oraciones, y le conservasen en la amistad con que habian tenido á bien honrarle. El presidente no pudiendo vencer su obstinacion en rehusar el regalo que se le hacia, le suplicó, que á lo menos indicase qué era lo que queria que se hiciese de aquel presente que se le habia destinado. Francisco respondió, que el disponer de él, seria lo mismo que aceptarlo; y que dejaba á su caridad el darle el destino que tuviese por conveniente. Esto era decirle, en buenos términos, que lo emplease en hacer limosnas. Cumplióse su intencion, y el precio de aquel magnifico aparador se repartió entre los pobres.

El desprecio de las riquezas ha sido siempre señal de una grande alma; pero es cierto que tambien es la prueba menos sospechosa de la mas acrisolada virtud. Como las riquezas son el medio infalible de poseer todos los demas bienes, no se sabrian despreciar, sin ser al propio tiempo superior á todo lo que puede halagar los sentidos. Asi es, que la negativa del santo Prelado en aceptar el presente que la ciudad de Dijon queria hacerle, fué tanto mas apreciada, quanto que los mismos, que habian sido testigos de ella, no se conceptuaban capaces de imitarle.

A su vuelta á Annecy, dió una prueba mucho mas convincente del desprecio en que tenia las riquezas y dignidades que podian hacerle brillar á los ojos de los hombres.

La reputacion que se habia adquirido en Dijon, habia llegado hasta la Corte de Francia, y habia despertado en el corazon de Enrique IV la estimacion y amistad que le habia profesado en otro tiempo. Habló S. M. á Deshayes, aquel intimo amigo de Francisco, de quien se ha hecho ya mencion, y le encargó que le escribiese de su parte, diciéndole, que si queria ir á Paris, le haria conocer que no se habia olvidado de él, y que te-

nia intencion de darle una Abadía considerable, no dudando de que haria de su renta un uso mucho mejor que el que podria hacer cualquier otro á quien pudiese dársela. Deshayes cumplió su comision con el mayor gusto y alegría; pero Francisco le respondió, que le suplicaba que diese á S. M. las gracias correspondientes á las bondades con que tenia á bien honrarle: que temia tanto las riquezas, como otros podian desearlas: que quanto menos tuviese, de menos tendria que dar cuenta: que le bastaba la poca renta que tenia, y que el tener otra mayor, no le serviria sino de embarazo.

Esta negativa en nada disminuyó el deseo que tenia aquel gran Príncipe de favorecerle: hizo que le volviese á escribir el mismo Deshayes, diciéndole, que si rehusaba una Abadía, que no rehusaria tal vez el Capelo, que tenia intencion de pedir para él. Pero esta dignidad, que colma los deseos de los eclesiásticos mas ambiciosos no fué capaz de tentarle: dió por respuesta á Deshayes, que S. M. queria dispensarle un honor de que era indigno: que se le habia elevado, á su pesar, al episcopado: que Dios era testigo de la violencia que se le habia hecho: que una dignidad mas grande le abrumaria: que conocia sus fuerzas y su poca virtud: que el amor propio y la vanidad natural, de quien nadie está exento, no tenían necesidad de que se les halagase: que ya eran por sí demasiado fuertes, y que no era de parecer de poner él mismo obstáculo á su salvacion. Añadia, con aquella franqueza que tenia con sus amigos, que llevaria de muy buena gana el vestido encarnado, si aquel color podia proceder de su sangre vertida en defensa de la fé y por la salvacion del prójimo; pero que en quanto al Capelo de Cardenal, aun quando no estuviese de él sino á distancia de tres pasos, no los andaria para ir á cogerlo: que no despreciaba la dignidad que se le ofrecia, sino sus grandezas que en ningun modo le convenian: que cada uno debe conocerse

á sí mismo; y que en cuanto á él, estaba persuadido de que Dios no le habia hecho para las grandezas.

Habiendo sido comunicada la respuesta de Francisco al grande Enrique, se admiró de ella, y no pudo menos de decir: *que hasta entonces se habia creído superior á todos los hombres á quienes podia hacer algun beneficio, pero que el Obispo de Ginebra por medio de aquella dichosa independencía en que le habia puesto su virtud, era tan superior á él, quanto la dignidad Real le elevaba sobre todos los demas.*

Francisco predicó la cuaresma siguiente en la Roche, pequeña villa de su Diócesis. Aquel grande hombre, que se habia hecho admirar en la Corte de Francia, en Paris y en Dijon, tenia una gran satisfaccion en predicar á almas simples, pero dóciles; y decia hablando sobre esto, cuando no veia en su auditorio sino paisanos, artesanos ó pobres aldeanos, que tales eran las gentes á quienes habia predicado el mismo Jesucristo: que no se le habia visto muchas veces anunciar su palabra á los Grandes del mundo: que no habia comparecido sino una vez en la Corte, y que esta habia sido despreciado: que ademas de esto no sabia como admirarse de que hubiese quien se afanase por los auditorios lucidos; y sobre todo que tanto habia costado al Salvador el alma de un paisano como la de un Príncipe.

Sin embargo, aunque fuese un grandísimo trabajo el predicar todos los dias en tiempo de ayuno, que cumplia rigurosísimamente, y al que añadía otras muchas mortificaciones, con todo su celo no se contentaba con esto solo. En lugar del descanso que hubiera podido tomar despues de haber predicado, reunía á los curas y demas eclesiásticos de las cercanías; les hacia conferencias sobre casos de conciencia, y les adiestraba él mismo en las ceremonias de la Iglesia. Este trabajo era seguido de otro; componia los pleitos, arreglaba las diferencias, y visitaba los pobres y enfermos. Y si se añade á esto el

tiempo que gastaba en la oración, de la que jamas se dispensaba, y el que estaba obligado á emplear en el estudio, será fácil conocer, que no le podia quedar mucho para el descanso.

Durante su permanencia en la Roche, dió un ejemplo de caridad, que tal vez no parecerá considerable á muchas gentes, pero que no dejó de tener un gran mérito delante de Dios. Entre los pobres que iban todos los dias á su puerta á recibir limosna, se hallaba uno sordo y mudo de nacimiento: era este un hombre de una vida muy inocente, y no siendo por otra parte muy mal portado, se le empleaba algunas veces en los servicios mas mecánicos y bajos de la casa. Como se sabia que el santo Prelado amaba á los pobres, se lo presentaban alguna vez mientras comía, para proporcionarle el gusto de verle explicarse por señas, y de ver que entendía todas las que se le hacían. Francisco compadecido de su miseria, mandó, que se le admitiese en el número de sus criados, y que se tuviese un gran cuidado de él. Se le hizo presente sobre esto, que no tenia necesidad de aquella sobre-carga, y que por otra parte aquel hombre le seria bastante inútil: *¿Cómo inútil!* respondió el santo Prelado. *¿Se tiene por nada el practicar la caridad? Quanto mas le ha afligido Dios, mas compasion debe tenerse de él. ¿Si estuvieramos nosotros en su caso, querriamos que se fuese tan económico con respecto á nosotros?* Fué pues recibido en el número de los criados del santo Prelado, y lo conservó hasta la muerte.

Peró aun hizo algo mas en favor de aquel infeliz; emprendió el instruirle él mismo por señas en los misterios de la fé; y lo logró á costa de un indecible trabajo. Enseñóle á confesarse por señas, y quiso ser él mismo su confesor: le admitió en seguida á la comunión, á la que jamas se acercaba sino con un respeto y devocion que edificaban á todo el mundo. No sobrevivió

mucho al santo Prelado, y murió del sentimiento de haber perdido un amo tan bueno.

Habiéndose concluido la cuaresma se volvió Francisco á Anney, para el Sinodo que celebraba puntualmente todos los años. Como no era de opinion de hacer muchos reglamentos, sino que creia que era mucho mas útil el hacer observar exactamente los que habian hecho tanto sus predecesores, como él mismo, no se vé que hiciese en aquel Sinodo Estatuto alguno que sea digno de notarse. Nos contentaremos pues con decir, que él practicaba exactamente lo que mandaba á los otros. Asi es, que habiendo mandado en el Sinodo precedente, que los titulares tuviesen cuidado de proveer sus Iglesias de cálices y copones de plata, de libros y de todos los ornamentos necesarios para celebrar con decencia los divinos oficios, habiendo sabido que faltaban algunas cosas en las Iglesias que estaba obligado á mantener, mandó, que se pusiese en ellas inmediatamente todo lo que faltase, con preferencia á cualquier otro gasto.

Recibió por aquel mismo tiempo cartas de Roma en las que le anunciaban la muerte del Papa Clemente VIII, y la eleccion del Cardenal de Medicis, que habia tomado el nombre de Leon XI, haciéndole saber tambien la determinacion en que estaba el nuevo Papa de hacerle Cardenal á la primera promocion. Se afligió con esta última noticia, en proporcion á la aversion que tenia á las grandezas y dignidades: pidió á Dios que estorbáse el que se llevase á efecto aquel designio, y que no permitiese una elevacion, que tal vez le hiciese menos humilde y menos agradable á sus ojos. Su oracion fué atendida, pero de un modo muy distinto al que él hubiera deseado.

Leon XI era el mismo Cardenal de Medicis, que despues de haber ajustado la paz de Vervins, habia pasado por Tonon, cuando Francisco hacia la famosa mi-

sion de que ya se ha hablado: el Cardenal volvió á verlo despues en Roma, y conoció aun mejor que en Tonon todo el mérito y virtud de Francisco. Era el mismo Cardenal uno de los mas distinguidos del Sacro Colegio, por su nacimiento, por su gran talento, y por una piedad de las mas sólidas. Sus virtudes le habian elevado á la silla Pontificia, y se esperaba de él todo lo que hubiera podido esperarse de un Papa de la santidad mas eminente: sus intenciones eran las mejores del mundo; dirijianse todas al bien de la cristiandad y á la reforma de la Iglesia. Para ponerlas en ejecucion, tenia el designio de llamar á su lado á todas cuantas personas conocia de eminente ciencia y santidad. Como Francisco era de este número, habia puesto los ojos en él para hacerle Cardenal, bajo el concepto de que aquella dignidad le daría margen á unirse sin escrúpulo á su persona, y á ayudarle con sus luces y consejos.

Pero Dios, cuyos juicios son impenetrables, que concede á menudo una larga vida á los impíos, al mismo tiempo que permite que los mas hombres de bien sean arrebatados por una muerte precipitada; Dios digo, cuyos juicios aunque poco conformes á nuestras débiles ideas, son siempre adorables, no permitió que aquel gran Papa ejecutase sus buenas intenciones; murió veinte y siete dias despues de su eleccion, y dejó desocupada la santa Sede al Cardenal de Borghese, que subió á ella, y tomó el nombre de Paulo V. Era tambien amigo de Francisco, y conocia su mérito y virtudes; pero tenia otras miras que su predecesor: honró siempre al santo Prelado con su aprecio y estimacion; pero esto fué todo lo que hizo por él.

Con la muerte de Leon XI, salió Francisco del cuidado y temor que tenia de que lo hiciese Cardenal. Este modo de hablar parecerá extraño á los ambiciosos, á aquellos hijos del siglo, que no conocen otras dichas que lleguen mas allá de la vida presente, ó que no las

conocen sino para descuidarlas, y dar la preferencia á las de la tierra. El justo que vive de la fé, tiene otros sentimientos: teme lo que el mundo desea, y huye de lo que el mundo busca; y ocupado enteramente de la grandeza y eternidad de Dios, como se explicaba el santo Prelado, no comprende como pueda uno unirse á lo que ofrece el mundo vano y perecedero.

Eran tan conocidas estas disposiciones de Francisco, que habiendo sabido el Duque de Saboya, que habia renunciado la dignidad de Cardenal, no pudo menos de decir, que el Señor de Ginebra habia olvidado al mundo, y que no se acordaba de su Corte sino cuando decia misa, para pedir á Dios que la santificase.

Recibió aun por este tiempo unos despachos abiertos del Senado de Chambery, en los que se le suplicaba que hiciese por su patria lo mismo que habia hecho por la Francia, y que honrase su ciudad con sus sermones, asi como habia honrado poco tiempo hacia á la ciudad de Dijon. Francisco respondió con su acostumbrada finura, concediendo lo que se le pedia. Pero, en tanto que se preparaba para aquel nuevo trabajo, fué á visitarle Vespasiano Ajazza, Abad de Abundancia. Era este un sugeto de una piedad ejemplar, de una prudencia y dulzura consumadas, amigo de mucho tiempo del santo Prelado, y que nada emprendia de consecuencia sin consultarle antes. Veia con dolor hacia algunos años la poca observancia de sus religiosos. No cometian estos grandes desórdenes, pero seguian una vida muy agena de la santidad de la regla de San Agustin, de la que hacian profesion. Sin embargo, como todos eran muy ancianos, no habia tenido el Abad por conveniente obligarles á observancias que no habian aun practicado: aquella condescendencia que no tenia otro principio que la repugnancia que tenia en causar molestia á sus religiosos, no dejó de hacerle entrar en escrúpulos; y fué á consultar al santo Prelado, sobre lo que tendria que

hacer para restablecer el buen orden en su Abadía:

Francisco, que era la misma dulzura, alabó la moderacion del Abad; y como era su máxima, que en caso de faltar, valia mas que fuese por demasiada dulzura, que no por demasiada severidad, le aconsejó que no mortificase á sus religiosos: añadió, que no obstante era de parecer de que restableciese el buen orden en su Abadía á lo menos para lo sucesivo: que para esto era preciso señalar pensiones á aquellos religiosos ancianos, y obligarles á que cediesen el monasterio á los reformados que se harian venir de otras partes, que no juzgaba que hubiese otros mas á propósito para esto que los Fuldenses, aunque eran de distinta Orden: que si aquel proyecto le acomodaba, él escribiria al Papa para obtener las Bulas necesarias para ponerlo en ejecucion. El Abad aprobó aquel expediente; Francisco escribió al Papa; se le enviaron las Bulas que habia pedido: establecieron los Fuldenses en la Abadía de Abundancia, y aun viven en ella en el dia de hoy con mucha edificacion de todos.

En tanto que pasaban todas estas cosas, Francisco estaba siempre ocupado del designio de hacer la visita general de su Diócesis. Sabia que esta era una de las principales obligaciones de los Obispos; y tenia siempre á la vista aquel consejo del Apostol: *velad sobre vos mismo y sobre todo el rebaño sobre el cual os ha establecido el Espiritu Santo.*

Habiendo pues juntado todas las memorias que habia hecho arreglar, ó que él mismo habia arreglado, partió el quince de octubre para empezar aquella grande obra; pues no podia concluir la hasta que hubiese vuelto de Chambery.

La Diócesis de Ginebra es de mucha estension, y muy poblada, llena de un gran número de ciudades pequeñas, de villas y de pueblos: una parte de ella está cubierta de montañas, de una altura prodigiosa, y de

muy difícil entrada. Lo que hay en ellas mas particular, es, que la temperatura del aire es tan diferente, que se hallan parages que estan siempre cubiertos de nieves y de yelos; y los otros por el contrario se abrasan con los rayos del sol, y hace en ellos un calor excesivo. Una parte de aquella Diócesis se estiende hácia el pais de los suizos, que son la mayor parte luteranos ó calvinistas: otra hácia la parte de la Saboya; y la otra en fin, está al lado de allá del Rodano, dentro de los Estados del Rey Cristianísimo.

Esta parte fué la primera que visitó el santo Prelado; empleaba un dia entero á lo menos en la visita de cada parroquia. Decia en ella la misa, predicaba, confirmaba, enseñaba por sí mismo la doctrina á los niños, á fin de enseñar á los curas con su ejemplo, cuan importante es aquella funcion, de la que la mayor parte no hacen tanto mérito como debieran; y confesaba á todos los que querian confesarse con él.

Tantas ocupaciones no le impedian el informarse con cuidado de los desórdenes de las familias. Trabajaba en seguida en restablecer la paz en los matrimonios que estaban en continuas disensiones, la armonía entre padres é hijos, entre amos y criados, y en reconciliar á aquellos, cuyos odios inveterados escandalizaban al público. Su estremada dulzura le abria todos los corazones. Nada escapaba á su caridad: disfrutaban de ella los pobres, los enfermos, y los presos. Consolaba á los unos con las limosnas, á los otros con sus cuidados, y á los otros en fin con su crédito.

Pero se dedicaba sobre todo, á conocer y arreglar bien á los párrocos de las Iglesias que visitaba; y para esto era para lo que especialmente le servian las memorias que habia compuesto, y á las que consultaba siempre antes de entrar en los lugares que iba á visitar. Trataba con distincion á aquellos de entre los curas, que eran de una vida irreprehensible, y que cumplian santa-

mente con su ministerio. Animaba á los buenos, fortificaba á los débiles; y á pesar de su estremada dulzura amenazaba con tratar rigurosamente á los que diesen escándalos, y á aquellos de quienes se le habian dado quejas justas. Arreglaba en seguida nuevas memorias sobre lo que habia podido conocer por sí mismo, y las consultaba en ocasiones, á fin de no ser sorprendido.

Hacia todas sus visitas á pie, no hacia llevar bagaje alguno, ni cosa que pudiese suplir á la falta de todas las cosas en que se encontraba muy á menudo en los lugares infelices: la mas pobre choza era la que escogía siempre para su alojamiento; y despues de tantas fatigas, se veia reducido muchas veces á dormir sobre la paja. Aquellas incomodidades no le eran sensibles, sino en cuanto incomodaban á los que le acompañaban; este era todo su sentimiento; porque en cuanto á él, cuando se le compadecia por los malos alojamientos que encontraba á menudo, ó por las incomodidades que se veia obligado á padecer, respondia con una santa alegría, que aun no habia encontrado un alojamiento que fuese tan incómodo como el Portal de Belen, ni tan áspero como el de la Cruz; que sin embargo el Salvador se habia dignado de nacer en el uno, y de morir sobre el otro. Añadia, que aquellas pobres gentes, en cuyas casas se hospedaba, no estaban alojados, ni acostados mas cómodamente que él: que el mejor medio de hacerlos llevar con paciencia su pobreza, era el partirla con ellos, y enseñarles con el ejemplo, mas convincente siempre que las palabras; y que no era la pobreza tan digna de temerse como se la figuraban. Asi era como se animaba el santo Prelado á sufrir las incomodidades de la vida con el ejemplo del Salvador, y con el de aquel gran número de gentes pobres á quienes la Providencia ha destinado á llevar una vida pobre y laboriosa: *Ellos son hombres, añadia, lo mismo que nosotros; son cristianos, llamados como nosotros á la gracia y á la glo-*

ria; pueden llamar á Dios su padre, lo mismo que nosotros: en una palabra, ellos son nuestros hermanos, y tal vez son mejores y mas santos que nosotros, mas agradables á Dios y destinados á una gloria mayor. ¿Por qué pues establecer tanta diferencia entre ellos y nosotros, que creemos humillarnos, y ser muy dignos de compasion, cuando estamos por algunos dias como ellos están toda su vida?

El amor á los pobres fué siempre una de las virtudes mas queridas del santo Prelado; pero no tan solamente hacia consistir este amor en ayudarlos con limosnas, sino tambien en frecuentar su trato y vivir como ellos. La fé, de que estaba animado, le hacia ver á Jesucristo oculto bajo la persona de los pobres; y decia á menudo que de ellos era de quien el Señor habia dicho: *lo que por ellos haceis, lo haceis por mí mismo.*

Acercándose ya la cuaresma, se vió precisado á interrumpir su visita para ir á Chambery. Empezó por retirarse á hacer unos ejercicios en los padres Jesuitas, que poseian á la par su estimacion y confianza. Decia sobre este particular, que para predicar con fruto, era preciso, á ejemplo de San Juan y aun del mismo Jesucristo, entrar en la soledad, y por decirlo así, en el desierto antes de subir al púlpito. Allí era en donde habia aquel fuego y aquellas luces que introducian la fé en el corazon de los hereges, y que producian el odio al pecado en el de los pecadores. Nada decia de que no estuviese él mismo bien persuadido, y que no pudiese en práctica por sí mismo. *Los hombres,* decia él, *nos miran al mismo tiempo que nos oyen; es preciso predicar á los ojos tan bien como á los oidos; lo uno se hace con la palabra, y lo otro con el ejemplo, que es aun mas poderoso. ¿Quién me creeria, añadia, cuando yo predicase la penitencia, sino la hacia yo mismo?*

Hizo lo mismo en Chambery que habia hecho en Dijon: el mismo fruto en sus sermones, y el mismo celo

en su conducta. Pero no se le trató ni con mucho con la misma finura, con que se le habia tratado en Francia.

Durante la cuaresma, se presentó al Senado de Chambery un negocio criminal. Ambas partes eran muy poderosas; pero el hecho, que habia sucedido dentro de la Diócesis de Ginebra, no pareció suficientemente aclarado. Sobre esto mandó el Senado que se publicasen Monitorios en Annecy. Habiendo sabido Francisco esta providencia, mandó, que se le diese cuenta de aquel negocio: y le examinó con detencion. El hecho le pareció suficientemente probado; y no halló que el negocio fuese de tanta importancia que se hubiese de recurrir á la excomunion para aclararlo mas, aun cuando hubiese necesidad de adquirir nuevas luces sobre el asunto, y creyó ver mucha pasion entre los dos partidos. En general, no aprobaba el que se emplease la autoridad de la Iglesia para semejantes descubrimientos; y que se turbasen las conciencias por negocios que no valian la pena; y creia en particular, que el de que se trataba, era de esta naturaleza. En esta inteligencia, negó el Monitorio, y prohibió á su oficial eclesiástico el que lo concediese.

El Senado se dió por ofendido de su negativa, y le hizo decir, que sino concedia el Monitorio, se le ocuparian sus temporalidades. Francisco, que tenia tanta firmeza de caracter como dulzura, cuando se trataba de cumplir con su deber, respondió, que era no conocerle el hacerle semejantes amenazas: que siempre tendria un gran respeto al Senado; pero que, aun cuando se tratase de perder la vida, nada haria que fuese contra su conciencia. Esta respuesta puso en tanta mayor confusion al Senado, quanto que estaba persuadido de que la pérdida de los bienes no era capaz de inmutar á un Prelado tan exacto en cumplir con su obligacion; y por otra parte se avergonzaba de tratar tan mal á un tan grande Obispo, que pasaba por un santo, y que si habia ido á Chambery habia sido por condescender á sus ruegos. Tenia



tambien muchos amigos en aquella Corporacion que no eran de parecer que la cosa se llevase adelante. El partido contrario venció al fin, y fueron ocupadas las temporalidades. Un Senador se lo notificó de un modo tan injurioso, que no pudo menos de decir: *que se faltaba al respeto debido á su caracter.*

Sucedió lo que el Senado habia previsto. Francisco nada cedió de su firmeza, y continuó en negar el Monitorio que se le exijia. Se creia, que daria sus quejas al Duque de Saboya de aquel vergonzoso embargo; y no se dudaba de que el Príncipe lo mandaría levantar inmediatamente. Pero el santo respondió, *que no queria hacer semejante afrenta al Senado: que jamas habia recurrido al Principe por sus intereses particulares, y que no empezaria entonces á hacerlo.*

Sin embargo, el agravio hecho al santo Prelado hacia que se murmurase tanto mas en la ciudad, quanto mayor moderacion se descubria en él. Se decia altamente, que aquello era pagar muy mal los servicios que estaba haciendo: que el Senado debia tenerle tanta mas consideracion, quanto que todo el mundo sabia, que solo por respetos al Senado habia ido á aquella ciudad: que el Príncipe desaprobaba infaliblemente el procedimiento hecho contra él, y que un Obispo seria bien digno de compasion, si estuviese obligado á obedecer ciegamente las ordenes del Senado, y mucho mas siendo estas contra su propia conciencia.

Estas quejas, que iban todos los dias en aumento, obligaron al fin al Senado á proponerle, que se le concedería el levantamiento del embargo de sus bienes, si queria pedirlo. Pero el santo Prelado que creyó deber sostener en esta ocasion el honor de su caracter, respondió, que el Senado era muy justo para no reparar, sin que él se mezclase en ello, el agravio que se le habia hecho sin su participacion. Vióse pues reducido el Senado á levantar el embargo, sin que él lo hubiese pedido.

Francisco dió en aquella ocasion un gran ejemplo de virtud. Habia sido cruelmente insultado por el Senador, que habia ido á notificarle el embargo de sus temporalidades. Habiendo llegado á vacar una canongia de su catedral, se la dió á un sobrino de aquel Senador que sabia que era sugeto de mérito y de piedad. Este fué el modo con que se vengó del arrebató de aquel Magistrado, que despues no pudo dejar de alabar la eminente virtud del santo Prelado.

Nada ofende mas que las injurias que vienen de personas á quienes se cree haber obligado; y si se añade el desprecio á la injuria, esto es lo que mas hiere el corazon, y lo que menos se perdona. Estas son cabalmente las circunstancias en que se encontraba entonces el santo Prelado. Precisamente á instancias del Senado habia ido á predicar la cuaresma á Chambery: todos los particulares de la Corporacion no podian menos de estarle muy reconocidos. No obstante, uno de ellos fué el que le habló con tal desprecio, que aunque fuese el mas humilde y sufrido de todos los hombres, no pudo menos de quejarse. Sin embargo, cuando se le presentó la ocasion, no se vengó de aquella injuria, sino con beneficios. Cierito es, que el no vengarse, es una cosa muy grande; pero el hacer bien á sus enemigos, es efecto de la mayor generosidad.

Mientras que el santo daba en Chambery los mas grandes ejemplos de virtud, se recibieron noticias de que habian reñido el Duque de Saboya y el de Nemours. Este último pretendia ser Soberano absoluto del Condado del Ginebres; y el Duque por el contrario queria absolutamente, que dependiese siempre de él. Tratóse en vano por una y otra parte de todo lo que podia hacer terminar aquel negocio por medio de una composición; y al fin fué preciso venir á parar en una guerra abierta. El Duque de Nemours se puso el primero en campaña: no podia haber elegido tiempo mas á propó-

sito para hacerlo; el de Saboya estaba ocupado en otra guerra en el Piamonte; y no podia desmembrar sus fuerzas sin debilitar en demasia su ejército, y sin esponer su país á una invasion casi segura. El Duque de Nemours se aprovechó de esta ocasion, que le era tan favorable: juntó sus tropas con presteza, y apareció sobre las orillas del Rodano en estado de darse él mismo la satisfaccion de la injusticia que pretendia que se le habia hecho por el Duque de Saboya. No se dudaba de que empezaria las hostilidades por sitiar á Annecy, en donde habia resuelto hacer su plaza de armas. Esto fué lo que obligó á Francisco á partir inmediatamente despues de Pascuas, para consolar á sus diocesanos que estaban sumamente alarmados con las intenciones del Duque de Nemours. Su presencia aumentó su consternacion. Como era extraordinariamente querido de todos, no podian sufrir con serenidad, que se encerrase en una ciudad, que iba á ser sitiada, y que estando mal fortificada, y el socorro dificil y lejano, no podia menos de ser tomada, ó tal vez ganada por asalto.

Se le hizo presente sobre esto, que las tropas del Duque de Nemours se componian de hereges en la mayoria: que ya conocia el odio que le profesaban: que si la ciudad era tomada, lo que era moralmente imposible que dejase de suceder, él seria la primera víctima inmolada á su furor y á su venganza: que el Duque, que conocia su adhesion y la de toda su familia al servicio del de Saboya, se daria tal vez por contento, de verse libre de un Prelado á quien miraba como enemigo suyo: que mientras permaneciese en medio de ellos, no le serviria sino para redoblar sus temores y alarmas: que entonces que aun estaba libre la salida de la ciudad, le suplicaban que se pudiese en salvo: que Dios queria castigarles por el poco provecho que habian sacado de sus buenos ejemplos y santas instrucciones: que ellos solos eran los culpados, y que no era justo que

un inocente como él era, fuese envuelto en el castigo que Dios queria darles por sus pecados.

Francisco, despues de haberles dado las gracias por el buen afecto que le mostraban, respondió con una firmeza, que nunca se admirará suficientemente, que el consejo que se le daba, parecia al que podria dársele á un pastor, de que huyese al ver venir á los lobos dispuestos á despedazar su ganado: que él no ignoraba que las tropas del Duque de Nemours se componian casi todas de hereges: que los ginebrinos, que no le querian bien, eran una parte considerable de ellas: que por esta misma razon era por la que estaba resuelto á correr con ellos á los riesgos de la guerra, á fin de impedir, si era tomada la ciudad, la seduccion de su pueblo, la profanacion de las cosas santas, y las demas violencias que son las consecuencias ordinarias en las ciudades tomadas á la fuerza: que sabia hasta donde podia llegar la rabia de los hereges contra él; pero que nada habia deseado jamas con mas ardor, que verter su sangre por la fé: que esperaba sin embargo que Dios no permitiria que sucediesen tantas desgracias, si se volvian á él con todo su corazon: que con este objeto se quedaria entre ellos para animarlos: que sobre todo, su vida no era mas preciosa que las de tantas gentes honradas, que estaban espuestas á los mismos peligros; y que si tenia que perderla, no podia morir mas gloriosamente que asistiendo al pueblo que Dios le habia confiado.

Entretanto el Duque de Nemours, á quien el paso del Rodano habia detenido mas tiempo del que convenia al logro de sus intentos, se presentó delante de Annecy. La ciudad fué cercada desde aquel mismo dia, y al siguiente se puso el sitio en toda forma.

Estendióse al mismo tiempo la noticia, de que el Duque para atraer mas gente bajo sus banderas, habia resuelto conceder la libertad de conciencia en todo el Con-

dado del Ginebres, cuya capital es Annecy, y en todo el pais que pudiese conquistar al Duque de Saboya. Al oír esta nueva, no pudo el santo Prelado contener sus lágrimas; y despues de haber gemido largo rato delante de Dios, se dejó ver con un semblante tranquilo; y dirigiéndose á los que estaban presentes, les dijo: *puesto que el Duque de Nemours abandona la causa de Dios, y la sacrifica á su ambicion, Dios le abandonará á él, y no saldrá con sus intentos.* Estas palabras se miraron como una prediccion de que no seria tomada la ciudad.

En efecto, algun tiempo despues se supo que Victor Amadeo, Príncipe del Piamonte, marchaba á grandes jornadas en socorro de Annecy, con tropas superiores á las del Duque de Nemours. Este Príncipe no creyó que debiese esperarle: levantó el sitio; y algunos dias despues entró el Príncipe en Annecy. Fué á alojarse á casa del santo Obispo, le abrazó muchas veces delante de todos, y dió muestras públicas de que estaba persuadido de que su celo y firmeza habian impedido la toma de la ciudad. Francisco, que no pensaba sino en los intereses de Dios, se valió de esta ocasion para empeñar á aquel Príncipe en que pusiese la paz en varios monasterios de su Diócesis, cuyos religiosos no podian convenirse con los Abades sobre la particion de los bienes. Suplicóle tambien que le apoyase con su autoridad, para introducir la reforma en algunos monasterios de religiosas, cuya conducta no era tan arreglada como hubiera deseado. El Príncipe, que nada podia rehusarle, le concedió uno y otro, y apoyó con su autoridad, y aun con su presencia todos sus buenos deseos. La paz y el buen orden se restablecieron en todas aquellas casas religiosas.

Entretanto el Duque de Nemours, despues de haberse visto precisado á levantar el sitio de Annecy, huía delante de las tropas del Príncipe del Piamonte: rea-

nimadas todas las plazas con aquel suceso, le cerraban sus puertas; empezó la desercion en sus tropas, y la prediccion del santo Prelado, *de que no saldria bien en sus intentos*, no fué sino demasiado cierta. Estos contratiempos obligaron al Duque de Nemours á tratar de composicion. Por otra parte, los negocios del Piamonte no podian pasar adelante sin las tropas que el Príncipe habia sacado de alli. Asi es, que aquellos dos Principes estando igualmente interesados en la paz, la ajustaron bien pronto. El Príncipe del Piamonte volvió á pasar los montes, y Francisco se halló en estado de continuar la visita de su Diócesis.

Salió de Annecy con este objeto el diez y ocho de Julio del año mil seiscientos y seis, y no llevó consigo mas equipaje que la vez primera, á pesar de que tenia que visitar los sitios mas ásperos y mas pobres de la Diócesis de Ginebra. No fué entonces solamente, cuando se vió obligado á ir á pie por mortificacion y por modestia. Las montañas por donde le era preciso pasar, eran tan escarpadas, y las peñas tan puntiagudas, que era imposible ir de otro modo, y aun á menudo era preciso valerse igualmente de los pies que de las manos, para trepar por ellas; y despues de haber sufrido un calor excesivo al pie de aquellas montañas, se encontraba en lo alto de ellas un aire tan frio, que traspasaba aun á los mas robustos.

Un dia, que habia llegado medio muerto de debilidad y de frio, á lo alto de una de aquellas horribosas montañas, y desollados los pies y las manos, para visitar una sola parroquia que alli estaba situada; como mirase con sorpresa las prodigiosas grietas de yelo, que tienen á veces diez ó doce picas de profundidad, los habitantes del pais que habian ido á presentársele, le contaban, que algunos dias antes, corriendo un pastor detras de una baca, que se le habia descarriado, habia caido en una de aquellas grietas. Añadieron, que no se hu-

hiera sabido jamas semejante cosa, si un compañero suyo que le buscaba, no hubiese visto su sombrero, que habia quedado al borde de la grieta, cuando se cayó por ella. Creyó con esto, que aquel pobre pastor estaria aun en estado de poder ser socorrido, ó que á lo menos si habia muerto, podria lograr el darle sepultura eclesiástica. En esta inteligencia, hizo que le bajasen con cuerdas á aquella horrible grieta, de la que le sacaron medio muerto de frio, teniendo entre sus brazos á su camarada muerto, y casi convertido en yelo.

Habiendo oido aquello Francisco, se volvió á los que le acompañaban que estaban enteramente desanimados á causa de las grandes fatigas que tenían que sufrir todos los dias; y valiéndose de aquella ocasion para animarlos, les dijo: *algunos piensan, que nosotros hacemos demasiado; y hacemos mucho menos que estas pobres gentes. Vosotros habeis oido, como el uno perdió la vida por recobrar una bestia descarriada; y como se ha espuesto el otro al peligro de perderla, para procurarle una sepultura, sin la que en todo caso hubiera podido pasar muy bien. Estos ejemplos nos hablan, esta caridad nos confunde á nosotros, que hacemos mucho menos por la salvacion de las almas que nos estan confiadas, de lo que hacen estas pobres gentes por salvar las bestias confiadas á sus cuidados.*

Salió tan fatigado de aquella penosa visita y con los pies, manos y piernas tan estropeadas, que no pudiendo tenerse en pie, se vió obligado á tomar algun descanso. Hallábase entonces en la villa de Annecy, en donde hacia poco que habia muerto en opiuion de santa, una labradora llamada Petronila Botey. No se hablaba entonces de otra cosa, que de su preciosa muerte delante de Dios, y de los grandes ejemplos que habia dado durante su vida: Francisco nunca la habia visto; pero ella le habia escrito, y él le habia contestado muchas veces á sus cartas; y tambien escribió él mismo á ma-

dama de Chantal que le hiciese el favor de recibirla en el número de sus amigas. Estando pues hablando en un rato desocupado con el Primiciero de la Roche, que la habia conocido mucho, le suplicó, que le contase la vida de aquella santa muger. El lo hizo en los términos que va á referirse con corta diferencia.

El nacimiento illustre, de que tanto aprecio hacen los hombres, nada es delante de Dios. A la verdad, no escluye de la Gracia; pero tampoco es un motivo para concederla. Parece por el contrario, que se complace en comunicar con los que nada tienen, que les distingua á los ojos de los hombres. Esto es lo que va á verse en la vida de aquella santa muger, á quien yo he admirado muy á menudo, y á la que desearia poder imitar. Era hija de dos pobres honrados, á pesar de su pobreza, y que nada omitieron para darle una santa educacion. Ella correspondió á sus cuidados; y desde sus mas tiernos años apareció ya llena de piedad. Era de hermosa presencia, y no faltaron gentes que tuvieron buen cuidado de decirselo. Pero habiendo ella oido decir, que la hermosura no es un bien tan grande como se figuran la mayor parte de las mugeres, se resolvió á conservar su inocencia y hacerse religiosa. Sus padres, á quienes no disgustaba el verla colocada, se opusieron á ello fuertemente. Ella creyó, que estando estos en lugar de Dios, debia obedecerlos: miró su voluntad como una señal visible de la divina, y no abrazó el estado del matrimonio, sino porque creyó, que Dios lo queria así. El que se casó con ella era hombre muy rico; pero era al mismo tiempo muy arrebatado. Dios, que queria ejercitar su paciencia, permitió que tambien se volviese celoso; la hermosura de su muger le ocasionaba continuas alarmas; y toda su virtud, que al mismo tiempo no dejaba de admirar, no era suficiente para tranquilizarle; y hacerle que tuviese confianza en su esposa. Seria casi

imposible el creer todo lo que la hizo sufrir en el fuerte de aquella furiosa pasión. Quanto mas la amaba, mas la maltrataba, y el mas cruel de sus enemigos no la hubiera tratado peor, que la trataba el hombre que mas la queria en el mundo. Entonces fué, cuando le pesó el no haber entrado religiosa; pensaba sin cesar en la tranquilidad de que se goza en aquel feliz estado. Pero, como ya la era imposible el tomar este partido, rogó á Dios, que la enviase una enfermedad que la privase de aquella hermosura tan fatal á su tranquilidad. Su súplica no fué atendida; sus ayunos y mortificaciones la hacian ser de cada día mas hermosa; no oponia á las persecuciones de su marido sino una estremada dulzura y una invencible paciencia; contenta con ser inocente, jamas se quejaba; huia hasta de las menores apariencias que pudieran hacerle sospechar que era culpada: jamas salia de su casa que no fuese acompañada, y esto solamente para ir á la Iglesia á hacer sus oraciones. El resto del día se la encontraba siempre ocupada en los quehaceres domésticos, en la lectura y oracion, y en el trabajo, sin tener otra voluntad que la de su esposo, y ocupada sin cesar de las precauciones, que podian acabar con sus sospechas. Lo que no podia menos de causar admiracion, es, que ella no le amaba menos á pesar de los muchos disgustos que la daba; se compadecia de él y dijo despues, que mas sentía lo que sus celos le hacian sufrir, que lo que ella sufría.

Tantas virtudes hicieron por fin impresion en el ánimo de aquel desgraciado esposo; condenóse á sí mismo por haber sospechado de ella, y desde entonces vivieron en la mayor paz y tranquilidad. No temiendo ya aquella santa muger el causar recelos á su marido, se dedicó enteramente á la práctica de las buenas obras; asistia continuamente á la Iglesia, visitaba los enfermos, tenia cuidado de los pobres, y como poseia bastantes bienes, hacia grandes limosnas, pero siempre con con-

sentimiento de su marido. Su principal cuidado era el educar bien á sus hijos, y velar sobre sus criados; rezaba con ellos, les enseñaba ella misma la doctrina, ó les leia algun libro devoto; pero sobre todo pensaba siempre en edificarlos con sus ejemplos. Ayunaba ademas todos los viernes del año.

Las vigiliás, las cuatro tómporas y la cuaresma, no comia sino pan y unas pocas legumabres mal sazoadas, y no bebia sino agua. Se levantaba todas las noches y permanecia una hora en oracion, tanto en medio de los frios mas crueles, como en medio de los mas escesivos calores. Parecia que siempre estaba contenta, hablaba poco, y nunca de los favores que Dios la hacia, aunque fuesen estos muy singulares; esta es la causa de que se tenga tan poco conocimiento de ellos. Jamas se la oyó murmurar. Siempre paciente, y siempre humilde, ocultaba las faltas del prójimo, y sobre todo las de su marido, que no eran pequeñas, con mas cuidado que las suyas.

Por lo que toca al honor y recato, jamas hubo muger mas exacta, pues llegaba en esto hasta el escrúpulo; y no puede darse mejor prueba de que los celos son la pasión mas vergonzosa y fuera de razón, que el decir que su marido fué bastante ciego para sospechar de ella por largo espacio de tiempo.

Despues de haber vivido de esta suerte cuarenta y ocho años, llegó el tiempo en que quiso Dios recompensar tantas virtudes: se la vió asistir con mas frecuencia á la oracion y á las buenas obras; notóse tambien que hacia moler catorce cargas de trigo, que hizo apartar gran cantidad de legumbres, y que juntó todo el dinero que ella tenía. Preguntóla su marido que que era lo que queria hacer de todo aquello, y respondióle ella, que mientras se estaba á tiempo, era menester hacer buenas obras; que su muerte se acercaba, y que trataba de hacer provisiones para la eternidad. Quiso ir en seguida

á la Iglesia á recibir el viático, y la extrema unción, diciendo como el Centurion del Evangelio, que ella no merecia que su Salvador fuese á verla á su casa. Su marido, que no creia que estuviese tan mala, se lo prohibió: ella le obedeció, pero le suplicó que la mandase hacer el atand; y puso ella misma aparte la sabana en que queria ser amortajada; en seguida se metió en la cama; no habló de otra cosa que del desprecio de las cosas del mundo, del amor y temor de Dios, y del deseo que tenia de verse unida á él para siempre. Un poco despues mandó venir á sus hijos, les habló de la manera que acaba de contarse, y les exhortó á amarse, y á tributar á su padre todo el honor que hasta entonces habian partido entre los dos, y les dió su bendición.

Entró á visitarla en aquella ocasion una joven devota amiga suya, que fué á ofrecerle sus servicios; pero ella la dijo, que iba á prepararse para la muerte, y que se verian bien pronto en el cielo. Al poco rato, perdió la palabra, y se la dió la extrema unción; despues de haberla recibido, ya no dió mas señales de vida, que una gran cantidad de lágrimas que derramaba, abrazándose con el Crucifijo; y murió aquel mismo día, á la hora que ella habia señalado.

Esta joven devota, cuya muerte habia predicho, la siguió muy pronto. Aun en el día de hoy, no se habla de otra cosa que de la santa vida y preciosa muerte, delante de Dios, de aquella santa muger: los pobres, de quienes era la madre, la lloraron por mucho tiempo; y su familia cayó en una aflicción de la que no pudo salir.

El santo Prelado pareció muy conmovido con este discurso; y apenas hubo dejado de hablar el Primicerio, cuando el santo levantó sus ojos al cielo, llenos de lágrimas, y dijo estas hermosas palabras del Salvador: *yo os doy gloria, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, de que habeis ocultado estas cosas á los sabios*

*y prudentes, y las habeis revelado á los sencillos y pequeños. Esto es asi; Padre mio, porque vos lo habeis querido.* En este sentido escribió á madama de Chantal, y la prometió enviarla la narracion de aquella edificante historia.

Como de todo sacaba provecho para la eternidad, sirvió la historia que se ha contado para redoblar su celo; no pudo esperar á estar enteramente curado, y en cuanto hubo descansado algun tanto, continuó sus visitas. La situacion de los pueblos, lo trabajoso de los caminos, la desolacion que la guerra civil y la heregia habian llevado á todas partes, la multitud de negocios, y el extraordinario trabajo de que se cargaba, haciendo lo mismo casi en todas partes, le ocasionaron penas increíbles. Dice él mismo, que las dificultades que habia hallado en su visita, *no eran arroyos que pudiesen atravesarse fácilmente, sino torrentes capaces de arrastrar á los mas robustos: que encontraba cruces á cada paso, y que habia tenido un trabajo desmedido.*

Esperimentó en esta ocasion, que Dios no abandona jamas á los que confian en él, y trabajan por su gloria: porque añade, *que Dios le era tan propicio, que todos los dias hacia una especie de milagro en su favor: que cuando se retiraba por las noches, estaba tan abatido, que no podia hacer uso alguno ni de su cuerpo, ni de su espíritu; que sin embargo se encontraba todas las mañanas con un nuevo vigor, y en estado de continuar el trabajo, como sino hiciere mas que empezarlo entonces.* Confiesa, que habia encontrado el mejor pueblo del mundo sobre aquellas horrosas montañas; y que prescindiendo de algunas supersticiones que habia desterrado, nada podia añadirse al celo que tenian por la Religion católica. *¡Qué acogidas, dice, qué veneración á su Obispo! He llegado antes de anoche á una pequeña ciudad; pero los habitantes habian encendido tantas hogueras, que estaba tan claro como en*

medio del día. ¡O qué bien merecen otro Obispo que yo! No era ni el equipaje, ni el fausto, ni estudiadas altanerías, las que le adquirían aquella veneración: sola su virtud sostenía su dignidad. Se engaña el que cree, que una Religión fundada sobre la humanidad, no puede sostenerse sino por el brillo de una pompa mundana.

Acabó en fin aquella penosa visita; y en cuanto estuvo de vuelta en Annecy, envió á Roma á su hermano Juan Francisco de Sales, canónigo de su Iglesia catedral, para dar cuenta al Papa del estado de su Diócesis. Necesitaba de algunas Bulas para reparar ó restablecer muchas cosas, que habian destruido la guerra y la heregía; y las obtuvo sin necesidad de otro agente, que de la alta opinion que se tenia en todas partes de su eminente santidad.

Tantas fatigas como acababa de experimentar, merecian bien que tratase de descansar algun tanto; pero aquel gran Prelado, incapaz de ocuparse de otras cosas, que de lo que podia contribuir á la santificacion de su pueblo, apenas estuvo de vuelta de la visita, cuando compuso unas instrucciones para los confesores. Nadie podrá leerlas, que no convenga en que estan llenas de dulzura, á lo menos nada tienen de la latitud que se ha tenido la temeridad de imputarle.

Apenas hubo concluido esta obra, cuando se preparó para predicar la cuaresma en Annecy. Desempeñóla con su acostumbrado celo. Conocia los males de su pueblo; sabia los remedios; su ejemplo acompañaba siempre sus discursos, y nada exijia de los demas, que él no practicase con la mayor exactitud. Dios echó sobre su trabajo mas abundantes bendiciones que de ordinario; no habia pecadores tan endurecidos, que pudiesen resistir á la fuerza del espíritu que hablaba por su boca. Empezaba su conversion por sus discursos públicos; la acababa y afirmaba en sus conversaciones privadas: este era su principal negocio, y ninguno habia que no de-

jase, quando se trataba de oír ó consolar á algun pecador.

Habiendo pasado las fiestas de Pascua, y hallándose entonces en Annecy el presidente Faure, formaron juntos el designio de fundar una Academia de filosofia, teología, jurisprudencia, matemáticas y letras humanas. Los dos sobresalian en estas ciencias; y nadie era mas capaz de ejecutar un proyecto tan útil. Dos motivos los condujeron á hacer aquella fundacion; el uno, que estaban persuadidos de que nada contribuye mas á introducir y sostener el desorden en una ciudad, que la ociosidad; el otro, que habia muchos talentos buenos en Annecy y en las cercanías, que faltos de ayuda no hacian en las ciencias los progresos que eran capaces de hacer. Estando dispuestas todas las cosas para la ejecucion de aquel designio, escribieron al Duque de Saboya para suplicarle, que concediese algunos privilegios á la Academia, que pudiesen estimular á sus vasallos á llegar al fin, que ellos se habian propuesto; el Duque se les concedió; y se suplicó al mismo tiempo al Duque de Nemours, que tuviese á bien ser el protector de la Sociedad. Francisco debia serlo despues del Duque, y sus sucesores debian tener al mismo tiempo derecho. Arreglaronse los Estatutos: se eligieron sugetos capaces de honrar la Corporacion; y el santo Prelado hizo la apertura de la primera Academia con un discurso de los mas elocuentes. El presidente Faure hizo la segunda apertura. Asi se estableció la Academia; y el santo Prelado sacó de ella todas las ventajas, que se habia propuesto.

Poco despues volvió de Roma Juan Francisco de Sales, y le trajo las Bulas que habia pedido con cartas de su Santidad y del Cardenal Pámfilo. Las del Cardenal no contenian sino una felicitacion sobre los continuos cuidados, que se tomaba para el restablecimiento de la fé y de la piedad en su Diócesis. Las del Papa iban acompañadas de una comision apostólica para la reforma de algunos monasterios, sobre la que el santo le habia es-

crito. El Cardenal Arrigon le escribió cuasi al mismo tiempo, de parte de su Santidad, para saber su modo de pensar sobre la famosa contestacion de *Auxiliis* ó de la predestinacion, y del modo con que concurre la Gracia con la libertad del hombre.

Esta cuestion, despues de haber sido agitada largo tiempo en las escuelas, habia sido llevada al Tribunal de Clemente VIII por los Dominicos. Tenian estos por contrarios á los Jesuitas. Los primeros sostenian los decretos predeterminantes: los Jesuitas defendian la ciencia media. El Papa, que era sugeto muy instruido, quiso examinar á fondo esta cuestion. Estableció al efecto una Congregacion compuesta de los Cardenales mas sabios y de los teólogos mas famosos; y la presidia él mismo. Reuniáanse á menudo: se disputaba con calor por una y otra parte; pero al fin murió el Papa sin que se hubiese decidido cosa alguna sobre esta cuestion.

Habiendo sido elegido Paulo V por sucesor de Clemente VIII volvió á entablarse este negocio con mas ardor aun que anteriormente: no fué esta una simple disputa entre teólogos; llegó por decirlo así á ser un negocio de Estado. Los pasos, que se dieron con este motivo con demasiado calor para un negocio que era muy importante por su misma naturaleza, hicieron al Papa que le mirase con mas seriedad. Resolvió no decir cosa alguna sobre el particular, sin haber consultado antes á los hombres mas sabios de Europa; y esta fué la causa por la que el Cardenal Arrigon escribió de parte de su Santidad al Obispo de Ginebra para saber su parecer sobre aquella famosa cuestion, que empezaba á dividir las opiniones de todos los teólogos católicos.

Francisco no hizo como la mayor parte de los que habia consultado su Santidad. Los unos se habian declarado por los decretos predeterminantes, y los otros por la ciencia media. El santo Prelado tomó otro partido: contestó al Cardenal, que despues de haber examinado

á fondo la disputa en cuestion, hallaba dificultades que le asustaban por una y otra parte: que el tiempo no era á propósito para una decision: que los ánimos estaban demasiado acalorados para someterse pacíficamente á una sentencia: que todo debia esperarse de su respeto á la santa Sede; pero que no siempre era esto muy seguro: que no convenia poner su sumision á semejante prueba, y que valia mas dedicarse á hacer buen uso de la Gracia, que no enredarse en unas disputas, que siempre han alterado la caridad, y turbado la paz de la Iglesia.

Francisco guardó siempre la misma moderacion con respecto á los dos partidos: verdad es, que su espíritu no estaba en tal indecision sobre la cuestion de que acaba de hablarse, que no se inclinase mas á una parte que á otra; bien se vé qual era su modo de pensar en su tratado del Amor de Dios.

Sin embargo, recibia igualmente bien á los Dominicos y á los Jesuitas; estaba persuadido, de que se disputaba de buena fé por una y otra parte, y no creia que su opinion particular debiese poner la ley á las demas. Vituperaba altamente aquel espíritu de partido, que hace pasar tan á menudo del odio de las opiniones al de las personas, que las siguen. La ley de la caridad tan recomendada en la sagrada Escritura, era, segun él, la ley suprema, la mas inviolable de todas las leyes, y á la que todas debian ceder. No podia sufrir que se tratase de hereges á unos católicos, que vivian dentro de la uncion de la Iglesia, tan solo por opiniones, sobre las que no se habia explicado la misma Iglesia. *¿Y qué, decia en estas ocasiones, somos nosotros de Pablo, de Apolo ó de Cephas? ¿No somos de Jesucristo? ¿Pablo, Apolo ó Cephas, han sido crucificados por nosotros? ¿Nos han rescatado? ¿O estamos acaso bautizados en su nombre?* No solo no aprobaba que se tratase de hereges á los que la Iglesia no habia privado de



su comunión; sino que desaprobaba hasta lo sumo, que se diesen reciprocamente el nombre de sectas. *Cristiano es mi nombre, decía, católico mi apellido: Hé aquí como deben hablar los que amen sinceramente la Iglesia de Jesucristo.*

Algun tiempo despues que Francisco hubo enviado al Papa su parecer sobre la cuestion de *Auxiliis*, salió para ir á visitar varias parroquias en lo mas distante de su Diócesis, á las que creía, que no habia bastado su visita general. Estaba persuadido, de que la primera visita apenas puede dar un conocimiento general y superficial de los negocios y necesidades de los pueblos: que no era suficiente el dictar providencias útiles, sino que era necesario poner los medios para que tuviesen cumplimiento. La esperiencia misma le habia enseñado, que era preciso algunas veces añadir ó quitar; y que hay pocas leyes generales, que no se necesite acomodar alguna vez á las circunstancias del tiempo y á las necesidades particulares.

Dios bendijo los desvelos de aquel vigilante Prelado: acabó con el restablecimiento de treinta y tres parroquias en lugares, en donde once años antes no habia encontrado sino ministros. *Yo emplee en aquel tiempo, dice en una de sus cartas, tres años solo en predicar, con todas las contradicciones que es fácil imaginarse; pero Dios me ha recompensado bien en este viaje: porque en lugar de que entonces no habia sino cien católicos en todos estos lugares, ahora no he encontrado en ellos cien Hugonotes.*

Proseguía Francisco sus visitas con toda la alegría, que era capaz de causarle la reunion de tantas almas á la Iglesia católica, cuando recibió cartas que le hicieron saber la muerte de Juana de Sales, la mas joven de sus hermanas; pero tambien la que él amaba con mas ternura. Habiendo ido á Annecy madama de Chantal, se la habia pedido para tenerla algun tiempo á su lado; y

Francisco, que no creía poderla procurar una mejor educacion, que la que era capaz de darla aquella santa viuda, se la habia confiado. Apenas hubo llegado á Montelon, en donde residia entonces madama de Chantal, cuando cayó enferma de calentura, acompañada de disenteria. El cariño, que esta señora la profesaba, no la permitió descuidar cosa alguna para aliviarla y servirla; pero los cuidados y remedios fueron igualmente inútiles, y murió á los catorce años de edad, hermosa, bien formada, dulce, llena de espíritu y de piedad. Madama de Chantal quedó traspasada de dolor, y se lo hizo presente al santo Prelado al enviarle aquella triste nueva.

Francisco, aunque estuviese él mismo muy aflijido, (porque no es propio de la virtud ser insensible y no tener afecto á los que Dios ha unido á nosotros por los lazos de una misma sangre), aunque le fuese pues muy sensible aquella pérdida, halló, que era escesiva la afliccion de madama de Chantal: la reprendió por ella, y la consoló al mismo tiempo, pero en términos que hacen conocer demasiado su caracter para dejar de referirlos. *Yo os veo, la escribió, con un corazon vigoroso y que ama ardientemente: y yo le aprecio mucho: porque aquellos corazones medio muertos, ¿para que sirven? Es necesario no obstante, mi querida hija, contenerlo un poco, y hacer para esto todas las mañanas una firme resolucion de amar la voluntad de Dios en las ocasiones mas insoportables.*

En otra parte describe sus sentimientos sobre aquella pérdida: dice, que habia interrumpido sus visitas para ir á consolar á su madre y á sus hermanos que sabia que estaban muy aflijidos con tal pérdida; y que se habia enternecido entrañablemente con la afliccion de su familia. Conviene, en que en esto se resienta algo de la flaqueza humana. Pero los santos son rigidos censores de su propia conducta; podrá juzgarse de esto por el

modo con que espresa sus propios sentimientos: *en cuanto á mi, dice, O! viva Jesus, yo seguiré siempre el partido de la divina Providencia: ella lo hace todo bien, y dispone lo mejor en todas las cosas ¡Qué dicha para aquella joven el haber sido arrebatada del mundo, antes que su malicia hubiese pervertido su alma y el haber salido de este lugar corrompido, antes de haber sido manchada!*

A un otro golpe, la verdadera piedad no pide un corazón duro y sin compasión. Jesucristo, el gran modelo de los santos, no creyó deber negar las lágrimas á la muerte de Lázaro, á quien amaba; se enterneció con la aflicción de sus hermanas. Permitido es pues el ser sensible; pero debe uno serlo con tal moderación, que nada haya desmedido, ni arrebatado, sino que esté siempre sumiso á la voluntad de Dios. Un dolor obstinado, que á nada atiende, y que no mira jamas de donde vienen los golpes que nos afligen, no puede menos de ser muy reprehensible; raro es que se tenga un dolor como el que acaba de decirse, sin que se murmure contra el modo siempre sabio, y siempre lleno de bondad, con que Dios dispone de las cosas: este es del que es necesario huir con mucho cuidado.

Madama de Chantal se aprovechó del consejo del santo Prelado, y se sometió á las órdenes de Dios; pero no se dió por satisfecha con respecto á la casa de Sales: ella creyó, que debía resarcirla de la pérdida que acababa de sufrir por causa suya; y esto fué lo que la hizo adoptar la resolución de casar una de sus hijas con uno de los hermanos del santo Obispo: ejecutólo á su tiempo con consentimiento de su familia, que se juzgó muy honrada con aquella alianza.

Francisco por su parte, despues de haber empleado el tiempo que juzgó necesario para consolar á su madre y familia, volvió á empezar sus visitas, y volvió á interrumpirlas para ir á predicar el Adviento en An-

necy. El año siguiente, predicó la cuaresma en Rumilly, ciudad pequeña de la Saboya, en donde se le aguardaba hacia mucho tiempo. Allí recibió cartas del Duque, que le obligaron, acabada la cuaresma, á ir á Tonon para negocios muy urgentes. Cuéntase una cosa que le sucedió en el camino, que es una prueba bien manifiesta de su mortificación. Se vió obligado á hospedarse en casa de un amigo suyo: sentáronse á la mesa; pero el que le habia puesto el cubierto se habia equivocado, poniendo harina en el salero en lugar de sal; los que le acompañaban en la mesa, lo notaron al momento; pero el santo Prelado acostumbrado á no poner atención alguna en lo que comia, continuaba sirviéndose de la harina en lugar de sal, y tal vez no hubiera reparado en semejante cosa, si el amo de la casa, al mandar que se le mudase el salero, no le hubiese dicho que disimulase la equivocación que se habia padecido. El santo Prelado, que ocultaba sus virtudes con tanto cuidado, como pueden poner otros en ocultar sus defectos, sintió un poco el que se hubiese advertido la ninguna atención que ponía en lo que se le presentaba delante para comer: mudó al instante de conversación, y el respeto que se le tenia, hizo que cada uno se abstudiese de decir lo que pensaba de una vida que parecia que nada tenia de extraordinario, pero que en la realidad era muy mortificada.

Por aquel tiempo llegó á noticia de Francisco, que un religioso de una de las Ordenes mas austeras, le habia hecho un mal servicio cerca de su Santidad. Hábiale escrito, que el Obispo de Ginebra no velaba con bastante cuidado en desterrar de su Diócesis la lectura de los libros heréticos: que todos los dias llegaban allí libros de esta clase, de Ginebra, que eran recibidos y leídos con ansia por los nuevos católicos; y que, si continuaba aquel desorden, no podia esperarse otra cosa

sino una funesta recaída de aquellos desgraciados en sus antiguos errores.

Difícil seria el decir la razon que pudo conducir á aquel religioso á aventurar una calumnia semejante. Todo lo que se sabe sobre esto, es, que habia ido á la Diócesis de Ginebra en calidad de misionero. Era este un hombre de un celo desmedido, que no tenia consideracion alguna, ni podia sufrir que se tuviese con los hereges. Su disposicion era de las mas medianas, y estaba acompañada de toda la presuncion, de que es capaz un medio sabio; caracter peligroso y diametralmente opuesto al del santo Prelado. Habiale ejercitado muchas veces la paciéncia, y hubiera continuado ejercitándosela mucho mas, si el santo no hubiese hecho, que sus superiores enviasen otro en su lugar, persuadido, de que servia mas de estorbo, que de provecho.

La humildad jamas ha sido peculiar y privativa de un estado en particular: se tiene por conveniente hacer de ella una profesion exterior y pública, pero el amor propio tiene recursos extraordinarios; lo que pierde por un lado, lo gana por otro; todo sirve para alimentarlo, y aun á menudo lo mismo que parece que debia destruirlo.

El religioso, de que acaba de hablarse, miró la destitucion que le hicieron de él sus superiores, como un agravio que le hacia el Obispo de Ginebra. Y probablemente por vengarse, fué por lo que trató de calumniarle delante del Papa. No podia escojer una acusacion, que menos apariencia tuviese de verdadera, que la que intentó contra el santo Prelado. Su vigilancia sobre el punto de que se trataba, no podia llegar á mas; y como estaba persuadido, de que la lectura de los libros malos es una de las cosas mas capaces de corromper el alma y el corazon, nada omitia para impedir su curso. Pero el odio siempre fué ciego. Por otra parte, como la acusacion venia de lejos, no era fácil verificar su fal-

sedad; aquel religioso lo creyó asi á lo menos; y sobre este juicio falso, no puso dificultad en constituirse en acusador de un santo Obispo, cuya inocencia no podia ignorar, puesto que habiendo trabajado en su Diócesis, era imposible, que no hubiese sido testigo de muchas cosas, que no podian darle lugar á dudar de ella.

U A N I L

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ERAL DE BIBLIOTECAS



## VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

## LIBRO SEXTO.

La alta reputación de que gozaba Francisco en Roma, no permitió que se diese crédito á la calumnia que contra él habian levantado. El Papa fué el que menos la creyó; y á la verdad era tan poco probable el que un Prelado que tanto celo habia manifestado por la fé, fuese capaz de descuidar lo que podia destruirla, que causa admiracion el ver que hubiera quien pudiese resolverse á atacarle, por la parte de su conducta, por la cual le era mas fácil justificarse; pero el odio siempre fué ciego; y ademas no era fácil acusar á un Obispo tan irrepreensible.

Francisco no obró en aquella ocasion como tenia de costumbre; una invencible paciencia era todo lo que oponía á los agravios que se le hacian; pero tratándose en este negocio de su celo por la Religion, y del honor de su caracter, escribió fuertemente á un Cardenal amigo suyo, y justificó por las sumarias abiertas de sus visitas, (cuyas copias habia enviado á Roma) la diligencia y precauciones que habia tomado para desterrar de su Diócesis los libros heréticos. Por lo que respecta al religioso que tan falsamente le habia acusado, á pesar de que le habia dicho quien era, no demostró contra él, el menor resentimiento, ni se quejó de él á sus superiores, contentándose solamente con justificarse con el Papa.

Informado su Santidad por el Cardenal de lo que le habia escrito Francisco, creyó que debia darle seña-

les manifiestas del aprecio en que le tenia, y de la confianza que hacia de él: en este concepto le encargó dos comisiones de las mas honoríficas; la una perteneciente á la reforma del célebre monasterio de religiosas de Puy de Orbe, y la otra asociándole al Obispo de Basilea, para que juntos arreglasen en calidad de comisarios apostólicos la cuestion, que estaba pendiente hacia mucho tiempo, entre los Archidukes y el clero del Franco Condado, con respecto á las salinas.

Francisco se trasladó á la Abadía de Puy de Orbe en cumplimiento de las órdenes de su Santidad; empezó su visita por unas exhortaciones llenas de celo, pues era una de sus principales máximas la de que debian convencerse los espíritus de la necesidad de la reforma, antes de emprenderla; decia sobre esto, que la libertad le era tan natural al hombre, que siempre propendia á ella: que todo lo que se emprendia con violencia al reves de lo que debia hacerse, no podia ser de duracion, y que jamas se dejaba de sacudir el yugo, cuando era fuerza la que le habia impuesto: que para hacer querer el bien, era preciso empezar por iluminar el entendimiento, si se queria ganar el corazon y establecer sólidamente la piedad. Siguiendo esta máxima, tuvo varias conferencias con las religiosas; las convenció de lo inconvenientes que eran las consecuencias casi necesarias de la libertad que se habia introducido en su monasterio, y las persuadió, de que cuando se ha abandonado ya una vez el mundo, no debia tenerse apego alguno á él: que la única dicha que ellas podian esperar en este mundo, debia venir de la tranquilidad de conciencia y de la pureza del corazon, y que jamas gozarian de una y otra cosa, sino en tanto que observasen exactamente su regla, y cumpliesen en un todo con los deberes propios de su estado.

Teniendo ya convencidos los entendimientos, su estremada dulzura acabó de ganarle los corazones: las hizo

ver, que su comision mandaba que restableciese en aquel monasterio la práctica de la regla de San Benito en toda su estension; pero las dijo, que no era su ánimo el hacerlas pasar repentinamente de un extremo á otro: que usaría con ellas de condescendencia, y que se encargaría de que este modo de obrar fuese del agrado de su Santidad: en efecto las dispuso de algunas mortificaciones corporales; pero fue con el objeto de establecer la práctica de las virtudes interiores, el retiro, la asistencia á la oracion, el ejercicio de la presencia de Dios, la humildad y la castidad, que el espíritu de propiedad y el trato con el mundo habian casi desterrado de aquella Abadía; ahuyentó la ociosidad, que habian introducido las continuas visitas de las personas del siglo; señaló el modo de emplear el tiempo, y las ocupaciones que habian de tener cada día; en una palabra, les dió unas constituciones llenas de prudencia, caridad y dulzura, é hizo que las pudiesen en práctica. Dios bendijo su celo y desvelos sobre este particular; aquel monasterio cambió enteramente de aspecto, y se vieron reflorecer en él las virtudes cristianas y religiosas, y edificó tanto al público, quanto le habia escandalizado hasta entonces con una libertad desarreglada.

Concluido aquel negocio se trasladó á la Abadía de Beaume, en donde le aguardaban el Obispo de Basilea, y los Procuradores de ambas partes para terminar el debate, (de que ya se ha hablado) entre los Archiduques de Flandes, y el clero del Franco Condado.

Esta disputa hacia mucho tiempo que duraba, y hé aquí en que consistía. Las salinas del Condado de Borgoña se habian repartido hacia muchos años entre los Condes de aquella provincia y el clero; el derecho era incontestable, y estaba corroborado por una posesion de muchos siglos. Felipe II Rey de España se lo habia disputado al clero, como Conde de Borgoña; pero

al fin haciéndole justicia, se convino en que el clero renunciaria á la propiedad de las salinas; y que el Rey de España se obligaria por sí, y por sus sucesores para siempre á darles cierta cantidad de sal, que se habia determinado. Quedaron las cosas en este estado por algun tiempo con satisfaccion de ambas partes.

Pero los sucesores de los que habian hecho el convenio pretendieron, que se habian manejado mal los intereses del clero: que éste habia sido perjudicado extraordinariamente en el tratado de que acaba de hablarse, y que no recibia ni con mucho la cantidad de sal, que habia acostumbrado recoger antes de que hubiese cedido al Rey la propiedad de la parte que tenia en las salinas. El Rey convenia en esto; pero respondia que ninguna injusticia se le hacia al clero en ello, puesto que estando éste por el tratado exento de los gastos que tenia precision de hacer para la conservacion de las salinas, y para la confeccion de la sal, de cuyos gastos se habia encargado el Rey, no era justo que recibiese tanta sal como recibia antes del tratado.

No pudiendo convenirse los partidos entre sí, determinaron atenerse á la decision del Papa Clemente VIII. Su Santidad nombró por comisarios suyos al Arzobispo y Dean de Besançon; pero la comision no llegó á tener efecto por la muerte del Rey, y del Papa que le siguió muy de cerca.

Habiendo sucedido Felipe III á Felipe II, y Paulo V á Clemente VIII volvió á seguirse aquel negocio por el clero con más calor que anteriormente; pero habiéndose quejado Felipe III de que en la primera comision se le habian nombrado por Jueces á las mismas partes, el Papa confirió la comision á los Obispos de Ast, y de Sausana; la muerte del último impidió el que se efectuase esta segunda comision. En fin á instancias de Alberto de Austria, y de Isabel Clara Eugenia, Archiduques de los Países Bajos, y Condes de Borgoña, Prin-

eípes de una eminente piedad y que creían que debían en conciencia hacer justicia al clero del Franco Condado, nombró el Papa por comisarios suyos al Obispo de Ginebra y al de Basilea, para sentenciar aquel pleito en última instancia.

Francisco tenía una propension á las composiciones, de que habia dado ya muchas pruebas; necesitó de toda su destreza para salir bien de aquel negocio: el número de partes interesadas, la diversidad de pretensiones, la multitud de actas que no podian menos de examinarse; los subterfugios y trampas legales de las gentes del foro, que era preciso desenredar; la obscuridad y confusión que estos habian sembrado por todo el proceso, todo esto junto hacia muy difícil la composicion. La aplicacion, la prudencia y la penetracion del santo Prelado vencieron tantas dificultades: redujo la cantidad de sal que el clero pretendia, á una suma de dinero, que habria obligacion de darles del Real Patrimonio; y la propiedad de todas las salinas quedó declarada para siempre en favor de los Condes de Borgoña. Esto era lo que deseaban los Archiduques; los que le hicieron presente su agradecimiento por medio de cartas llenas de aprecio y de consideracion, añadieron á aquellas cartas un regalo digno de su magnificencia; consistia en una capilla de plata, en la que nada faltaba de todas las cosas necesarias para el servicio del Altar, añadiendo ademas otras varias piezas del gusto mas esquisito, para el servicio de la mesa.

Francisco era naturalmente enemigo de los regalos; y como ya ha podido verse, no podia resolverse á aceptarlos; la pureza de los motivos que le hacian obrar, no le permitia mezclarla con el interes; su virtud y generosidad naturales contribuian igualmente á aquel desinterés. Sin embargo la categoría de las personas que hacian el regalo, y las circunstancias de que iba acompañado no permitieron que lo rehusase; pero como se

verá despues, los pobres fueron los que sacaron provecho de él.

Apenas habia cumplido con aquella comision de la santa Sede, cuando fué encargado de otra para la reforma del monasterio de Santa Catalina; no halló tanta facilidad para ejecutarla, como habia hallado en el de Puy de Orbe: una parte de las religiosas se opusieron á ella, y pretendieron que no podia obligarselas á que hiciesen cosas que no habian hallado establecidas al tiempo de su profesion. Francisco siempre enemigo de la violencia, no creyó conveniente el obligarlas á que las pusiesen en práctica; contentóse con desterrar algunos abusos que se habian introducido en aquella casa, y que creyó, que no podian estar autorizados, ni por el tiempo, ni por la costumbre; pero habiendo hallado varias religiosas muy dispuestas á llevar una vida mas perfecta, las sacó de aquel monasterio, y las estableció en Seisrel, villa pequena de su Diócesis. Añadió á la regla de San Bernardo, que era la que seguian, excelentes constituciones, que aun observan en el dia de hoy, y que hacen observar en las casas que han fundado despues.

Desempeñadas estas comisiones, continuó Francisco la visita de algunas parroquias, que aun tenian necesidad de sus cuidados y presencia: volvi6 en seguida á Annecy, para dar la última mano á su libro de la *Introduccion á la vida devota*; obra tan útil y apreciada que no necesita de que se haga aqui su elogio; nos contentaremos pues con decir, cual fué el motivo y causa de que la compusiese.

Háse visto hasta aqui, que Dios habia como unido á los sermones del santo Prelado la conversion de los hereges y pecadores: ha podido notarse tambien, que el santo no perdía de vista á los que Dios habia llamado por su ministerio á una vida mas santa y arreglada, y que despues de haberlos engendrado en Jesucristo por la palabra de vida, los alimentaba en segui-

da, como dice el Apostol, ó con leche, ó con alimentos mas sólidos, segun lo exijan sus fuerzas y necesidades.

Una señora distinguida de la Saboya que habia emparentado con el santo, y que tenia un espíritu superior á su sexo, se puso bajo su direccion. El santo Prelado que habia reconocido en ella un gran fondo de espíritu y de virtud, se dedicó á instruirla; y aun la puso por escrito los consejos que la habia dado, tanto para ayudar la memoria de aquella señora, quanto para ahorrarse él mismo la incomodidad de repetir á menudo las mismas cosas; pero habiéndola obligado un pleito á ir á Chambery, y no permitiéndola la mansion que allí tuvo que hacer, el conferenciar de viva voz con su santo director, éste la permitió, que le escribiese, y la contestaba puntualmente sin otro objeto que el de la direccion de su conducta particular, y no pensando entonces que lo que escribia, debia darse algun dia al público; pero la Providencia lo habia dispuesto de otro modo. Aquella señora juntó todas sus cartas, y añadiendo á ellas las instrucciones que habia recibido del santo Prelado, se lo enseñó todo al padre Fourrier, Jesuita, á quien habia escogido por director, y que era en aquella ocasion Rector del colegio de Chambery. Aquel piadoso y sabio religioso admiró la solidez de los consejos contenidos en aquellas cartas y memorias, y juzgándolas de una grandísima utilidad para las personas que viven en el gran mundo, escribió al santo suplicándole, que les diese la última mano, y que hiciese así una obra completa. El santo Prelado se resistió; no permitiéndole creer su profunda humildad, que pudiese formarse de sus cartas y consejos, una obra tan útil como se le decia. El padre Fourrier le hizo nuevas instancias y aun le amenazó con que haria imprimir sus cartas é instrucciones en el estado en que estaban, sino podia conseguir de él lo que le pedia, y que tan útil creia para el público.

Por este mismo tiempo á poca diferencia, hablando Enrique IV con Deshayes, aquel amigo íntimo que tenia Francisco en la Corte de Francia, le aseguró, que veia con mucho disgusto la disolucion que se habia introducido en su Corte. Le dijo con este motivo, que él creia despues de haberlo examinado bien, que esta provenia de dos causas, la una, que la mayor parte de las gentes del mundo tienen sobre la Religión unas ideas enteramente opuestas, pero que con corta diferencia producen los mismos efectos; que los unos creian que era indigno de Dios el hacer caso de las acciones de los hombres y darse por ofendido de lo que ellos hacen; y que los otros se persuadian por el contrario, que nada escapa á su conocimiento, pero que no vela sobre nosotros sino para castigarnos, que nada perdona, ó que para entrar en su gracia, es preciso hacer tan grandes esfuerzos, que la debilidad humana cede á ellos las mas de las veces. La primera idea, añadió el Rey, no puede menos de precipitar á los que así piensan, en los mayores excesos; pero la segunda causa extraordinarias agitaciones, y aun á menudo una desesperacion de la que es tanto mas difícil salir, quanto que los mismos confesores pintan la mayor parte del tiempo tan difícil el camino de la virtud, y tan escabroso, que no es fácil resolverse á entrar en él; y es á mi modo de entender, prosiguió aquel gran Príncipe, la segunda causa de los desarreglos de las gentes del mundo; porque estando resfriados en la piedad, y creyéndola imposible, ó á lo menos tan difícil que casi no es posible llegar á conseguirla, no tratan de mudar de vida, y difieren su conversion hasta la hora de la muerte, que les sorprende, y no les permite poner en ejecucion sus buenos deseos.

Yo quisiera pues, continuó el Rey, que se les convenciese á los primeros de un error tan peligroso, que se les asustase, y se les hiciese temer, porque no me-

recen que se les traté con tanta consideracion como á los otros: pero quisiera tambien que se trabajase en calmar las inquietudes de los segundos, que uno se opusiese á su desesperacion, representándoles un Dios bueno, que se compadece de nuestras flaquezas, que nos mira como unos hijos que vuelven á él, que nos previene y sostiene en nuestros buenos deseos, y que no quiere la pérdida de persona alguna; y si por el contrario que todos los hombres sean salvos: en una palabra, yo no quisiera que se adulase á los pecadores, y que se usase con ellos de una conducta blanda y de una débil condescendencia, que no pueden servir sino para perderlos; pero tampoco quisiera que se les escarmentase con unas mortificaciones fuera de propósito; ni que se les hiciesen unas pinturas tan horrosas de la virtud, que no sirviesen sino de desanimarlos para emprenderla.

Deshayes iba á interrumpir al Rey, pero esto no hubiera sido para contradecirle, aunque tuviese libertad para ello, y á pesar de que tenia una vida de las mas ejemplares, cuando el Rey volvió á tomar la palabra, y dijo, que siempre habia deseado que algun sugeto instruido diese un método á las gentes del mundo para vivir cada uno cristianamente en su estado: que él quisiera, que este método estuviese igualmente distante de la tibieza de los últimos tiempos, que de una severidad odiosa, é incompatible con los empeños de cada uno en particular; que fuese exacto y juicioso, y tal en fin que pudiese ser provechoso á las personas de la Corte y del gran mundo, sin esceptuar á los Reyes y Príncipes: que habia puesto los ojos en el Obispo de Ginebra para la ejecucion de su intento: que no creia que hubiese en el mundo persona mas capaz que él, de salir bien con una obra de esta naturaleza, y que le encargaba que se lo escribiese así en su nombre; Deshayes lo hizo; convencido entonces el santo Prelado de que Dios

exijia de él, que hiciese lo que tantas veces le habia hecho presente el padre Fourier, consintió, en que se le remitiesen las memorias y cartas de que ya se ha hecho mencion; y compuso el escelente libro de la *Introduccion á la vida devota*, que dedicó á Filotea, ó al alma devota. Su pensamiento era el decir en el prólogo, que el Rey Cristianísimo le habia sugerido la idea; pero aquel gran Principe no se lo permitió, y quiso que fuese suya toda la gloria. Esto puede verse comprobado en varias cartas que se han escrito con este motivo.

Difícil seria el explicar el aprecio en que tuvieron todos aquel libro desde el momento que se publicó. Los católicos y los hereges, tan encontrados en otras materias, se unieron en su alabanza; sirvió para traer á los unos al conocimiento de la verdad, y á los otros á una vida mas perfecta. Apenas se hubo impreso en frances, que es su lengua original, cuando fué traducido en todas las que estan en uso en Europa. Hay pocos libros de que se hayan tirado mas ediciones; aun en el dia está entre las manos de todos tan apreciado como en sus principios; y aunque ya no tenga aquella pureza de lenguaje que tuvo en otros tiempos, nada ha perdido por eso de su valor. Enrique IV Principe de un gran discernimiento confesó, que habia escedido á su espectacion; y no dejaba de alabarle. María de Medicis su esposa no hacia menos aprecio de él; lo que dió bien á entender enviándoselo á Santiago, Rey de Inglaterra. Este Principe, uno de los mas sabios que hayan ocupado jamas el trono, á pesar de su cisma con la Iglesia católica y á pesar de sus preocupaciones contra los escritores católicos, lo leia continuamente, y lo llevaba siempre encima: decia cuando se hablaba de esto, que los que se ponian á escribir en su comunión, no lo hacian con aquella uncion que se vé estendida por toda aquella obra; y confesaba que esta era una de las señales mas



visibles del espíritu de Dios, de que estaba animado el autor al componerla. Pedro de Villars, Arzobispo de Viena, y metropolitano de Ginebra, Prelado igualmente distinguido en ciencia y en piedad, escribió felicitando al santo Obispo por su obra; consérvase aun su carta, y se hallan en ella unos elogios de aquel excelente libro, á los que nada puede añadirse; en una palabra, se excederian los límites de la historia, si se tratase de referir todo lo que se dijo y escribió en alabanza de aquel libro.

Sin embargo, como no á todos es permitido el juzgar bien de las mejores cosas, y que hay al mismo tiempo ciertos espíritus que se glorian de raciocinar en contra de todo el resto de los hombres, hubo un religioso de una de las Ordenes mas austeras de la Iglesia, que emprendió el desacreditar aquel excelente libro. Hizo aun alguna cosa peor; subió al púlpito y después de haber declamado contra la obra todo quanto juzgó necesario para inspirar horror hácia ella, la sacó de la manga, y habiendo mandado traer una vela, la quemó públicamente. Semejante acción hizo que perudiese el crédito el predicador, y en nada perjudicó al libro: no por esto se tuvo en menos estima, ni dejó de correr en manos de todo el mundo.

Lo que habia incomodado al tal religioso, era, que aquel libro parecia permitir el baile, los dichos agudos, y las chanzas inocentes en la conversacion: este no es el lugar de justificar la obra sobre este particular, se hará si en el último libro de esta historia; pero aun aqui no puede menos de decirse que un celo mal dirigido fué siempre peligroso; en todo se mete, no perdona clases, ni sugetos; no guarda consideraciones, todo lo atropella, y no escuchando mas que á sus prevenciones, las mas veces muy injustas y mal fundadas, quanto mas tiene de temerario, mas se aplaude á sí mismo.

Habiendo sabido Francisco el extraño modo con que

aquel religioso habia tratado su libro, usó de una dulzura y moderacion que tal vez no tienen ejemplo: sabida es la delicadeza casi infinita de los autores con respecto á sus obras; no es tanto tal vez la ternura de los padres para con sus hijos; este es su lado sensible, y no suele atacársele impunemente. Francisco no obstante no tuvo esta sensibilidad de la que casi no hay persona que esté exenta, pero que procede sin embargo de un gran fondo de amor propio y de una ciega vanidad con la que podrá pelearse, pero que casi nunca se logra vencer. No pudiendo disculpar la acción temeraria de aquel religioso, disculpó la intencion; dijo con la misma moderacion, que si se hubiese tratado de la obra de otra cualquiera persona, que él hubiera deseado que el religioso le hubiese advertido directamente lo que le pareciera reprehensible en su libro: que como nada habia avanzado de que no tuviese buenos fiadores, tal vez le hubiera convenido con sus razones, ó acaso él hubiera cedido á las del religioso: que nadie habia escrito á gusto de todo el mundo: que siendo los genios de los hombres tan diferentes, y su modo de juzgar tan distinto, no era posible que una obra fuese tan generalmente aprobada, que á ninguno disgustase: que él así lo habia esperado; y que estaba mucho mas sorprendido de no haber tenido mas que un solo censor, que lo que lo hubiera estado á hallarse con un número de ellos, mucho mas considerable.

No faltaron personas que le hicieron presente, que á la verdad, aquel religioso era dueño de sus sentimientos, y que no podia imputársele á crimen, el no haber aprobado su libro; pero que no debia dejarse llevar de una acción tan violenta como la de quemarle en medio del púlpito: que un simple religioso no podia ser juez de la doctrina de un Obispo, y que considerado el hecho bajo este aspecto, se dejaba ver en él una insufrible temeridad: que la paciencia cristiana tenia sus

límites, y que aun cuando no fuese sino por el honor de su caracter, debia quejarse á los superiores del religioso, y pedirles justicia.

Hay pocas personas que no se hubiesen dejado vencer de semejantes razones, y que bajo pretexto de vindicar su caracter, no hubiesen tenido un secreto placer en hacer que se castigase el agravio hecho á la persona; pero el santo Prelado tenia un fondo de dulzura que no se acomodaba con semejantes rodeos: conocia todos los artificios del amor propio: sabia que al paso que aparenta alejarnos de nosotros mismos, nos hace salirnos al encuentro con tanta mayor seguridad, cuanta es la dificultad de perdernos de vista, ó por mejor decir que el caracter no es mas que un pretexto para ocultar el resentimiento á que se entrega una persona ofendida.

Esto fué lo que le obligó á responder á sus amigos, que habia una union tan estrecha entre los sentimientos y las acciones, que nada habia mas difícil que el no pasar de los unos á las otras: que aquellas distinciones entre el caracter y la persona eran muy sutiles: que el amor propio sacaba demasiado provecho de ellas, para que no le lisonjasen: que el Evangelio hablaba de los Obispos lo mismo que con todos los demas cristianos: que éste mandaba á todo el mundo que volviese bien por mal, y que aun cuando no lo mandase, él estaba persuadido, de que habia algo de cobardía y baja en vengarse, sobre todo cuando recae la venganza sobre otro mas débil.

Pero si todos quedaron edificados de la paciencia de Francisco, no se escandalizaron poco de la conducta de los superiores de aquel religioso: su accion habia sido tan pública que no podian ignorarla; debian haber hecho justicia por sí mismos sin necesidad de que se les hubiese pedido. El caracter, la cuna, el mérito, y la alta opinion que se tenia de la santidad de la persona

ofendida, su misma moderacion, y la aprobacion que habia manifestado el público á una obra que habia sido tan cruelmente tratada, todo esto parecia que les convidaba á cumplir con su deber, reprendiendo, y aun castigando al religioso por su feo proceder; sin embargo nada hicieron y esto es lo que demuestra claramente, que ciertos tiros que parecen dirigidos por simples particulares, tienen la aprobacion secreta de toda la corporacion á que aquellos individuos pertenecen.

Pero Dios le deparó al santo Prelado un vengador ilustre, que no perdonó tan facilmente el agravio hecho á su maestro y amigo, (como él le llama): éste fué el célebre Pedro Camus, Obispo de Belley: de allí vienen aquellos rasgos vivos y picantes, aquellos golpes que dá continuamente en sus obras á los que le habian tratado de un modo tan poco respetuoso. Francisco, que no queria vengarse por sí mismo, no hubiera sufrido que otro le hubiese vengado; pero habiendo dejado con su muerte en libertad á su amigo de manifestar su resentimiento, nada le quedó á éste por decir á los que tan poca consideracion le habian tenido.

La reputacion que hizo adquirir á Francisco el libro de la *Introduccion á la vida devota*, habiendo penetrado hasta dentro de Ginebra, á pesar de los cuidados de los ministros para impedirlo, atrajo á Annecy muchas personas de todas clases que fueron alli para hacerse instruir. La caridad del santo Prelado no se limitó á las necesidades del alma, estendiéndose tambien hasta á las del cuerpo, y estuvo á pique de arruinarse por favorecerlas. Entre estas personas, que habia ganado para Jesucristo, se encontraba un joven de excelente disposicion y que habia empezado á estudiar con aprovechamiento; envióle al colegio de los RR. padres Jesuitas de Chambery, pagó exactamente su pension, y le mantuvo de todo lo que necesitaba por espacio de tres años, al cabo de los cuales le proporcionó una coloca-

cion: puso á otro en oficio y le pagó el aprendizaje, y el recibirse de maestro: dió á otros con que hacer el viaje á Roma, y los recomendó á sus amigos: obraba del mismo modo siempre que los nuevos católicos tenían necesidad de su socorro, y decia con este motivo, que la necesidad era una de las mayores tentaciones para una persona recién convertida.

Los católicos antiguos no disfrutaban menos de sus limosnas. Se refiere, hablando de esto, una acción que es muy edificante, para que se pase en silencio. Estando un día en su cuarto ocupado en asuntos de su Diócesis, entró á verle un hombre muy mal vestido que tenia que consultarle algun negocio: el frio era extraordinario, y aquel pobre hombre estaba tan arrecido que temblaba, cuando le hablaba. Francisco le preguntó, si tenia otro vestido mejor que el que llevaba puesto; aquel pobre hombre le dijo, que lo que llevaba encima, era todo lo mejor que tenia: Francisco se movió á compasion, y aunque el hombre no le pedia limosna, le dijo, que se esperase un poco; entró en su guarda ropa á buscar los vestidos que el día antes tuvo que quitarse por causa del frio para ponerse otros de mas abrigo con intencion de dárselos: no habiéndolos encontrado y hallándose sin dinero, cosa que le sucedia muy á menudo, se quitó la ropa que llevaba debajo de la sotana, hizo un lío de ella, el cual dió á aquel pobre hombre, encargándole, que lo escondiese, y que á nadie dijese que se lo habia dado; en cuanto á él se quedó todo el resto del día con sola la sotana espuesto á un frio de los mas terribles; y lo hubiera sufrido mucho mas tiempo, si el criado que cuidaba de su cuarto, no lo hubiese notado, y no le hubiese llevado otra ropa.

Su mayordomo, que se veia apurado para atender á su maoutencion y á sus limosnas, se le quejaba frecuentemente porque así se dejaba llevar de su celo, y aun

le amenazaba con dejarle y marcharse de su casa; pero nada podia resistir á la bondad del santo Prelado; deciale éste con su acostumbrada dulzura: *vos tenéis razón, yo soy incorregible; y lo que es peor, tengo trazas de serlo por mucho tiempo.* Algunas veces le enseñaba su Crucifijo, y le decia: *¿Puede negarsele alguna cosa á un Dios, que se ha puesto en este estado por nuestro amor?* El mayordomo, que era un hombre muy de bien, le dejaba y se marchaba aturdido de ver tanto fervor: y cuando se encontraba con los otros criados, les decia: *nuestro amo es un santo, pero nos llevará á todos al hospital, y él mismo irá el primero, si sigue como ha empezado.* A la verdad, es maravilloso como podia hacer tantas limosnas con una renta tan pequeña como la suya; la vida frugal que tenia, era casi su único recurso; y esto es lo que demuestra que cuando no se hacen gastos inútiles, se puede hacer con una mediana renta, lo que no se haria con una mas grande mal gobernada.

Emprendió por aquel tiempo la reforma de la Abadía de Talloires, no creyendo, que debiese aguantar tan cerca del lugar de su residencia unos desórdenes, que habia desterrado de otros lugares mas distantes. Esta Abadía es del Orden de San Bnito, y dependiente del Abad de Savigny: reconoce por su fundador á Rodolfo, último Rey de Borgoña: su situacion es de las mas hermosas sobre el borde del lago de Annecy, y á la estremidad de un gran pueblo de aquel nombre. Habia sucedido en aquel monasterio, lo que se ha visto suceder en tantos otros; despues de haber servido de retiro á un gran número de santos, se habia convertido en habitacion de un pequeño número de monges sin superiores, sin orden y sin disciplina; atrayendo la hermosura del sitio todos los dias frecuentes visitas, el trato del mundo les habia corrompido, del mismo modo, que la huida de él habia santificado á sus anteceso-

res. Francisco, despues de haber gemido con frecuencia delante de Dios, se habia quejado al Abad de Savigny, y le habia suplicado que pudiese orden en aquella casa; pero sea que éste temió comprometer su autoridad, ó sea que no le hiriesen tan vivamente aquellos desórdenes como al santo Prelado; ó no lo habia hecho, ó habia tratado de hacerlo inútilmente. Francisco, que cuando la ocasion lo exijia, tenia toda la firmeza propia de su caracter, no se contentó con solo esto: dirigióse al Papa, y obtuvo una comision, que le autorizaba para introducir la reforma en la Abadía de Talloires: examinó sus poderes y halló en ellos una cláusula que le ataba las manos, al mismo tiempo que parecia que le daba libertad para obrar: contenia esta en propios términos: *que por las presentes no trataba su Santidad de perjudicar á los derechos de la Abadía de Savigny*: esto era, hablando en propiedad, no darle autoridad alguna, ó no darle sino la que quisiese el Abad, que podria destruir en un momento todo lo que él hubiese hecho á costa de mucho tiempo y trabajo.

Francisco manifestó en esta ocasion, que cuando se trataba de los intereses de Dios, no tenia aquellas falsas delicadezas, que arruinan á menudo las empresas mas santamente proyectadas; empezó á negociar con el Abad, y viéndole firme en no ceder cosa alguna en sus derechos, prefirió tomar en aquella ocasion la qualidad de Vicario suyo, antes que permitir mas tiempo unos desórdenes que preveia que habian de ser perpetuos, si se esperaba á que el Abad tomase providencias para contenerlos.

Vencida aquella dificultad, Francisco se trasladó á Talloires, y empezó segun su costumbre por hacer á todos los religiosos reunidos, unas pláticas llenas de celo; pero tenia que tratar con unos ánimos rebeldes, encaprichados con una funesta libertad, enemigos del orden, y dispuestos á emprenderlo todo para mantenerse

en la desgraciada posesion en que estaban, de que nadie les diese la ley. El santo Prelado no omitió medio alguno de los de dulzura para hacerlos entrar en su deber; les exhortó en general, y les habló en particular, pero siempre inútilmente; en fin, cansado de una resistencia tan obstinada, les amenazó con que se valdria de la autoridad del Senado, y aun de la del mismo Soberano para reducirlos á su deber. *Vosotros, les dijo, quereis perderos, y yo quiero salvaros á vuestro pesar.*

El miedo de aquellos hombres hizo en esta ocasion, lo que el temor de Dios no habia podido hacer; los rebeldes se sometieron, y Francisco, aprovechando su sumision, les hizo elegir un Prior en el momento; todos los votos se reunieron en favor de Nicolas de Coëx, el único hombre de bien, que Dios se habia reservado entre todos ellos; esto fué una especie de milagro. Francisco tuvo aquella mudanza como una señal visible de que Dios aprobaba su conducta, y concibió mejores esperanzas del buen éxito de su empresa; pero como la prudencia y moderacion eran su norma en todo quanto emprendia, creyó, que precipitando demasiado la ejecucion de sus deseos, seria el modo de arruinarlos, ó que se veria obligado para llevarlos á efecto á recurrir á medidas de rigor, á las que por su estremada dulzura tenia una increíble repugnancia. Asi es, que despues de haber dado toda autoridad al nuevo Prior, y todos los consejos que necesitaba, y hecho algunas constituciones, á las que no hubiera habido alguno que no se hubiese sujetado por poco razonable que fuese, volvióse á Annecy resuelto á volver á Talloires, cuando Dios le hubiese hecho conocer, que habia llegado el tiempo de sus misericordias para con aquellos religiosos.

Pero apenas habia salido de Talloires el santo Obispo, cuando aquellos espíritus obstinados se arrepintieron de la condescendencia que con él habian tenido,

á pesar de que no habia sido tampoco muy grande. El nuevo Prior quiso hacer respetar su caracter, y no fué menester mas para que todos se sublevasen contra él; le echaron de la Abadía y le obligaron á retirarse al pueblo; no habian hecho ya sino demasiado, y Francisco con toda su dulzura no hubiera sufrido un atentado semejante; pero sucede muy á menudo que un crimen conduce á otro. Aquellos rebeldes se figuraron que para desvanecer enteramente la idea de reforma, que bien conocian ellos que habia de ir mucho mas lejos, no podian hacer otra cosa mejor que deshacerse de su Prior: con esta temeraria resolucion fueron á esperarle al otro dia por la mañana tres de los mas determinados; y quando salia de su casa, le tiró un pistoletazo cada uno de ellos; ninguno de los tres le acertó; y el Prior no recibió otro daño que el susto. La accion era demasiado pública para que pudiese ignorarse, y demasiado negra para no atraer sobre los culpados el merecido castigo: así es, que apenas se hubieron serenado, quando conocieron las consecuencias que podria traer lo que habian hecho; trataban ya únicamente de deterrarse ellos mismos, y de evitar con su fuga las persecuciones de la justicia, quando se les hizo presente que por grande que fuese su crimen, aun era mayor la bondad del Obispo de Ginebra; que fuesen ellos mismos á disculparse, y á manifestarle todo el arrepentimiento que debia tenerse de una accion tan mala; que así le moverian á compasion, y que infaliblemente los perdonaria. Todo el mundo estaba tan convencido de su extraordinaria dulzura, que los mismos culpados no dudaron en hacer lo que se les habia aconsejado: marcharon al momento, fueron á echarse á sus pies, y le contaron su crimen con todas las señales de un dolor tan sincero en la apariencia, que el santo Prelado se enterneció; su corazon no pudo resistir á las lágrimas de aquellos religiosos, y por enorme que fuese su aten-

tado, no pudo resolverse á castigar á unos desgraciados, que servian de acusadores y testigos contra si propios. Pero como hubiera sido peligroso el dar muestras de la impresion que hacia en su corazon la piedad, se violentó para hacerles una parte de las reconvenciones que merecia su delito, los culpados ponderaron su enormidad aun mucho mas que él, y se sometieron á dar todas las satisfacciones que quisiese prescribirles; y se condenaron ellos mismos á hacer penitencia de su culpa por todo el tiempo de su vida. Francisco no les dió otra, sino que recibiesen la reforma que queria establecer en su monasterio, ellos se lo prometieron, y con esta condicion fué con la que les perdonó, y les prometió impedir que se llevasen adelante las diligencias que se querian hacer contra ellos.

Se vituperó al santo Obispo por haber perdonado tan fácilmente un crimen tan horrendo como es el de un homicidio voluntario, proyectado y ejecutado por unos sacerdotes y religiosos, en quanto habia dependido de ellos, y cuyo efecto se impidió únicamente, ó por casualidad, ó por falta de tino en los agresores. Entonces fué, quando con este motivo le dijo á él mismo un Abad amigo suyo: *que él quisiera ser Francisco de Sales, quando tuviese que comparecer en el juicio de Dios; pero que no quisiera tener que responder en él de las faltas, que la demasiada dulzura habia hecho cometer al Obispo de Ginebra. No os veriais menos apurado, le contestó el santo Prelado, si tuvieseis que responder de Francisco; pero sea como quiera, prefiero saltar por exceso de dulzura, antes que por demasiada severidad; en esto tengo por garante el ejemplo de Jesucristo mi Maestro que seria mi Juez, y yo no puedo faltar, siguiéndole.*

Al dia siguiente al en que hubo perdonado á aquellos religiosos, fué á verle el Prior para darle sus quejas; pero Francisco le previno, diciéndole, que era muy

dichoso en tener un medio infalible de alcanzar de Dios, el perdon de sus pecados mas enormes sin comparacion, que el atentado cometido contra él: *perdonad, le dijo, y se os perdonará: porque sereis medido con la misma medida, con que habreis medido á los otros.* Añadió, *que en cuanto á él los habia perdonado; que era preciso que él hiciese otro tanto, y que le aseguraba que en adelante no tendria otros religiosos mas sumisos, que aquellos mismos que le habian ofendido tan cruelmente.* El Prior, que era un hombre muy de bien, le aseguró, que él los perdonaba de todo su corazon; pero le suplicó que reflexionase en las consecuencias de semejante accion, si acaso quedaba impune: Francisco le respondió, que todo lo habia previsto, y que dentro de poco tiempo pondria tan buen orden en todo, que aquella accion no tendria consecuencias desagradables: dióle en seguida mil señales de estimacion y afecto, y le envió á cumplir de nuevo su encargo en el monasterio.

Algun tiempo despues, habiendo hecho Francisco verificar en el Senado la comision que habia obtenido del Papa, y hecho nombrar un Senador por comisionado, se trasladó juntamente con él á Talloires, y obligó á los que se negaban á la reforma á admitir pensiones, y á retirarse; así se restableció el orden en aquel monasterio, que por tanto tiempo habia escandalizado á todo el pais.

Apenas habia salido Francisco de este gran negocio, cuando recibió cartas de Juan Pedro Camus, nombrado para el obispado de Belley, por las que le suplicaba, que fuese á Belley para consagrarle. Su solo mérito le habia elevado al episcopado; tenia ciencia y piedad, grande talento para escribir bien, pero aun mayor para predicar; es decir, que tenia todas las cualidades capaces de formar aquella estrecha union que medió despues entre él, y el santo Obispo; adquirió con el trato

que tuvo con este gran Prelado aquellas luces, celo, desinterés y piedad eminente, que le hicieron despues uno de los mas grandes y mas santos Obispos de la Iglesia de Francia; no tiene reparo en reconocer que despues de Dios era deudor á Francisco de todo lo mejor que tenia; y no habla de él casi nunca, sin que le llame el santo Obispo, su padre, su maestro, su guia, y director. Mientras vivió, nada hizo digno de consideracion sin consultarle antes, y se empapó tan bien de sus máximas y espíritu, que despues de la muerte del santo, dió á luz aquella hermosa obra, que tiene por titulo: *Espíritu del bienaventurado Francisco de Sales*; reúne en ella hasta sus menores pensamientos, y hasta las acciones que parecian las mas comunes; porque segun él dice, nada decia aquel santo hombre, ni nada hacia que no fuese grande; y al mismo tiempo que la pureza de los motivos que le hacian obrar, daba precio aun á las cosas mas pequeñas.

Este mismo Obispo de Belley es, el que dió despues al Cardenal de Richelieu aquella hermosa respuesta que denota una piedad tan sincera, y tanta presencia de ánimo. El Cardenal apreciaba naturalmente á las personas de mérito; el talento, la piedad, y la ciencia hallaban siempre en él una útil consideracion; y sea que apreciase en los demas las cualidades que poseia él mismo, ó que tuviese consideracion sobre esto con su propia reputacion, ello es, que habia pocas gentes distinguidas en el concepto del público, que no tuviesen parte en sus beneficios. Aunque el Obispo de Belley no salia de su Diócesis, su reputacion era demasiado grande, para que no llegase hasta el Cardenal: escribióle éste, y le suplicó, que hiciese un viaje á la Corte para un negocio que tenia que comunicarle; trasladóse allá, y el Cardenal le dijo, que estando informado de la poca renta de su obispado, que apenas bastaba para su subsistencia, le habia hecho ir para darle una rica Abadía,

de la que estaba persuadido que haria un buen uso. *El mejor que yo puedo hacer*, respondió el Obispo de Belley, *es el dar las gracias á vuestra Eminencia, y no aceptarla; mi obispado es pobre, es verdad; pero me dá con que vivir, y estoy persuadido, de que no es licito poseer muchos beneficios, cuando uno solo basta para nuestra manutencion.*

Absorto el Cardenal con aquella respuesta tan desinteresada, aunque poseyendo él mismo varios beneficios, no tuviese aquella ninguna conexi6n con su modo de proceder; no pudo menos de decirle: *señor de Belley, si yo fuese Papa, os canonizaria. Monseñor*, respondió modestamente el Obispo, *si esto sucediera, los dos tendríamos lo que deseamos.* Respuesta llena de sal, y tanto mas digna de un discípulo del gran Francisco de Sales, cuanto mayor es la dificultad de despreciar las riquezas, y la facilidad de lisongearse de despreciarlas.

Cuando el Obispo de Belley suplicó á Francisco que le consagrarse, no tenia aun aquella grande reputacion que tuvo despues; pero sí la bastante para obligar al santo Obispo, á que tuviese el mayor gusto, y se honrase en consagrar á un sugeto de su mérito: le respondió en este sentido, y se trasladó á Belley el dia señalado, en donde se hizo aquella augusta ceremonia con mucha mas devocion que pompa.

Apenas estuvo Francisco de vuelta en Annecy, cuando llegó allí el Obispo de Belley para darle las gracias, y para estrechar con él aquella santa amistad que duró tanto como su vida, ó por mejor decir, que los une aun en el dia en el cielo: tuvieron juntos varias conversaciones; y se ha creido dar gusto al lector contándolas todas en seguida, aunque tenidas en diferentes épocas. Tenian costumbre de visitarse todos los años; escogian aquel tiempo para descansar de las fatigas de su ministerio, ó por mejor decir, para animarse uno

á otro á volverlas á emprender con nuevo ardor.

En la primera visita que hizo el Obispo de Belley al de Ginebra, empezó el primero por decirle, que como amigo, se creia obligado á advertirle una falta considerable que habia cometido, y en la cual no pensaba tal vez. Francisco le dijo, que le daría el mayor gusto en decirsela, y en hacer lo mismo todas las veces que viese que las cometia. La falta de que yo trato de hablar, continuó el Obispo, es la que habeis cometido consagrándome; verdad es que yo he hecho una que no es menor consintiendo en ello; pero mis faltas no escusan las vuestras. Aun hay alguna cosa peor de lo que vos decis, respondió Francisco; esto es, que yo temo mucho que Dios no me perdone jamas este pecado, porque yo no puedo arrepentirme de él: en todo caso no consistirá sino en vos el justificarme de esta pretendida falta, continuando en vivir como habeis empezado de un modo conforme con nuestras obligaciones. Estas palabras dieron motivo á Francisco para hablar de los deberes de los Obispos; pero como no es este el lugar de contar todo lo que se dijeron, podrá verse en el último libro de esta historia.

Otro dia el Obispo de Belley que era gran partidario del filósofo Séneca, despues de haberle alabado grandemente, dijo, que elevaba el espíritu y el corazon, que inspiraba el desprecio del placer y del dolor, fuentes ordinarias de las mas grandes tentaciones; que en una palabra, nada habia visto en los antiguos que fuese mas conforme con el Evangelio que las ideas de aquel filósofo. Francisco respondió, que tomándolas á la letra, se hallaba efectivamente alguna conexi6n entre unas y otras, pero que no podian leerse sin notar que en la realidad eran muy distintas; que el Evangelio no inspiraba sino la humildad, la desconfianza en nuestras fuerzas, y el desprecio de nosotros mismos; que Séneca por el contrario nos llamaba siempre á la con-

sideracion de nuestra pretendida escelencia; que siguiendo los principios de su secta, la mas orgullosa de todas, alhagaba siempre la vanidad natural con la grande idea que nos daba de nosotros mismos y de nuestras fuerzas; que por esta razon es por la que quiere que su sabio no busque y no encuentre su dicha sino en sí mismo, y que le eleva sobre todo lo que nosotros vemos por aqui abajo, y le hace dueño del universo. Máximas peligrosas, prosiguió Francisco, y tan distantes del Evangelio, como lo está el cielo de la tierra; pero la razon, añadió, quiero decir la recta razon, que no se deja sorprender por palabras pomposas, no se acomoda tampoco con semejantes ideas; porque al fin el sabio de Séneca no es sino un fantasma, un puro efecto de la imaginacion, que jamas ha tenido cosa alguna de real; todos los demas filósofos se han burlado de él, y sobre todo, por poco que se le examine, se conoce que la naturaleza no puede llegar á tanto.

El Obispo de Belley convino en que no se podía justificar á los Estoicos de un orgullo que no conviene en modo alguno con las debilidades y miserias del hombre; pero añadió, que cuando se ha disminuido aquel orgullo, sus sentimientos son muy propios para inspirar constancia y firmeza contra los reveses de la fortuna; que enseñan á despreciar el mundo, y que preparan á hallar la felicidad dentro de sí mismo por la práctica de las virtudes cristianas. Entonces, añadió, puede mudarse el sabio de Séneca en un verdadero fiel, que en lugar de atribuirse á sí sus virtudes, estará persuadido de que nada puede por sí mismo, que todo viene de Dios, que es necesario prometérselo todo de su Divina Magestad, esperararlo todo, y darle á él solo toda la gloria.

Francisco convino en que esto era posible; pero añadió, que era tomar una camino largo y tortuoso, y que habia estraviado á muchas gentes: creedme, le dijo él

aun, el amor propio necesita de adulaciones; ya es por sí demasiado fuerte, nos seduce y arrastra casi á nuestro pesar; ¿qué no debe pues temerse, si por inteligencia con unos enemigos que nos lisongean en la apariencia, aumentamos nosotros mismos sus fuerzas, y contribuimos á nuestra completa derrota? ¡Feliz el que desconfiando del orgullo natural, de aquel peligroso enemigo de la virtud, y del que no obstante no hay persona alguna que esté exenta, se ocupa sin cesar en combatirle, y está siempre prevenido contra todo lo que pudiera mantenerle, ó aumentarle!

El Obispo de Belley desconfió desde aquel momento de la prevencion que tenia á favor de Séneca, y convino con Francisco, en que la humildad es tan esencial á la verdadera virtud, que nada puede edificarse con solidez, sino está fundada sobre semejante cimiento.

Tuvieron aun una conversacion muy interesante sobre el modo mas útil de predicar el Evangelio; pero el haber sido tan larga no permite que se cuente aqui: nos contentaremos con decir que convinieron en que era preciso desterrar los cumplidos de los sermones; y que la cátedra de la verdad no se habia hecho para alabar á los hombres, y alhagar su vanidad: sin embargo en contra de esta máxima, habiéndole pedido al Obispo de Belley que predicase en el primer monasterio de la Visitacion en Annecy, no pudo menos de dar grandes alabanzas á las santas religiosas que lo habian fundado, y que edificaban á todo el mundo con su virtud; la condescendencia no tuvo parte en esto, y hablaba únicamente segun su corazon; puede ser tambien, que llevase en esto la idea de alabar á Francisco, de quien era obra el instituto de aquellas santas religiosas: el sermón gustó mucho, y el predicador fué muy aplaudido. El Obispo de Belley esperaba que el santo Prelado le diria su parecer sobre el discurso que habia hecho; sin embargo no le habló de él, por lo que se



vió obligado á tenerle él que hablar primero: Francisco le dijo, que parecia que todo el mundo habia quedado muy satisfecho de su sermón, escepto un solo hombre: el Obispo que no cayó al principio en quien podia ser, le suplicó que le dijese como se llamaba: Francisco le dijo, que era él mismo: que ya sabia que los dos habian convenido en que no debian mezclarse las alabanzas de los hombres con la palabra de Dios; que aquellas producian siempre malos efectos: que eran mas propias para destruir la virtud que para sostenerla: que era menester atenerse á aquel consejo interesante de la sagrada Escritura: *no alabeis á persona alguna durante su vida*; esto quiere decir, añadió, esperar á alabarla despues de su muerte, cuando no se podrá sospechar que la adulacion es la causa de las alabanzas, y cuando el que sea alabado no estará ya espuesto á beber aquel veneno sutil, de que acostumbran alimentarse el orgullo y la ambicion.

El Obispo se aprovechó de esta reconvenccion, y se propuso dejarle contento, si se le convidaba aun á predicar otra vez. Presentóse la ocasion ocho dias despues; las monjas de Santa Clara le pidieron que las predicase un sermón, y fué convidado á él el santo Prelado: todos esperaban oír un discurso tan florido como el primero; pero representó tan fuertemente la severidad del Evangelio y la necesidad de practicarle; inspiró tanto terror á los juicios de Dios, y pintó la exactitud de su justicia con tan vivos colores, que sus oyentes salieron asustados de lo que habian oido, y sin poder decir una sola palabra. Habiendo ido el santo Prelado despues del sermón á ver al Obispo de Belley, le preguntó éste, si el solo hombre que no habia quedado contento con su primer discurso, lo habia quedado con el último. Francisco respondió sonriéndose, que aquel hombre habia quedado muy contento, y que le suplicaba que predicase siempre con la misma solidez; por-

que en fin, añadió, ¿en dónde se les dirán á los hombres las verdades que tanto les importa saber, sino se les dicen en el púlpito?

Hacia ya algun tiempo que habiendo vacado la Abadía de Ripaille, se la habia ofrecido el Duque de Saboya al santo Prelado; pero como éste no creia que le fuese permitido el tener muchos beneficios, le habia dado las gracias, y le habia suplicado que estableciese en ella los cartujos: el Duque consintió, y el santo Prelado tuvo la satisfaccion de haber traído á su Diócesis á aquellos santos religiosos. Un dia que hacia un tiempo muy hermoso, propuso Francisco al Obispo de Belley el ir á visitar á sus nuevos huéspedes. Cuando volvian de verlos, se detuvieron en un pueblo pequeño para entrar á visitar la Iglesia, y hacer en ella sus oraciones: habiéndose estendido la noticia de que estaban allí, un vecino del pueblo que estaba gravemente enfermo, le envió á decir si queria ir á confesarlo; Francisco fué al momento á la casa de aquel hombre, y éste se confesó con él con grandes muestras de devocion; recibida la absolucion, preguntó el enfermo al santo Prelado, si le parecia que debiese morir de aquella enfermedad; Francisco, que creyó que temia á la muerte, y que no queria asustarle, le respondió, que se salia de otras enfermedades mucho mas graves; que debia poner su confianza en Dios, y someterse á su voluntad; pero quedó muy sorprendido al ver que el enfermo se alligó con su respuesta; permaneció algun tiempo sin hablar; diciendo despues que estaba tan lejos de tener miedo á morir, que temia por el contrario el no morir tan pronto como quisiera. Francisco creyó, que aquel hombre tenia alguna pena secreta que le hacia odiar la vida; le suplicó que le abriese su corazon, y se preparó para consolarle.

Pero creció su sorpresa, cuando le dijo el enfermo que no tenia motivo alguno de alligirse; que Dios le

habia dado muchos mas bienes de los que necesitaba para vivir cómodamente; que tenia una muger y unos hijos que le querian; y de los que tenia motivos para estar contento. *Pero, Monseñor,* añadió suspirando, *todas las dulzuras de que acabo de hablar, no me han privado de experimentar las amarguras del mundo; se está espuesto á tantos males, los verdaderos bienes son tan raros, estamos tan poco hechos para él, que si Dios no nos hubiese mandado permanecer en él hasta que él mismo nos sacase, ya hace mucho tiempo que yo le hubiera abandonado.* Hablóle en seguida con la mayor energía de la felicidad que Dios ha preparado á los que le aman y le esplicó con tal viveza la santa impaciencia en que estaba de poseer el solo bien que podria llenar los deseos de su corazon, que Francisco, que estaba animado de los mismos sentimientos, no pudo decirle una sola palabra. En medio de esta conversacion perdió el enfermo la vista y la palabra; administrósele la santa Uncion, y murió con la muerte de los santos con la misma tranquilidad que habia vivido.

Habiendo ido Francisco á reunirse con el Obispo de Belley, le contó lo que acababa de sucederle; añadió, que el Espíritu Santo era un gran Maestro, que formaba al mismo tiempo el espíritu y el corazon; que la cortedad de talento, y la falta de instruccion y de educacion no le servian de impedimento, y que cuando se dignaba instruir por sí mismo á las almas mas sencillas, las llenaba de unas luces mucho mayores que las que los mas grandes talentos podian adquirirse con todas sus especulaciones. Hablaron en seguida de la preciosa muerte de aquel hombre delante de Dios, de la impresion de la gracia sobre los corazones, y de la union casi necesaria, que hay entre una buena vida, y una santa muerte.

Volvieron su consideracion al triste estado á que reduce la muerte á los que se llaman gentes del mundo;

como en aquel momento en que acaba el tiempo y empieza la eternidad, ya no hay mas placer, gloria, distincion, ni fortuna; como desaparece todo, y todo se desvanece para ellos, y que á proporcion que se acerca la muerte, sienten aumentarse su turbacion, sus miedos y terrores con la horrorosa memoria de sus crímenes, y con la terrible imágen de la eternidad y de la justicia de Dios; hé aqui el estado, decia el santo Prelado, en que se encuentran infaliblemente á la hora de la muerte, los que se han olvidado de Dios durante su vida; los Príncipes mas grandes, los conquistadores, los dueños del mundo llegan en fin á aquel terrible momento, y la única ventaja que les queda, es que se les alabe alguna vez, cuando ya no existen, en tanto que son atormentados en donde están; ó bien que se les perciba en medio de los siglos remotos, como unas hermosas estatuas puestas en el fondo de una perspectiva, que siendo insensibles á las alabanzas que se les dá, no sirven de otra cosa que de agradar á los que las miran.

Hablando de esta suerte llegaron á Annecy. Al otro dia el santo Prelado quiso proporcionar á su huésped la inocente diversion de pasear un rato por el Lago; como estuviesen hablando los dos, el patron, que guiaba la barquilla en que iban, teniendo que decir alguna cosa á Francisco, le llamó *Padre mio*: el Obispo de Belley le dijo en voz baja, que debia decir, *Monseñor*. *No, no,* dijo al momento el santo Prelado, *decid, padre mio, esta cualidad me es mucho mas propia que la de vuestro Señor.* Despues volviéndose al Obispo, le dijo tambien en voz baja aquellas palabras del Evangelio: *los Reyes de las naciones usan de dominio con respecto á ellas, vosotros no lo haréis así.*

La proximidad de las Diócesis de aquellos dos grandes Obispos les daba ocasion de verse y hablarse á menudo; pero su amistad no se limitaba á solo esto, todo era comun entre los dos; los intereses de uno eran los

del oro, y el Obispo de Belley dió una buena prueba de ello, cuando asistiendo por aquel tiempo poco mas ó menos á los Estados de Francia, habló en ellos con tanto celo en favor de la Diócesis de Ginebra, como hubiera podido hacerlo por la suya. Porque aunque el lugar de la residencia del Obispo de Ginebra, y la mayor parte de su Diócesis esté en Saboya, no por eso deja de estar una gran porcion en los dominios de Francia, lo que hace que el Obispo depende en muchas cosas del Duque y del Rey.

Apenas habia regresado á su Diócesis el Obispo de Belley, cuando Francisco recibió una orden del Rey, para que fuese á Gex, en donde le esperaba el Baron de Luz para arreglar negocios importantes á la Religion católica: no tardó mas tiempo en dar cumplimiento á la orden, que el que necesitó para elegir doce personas que le acompañasen, y partió inmediatamente. No habia sino dos caminos para entrar en la Bailia de Gex; era preciso ó pasar por el puente de Ginebra, ó atravesar el Ródano: por ambas partes era el paso igualmente difícil: el Ródano se habia salido de madre tan extraordinariamente, y corria con tan violenta precipitacion, que era esponerse á perecer el tratar de atravesarlo. No habia menos peligro en atravesar de un lado á otro de Ginebra. El santo Prelado era conocido en aquella ciudad y su celo por la Religion católica le habia adquirido el odio de los ministros y del pueblo. Una cita con el Baron de Luz no podia menos de ser muy sospechosa; el menor mal que podia sucederle era el de ser arrestado; y aun podia llevarse la violencia hasta asesinarle: ¿de qué no es capaz un celo ciego, sobre todo en un Estado popular, en donde teniendo parte en el gobierno todo el mundo, todos creen tener tambien el derecho de mezclarse en los negocios públicos? Este atentado era tanto mas de temer, cuanto que su muerte no podia ser vengada sino por el Du-

que de Saboya, y que habia lugar de creer, como se verá en adelante, que era facil pintarle aquel viaje como sospechoso, y persuadirle de que la Religion no era sino un pretesto, y que Francisco ganado por el Rey Cristianisimo, no lo habia emprendido sino para tratar con el Baron de Luz de la Soberania de Ginebra.

Todos estos peligros eran tan fáciles de preveer, que los menos avisados los hubieran visto: por otra parte, el miedo que hace que se teman los males mas lejanos y que son menos probables, no permitia que dejase de verse el peligro á que se esponia uno pasando por Ginebra; asi es, que apenas hubo dado á conocer el santo Prelado, que sino habia otro remedio, estaba resuelto á probar el paso por Ginebra, cuando todos los de su comitiva se opusieron á ello, y le aconsejaron que se volviesen, y esperasen á que el Ródano estuviese vadeable. El celo de Francisco no pudo acomodarse con aquellos consejos tan tímidos; la fé en peligro, la Religion abandonada, la ocasion de socorrerla perdida tal vez para siempre, le parecia una cosa tan indigna de un Obispo, que está obligado á esponer su vida por la salvacion de las almas que le estan confiadas, que resolvió atropellar por todo; pero antes de hacerlo recurrió á la oracion; consultó á Dios por cuya gloria iba á esponerse á unos peligros tan visibles; le rogó, que le fortificase, que fuese su guia, y que inspirase á los que le acompañaban, y sin cuyo socorro no podia pasar, el mismo ardor de que habia llenado su corazón.

No se repara ordinariamente sino en los milagros que se hacen sobre los cuerpos: los que se obran en los corazones, no son menos dignos de nuestra atencion; no son estos unos golpes menos visibles que los otros, de la omnipotencia de Dios. Francisco lo esperimentó bien en aquella ocasion; apenas hubo acabado su oracion cuando halló á sus gentes enteramente mudadas; ya no eran aquellos tímidos, á quienes el miedo abultaba los

objetos: ofrecieron á seguirle á todas partes; y Francisco aprovechando el buen estado en que los veia, tomó el camino de Ginebra.

Llegó á la puerta cuando iban á cerrarla y levantar el puente, porque era la hora del sermón; el oficial que mandaba la guardia, le preguntó su nombre para escribirlo en su registro: Francisco, que iba á la cabeza de los suyos, respondió con su acostumbrada serenidad, *que era el Obispo de la Diócesis*: el oficial no hizo alto en lo que le decia, y le dejó pasar con toda su comitiva; de este modo atravesó toda la ciudad de Ginebra; pero habiendo llegado al otro extremo, en donde estaba la puerta de Gex, la halló cerrada segun costumbre, porque ya se habia empezado el sermón; con este motivo se entró en una fonda esperando á que abriesen la puerta. La confianza que tenia en Dios le sostuvo, no se turbó en lo mas mínimo, y siempre apareció tranquilo: no les sucedió lo mismo á los que le acompañaban; apenas hubieron reflexionado en que estaban encerrados dentro de Ginebra, y que uno solo que los conociese bastaba para hacerlos prender, cuando toda su firmeza los abandonó: á la verdad el peligro era bastante grande para no tenerle miedo. Dos horas se pasaron de este modo y al cabo de ellas abrieron la puerta: habiendo vuelto Francisco á montar á caballo, salió de Ginebra sin obstáculo alguno, y llegó á Gex, sin que á los suyos se les hubiese pasado aun enteramente el susto: el Baron de Luz no pudo oír el peligro á que se habian espuesto sin asustarse: admiró su celo; pero no por eso dejó de reconvenirle, y hacerle reparar todas las circunstancias del peligro que acababa de evitar. *Nada me enseñais de nuevo*, respondió el santo Prelado; *todo lo habia previsto, y estaba con gentes mas prudentes que yo, á quienes nada se les ocultaba; pero un poco de confianza en Dios haria hacer cosas mas grandes.*

Por otra parte, no quedaron poco sorprendidos en Ginebra, cuando conocieron por el registro y por la declaración del dueño de la fonda, que Francisco habia pasado por la ciudad y que habia estado encerrado en ella por espacio de dos horas. *El Obispo de la Diócesis* no fué un enigma para todos, asi como lo habia sido para el oficial que mandaba la puerta; se admiró su valentia, y á fin de que se acordasen por si otra vez volvía, se puso en el registro: *que vuelva*; pero la cosa no era para repetirla segunda vez.

Dios bendijo el celo del santo Obispo con el fruto que obtuvo en la Bailía de Gex; ofreció una conferencia pública á los ministros de Ginebra; tuvo una con los del pais y los convenció; hizo un gran número de conversiones, y volvió á los católicos ocho iglesias parroquiales de las que se habian apoderado los hugonotes. Despues de hecho todo esto, habiendo bajado el Ródano y estando ya en disposicion de poderlo pasar, lo pasó, y se volvió á Annecy.

Pero apenas hubo llegado alli, cuando supo, que su viaje se le habia pintado al Duque de Saboya como sospechoso, y que el Duque habia demostrado mucho resentimiento contra él, y contra toda la casa de Sales. Aquel Príncipe no podia desimpresionarse de sus sospechas; la menor apariencia bastaba para despertarlas; y habiéndole hecho la edad aun mas desconfiado de lo que naturalmente era, no podia curarse del temor de que el aprecio que se habia hecho en Francia de Francisco, y las continuas ofertas que no dejaban de hacersele para atraerle, no viniesen á parar al fin en un tratado; es decir en una cesion de sus derechos á la Soberanía de Ginebra.

Francisco puso todos los medios posibles para curarle de sus sospechas; escribióle de un modo fuerte al par que respetuoso, y llegó hasta ofrecerle que iria á encontrarle, y permanecería á su lado bajo una buena

custodia, hasta tanto que estuviese plenamente convencido de la falsedad de todo lo que se le habia imputado.

El Duque, á pesar de lo desconfiado que era, se rindió á aquella oferta, y volvió á profesarle la misma estimacion y aprecio que anteriormente; pero por prendado que estuviese de la virtud del santo Prelado, sus recelos no acabaron sino cuando se acabó su vida. Había no obstante un medio infalible para hacerlos cesar; este era el de darle á él mismo los derechos de la Iglesia de Ginebra, los que el Príncipe hubiera comprado á buen precio; pero Francisco, que no tenia menos firmeza que dulzura, no quiso jamas hacer aquel perjuicio á su Iglesia. El Duque, que no podia concebir porque motivo preferia el santo Prelado un bien por lo menos incierto y muy distante, á una ventaja presente, y de la que en él solo consistia el poder disfrutar desde luego, lo atribuia siempre á su afecto á la Francia. Francisco no se ha explicado nunca sobre un punto tan importante; pero no carece de fundamento el creer, que teniendo sus motivos para no tratar con el Rey Cristianísimo de sus pretensiones sobre Ginebra, tampoco queria entrar en convenios con un Príncipe que hubiera podido prevaleerse de ellos contra aquella ciudad. Sea lo que fuere de esto, ello es, que habiendo convidado á Francisco algun tiempo despues los canónigos Condes de Leon, para que predicase la cuaresma en su Iglesia de Santa Cruz, se escusó, por no renovar las sospechas de un Príncipe que era muy susceptible de tenerlas con respecto á él, y que tenia sin embargo todas las razones posibles para contemplarle.

El santo Prelado sufrió por aquel tiempo la pérdida mas sensible que podia sobrevenirle con la muerte de la Condesa de Sales, su madre: ya se ha visto con que esmero, ternura y piedad le habia criado. Era el primer fruto con que Dios habia bendecido su matrimo-

nio; pero tambien tenia el primer lugar en su corazón: amaba á todos sus demas hijos: jamas hubo una madre mejor; pero profesaba un cariño especial á Francisco, que no sentia hácia los demas, á pesar de que tenían todo el mérito que se podia apetecer: Francisco correspondia á estos sentimientos con un amor vivo, tierno y respetuoso; y puede decirse que despues de Dios, su madre era la cosa que mas amaba en el mundo.

Una buena muerte ha sido siempre el fruto de una santa vida, y Dios no abandona jamas en los últimos momentos á los que le han sido fieles. Aquella virtuosa viuda tuvo un secreto presentimiento de su próxima muerte; y para prepararse á ella, fué á Annecy á hacer unos ejercicios bajo la direccion de su querido hijo: apenas estuvo en Thorens, cuando la dió una apoplejía, de la cual no volvió. Habiendo llegado este lance á noticia de Francisco, partió en diligencia á socorrerla: todos sus cuidados fueron inútiles; aquella señora era un fruto ya maduro para el cielo, y Dios habia señalado aquel tiempo para llamarla á su presencia, y darla la corona de justicia que ha prometido á los que le sean fieles, y que prefiriéndole á todas las cosas, no hayan vivido sino para él.

Asistió Francisco á sus exequias con una firmeza, que fué admirada de todo el mundo; la amaba con toda la ternura de que era capaz; pero su sumision á las órdenes de Dios vencía en él á todos los sentimientos de la naturaleza: *mas era de Dios que mia, dijo, el Señor ha vuelto á tomar lo que era suyo; y yo no puedo menos de darle gracias por haberme hecho nacer de una madre tan virtuosa, y por habermela dejado tanto tiempo.*

Supo tambien por entonces la muerte de Enrique IV sucedida en Paris en 14 de Mayo del año 1610, del modo lamentable que sabe todo el mundo. Honraba á Francisco con su estimacion, y aun con su amistad; solo

había consistido en Francisco el que aquel Rey no le colmase de beneficios, y puede decirse, que á cualquier precio que el santo hubiera querido ponerse, lo hubiera adquirido para la Francia, si Dios no le hubiese unido á la Saboya, ó si Francisco menos fiel á su vocación, hubiera podido ser tentado. Lloró á aquel gran Principe del modo que merecia ser llorado; alabóle de viva voz y por escrito; y se vé aun en una de sus cartas á Deshayes hasta donde llegaba su estimacion y admiracion hacia él. *La Europa*, dice, *no podia ver una muerte que la fuese mas funesta que la del gran Enrique: ¿quién de nosotros no se conmovió á vista de la inconstancia y vanidad de las grandezas humanas? Aquel Principe habiendo sido tan grande en valor, victorias y triunfos, tan grande en dichas, y finalmente tan grande en todas las cosas, que parecia que la misma grandeza estaba unida á su vida, debía acabar sus últimos momentos con una muerte gloriosa y una vida tan brillante, no debía terminarse sino sobre los despojos de Levante despues de la ruina del mahometismo.*

Pero como los santos jamas hacen reflexiones sobre los sucesos de este mundo, sin que acaben por dirigirse á su Divina Magestad, y sin que tengan siempre á la vista la mano invisible y omnipotente de Dios, que encamina todas las cosas á los fines que se propone, y que al mismo tiempo que nos aflige, oyen las instrucciones que nos dá; despues que Francisco se ha lamentado de la pérdida de aquel incomparable Principe, esclama de un modo tierno: *¡hijos de los hombres, hasta cuando tendreis endurecido el corazón! ¿Por qué amais la vanidad, y buscáis la mentira? Toda la grandeza que vemos, continúa, no es sino una fantasma é ilusion. ¡Dios mio, que no seamos prudentes con tantas esperiencias, y que no despreciemos este mundo que es en la realidad tan despreciable!*

No hay quien no conozca que el corazon es el que habla en lo que acaba de contarse: todo es tierno, todo vivo, pero no queda en esto: despues de unas reflexiones tan cristianas vuelve á proseguir las alabanzas de aquel gran Rey. *La mayor dicha de este Principe, añade, fué la que haciéndole hijo de la Iglesia, le hizo padre de la Francia; cuando se hizo oveja del gran Pastor, se hizo pastor de sus pueblos; y convirtiéndose á Dios, se ganó los corazones de todos los buenos católicos: esta sola dicha es la que me hace esperar que en su último momento la misericordia de Dios habrá puesto en su Real corazon la contricion necesaria á un cristiano: asi es que yo ruego á la bondad Soberana que haga misericordia á aquel que la hizo á tantas gentes, que perdone al que perdonó á tantos enemigos vencidos, y que reciba en su gloria á aquella alma reconciliada, que recibió á tantos en su gracia despues de su reconciliacion con la Iglesia.*

Habla en seguida con un gran reconocimiento de la proteccion con que le habia honrado aquel Principe; y dice terminantemente, que en 1602, le habia hecho unas ofertas que no tan solamente hubieran tentado á un simple sacerdote, como él era entonces, sino tambien á un Prelado.

Este es el modo con que los Príncipes que han sido verdaderamente grandes durante su vida, lo son aun despues de su muerte; la posteridad jamas deja de confirmar todos los grandes títulos que les ha dado la admiracion de sus virtudes. Enrique fué grande durante su vida, y aun lo es despues de su muerte; y la Francia que le lloró al perderlo, aun lo llora en el dia de hoy; pero si algunas alabanzas ha recibido que no sean sospechosas, son las que le dá el santo Prelado; amaba éste demasiado la verdad para hacerla traicion, y su corazon desprendido del interes que tan á menudo hace prodigar alabanzas tan poco merecidas, jamas hu-

biera consentido en unos elogios que Enrique no hubiera merecido por mas Rey que fuese.

El año 1630, que arrebató á la Francia un tan gran Principe, dió á la Iglesia la santa y célebre Orden de la Visitacion de Santa Maria, digno fruto de la prudencia, piedad y caridad del santo Prelado; fundóla por aquel mismo tiempo. Pero por no interrumpir la narracion, se deja para el siguiente libro todo lo concerniente al nacimiento y progresos de este santo instituto.

Por este tiempo á corta diferencia, fué nombrado por el Duque de Saboya, primer presidente del Chambery, Antonio Faure, aquel intimo amigo de Francisco, de quien ya se ha hablado, y que residia en Annecy en cualidad de presidente del Ginebres: no necesitado ya éste de una grande y hermosa casa que tenia en la ciudad, se la regaló al santo Prelado, que habia vivido hasta entonces, lo mismo que sus antecesores en una casa de alquiler: este regalo no pudo resarcir la pérdida de su amigo; pero no le impidió experimentar un gran consuelo al ver á la cabeza de la justicia á un hombre de su mérito y probidad. Sin embargo, aunque hubiese en la casa del presidente, galerías, salas y cuartos muy cómodos, no se reservó para si el santo Prelado sino un solo gabinete, pero tan pequeño y bajo de techo que mas trazas tenia de sepultura que de cuarto; esta era cabalmente la razon, porque lo habia elegido; las paredes estaban enteramente desnudas, sin cuadros ni colgaduras, lo mismo en invierno que en verano: una cama pequeña, una silla y una mesa con un crucifijo eran todos los muebles y adornos que en aquella habitacion se encontraban. Allí retirado del mundo, mas con el espíritu que con el cuerpo, pensaba muy á menudo en aquella última hora que debe igualar á todos los hombres; se miraba como un culpado sentenciado á muerte, y que no aguarda sino el momento de la ejecucion de la sentencia. Por inocente

que fuese su vida, la encontraba llena de defectos; repasaba en la amargura de su corazon los años que se habian pasado, aquel tiempo que fué, y ya no existia, y del que creia no haber hecho un uso bastante santo. Entonces penetrado de la rectitud infinita de un Dios, delante del cual no son paros los ángeles, y que debe juzgar hasta nuestras justicias, exclamaba: *¿Si examináis nuestras iniquidades, Señor; si las pesáis en la balanza de vuestra justicia, quién se atreverá á parecer delante de vos, quién podrá aguantar vuestra presencia?*

Culpábase en seguida por no haber seguido las inspiraciones de Dios, que le conducian á renunciar el obispado. *¿En que pensaba yo, decia, al encargarme del cuidado de tantas almas? ¿No tenia yo bastante, no tenia yo demasiado con responder de la mia?* Aquí puede uno acordarse de todo lo que hizo para huir de esta dignidad; de aquellos horrores y temores, de aquellos sentimientos tan humildes que le obligaban á creerse indigno de ella: cualquiera otro que él no hubiera creído tener que reprenderse despues de todo lo que habia hecho; y ciertamente que el modo con que habia llevado esta grande carga, le hubiera justificado delante de cualquiera otro que no hubiese sido él mismo; sin embargo jamas pudo perdonarse lo que él llamaba su escésiva facilidad. Algun tiempo despues partió para Turin y Milan.

Muchas razones concurrieron para hacerle emprender este viaje; tenia varias cosas que negociar en la Corte en favor del nuevo Orden de la Visitacion: porque como en los establecimientos recientes se encuentran á menudo dificultades que no se habian previsto, ú obstáculos que no es fácil superar sin el concurso de la autoridad del Soberano; creyó que debia procurar su proteccion para una Orden naciente, que podria necesitarla en lo sucesivo. Otra razon contribuyó aun á ha-

cerle emprender este viaje; (porque se trataba de ausentarse de su Diócesis, y jamas lo hacia sin tener para ello motivos muy urgentes). Veia con sentimiento, hacia mucho tiempo, la mala administracion del colegio de Annecy, poca capacidad en los directores, menos virtud y aun buenos ejemplos, resultando de todo, que estando mal educada la juventud, hubiese precision de enviarla á estudiar á otra parte: esto no podia hacerse sin grandes gastos, y muchas incomodidades aun por parte de los padres mas acomodados; pues en cuanto á los demas, se veian obligados á contentarse con lo que encontraban en Annecy.

Francisco, que estaba persuadido de que las buenas costumbres dependen ordinariamente de la buena educacion de la juventud, nada habia descuidado para poner las cosas en orden: bajo este concepto habia ofrecido el colegio de Annecy á los padres Jesuitas; pero no habiéndoles sido posible aceptarlo á causa del gran número de establecimientos en que estaban obligados á enseñar en aquel tiempo, habia resuelto dirigirse á los Barnabitas, é ir para esto hasta Milan para tratar el negocio con los superiores. A este motivo se unia una razon de devocion; tenia una profunda veneracion á San Carlos, Arzobispo de Milan, muerto pocos años antes en la mas alta opinion de santidad. El Cardenal Federico Borromeo, su primo y sucesor, seguia sus huellas, y pasaba por uno de los mas grandes Prelados de toda Italia: queria consultarle sobre la intencion que tenia de tomar á su hermano por coadjutor suyo; porque por mérito que tuviese, siempre temia en esto dar alguna cosa á la sangre, y á las consideraciones humanas; sabia que el espiritu es las mas veces el juguete del corazon, que le imbuye, le arrastra, y que se halla uno muchas veces enredado en las mismas cosas que al principio se habia ereido que el amor propio era el que menos parte tenia en ellas; de nada me-

nos se trataba que de escoger un sucesor, es decir, del negocio mas importante que podia ofrecérsele, y en el que era mas peligroso engañarse: por la misma razon quiso encomendarlo á las oraciones del gran San Carlos, y pedírselo él mismo bajo este concepto delante de su sepulcro.

Un motivo de caridad apoyaba todas las demas razones. El secretario del Duque de Nemours hacia poco tiempo que habia sido asesinado en unos bosques bastante cercanos á Annecy: se habia acusado de aquel asesinato á varios caballeros muy inocentes; se les perseguia acérrimamente, y aquel negocio, aun dado caso que hubiesen salido de él, á nada menos tiraba que á arruinarlos. Un corazon menos sensible que el suyo á la compasion se hubiese enternecido con la afliccion de tantas familias: como estaba convencido de la inocencia de los acusados, juntó las pruebas de ella, resolvió llevarlas él mismo, y hacerlas valer para con el Duque de Saboya: este motivo, que por sí solo hubiera sido suficiente estando unido á tantos otros, hizo, que no tuviese inconveniente en ausentarse de su Diócesis. Asi es, que pasadas las fiestas de Pascua, partió para Turin; el Duque le recibió como acostumbraba, es decir, con toda la distincion que merecian su caracter y virtud. Hablóle en favor de los pretendidos culpados en el asesinato del secretario del Duque de Nemours; pero eran tan fuertes las prevenciones que habia contra ellos, que no se necesitó de nada menos que de las pruebas que él habia traído para justificarlos, y aun fué necesario que estas estuviesen sostenidas por todo su celo. Hizose su procurador y abogado: habló y obró por ellos, y obtuvo en fin su libertad, y la prohibicion de perseguirlos en lo sucesivo. Habló en seguida al Duque del establecimiento de los Barnabitas en Annecy; aprobólo su Alteza y le prometió todos los despachos de que necesitase para su establecimiento, tenien-



do á bien que fuese á Milan para tratar este negocio.

Por lo tocante al nuevo Orden de la Visitacion, su instituto fué tan generalmente aprobado que no tuvo dificultad en conseguir todo quanto pidió en su favor: el Duque y las Duquesas le aseguraron su proteccion, y esta le sirvió despues para vencer muchas dificultades. Partió para Milan en quanto hubo terminado los negocios que tenia en la Corte.

Fué recibido con muchas demostraciones de aprecio por el gobernador del Milanés y por el Cardenal Borromeo Arzobispo de Milan: al otro dia de su llegada celebró la misa sobre el sepulcro de San Carlos, y pasó muchas horas en oracion: fué en seguida á visitar al Arzobispo, y tuvo con él una larga conferencia sobre varios asuntos de su Diócesis; inmediatamente trató Francisco con los superiores de los Barnabitas de su establecimiento en Annecy, lo concluyó, y lo ejecutó á su vuelta á aquella ciudad.

Llamándole á Turin la fiesta del santo Sudario que se aproximaba, partió de Milan con los mismos honores que se le habian hecho á su llegada: el Duque le habia nombrado para ser uno de los Prelados que debian esponer el santo Sudario á la veneracion del pueblo; hizo esta ceremonia con toda la devocion que eran capaces de escitar en su corazon unas señales tan visibles del amor de un Dios. Al otro dia de aquella fiesta, tuvo una audiencia particular con el Duque, que le habló largo rato de los asuntos del lado de allá de los montes y de los progresos de la Religion católica en su Diócesis. Este Príncipe habia tomado la cosa con mucho empeño: y á la verdad, todo Soberano que conozca bien los intereses de su Estado, nunca tendrá otros sentimientos. La union de los Príncipes con sus vasallos jamas será demasiado estrecha; todo lo que pueda romperla, no puede descuidarse sin peligro; sin embargo nada es mas capaz de hacerlo que la division en ma-

terias de Religion. Cuando los lazos, que unen á los hombres con Dios, se han roto una vez, los que unen á los unos con los otros no podrán subsistir mucho tiempo. Por entonces propuso la Duquesa de Saboya al Duque, que diese al santo Prelado por coadjutor á su hermano Juan Francisco de Sales, y Dios permitió que esta señora escogiese el tiempo que podia ser mas favorable para lograr lo que pretendia.

La muerte del grande Enrique habia hecho cesar los recelos del Duque en quanto á la cesion de los derechos de Soberania sobre la ciudad de Ginebra; y habiéndole tranquilizado sobre este ponto las discusiones de la Corte de Francia, habia concebido el designio de servirse de Francisco para negociar el casamiento del Príncipe del Piamonte con Cristina de Francia hija de Enrique IV; era preciso para esto, que el santo Prelado se ausentase por largo tiempo de su Diócesis, y el Duque preveia, que no consentiria en ello, á menos que no tuviese quien le descansase en las funciones de su ministerio. La peticion de un coadjutor venia muy á propósito para apartar esta dificultad, y este fué uno de los principales motivos que obligaron al Duque á concedersela. Francisco no se mezcló en este negocio. Madama de Saboya queriendo que su primer limosnero fuese Obispo, fué la sola que solicitó para él la coadjutoria de Ginebra, y la obtuvo.

Habiendo concluido Francisco los negocios que tenia en Turin, regresó á Annecy, en donde á poco tiempo estableció los Barnabitas.

Por entonces escribió su *Teotimo* ó *el tratado del amor de Dios*. Obra que no puede salir sino de un entendimiento tan ilustrado y de un corazon tan lleno de caridad como el suyo: hace ver en este excelente libro la inclinacion natural que tienen todos los hombres, á conocer y amar á Dios; las gracias con que el Señor los previene, á fin de que le amen, y la poca fide-

dad que tienen las mas veces para seguir sus divinas inspiraciones: hace una pintura muy parecida de las tibiezas, inquietudes é inconstancia del corazon en el amor divino: como lo abandona facilmente para unirse á las criaturas; como los objetos sensibles obran con mayor fuerza sobre él; como le reducen y le arrastran; como todo deberia llevarlo á Dios, y que sin embargo todo sirve para apartarle de él. Pasa en seguida á tratar de la oracion que es uno de los principales ejercicios del amor divino; y despues de haber hablado de la contemplacion y del descanso del alma en Dios, esplica sus desfallecimientos, sus transportes, y las penas que Dios le hace sentir para probar su fidelidad: pinta despues los disgustos y turbaciones interiores que impiden al alma el conocer el ardor de que está llena; como teme, como se asusta, y se abate, y como en el esceso de su tristeza cae en una languidez, que se diferencia poco de la de los moribundos. Entonces, añade el santo Prelado, el alma ya no discierne si espera, ó si ama, y la turbacion de que se halla llena, y la tristeza que le ocupa, le agobian de tal suerte, que no le queda fuerza para volver sobre sí misma, ni para descubrir lo que le sucede, y se ve reducida á creer que no tiene ya esperanza, ni amor, sino unas simples impresiones de estas virtudes, que siente en la realidad, y que posee en un grado eminente.

Unos sentimientos tan puros no sabrian explicarse sin haberlos experimentado: este es un lenguaje que no puede aprenderse sino con una larga y santa esperiencia, y es preciso haber estado mucho tiempo bajo la mano de Dios, dócil, sumiso y atento á sus miras aun las mas secretas, para saber hablar tan bien. Esto es todo lo que se pretende concluir de lo que acaba de contarse del Tratado del amor de Dios; podrá hablarse de él con mas estension en el último libro de esta historia.

En tanto que el santo Prelado se ocupaba de este

modo en formar las almas á la mas alta perfeccion, y enseñarles lo que habia aprendido del mismo Dios; los turcos, aquellos temibles enemigos del nombre cristiano á quienes vemos hoy en dia tan humillados, hacian unos progresos en Hungria de lo que se alarmó toda la Alemania, y el Emperador, demasiado débil para resistir, habia convocado la Dieta en Ratisbona para el 4.º de Febrero del siguiente año de 1645 para pedir socorro á los Príncipes del imperio. Como la sublevacion de Ginebra contra su Obispo no le impedía reconocerle por Príncipe del imperio, y legitimo Soberano de aquella ciudad rebelde, escribió á Francisco y le convidó á presentarse en la Dieta.

Siguiendo la antigua usanza, el correo del Emperador se presenta en Ginebra; y habiéndose apeado delante del palacio episcopal, pide hablar con el Obispo de parte de S. M. I.: se le responde que no está, y que reside en Annecy; el correo toma auto de esta respuesta, y volviendo á montar á caballo vá á Annecy á entregar los despachos abiertos del Emperador. Esta ceremonia que ahora parece bastante inútil, no deja de ser una prueba de la Soberania del Obispo, que se renueva de tiempo en tiempo de un modo que conserve su memoria, y que hace ver que ni el Emperador, ni el imperio aprueban la sublevacion de Ginebra contra su Obispo, y que no dejan por ella de mirarle como uno de sus principales miembros.

Francisco respondió al Emperador, que tenia el mayor sentimiento en no poder obedecer á las órdenes de S. M. I. y en no poder ayudarle con sus bienes y consejos, en una ocasion que de nada menos se trataba que de la causa de Dios y de la gloria del nombre cristiano; que los ginebrinos, al revolucionarse, se habian apoderado injustamente de la mayor parte de los bienes de su Iglesia, habiéndole dejado apenas con que subsistir, y habiéndole puesto ente-

ramente fuera de estado de prestar á S. M. I. y al imperio la obediencia y el socorro que todos sus miembros deben á su augusto Gefe; que á falta de estos medios, él no cesaria de rogar al Altísimo, al Todopoderoso, al Dios de los ejércitos, que bendijese sus armas y sus designios, que marchase delante de él, que fuese su guia, y que le diese la victoria sobre los enemigos de su nombre: esto es todo lo que podia hacer el santo Prelado en el estado en que se encontraba, y el Emperador y el imperio tampoco esperaban mas.

Dios permitió por aquel tiempo, que la reputacion de Francisco fuese atacada de un modo tan terrible, y al mismo tiempo tan artificioso, que las personas mas ilustradas y menos fáciles en dejarse sorprender, estuvieron á pique de perder toda la estimacion que le tenían.

Una cortesana joven y bien dispuesta, despues de haber cometido mil desórdenes en Chambery, fué á Annecy atraida por las ofertas de un gentil-hombre del Duque de Nemours, enemigo hacia mucho tiempo de la casa de Sales, y en particular del santo Prelado: no permaneció mucho en Annecy la tal cortesana sin causar los mismos desórdenes que habia hecho nacer en Chambery; y sus excesos eran tan públicos, que no podian ya disimularse por mas tiempo; el santo hizo que la avisasen secretamente, y aun la hizo amenazar; pero la protección del Duque de Nemours, de que el gentil-hombre se valia, haciéndola insolente, fué causa de que hiciese igual desprecio de sus avisos que de sus amenazas. Reducido Francisco á emplear medios mas fuertes, subió al púlpito, y predicó contra ella con tanta energia, que varios de sus apasionados la abandonaron, y no volvieron á verla mas.

No fué necesaria otra cosa para hacer subir la cólera de aquella muger al mas alto punto que era posible: alli era donde la esperaba el gentil-hombre del

Duque de Nemours: no habia este contribuido poco á iuspirarla toda la venganza de que son capaces esta clase de gentes, cuando se les contraria en sus funestos designios. Poseia un talento peligroso; sabia contrahacer toda clase de letras, y lo hacia con tal perfeccion que los mas diestros se habieran equivocado. Encontró modo de hacerse con algunas cartas del santo Prelado, y en convenio con la cortesana, contrahizo una, como si él se la hubiese escrito. Pediala mil perdones en esta carta por haberse visto obligado á predicar contra ella; y haciéndole hablar como un verdadero malvado, hacia, que se quejase de aquella necesidad en que se encuentran á menudo las personas de su caracter, de alucinar al pueblo, y disfrazarle sus verdaderos sentimientos: haciale decir en seguida mil criminales requiebros á aquella desgraciada, y le hacia pedir al fin una cita para la noche siguiente en un lugar escondido, y en donde pudiese estar con ella con toda libertad. Cierto es, que cuanto mas libertina era esta carta, tanto menos debia haberse sospechado de que el santo Prelado le habia escrito; pero el caracter y el estilo eran tan parecidos al suyo, que él mismo se engañó, cuando se la presentaron. Concebida y ejecutada de esta suerte aquella obra de las tinieblas, el gentil-hombre llevó la carta ya cerrada y sellada á la cortesana, se la leyó, y se la volvió á llevar despues de haber convenido ambos, en que ella diria que él se la habia tomado, y que manifestaria que estaba llena de cólera por semejante motivo. Tomadas estas medidas, la cortesana convenida con el gentil-hombre, metió mucho ruido hablando de una carta de consideracion que aquel le habia tomado, quejose de esto á todos sus amigos, y dió á entender que nada omitia para volversela á arrebatat: esto fué cabalmente lo que sirvió para hacerla pública; porque instando el gentil-hombre por los que se interesaban por aquella muger, para que la volviese la carta que la ha-

bia tomado, les hacia falsas confianzas; y enseñándoles la carta supuesta, les obligaba á convenir en que no era acertado volverla á poner en las manos de una persona del caracter y profesion de la cortesana. De este modo el malvado, que hacia perder la reputacion á un santo Obispo por el desgraciado artificio, del qual era él solo el autor, tenia aun la satisfaccion de pasar por discreto, y de hacer creer á las gentes que guardaba consideraciones al honor del santo Prelado.

Seria difícil explicar el perjuicio que aquella funesta carta tan malignamente inventada hizo á nuestro santo: la vida inocente que habia observado tan constantemente desde su mas tierna juventud, sus trabajos por la fé, su celo, su piedad tan generalmente reconocida, y aquella brillante santidad que Dios habia tenido á bien autorizar con milagros, todo esto no pudo ser bastante contra una calumnia tan negra, ni sostener su reputacion en el concepto de los hombres; los mismos, que creyendo conocerle mas á fondo, estaban menos dispuestos á juzgar mal de él, inciertos, sobrecogidos y confusos, no sabian que pensar sobre el particular; por esto es preciso confesar, que esta era la prueba mas terrible en que Dios pudiese poner la virtud de su siervo; pero queria purificar mas y mas aquel corazón tan puro ya y desinteresado, y que tal vez no tenia apego á otra cosa en este mundo que á la reputacion y buena fama; apego que se cree poder tener inocentemente, y del qual no podria prescindir en efecto un ministerio tan santo como el del episcopado.

Entretanto la calumnia, que hacia todos los dias nuevos progresos, llegó al fin hasta el Duque de Nemours. Este Principe, que apreciaba al gentil-hombre que habia fingido la carta, supo que estaba reñido con la cortesana, preguntóle el motivo, y aquel hombre malvado le dijo en confianza lo mismo que habia dicho á tantos otros. El Duque, que conocía mejor que otro algu-

no la letra del santo Prelado, pidió la carta para verla. A la vista de un caracter tan bien imitado, y de un estilo tan parecido fué extraordinaria su sorpresa; examinóla con detencion, y la cotejó con otras cartas del santo que tenia en su poder; pero estas precauciones no sirvieron sino para autorizar mas la calumnia, y el Duque engañado por unas apariencias, de las que ni siquiera le pasó por el pensamiento el desconfiar, no pudo menos de exclamar diciendo: *qué ¡el Obispo de Ginebra no es sino un hipócrita, trapacero é impostor! ¿de quién podrá uno fiarse de aqui en adelante?*

Cuando estaba lleno aun de semejantes ideas, un gentil-hombre de su cámara llamado Foras, pariente del santo Prelado, y que le tenia una particular veneracion, se presentó para alguna cosa de las pertenecientes á su empleo: el Duque, que habia pedido la carta para guardarla hasta el dia siguiente, y que aun la tenia en su poder, le llevó á su gabinete, y le preguntó en que concepto tenia al Obispo de Ginebra: *en el de un santo*, respondió Foras, *y nadie que le conozca, podrá dudar de esta verdad. Ved aqui*, respondió el Duque, *cuanto os equivocais; leed esta carta, y ved si hay en el mundo un hombre mas malvado.* Foras convino en que aquella carta tenia una letra que se parecia mucho á la del Obispo de Ginebra; pero sostuvo que no era capaz de haberla escrito, y que alli habia alguna cosa oculta que Dios la descubriria al fin. El Duque se burló de su prevencion, pero no pudo negarse á prestarle la carta por todo el resto del dia.

El uso que de ella hizo, fué llevarsela al santo Prelado, que no sabia aun cosa alguna de toda esta intriga. La leyó toda sin emocion, y sin mudar de color, despues volviéndosela á Foras, le dijo: *á la verdad esta letra se parece mucho á la mia; pero Dios me es testigo, de que yo no he escrito esta carta.* Encargóle en seguida á su pariente, que volviese aquella carta al Du-

que de Nemours, puesto que de él la había recibido; y añadió, que para su justificación se remitía á Dios que era el que sabía la medida de la reputación de que necesitaba para su servicio, y que no quería otra mas que esta.

Pero Foras, que era un caballero joven, lleno de valor, y un poco violento por naturaleza, no tomó la cosa con tanta paciencia; no dudó de que el autor de la carta era el mismo gentil-hombre que se la había entregado al Duque; en este concepto le escribió un billete, en el que, señalándole hora y sitio, le decía que quería entregarle su carta con la espada en la mano, y hacerle confesar la acción mas indigna que podía haber ocurrido jamás á un caballero. El autor de la carta aceptó el desafío; pero como ninguno de los dos compareció al otro día á la hora de levantarse el Duque, éste se malició el proyectado desafío, y mandó que fuesen á arrestarlos; pero Foras ya había marchado al lugar de la cita. Habiendo llegado la noticia al santo Prelado, envió á buscar al caballero de Sales su hermano, suplicándole que lo condujese á su presencia á pesar de todo lo que pudiese decirle para resistirse. Logró á costa de mucho trabajo el hacerle resolverse á seguirle; pero al fin juzgando que jamás podría llevar adelante su intento en su presencia, dejó la cosa para otro día y le siguió á casa del santo Prelado. Apenas le hubo visto este, cuando le hizo las mas fuertes convenciones, y habiéndole hecho confesar el proyectado duelo, le dijo con mucho calor, que ya le había dado á conocer á él mismo, que no quería sino á Dios por protector de su inocencia; que era muy temerario en creer, que el Señor tuviese necesidad de él para justificarle, y que no volvería á verle mas, sino abandonaba el designio que tenía de vengarle. Foras se vió obligado á prometérselo así. Pero aunque previó las consecuencias, no pudo determinarse á volver

la carta al Duque, hizo mil pedazos, y habiéndolo sabido el Duque, le prohibió que volviese á comparecer delante de él, y le privó de su empleo. Entre tanto, no estando justificado Francisco, cayó aquella horrible calumnia de rechazo sobre las hijas de la Visitación: se pensó y se dijo cuanto se quiso contra la madre de Chantal; las otras tampoco se libraron de la maldición, y su inocencia y virtud no fueron suficientes para ponerlas á cubierto de los tiros de la mas horrorosa calumnia. Esto era atacar al santo Prelado por un lado muy sensible; bien sabido es lo que es el honor en las personas del sexo femenino, sobre todo si se han consagrado á Dios en el estado religioso; una apariencia, una sospecha, una murmuración, todo es capaz de destruirle; nada tan fácil de perder, nada tan difícil de recobrar: una circunstancia parecía favorecer en esta ocasión los malos juicios de los hombres. En sus principios, las hijas de la Visitación no guardaban la clausura; tenían libertad de salir para dedicarse á obras de caridad, y cumplían con esta obligación con una edificación que hubiera sido capaz de confundir á la misma calumnia. Pero cuando los juicios temerarios han atacado una vez á la inclinación, nada puede detenerlos, y la calumnia se apoya á menudo sobre lo mismo que parece que debería destruirla.

Tres años se pasaron de este modo, sin que pareciese que Dios pensase en justificar á tantas personas inocentes, y sin que Francisco perdiese cosa alguna de su constancia y confianza en el Señor; siempre tranquilo, siempre igual, contento con el testimonio de su conciencia, superior al juicio de los hombres, esperaba con una profunda paz el tiempo que Dios había señalado para sacarle de tan violenta opresión. El que no ha probado, lo que llama David, la contradicción de las lenguas, la turbación é inquietud, en que esta pone casi siempre aun á las almas mas fuertes; el que no ha es-

tado espuesto á esta horrible persecucion, jamas comprenderá bastante, qual debia ser la virtud del santo Prelado en haberla podido sufrir tan largo tiempo, sin turbarse, sin defenderse, y sin perder cosa alguna de aquella paz é incomparable dulzura, que deberian haber bastado por sí solas para confundir á sus enemigos, y convencerlos de su inocencia.

Pero al fin la justicia de Dios, que aunque parezca lenta á nuestra impaciencia, jamas pierde de vista, ni á los inocentes, ni á los culpados, la hizo brillar de un modo que convenció aun á los mas incrédulos.

El gentil-hombre autor de la supuesta carta fué encargado de una comision por el Duque de Nemours. Apenas estaba á dos jornadas de Annecy, cuando pasando por un lugarcillo pequeño, fué atacado de un cólico violento. La pobreza del lugar le obligó á retirarse á la casa del cura. Aumentándose el mal, se dió aviso al Duque de Nemours que envió en posta médicos y cirujanos, para que le asistiesen; pero estos eran otros tantos testigos de la inocencia del santo Prelado, que la divina Providencia traía desde lejos para justificarle plenamente y de un modo nada sospechoso. Los remedios no sirvieron sino de agriar el mal, y al fin hubo que advertir al enfermo, que se acercaba su última hora, y que no debia pensar en otra cosa que en ir á dar cuenta á Dios, y en recibir los últimos sacramentos de la Iglesia. En este triste estado confesó la horrible calumnia que habia levantado al santo Prelado, se confesó, encargó á los concurrentes que diesen testimonio de lo que habia dicho, y encargó en particular á los médicos y cirujanos del Duque de Nemours, que le desengañasen, y que fuesen de su parte á dar una satisfaccion al Obispo de Ginebra. No les fué difícil el alcanzar de él su perdon; pero la justicia divina no fué tan fácil de aplacar; el gentil-hombre murió en medio de los dolores mas agudos. Ejemplo ter-

rible, que demuestra, que Dios no espera siempre á la otra vida para castigar unos crímenes tan grandes como el de que era culpable aquel desdichado. El santo Prelado le lloró, mandó hacer rogativas públicas por su alma, y aseguró que sentia extraordinariamente el no haber podido abrazarle. Asi fué como Dios justificó al inocente Obispo, y á sus santas hijas, que tambien les habia cabido parte en su difamacion. Foras fué re- puesto en su cargo, y el Duque de Nemours dió señales tan públicas de su estimacion hácia el santo Obispo, que repararon con ventajas el agravio que su demasiada credulidad habia hecho á su reputacion.

En este mismo tiempo, el Parlamento de Grenoble, que tenia noticia que el Duque de Lesdiguières gobernador del Delinado, y despues Condestable de Francia, celoso calvinista hasta entonces, habia dado alguna esperanza de su regreso á la Iglesia católica, puso los ojos en Francisco, como el hombre mas capaz del mundo para contribuir á la ejecucion de aquel gran designio. Lesdiguières era un hombre de un gran discernimiento, de un entendimiento sólido, que no carecia de instruccion, y que pasaba por un calvinista de buena fé. Su valor y sus grandes hazañas le habian adquirido el concepto de uno de los mas hábiles y mas afortunados capitanes de la Europa, y los calvinistas de Francia le miraban como á uno de sus mas firmes apoyos. Las extraordinarias ventajas que Enrique el Grande se habia visto como obligado á concederles por el edicto de Nantes, les habian casi puesto bajo el pie de una república independiente; subsistia esta en medio de un reino en virtud de aquel edicto; y como sus intereses no siempre convenian con los del Estado, tenia cuidado de contemplar á los valientes de su partido, y los tenia sujetos por medio de unas pensiones considerables, que les proporcionaban el vivir con ostentacion, y el hacerse respetar. Lesdiguières era uno de estos; asi es,

que como tenia muchas consideraciones que guardar, la obra de su conversion exijia un gran secreto, y debia ser dirigida con mucha precaucion. Era pues preciso al Obispo de Ginebra tener un pretesto para ir á Grenoble, que cubriese el verdadero motivo de su viaje, y que le obligase á detenerse alli bastante tiempo para ejecutar aquel gran designio.

Bajo este concepto, el Parlamento le escribió para suplicarle que le concediese la misma gracia que habia concedido al de Dijon, y que fuese á predicar la próxima cuaresma en la capital del Delfinado. Contestó Francisco, que tratándose de salir de los Estados del Duque de Saboya, no podia hacerlo sin el permiso del Soberano, y que tenia sus razones para no pedirselo.

En vista de esta respuesta, el Parlamento diputó dos consejeros al Duque de Saboya para pedirle su consentimiento. Concediolo, y Francisco que estaba persuadido de la utilidad que resultaria á la Iglesia de la conversion de Lesdiguières, creyó, que ella era un motivo suficiente para dispensarle la residencia. Asi se lo escribió al Papa que lo aprobó, y entonces se preparó nuestro santo para emprender aquel viaje. Acercándose ya la cuaresma, envió el Parlamento dos consejeros para recibirle y acompañarle hasta Grenoble.

Nada puede añadirse á los honores que se hicieron al santo Prelado en aquella ciudad, ni á las señales de aprecio que se le dieron en ella; pero tampoco puede añadirse cosa alguna al celo que desplegó en todos sus sermones, y á los grandes ejemplos de virtud, con que tuvo cuidado de apoyarlos. Los católicos y los calvinistas atraidos por su reputacion, pero mucho mas por aquella brillante santidad, que se dejaba notar de todo el mundo, por cuidado que él pusiese en ocultarla, corrían en tropas á sus sermones, y jamás salían de ellos, sin experimentar las impresiones que la gracia de Dios habia como inculcado á sus discursos. Las conversio-

nes que á ellos se siguieron fueron en tanto número, que estando admirados de ellas los ministros, prohibieron severamente el que se asistiese á sus sermones; pero no por esto pudieron que uno de los mas instruidos de entre ellos renunciase públicamente sus errores.

Esta conversion metió tan grande ruido, y animó tan fuertemente contra el santo á los mas celosos del partido, que el primer presidente creyó, que debia mandarlo acompañar para que fuese con toda seguridad: pero habiéndoselo propnesto al santo Prelado, respondió, *que siempre le habia ido bien con no poner su confianza sino en solo Dios, y que le pedia ya de antemano que perdonase á todos los que le hiciesen algun ultraje.*

La conversion del ministro sonaba tanto, que se resintió de ello la vanidad de uno de sus compañeros, y sea que se creyese mas hábil que el otro, ó que no fuese en realidad sino mas temerario, lo cierto es, que propuso una disputa pública con el santo Prelado. Francisco la aceptó, y habiendo ido á buscarle el ministro, empezó la conferencia por un torrente de injurias, creyendo, que si podia lograr encolerizarle, saldria mas fácilmente victorioso; pero un hombre que se domina á sí mismo, tiene una gran ventaja sobre el que no es capaz de hacerlo; Francisco escuchó sus injurias sin conmoverse, y todas las veces que volvía á proseguir en ellas, se callaba, y volvía en seguida á proseguir el discurso en donde lo habia dejado. Un calvinista, que estaba presente, quedó igualmente admirado de la insolencia del ministro, y de la invencible paciencia que el santo Obispo continuaba oponiendo á sus arrebatos, y no pudo menos de decir que el partido no era igual, puesto que Francisco persuadía aun callando. Su conversion fué uno de los frutos de la conferencia, y la ventaja quedó tan visiblemente por parte del santo Prelado, que el ministro murió al poco tiempo sofocado de sentimiento y confusion. Algunos de los que estuvie-

ron presentes á la disputa, no pudieron dejar de decir á Francisco, que se admiraban de que hubiese podido aguantar todas las injurias que le habia dicho el ministro; que la paciencia cristiana tenia sus limites, y que aun los mismos padres de la Iglesia habian rechazado algunas veces con mucho rigor la insolencia de los hereges. *Cierto es*, respondió el santo Prelado; *pero mi intencion no era el de humillarme, ni la de vengarme, sino la de ganarle y convertirle: el haberle vuelto injuria por injuria no hubiera favorecido esta intencion.*

Hasta aqui aun no habia asistido Lesdiguières á los sermones del santo Prelado; tenia como ya se ha dicho que tomar grandes precauciones. Pero en fin la reputacion de Francisco se hizo tan general que ya no pudo resistir mas á la curiosidad que tenia de oírle. Asistió despues siempre con mucha frecuencia á sus sermones, y sintiéndose conmovido quiso tener con él conferencias particulares. Ya se ha dicho que estas conversiones eran el fuerte del santo Prelado, y siempre se ha visto que ha acabado en ellas lo que habia comenzado en el púlpito. Como unia á una gran capacidad y á un gran uso, una presencia de espíritu admirable, una moderacion á toda prueba, y una insinuante dulzura que nada era capaz de vencer, tenia unas ventajas de las que no era fácil defenderse. Por estos lados fué por donde se insinuó en el espíritu de Lesdiguières, y quedó este tan satisfecho de la primera conversacion que tuvo con él, que le pidió otras muchas: al principio fueron secretas; pero al fin Lesdiguières, que tenia el alma grande, creyó que habia algo de bajeza en reprimirse, y en usar de disimulo. Las conferencias vinieron á hacerse públicas, y él no tuvo dificultad en confesar, que estaba muy satisfecho, y que los modales del Obispo de Ginebra hacian que le disgustasen extraordinariamente los de sus ministros.

No fué menester mas para introducir la alarma en el

partido; juntaronse, deliberóse sobre lo que se habia de hacer, y se resolvió, que los ministros reunidos en cuerpo irian á verle para reconvenirle. Lesdiguières les recibió segun acostumbraba, es decir, con una educacion mezclada con mucha fortaleza. Su arenga fué larga, y llegó á fastidiar; pero al fin se le escapó al ministro que llevaba la palabra el hablar con desprecio del Obispo de Ginebra. Lesdiguières no pudo sufrirlo, y le dijo, que jamas se olvidase, á lo menos en su presencia, del respeto que se le debia á una persona de su mérito y nacimiento, á un Obispo, y á un Principe del imperio, como él era; despues volviéndose hácia los demas de su séquito, les dijo; que si él tuviese tantos derechos como el Obispo de Ginebra á la soberania de aquella ciudad, no se entretendria como él en residir en Annecy, y que la reduciria bien pronto á la sumision que le debia. Dejó salir en seguida á los ministros sin acompañarlos, y dando á entender que ni siquiera reparaba en que se iban. Esto les mortificó extraordinariamente, y ya no se dudó de que el Duque tuviese la intencion de hacerse católico.

Pero es mas difícil de lo que se cree el abrazar unas verdades contrarias á las preocupaciones de la educacion y del nacimiento; no se deshace uno como quiere de los fantasmas de que ha llegado á llenarse una vez; y nada depende mas esclusivamente de la gracia, que el purificar el ojo del hombre interior, para hacerle capaz de ver la verdad que es la luz del alma. Sin embargo, esta gracia no se concede sino á los corazones puros, y Lesdiguières que no llevaba aun una vida muy arreglada, no le tenia asi por consiguiente. La severidad de la moral católica le daba aun mas pena que sus dogmas. Francisco, que no estaba poseido de otras impresiones que de las de la caridad, de otros intereses que de los de Jesucristo, ni de otros deseos que de los de la salvacion de las almas, no desistió por esto en su empre-



sa, y esperaba con su acostumbrada sumision á las órdenes de Dios el tiempo, que su misericordia habia señalado para la conversion de aquella alma, que debia privar á la heregia de un tan grande apoyo. Acabóse la cuaresma, y Francisco se volvió á Annecy, sin que Lesdiguières se hubiese declarado sobre lo que tenia intencion de hacer.

Se creía que las cosas quedarian en este estado, y que el Duque detenido por los intereses humanos, no pasaria mas adelante, cuando se supo, que en convenio con Francisco habia alcanzado del Duque de Saboya que volviese á Grenoble á predicar la cuaresma siguiente. Entonces ya no se dudó, de que el santo Prelado acabase al fin aquella grande obra. En efecto, apenas estuvo nuevamente de vuelta en Grenoble, cuando volvieron á empezar sus conferencias con Lesdiguières, pero su corazón, preso en los lazos del amor profano, no podia resolverse á seguir las luces de su entendimiento. Francisco, que no hacia cosa alguna á medias, combatia al mismo tiempo sus compromisos y sus errores; y contando por poca cosa su conversion á la fé católica, sino correspondian su vida y costumbres á la pureza de su creencia, pedia incesantemente á Dios que acabase su obra, moviendo su corazón, asi como ya habia iluminado su entendimiento.

Estaban las cosas en esta disposicion, cuando los Duques de Saboya y de Mantua, cansados de la guerra que se hacian, habia ya tres años con motivo del Ducado de Monferrato, al que tenian ambos pretensiones, y resueltos en fin á convenirse, recibió Lesdiguières una orden para trasladarse á Turin para asistir en nombre del Rey á las conferencias de la paz. Este contratiempo impidió á Francisco el concluir la obra de su conversion.

Pero estando Lesdiguières en Turin, sucedió una cosa que hizo ver claramente, cuales eran sus disposiciones

con respecto á la Iglesia católica. El cardenal Ludovisio, que habia asistido á las conferencias en nombre del Papa, estando próximo á volverse á Roma, despues de ajustada la paz, fué á ver á Lesdiguières para despedirse de él. Cuando se separaban, le dijo Lesdiguières: *que no era tan enemigo de la Iglesia romana, que no la desease un Papa de su mérito. Y yo,* respondió el Cardenal, *soy bastante amigo vuestro, para no desear veros hecho un buen católico.* Lesdiguières respondió, *que él quisiera, que no consistiese sino en esto el que fuese Papa, que la cosa no tardaria mucho en hacerse. No vayamos tan de prisa,* respondió el Cardenal, *prometedme únicamente que os hareis católico si yo soy Papa.* Lesdiguières se lo prometió. Esto, que dijeron entonces por pura cortesía, sucedió despues lo mismo que lo habian convenido. El Cardenal fué elegido Papa, y tomó el nombre de Gregorio XV, y Lesdiguières, persuadido hacia ya mucho tiempo por Francisco, abrazó la Religion católica. Los que han dicho que no tuvo otro motivo para esto que la espada de Condestable, que se le dió, no saben estas circunstancias, y no han hecho alto en que ya era católico antes de ser Condestable.

La ida del Duque de Lesdiguières á Turin, y el haberse concluido la cuaresma, dieron lugar á Francisco para hacer un viaje á la gran cartuja, que está á algunas leguas de Grenoble: conocia en ella á D. Bruno Daffringues, general de la Orden, que juntaba á unos grandes conocimientos una piedad eminente y una candidez propia de los primeros tiempos. Fué recibido de aquellos santos solitarios con todo el respeto debido á su mérito y dignidad. Pero Francisco, enemigo de las distinciones, ó por mejor decir, que no conocia otra que la que viene de la inocencia y de la virtud, quiso vivir entre ellos como uno de sus hermanos. Allí, complacido de su soledad y de aquella simplicidad cristiana, que

se profesa tan particularmente en aquella santa casa, hablaba con ellos de la inconstancia de la vida humana, que se desliza y pasa como un torrente, que mete ruido por algun tiempo, y que un momento despues ya no existe. Consideraba los desórdenes, agitaciones y movimientos de los hombres; como hacen y deshacen, como buscan y huyen de unas mismas cosas, como la esperanza eleva á los unos, en tanto que el miedo abate á los otros; como las pasiones los seducen y los arrastran, siempre emprendiendo y siempre desgraciados en sus empresas, siempre seducidos, siempre engañados, sin que nada sea capaz de corregirlos, y de detener el furor con que corren detras de falsos bienes que huyen de ellos, y que aun cuando los posean, siempre es con mezcla de disgusto; como siendo mortales, y estando seguros de que han de tener una vida muy corta, inciertos aun de su duracion forman vastos designios que necesitarian muchos siglos para llevarse á efecto, siempre ocupados del tiempo, sin pensar jamas en la eternidad, que les persigue, les sorprende, y en la que se pierden al fin sin remedio.

Reflexionaba en seguida sobre la dicha de una alma inocente, desengañada y despreocupada de los falsos objetos que la rodean, siempre conforme consigo misma y con Dios, siempre ocupada de él, siempre tranquila, sufriendo la vida con paciencia, siempre dispuesta á abandonarla, y siempre teniendo á la vista aquella eternidad tan terrible para los que han olvidado á Dios, como el término de sus trabajos, como el fin de sus miserias, y como el principio de una felicidad que nunca tendrá fin, y que es la sola que puede contentar un corazon, que para solo Dios está formado.

Estos pensamientos, de que estaba poseido Francisco, le hicieron que descubriese un secreto, que habia ocultado hasta entonces con mucho cuidado, y que continuó ocultándole siempre, (habiendo sido estos solita-

rios durante su vida casi los únicos depositarios de él). Este consistia, en que haciendo diligencias para buscar un coadjutor, tenia la mira de abandonar enteramente el Obispado y retirarse á una soledad, que habia escogido para no emplearse en otro negocio que en el de su salvacion. Pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. Este mundo no era para él un lugar de descanso, y no debía tenerle sino en el cielo.

Si Francisco hubiese seguido los impulsos de su corazon, jamas hubiera salido de la cartuja, este hubiera sido el lugar de su retiro: pero, llamándole el cuidado de su Diócesis, se volvió á Annecy, dejando prendados á aquellos santos solitarios de su virtud y dulzura, asi como él lo quedó de su virtud, y de aquella admirable simplicidad, de que hoy en dia se ven tan pocos ejemplos.

Pedro Camus, Obispo de Belley, cuenta con este motivo un rasgo de aquella simplicidad cristiana, que habia aprendido de Francisco, y del que hacia él mismo mucho caso. Lo cuenta de un modo tan natural, que seria echar á perder esta narracion, el variarle ni aun en lo mas mínimo.

Habiendo llegado Francisco á la gran cartuja, fué recibido por el general de la Orden que le acompañó al departamento que habia destinado para las personas de su caracter. Despues de haber estado hablando un gran rato de cosas enteramente celestiales, (dice el Obispo de Belley), se halló que al otro dia era una fiesta de la Orden, lo que obligó á aquel buen hombre á despedirse de Francisco, haciéndole presente, que de muy buena gana le hubiera acompañado hasta la hora de su comida, y aun hasta la de su descanso, pero que juzgaba, que su piedad llevaria á bien el que prefiriese la obediencia al sacrificio de la cortesia; y el que se retirase á su celda á la hora que estaba mandado, para poder ir por la noche á los maytines.

El bienaventurado Francisco aprobó en gran manera esta exacta observancia, continuando aun aquel buen hombre en escusarse con la fiesta de un santo muy recomendable en su Orden. Hecha la despedida con todos los cumplidos de respeto y honor, que pueden desearse, cuando se retiraba á su celda, se encontró con uno de aquellos oficiales conventuales de la casa, que llaman correos, y en otras partes procuradores, el cual le preguntó, á donde iba, y en donde habia dejado á Monseñor de Ginebra. Yo le he dejado, (dijo) en su cuarto, y me he despedido de él para retirar á nuestra celda, é ir esta noche á maytines á causa de la festividad de mañana. Verdaderamente, reverendo padre, le dijo el oficial, que vos entendéis mucho de los cumplidos del mundo: y qué jesto no es sino una fiesta de la Orden! ¿Tenemos acaso todos los dias en este desierto unos Prelados de esta traza? No sabéis que Dios se complace en los sacrificios de la hospitalidad y beneficencia? Siempre os quedará lugar para cantar las alabanzas de Dios. Maytines no os faltarán otras veces: y quién puede obsequiar á tal Prelado mejor que vos? ¿Qué vergüenza no es para la casa, el que os lo dejéis así solo?

Hijo mio (dijo el padre general) yo creo en verdad que vos teneis razon, y que yo he obrado mal. Volvióse desde allí á donde estaba el Obispo de Ginebra, y encontrándolo dentro de su cuarto, le dijo con gran frialdad: Monseñor, yo he encontrado al irme á uno de nuestros oficiales que me ha dicho que habia cometido una groseria en haberos dejado solo, y que no dejaria de recuperar los maytines otra vez, pero que no tendremos todos los dias un Monseñor de Ginebra. Le he creído, y me he vuelto en derechura á pedir os perdon, y á suplicaros que disimuleis mi tontería, porque os aseguro que *ignorans feci*, y que yo no miento.

El bienaventurado Francisco, (prosigue el Obispo de Belley), quedó admirado de aquel candor, ingenuidad

y sencillez, y me dijo, que habia quedado mas prendado al ver esta accion, que si le hubiese visto hacer un milagro. ¡O cuan verdadera es, (añade) aquella palabra de Jesucristo! Que no puede entrarse en el cielo sin la sencillez de un niño.

Apenas hubo llegado Francisco á Annecy, cuando supo, que el Papa, á instancias de la Duquesa de Saboya, habia concedido las Bulas de la coadjutoria de Ginebra á Juan Francisco de Sales, su hermano, con el título de Obispo de Calcedonia; que se habia consagrado en Turin, y que estaba para venir á su lado á Annecy. Cuando supo que estaba cerca ya de esta ciudad, salió á recibirle, seguido del clero, de los magistrados, del ayuntamiento, y de una porcion de pueblo de la ciudad y de sus cercanias. No quiso que le tuviese las consideraciones, que él habia tenido con su antecesor. Resuelto á cederle en fin toda su autoridad, no tuvo dificultad en partirla con él. Habia deseado, que se consagrara, sin embargo de que esto era lo que él no habia querido hacer mientras vivió su antecesor, á pesar de las instancias que se le habian hecho para ello, cuando hizo su primer viaje á la Corte de Francia: su humildad jamas se dejó ver con mas brillo, que en esta ocasion. Le acompañó á la Iglesia, quiso que celebrase de pontifical, asistió á su misa, y comulgó en ella, y quiso que diese las órdenes; en una palabra, le cedió todos los honores, y partió con él únicamente las penas y trabajos del obispado.

No se vieron entre ellos aquellas delicadezas sospechosas y celos de autoridad, de que se han visto tantos ejemplos; la humildad por un lado, la buena educacion por el otro, la virtud en ambos, formaban una armonia y correspondencia mutua, que nada fué capaz de turbar. Atentos únicamente al bien de la Iglesia, y siempre ocupados de Dios y de su gloria, caminaron siempre de concierto hacia un mismo fin.

Esta inteligencia sin embargo era visiblemente obra de la virtud de los dos hermanos, en razon á que no estaba fundada sobre la semejanza de humores y conformidad de genios. Francisco era muy tratable, de una bondad y dulzura á toda prueba, de una piedad tierna, verdadera y compasiva, y siempre pronta á disimular y perdonar las faltas de los demas. El Obispo de Calcedonia por el contrario era serio, y hablaba poco; severo, y aun inflexible con los pecadores, y sobre todo con los eclesiásticos incorregibles y escandalosos. Perdonaba con bastante facilidad las primeras faltas. No sucedia lo mismo con las recaidas, jamas dejaban de ser castigadas.

Esto fué lo que hizo ver bien claramente en la visita general que quiso Francisco que hiciese en su Diócesis, á fin de trabajar juntos despues de concluida su reforma. El Obispo de Calcedonia se sirvió de las memorias de su hermano, pero ademas de esto tomaba informes muy exactos de la vida y conducta de los sacerdotes; aquellos á quienes su santo hermano ó él habian ya perdonado, eran enviados sin remision á las cárceles del oficialato. Apenas se hubo acabado la visita, cuando se vió en ellas un gran número de reincidentes. Francisco no podia desaprobár la severidad de su hermano, pero tampoco podia menos de tener compasion á aquellos desgraciados; y estos se aprovechaban de ella con bastante frecuencia.

La puerta de las cárceles daba á una bóveda, por donde era preciso pasar todos los días para ir á decir misa; los presos sabian muy bien la hora en que pasaba el santo por alli, y nunca dejaban, cuando pasaba, de pedirle perdon, y suplicarle que tuviese compasion de ellos. Su corazon se enternecia, no era dueño de reprimir, ni ocultar sus lágrimas, y apenas habia dicho misa, cuando representándosele la bondad infinita de Dios para con los pecadores, como jamas se cansa de perdonarlos,

como su misericordia se deja vencer casi siempre de sus lágrimas, como sino pudiera resistirse á sus gemidos: *¿Y qué, decia, puede faltarse siguiendo un tan gran modelo; Dios se ha compadecido tantas veces de mis lágrimas, y yo seré insensible á las que veo correr de los ojos de mis hermanos? ¿El escucha, atiende á los ruegos de unas miserables criaturas, y yo que no soy sino un hombre y un pecador como ellos, seré sordo, y no tendré compasion?*

No podia resistir á estas reflexiones. Asi es, que á su vuelta de la Iglesia mandaba abrir las cárceles, daba una reprension llena de dulzura á los presos, les hacia prometer que vivirian mejor en lo sucesivo, y los enviaba otra vez á sus casas. El Obispo de Calcedonia, que sabia que el santo Prelado no tenia menos celo que él por la reforma de su Diócesis, y que no podia menos de admirar aquella bondad de corazon, que le hacia tan sensible á los males del prójimo, no dejaba por eso de afearle su modo de obrar: *Dios conoce el fondo de los corazones, le decia, y no perdona sino á los que sabe que estan verdaderamente convertidos. Vos no teneis la misma ventaja, y perdonais á todo el mundo sin distincion. Los habrá, os lo confieso, que quedarán conmovidos con vuestra bondad, y se arrepentirán, ¿pero cuántos habrá que abusarán de ella, y á quienes vuestra facilidad hará incorregibles?* Entonces la humildad del santo Prelado llegaba hasta pedirle que le disimulase, y hasta prometerle, que seria mas severo en lo sucesivo, y en aquel momento tenia efectivamente semejante designio.

Sin embargo, á pesar de todos sus propósitos, desde el dia siguiente continuaba del mismo modo que antes, no pudiendo permitirle su estremada bondad, el que viese padecer á uno fuese quien fuese, sin consolarle. En fin el Obispo de Calcedonia, que estaba persuadido de que su indulgencia era demasiada, y que ya se abu-

saba de ella, le pidió permiso para retirarse dándole por motivo para ello, el que no podía determinarse á tener contestaciones con él todos los días, á causa de su demasiada facilidad. Quiso por este medio obligar al santo Prelado, y consiguió su intento, pues él mismo le propuso que guardase él las llaves de las cárceles, y que se las negase aunque se las pidiese. Francisco no tuvo dificultad en hacer esto; *porque, como le dijo, estas pobres gentes me causan compasion, y yo no podria responder de mi mismo.* El santo Prelado se puso en la impotencia de perdonar á sus sacerdotes, pero le fué preciso tomar un camino mas largo para ir á la Iglesia, porque le hubiera sido imposible resistir á la compasion, que le inspiraban todos aquellos á quienes veia padecer.

No se emprenderá ahora el decidir sobre el caracter de estos dos grandes Prelados; el uno dulce, el otro severo: la dulzura tiene grandes encantos, la severidad es necesaria algunas veces. Hay espíritus dóciles, y buenos corazones, á quienes desanima y exaspera el rigor. Hay tambien espíritus rebeldes que quieren ser domados, y corazones duros, que es preciso sujetar. La dulzura es mas propia de un padre, la severidad de un juez. Los Obispos son uno y otro. Es pues preciso, que tengan los dos caracteres y que sean á un mismo tiempo dulces y severos: pero ¿quién debe ganar, la dulzura ó la severidad? ¿á cuál de las dos cosas se debè tener mas inclinacion? Parece que Dios ha decidido en favor de la dulzura por un milagro que hizo el santo Prelado en la ocasion misma de que acaba de hablarse.

Habia en las cárceles del Obispado un sacerdote llevado á ellas hacia poco tiempo. Una ardiente calentura le habia hecho perder el uso de la razon. La calentura cesó; pero no volvió el juicio. Por el contrario aquella enagenacion de espíritu se mudó en furor cuando hubo recobrado sus fuerzas. Sus violencias y los continuos escándalos que daba, fueron causa de que al fin fuese

forzoso encerrarle. El santo Prelado, que habia dado la orden para ello, apenas supo que le habian traído á sus cárceles, cuando fué á verle acompañado de sus criados. Una fuerte barrera por detras de la cual podia vérsese, cerraba el paraje en donde se le habia puesto, y apenas era suficiente para detenerle, tanto era lo que habia aumentado sus fuerzas el furor. Dejábase éste ver en sus ojos, y en todo su porte; sus vestidos despedazados, la espuma que echaba por la boca, y los ahullidos mas bien que gritos que despedia, infundian un secreto horror en todos los que le miraban.

El santo Prelado se conmovió á vista de este espectáculo hasta derramar lágrimas; miróle algun tiempo con mucha atencion: y volviéndose despues á los que le acompañaban, les dijo: *ya veis hermanos míos los efectos del pecado, que es la causa primera de todos los desórdenes que existen en la naturaleza. Ya veis como el borra hasta los menores rasgos de aquella divina semejanza, á la cual hemos sido creados, y vosotros debéis comprender cuan grande es el regalo que Dios nos ha hecho, dándonos la razon; y lo que es un hombre que ha perdido el uso de ella. Pero Dios, á quien pertenece este hombre por tantos títulos, que lo ha creado, y lo ha rescatado con su sangre; Dios mas fuerte que el demonio, mas misericordioso que nosotros culpables, no le dejará por mas tiempo en este deplorable estado; roguémosle todos que tenga misericordia de él.* Quedóse despues un rato sin decir cosa alguna, y recogido dentro de sí mismo; y luego mandó que se abriese la barrera.

Todos los que le acompañaban, temblaron al oír aquella proposicion, y temiendo cada uno por él, y por sí mismo, se opusieron á su designio: pero el santo Prelado lleno de fé, y de aquella santa confianza en Dios, á la que no hay cosa que sea imposible, les aseguró que no tenian que temer, y que habia llegado el tiempo de

las misericordias de Dios para aquel hombre. Abrióse pues la barrera: Francisco entró solo, y tomando por la mano á aquel furioso, le dijo: *teneo confianza en Dios, hermano mio*. Pusóle en seguida la mano sobre la cabeza, y le arregló el cabello, que estaba muy desordenado. Calmó su furor desde aquel mismo momento, cesaron el desorden y agitacion de su cuerpo, y la tranquilidad se dejó ver en sus ojos y semblante, sin que se le notase ya otra cosa mas que las señales de la confusion, que le causaba el desorden en que se veia.

La mar calmada de repente en medio de lo mas fuerte de una violenta tempestad pasaria sin duda por un gran milagro. No lo es menor tal vez, el volver asi en un momento la tranquilidad á un espíritu desordenado, la paz á un corazón agitado de un furor tan violento, y la salud á un cuerpo, que al fin no podia menos de ceder á los movimientos convulsivos de una enfermedad tan estraña.

Lo que hay mas digno de notarse en esta maravillosa cura, es que fué tan completa, como repentina; y no quedó lugar para dudar de esto, cuando se vió al santo Prelado coger por la mano á aquel hombre tan furioso anteriormente, sacarle de la carcel, y llevarle á su palacio episcopal. Allí le hizo dar ropas, le hizo comer á su mesa, y le envió á su casa tan perfectamente curado, que no volvió despues á resentirse ni aun por asomos de un mal, del que se acababan de contar tan estraños efectos. Pudieran referirse otros muchos milagros que cuentan los historiadores del santo Prelado; pero se hará en su lugar. Este basta por sí solo para convencer á los mas incrédulos, de que Dios es siempre admirable en sus santos, de que su brazo no se ha acortado, de que Jesucristo no nos ha engañado al asegurarnos, que los que creyesen, y confiasen en él, harian milagros en todos los siglos, tan grandes y aun mayores que los suyos, y de que el cielo y la tierra pa-

sarian, pero que nada seria capaz de impedir la ejecucion de sus infalibles promesas.

En tanto que pasaba en Annecy lo que acaba de decirse, el Duque de Saboya pacífico, amado de sus vasallos, y apreciado de sus vecinos, no trataba de otra cosa que de la ejecucion del designio, de que ya se ha hablado; y persuadido de que los españoles, sus vecinos por la parte del Milanese se opondrian á su engrandecimiento, y tendrian por una ley, el favorecer á sus enemigos, asi como habian favorecido poco tiempo antes al Duque de Mantua, creyó, que no podia hacer cosa que fuese mas ventajosa al Principe del Piamonte su hijo, que apoyarle por medio de una alianza con la Francia. El socorro que esta nacion acababa de darle contra los españoles, Verceil que se habian visto obligados á devolverle, y la ventajosa paz que acababa de ajustarse por su mediacion, y por sus cuidados, le habian en fin convencido, de que jamas le tendria demasiada consideracion, ni se uniria con ella muy estrechamente. Este sabio Principe dirijia sus miras aun mas lejos; los progresos del Emperador le asustaban, y aprendia, que despues de haber establecido su autoridad en Alemania, trataria de renovar las antiguas pretensiones del imperio sobre la Italia. No habia sino la Francia que pudiera oponerse á un intento semejante, y todos los Principes entre quienes se divide aquella hermosa porcion de la Europa, amenazados del yugo, no podian librarse de él sino por medio de sus socorros.

Todas estas razones le obligaron á enviar á Francia al Baron de Marcieux. Su comision se reducía á dos puntos; á dar gracias á S. M. Cristianísima del socorro que acababa de darle, y de la paz concluida por su mediacion.

Despues de esto debía insinuarse y sondear el ánimo del Rey con respecto al casamiento de Cristina de Francia su hermana, con el Principe del Piamonte. Marcieux halló la Corte de Francia con las mejores disposiciones

que podia apeteer para este casamiento. Enrique IV habia ya pensado en él de antemano, y se hallaba en sus memorias que estaba resuelto á concederlo en caso que se le hiciese la demanda. El aprecio, que se tenia á este gran Principe, no permitia que uno se apartase de sus miras; los intereses no se habian mudado, y las mismas máximas subsistian todavía. Pero Marcieux, que no tenia más caracter que el de agente, no era persona bastante distinguida para consumir un negocio de semejante importancia. Escribió pues al Duque su amo, y este Principe destinó al momento para aquella célebre embajada al Principe Cardenal su hijo, y al santo Obispo de Ginebra para dirigirle y ayudarle con sus consejos: como era la persona del mundo á quien más quería y apreciaba el Cardenal, le escribió al momento para testificarle su alegría, y para suplicarle que estuviese dispuesto para cuando fuese á buscarle á Annecy.

La mas grande dificultad, que hubiera podido poner Francisco para este viaje, estaba zanjada por motivo del coadjutor que se le habia dado. Su Diócesis no estaba en peligro de padecer por su ausencia, y no dudaba de que pudiese dejarla algun tiempo bajo la direccion del grande Prelado, que estaba destinado para sucederle.

Por otra parte, estaba persuadido de que si su Diócesis debia serle cara, el Estado de que hacia parte, no debia tampoco serle indiferente; que estando obligado á rogar por él, bien podia darle una parte de sus cuidados, cuando la Providencia le llamaba á hacerlo, sin que él lo hubiese buscado; y no ignoraba que San Ambrosio, y varios otros santos Obispos, autorizados por Dios con los milagros, habian aceptado las embajadas con el único objeto de servir al Estado.

Una razon particular concurrió aun para determinarlo. Una porcion considerable de su Diócesis dependia de la corona de Francia, y tenia asuntos muy importan-

tes que negociar en la Corte, de los que dependia el restablecimiento, ó el afianzamiento de la Religion católica.

Habiéndole convencido todas estas razones, de que nada haria contra su deber, acompañando al Cardenal, le escribió que estaria pronto para cuando pasase, y que estaba tan agradecido, como era justo, al honor que el Duque su padre se habia dignado dispensarle. Despues de esto ya no pensó mas sino en dar las mejores disposiciones para el gobierno de su Diócesis durante su ausencia, á fin de que no faltando en ella sino solamente su persona, no se hiciese alguna mutacion en los reglamentos que habia hecho; en seguida lo encargó así á su hermano el Obispo de Calcedonia, y se reunió al Cardenal, cuando pasó por Annecy. Llevaba este señor en su compañía al Conde de Verue, y á Antonio Faure, primer presidente de la Saboya, é íntimo amigo del santo Prelado, es decir, que el Duque su padre le habia hecho acompañar por las gentes que habia de mayor mérito en la Iglesia, en la milicia y en la toga; pero el que estaba encargado propiamente de la direccion del joven Principe era el santo Prelado, los otros no iban allí sino para el decoro debido á su alta categoría, y tambien para ayudarle con sus consejos.

El Duque, al hacer esta eleccion, habia tenido una consideracion muy digna de su acostumbrada prudencia. No tan solamente habia escogido lo mas sabio y prudente que tenia en sus Estados, sino que habia parado su consideracion, en que estas tres personas estaban unidas entre sí con los lazos de la mas íntima amistad; que así obrarian siempre de acuerdo, y ninguno de ellos presumiria gobernar al Principe, ni trataria de insinuarle bien en su afecto, en perjuicio del otro. Esto es lo que no sucede sino demasiado á menudo, y no por eso van mejor los negocios de los Principes.

El Cardenal de Saboya llegó á Paris á principios del año 1619, y fué recibido con todos los honores debi-

dos á su nacimiento y caracter. Francisco encontró allí una porcion de sus antiguos amigos, y no estuvo mucho sin adquirir otros nuevos tanto en la ciudad como en la Corte. Las hermosas obras que habia dado al público, le habian adquirido una reputacion extraordinaria; todos le miraban como un Prelado igualmente santo que sabio; no habia negocio de importancia sobre que no fuese consultado, reunion piadosa á que no fuese convidado, ni empresa santa que no animase con su presencia, cuidados y consejo; veíase en la Corte y en la ciudad el mismo empeño en ponerse bajo su direccion, y no podia comprenderse como bastaba un solo hombre para tantas ocupaciones.

Estas no le impidieron sin embargo, el predicar la cuaresma en San Andres de los Arcos. Corrió todo Paris á sus sermones; siendo tan grande la concurrencia, que los Cardenales, Obispos y Príncipes tenian dificultad en encontrar sitio para oírle. Ya se ha hablado de sus máximas sobre la predicacion. No descuidaba la elocuencia, pero cuidaba mucho mas de la solidez de las materias. Incapaz de pensar en adquirirse fama, no trataba sino de la conversion de las almas; lleno de dulzura en toda otra parte, allí aparecia lleno de celo. Pero lo que hacia mas impresion en sus oyentes, era que nada decía, que no practicase él el primero, y la santidad de su vida correspondia tambien á la de sus discursos, que sus ejemplos arrastraban á todos los que sus sermones no habian hecho mas que conmovér. Libertinos, ateos, y hereges, todos cedian á los unos, ó á los otros, y sus luces unidas á su incomparable dulzura ganaban los corazones, al mismo tiempo que convencian los entendimientos. Los historiadores de su vida refieren muchos ejemplos de esto, nos contentaremos con referir uno solo.

Entre las personas que atraían á su casa su santidad y ciencia, habia un aleman del Palatinado llamado Felipe Jacob: habia sido ministro calvinista, y hacia poco

tiempo que se habia convertido á la fé católica. Era brusco, desaliñado, vano como todos los medio sabios, mal afirmado en la fé, é incierto todavía sobre si permanecería en la Iglesia, ó se volvería á la comunión, que habia dejado; estravagante, colérico, y sobre todo lleno aun de las prevenciones que tienen los calvinistas contra los Obispos, y contra el obispado. Acometió al santo Prelado con su acostumbrada grosería, y le preguntó, si los Apóstoles iban en coches dorados, como él lo habia visto hacia poco, y si era permitido emplear las rentas de la Iglesia en equipajes pomposos, como era el que le acompañaba.

Francisco le respondió con una educacion, de que seguramente no se habia hecho acreedor, que él no tenia coche, ni equipaje; que aunque quisiese tenerlo, no tendria medios para ello; que los ginebrinos, al usurpar los bienes de su Iglesia, habian tenido buen cuidado en que no le quedase con que hacer semejantes gastos; pero que sentia menos esta pérdida que la de sus almas; y que por lo que á él tocaba, les daria de muy buena voluntad lo poco que le quedaba con tal de ganarlos para Jesucristo; que los coches y equipaje que él habia visto no eran suyos, sino del Príncipe de Saboya, ó del Rey, que se los enviaba á menudo para honrar su caracter, ó al Cardenal á quien acompañaba; que queria absolutamente que se sirviese de ellos, y que él no habia creído que debiese reñir con un Príncipe tan grande por una cosa tan pequeña. En cuanto á los Apóstoles, añadió, han ido en coche cuando la ocasion lo ha exijido así; vemos un ejemplo de ello en la persona de San Felipe, que no tuvo dificultad en subir al carro del Eunuco de la Reina de Etiopia, y que sin duda ya lo habria visto así en las actas de los Apóstoles. Bien sabia yo, añade aun el santo Prelado, que es el mismo que cuenta esta conversacion, que este Felipe, de que yo hablo, no era el Apostol, pero hay gentes que no



reparan las cosas tan de cerca, y por otra parte este Felipe era un hombre apostólico, y no es menos concluyente su ejemplo.

¿Pero la residencia, continuó Jacob, no es de derecho divino? y en tanto que vos estais en la Corte de Francia, ¿qué hace en la Saboya el pueblo de que vos deberiais tener cuidado? Francisco le contestó, que nadie estaba mas persuadido que él, de la necesidad de la residencia, pero que había creído que el bien del Estado y los negocios particulares de su Diócesis, los que no podia terminar sino en la Corte, eran razones suficientes para dispensarle de ella por algun tiempo: que ademas de todo esto, él había puesto todas las cosas en orden antes de su partida: que había dejado su Diócesis bajo la direccion de un Obispo que lo entendia bien, y que estaba asegurado, de que no sufriria por su ausencia.

Jacob le preguntó en seguida, ¿por qué los Obispos, que se llaman sucesores de los Apóstoles, no hacian milagros como ellos; por qué si les habian sucedido en su autoridad, no les habian sucedido en este poder?

Esta cuestion, respondió Francisco, ha sido decidida por el mismo Apostol, cuando dice que los milagros son para los infieles, y no para los fieles. Estos eran necesarios para el establecimiento de la Iglesia, para persuadir á los pueblos, de que Dios era su autor; para obligarlos á entrar en ella, y para formar esta santa sociedad que debia suceder al pueblo judaico, y perpetuar el culto del verdadero Dios hasta el fin de los siglos; pero en el dia que está establecida esta sociedad, que se ha formado este nuevo pueblo, que se han destruido los ídolos, abolido la ley, y que la Iglesia está estendida por toda la tierra no son necesarios los milagros; y esta es la razon por la que son tan raros: pero yo no dudo, añadió, que si se presentase alguna ocasion en que la Iglesia tuviese necesidad de ellos, Dios los haria, sea por el ministerio de los Obispos, ó por el de

cualquiera otro que le placiese; porque el poder de obrar milagros, jamas ha sido esclusivo á solas las personas de los Apóstoles.

Ya se ha visto, que el caracter de Jacob era algo raro; por esto no habrá quien se sorprenda al saber que llevó la insolencia hasta decirle, levantando la mano: *¿si yo os diese un bofeton, pondriais la otra megilla para recibir otro, como lo manda el Evangelio? Yo no sé si lo haria*, respondió Francisco, *pero sé muy bien lo que debería hacer.*

No hay brutalidad que deje al fin de rendirse á una dulzura tan grande. Jacob quedó tan sorprendido y conmovido al mismo tiempo á vista de la moderacion del santo Prelado, que hablaba de ella con grande admiracion; pero añadia, que si hubiese sido tratado ásperamente, y si se le hubiese respondido en el mismo tono en que él había hablado, se hubiera vuelto á su primera comunión; porque en fin, añade aun, la humildad y la dulzura son tan esenciales á la santidad, que si el Obispo de Ginebra no hubiese tenido estas dos cualidades, yo le hubiera mirado como un hipócrita, que se burlaba de todo el mundo.

En tanto, que pasaban estas cosas, se ajustó el casamiento del Príncipe del Piamonte con Cristina de Francia, y habiéndose casado por procurador, se pensó en ponerla casa. La Princesa, que profesaba á Francisco una estimacion y respeto que no podian ser mayores, le eligió para su limosnero mayor, con intencion de tenerlo á su lado, y ponerse bajo su direccion; pero esto fué justamente lo que hizo que no aceptase semejante cargo. Dió las gracias á la Princesa por el honor que queria dispensarle; la dijo que el cargo que le ofrecia, era incompatible con la residencia que debia hacer en su Diócesis: que Dios era testigo, de que el alma de S. A. R. no le era menos querida que la suya propia; pero que Dios le habia unido á la Iglesia de Ginebra, que esta

unión no era divisible, y que únicamente la muerte podía romperla. En fin, la Princesa continuó instándole, y él la dijo, que puesto que quería absolutamente que aceptase aquel cargo, lo haría, pero que la suplicaba que llevase á bien que fuese con dos condiciones: la una, que esto no le dispensaría de su residencia, la otra que cuando no estuviere en ejercicio de su cargo, no recibiría la renta que le estaba señalada. *Vos teneis unos escritos*, le dijo la Princesa, *que llegan demasiado lejos. Si yo quiero daros vuestro sueldo, aun cuando no sirvais, ¿qué mal hareis, en aceptarlo?* Madama, respondió el santo Prelado, *á mi me va muy bien con ser pobre, y temo las riquezas; estas han hecho perder á muchos y tal vez podrian ser causa de que yo tambien me perdiere.* La Princesa se vió obligada á consentir en estas dos condiciones; él aceptó el cargo de limosnero mayor, lo desempeñó en tanto que la Princesa del Piamonte estuvo en Francia, y en algunas otras ocasiones, pero siempre con las condiciones que habia propuesto. Despues que hubo aceptado este cargo, la Princesa, como para darle la investidura, le regaló un diamante de un gran valor: *con condicion*, le dijo, *que lo guardareis en prueba del afecto que me profesais. Yo os lo prometo*, madama, respondió el santo Prelado, *á menos que los pobres tengan necesidad de él.* En este caso, dijo la Princesa, que era una hija digna de Enrique el grande, *contentaos con empeñarle, y yo tendré cuidado de desempeñarle. Temería, madama*, respondió Francisco, *que esto sucediese con demasiada frecuencia, y que yo llegase á abusar al fin de vuestra bondad.* En efecto, era tal su ternura para con los pobres, que no podia negarles cosa alguna; y cuando no tenia dinero, se le ha visto darles hasta las piezas de plata de su capilla, y aun hasta sus propios vestidos.

Entretanto, á fuerza de frecuentar los hospitales, y de asistir todos los dias á los pobres acometidos de en-

fermedades contagiosas, cayó él mismo peligrosamente enfermo. En esta ocasion conoció lo mucho que se le queria. La fonda de Ancre, en donde estaba alojado, no se desocupaba de Cardenales, Obispos, Principes, gentes de cualidad, y pueblo, que iban á saber noticias de su salud, ó á visitarle, cuando estuvo en disposicion de recibir visitas. Curó al fin de esta enfermedad; y cuando estuvo en disposicion de ir á dar las gracias á SS. MM. por las visitas que habia recibido de su parte, se le avisó de que acababa de vacar una rica abadía, y que se sabia, que si queria pedírsela al Rey, tendria una satisfaccion en dársela. *Yo me guardaré muy bien de hacerlo*, respondió el santo Prelado: *¿y cómo la pediría, yo, que la rehusaria, si se me ofreciese sin pedirla?* añadió, que la renta de un Obispo tan pobre, como él era, bastaba para su manutencion, y que no queria mas.

La Corte de Francia partió para Fontaineblau, y Francisco, que no se separaba del Cardenal, se vió obligado á acompañarle. Un dia, como se pasease solo por un jardín, se le reunió el Cardenal de Retz, Obispo de Paris; le dijo al juntarse con él, que se alegraba mucho de encontrarle solo, y que hacia mucho tiempo que deseaba hablarle en particular; y sin darle tiempo para contestar le dijo él mismo: *vos veis el rango que ocupo en la Corte y en el Consejo, y habeis sido testigo varias veces de los negocios que me agobian; sin embargo, yo me encuentro gravado al mismo tiempo con el gobierno de una Diócesis tan grande, como la de Paris; esta me necesitaria todo entero, y yo no puedo darla sino una pequeña parte de mi tiempo, y muchas veces nada absolutamente. La cuenta, que de ella debo dar á Dios, me estremece; quisiera dejar tranquila mi conciencia sobre este particular: ¿qué me aconsejais vos?*

Puesto que me haceis el honor de consultarme, respondió Francisco, no puedo ocultaros que teneis razon en escuchar los remordimientos de vuestra concien-

cia sobre un punto tan importante; pero no teneis sino un medio de satisfacerla, que es el de renunciar el ministerio, ó el obispado. Yo he encontrado uno no obstante, respondió el Cardenal, y se lo he propuesto al Rey y ha merecido su aprobacion; este es el de haceros mi coadjutor; y sobre esto tengo la orden de ofreceros de su parte veinte mil libras de pension, (el obispado de Ginebra será para vuestro hermano el Obispo de Calcedonia), ofreciendoos ademas alcanzar uno y otro del Duque de Saboya, y del Papa; y satisfacer todos los gastos que sea preciso hacer para lograrlo. Yo uno mis ruegos á los de S. M., no me negueis esta gracia. Paris necesita un Obispo como vos, vos sois querido en él y apreciado, y hareis seguramente mas fruto, que podreis hacer jamas en vuestro obispado de Ginebra.

Yo no puedo agradecer bastantemente á S. M. y á vuestra Eminencia, respondió Francisco, el honor que querian dispensarme; pero jamas hubierais pensado vos en semejante cosa, si me hubieseis conocido mejor, y yo debo corresponder á vuestra amistad, descubriéndome á vos tal como soy: como yo no puedo ocultarme á mi mismo, que no soy capaz de gobernar solo mi obispado, me he visto obligado á pedir un coadjutor. ¿Cómo podria tener la temeridad de encargarme de una Diócesis tan grande, como la de Paris? Dios me quiere Obispo de Ginebra, él me ha dado esta Iglesia por esposa, nada hay que pueda obligarme á abandonarla por otra. Por otra parte, yo me vuelvo viejo, y me acerco al fin de mi carrera; el descanso me convendrá mas que el trabajo; y debo decirlos para abriros enteramente mi corazon, que si se me cree y puedo alcanzar permiso para hacerlo, estoy resuelto á renunciar mi obispado, y retirarme á una soledad para prepararme á comparecer delante de Dios. Bien lejos de retraerme de un designio tan bueno,

ayudadme á ejecutarlo; yo he vivido ya bastante para los otros, tiempo es de que no viva mas que para Dios, y de que me entregue enteramente á él.

Dijo estas últimas palabras de un modo tan tierno y afectuoso, que el Cardenal se conmovió al oírlas: Admiraba las diferentes impresiones opuestas que hacen en los corazones el espíritu de Dios, y el del mundo; como el primero nos oculta á nosotros mismos, y nos quita el conocimiento de las virtudes que ha puesto en nosotros para no dejarnos ver sino unos defectos que muchas veces no tenemos; en tanto que el espíritu del mundo siempre ciego, siempre engañador nos persuade, que tenemos cualidades que no poseemos en la realidad, nos oculta los defectos, y nos conduce á emprender unas cosas que son superiores á nuestras fuerzas, y en las que jamas nos comprometeriamos, si nos conociésemos mejor. Esta es la causa, decia el Obispo de Paris, por la que un Prelado tan santo, tan ilustrado y celoso, se cree indigno del obispado, mientras se ven temerarios que no poseen alguna de estas cualidades, que tienen otras enteramente distintas, y que se valen de todos los medios posibles para obtener esta dignidad. Despues de estas reflexiones, el Cardenal le hizo aun algunas instancias; pero halló siempre un Prelado firme, desengañado de las riquezas, grandeza y fortuna, é incapaz de variar de resolucion.

Algun tiempo despues, predicó delante de SS. MM. en la Iglesia del oratorio, y la vigilia de Navidad en los capuchinos en presencia de la Reina, siempre con el mismo fruto. En fin á principio del año de 1620, el Cardenal de Saboya y la Princesa del Piamonte partieron para Turin con el santo Prelado, que no les acompañó sino hasta Annecy.

A su llegada hizo tres acciones, que no podrán alabarse bastantemente. Durante su ausencia, habian ganado sus oficiales un pleito considerable en Chambéry

contra varios caballeros de su Diócesis, á costa de grandes gastos, que su mayordomo queria exigir con todo rigor. El santo Prelado no fué de este parecer. *Yo no he consentido en este proceso, dijo, sino porque he creído que era justo, y que no se trataba en él de mis intereses particulares, sino de los derechos de mi Iglesia, que no me es permitido abandonar. En cuanto á las costas no las quiero. Dios me libre de prevalerme de semejantes ventajas, sea contra quien fuere, pero particularmente contra mis diocesanos, á los que debo tratar, como trata un buen padre á sus hijos.* El mayordomo quiso replicarle, y le dijo, que estos gastos ascendian á una gruesa suma, y que necesitaba de ella para reintegrarse de lo que habia gastado en la prosecucion de este pleito. *¿Y contais por una pequeña ganancia, replicó el santo Prelado, el volver á ganar unos corazones, que tal vez ha hecho este pleito mis enemigos? Para mí esto es mas que todo.* En aquel mismo instante envió á buscar á aquellos caballeros, que no quedaron poco sorprendidos, cuando vieron, que se les volvia un dinero que ni siquiera habian pensado en pedir. El que conozca el precio de los corazones, jamas creará comprarlos demasiado caros. Para enemigos sobra con uno: en cuanto á amigos, jamas se pueden tener bastantes; esta era una de las máximas de Francisco; así es, que jamas hubo hombre que fuese mas sinceramente amado. Esto se vió bien en su muerte; toda su Diócesis se puso luto, y le lloró largo tiempo sin poderse consolar, aunque pareciese que revivia en la persona de su hermano.

Esta accion fué seguida de otra no menos generosa. Ha podido verse en el quinto libro de esta historia, que uno de los derechos del Obispo de Ginebra, era el de heredar de ciertas familias, cuando algunos casados morian sin hijos. Sucedió un caso de estos por entonces. Un hombre rico, al cual debia heredar el santo Prelado,

murió sin dejar otros herederos, que colaterales. Estos fueron al momento á Annecy para tratar de la herencia con el mayordomo del Obispo de Ginebra: este llevaba sus pretensiones muy altas, como que estaba bien informado, de que el hombre de que se trataba, habia dejado muchos bienes. Los herederos sostenian lo contrario: así es, que una y otra parte estaban muy distantes entre si: el santo Prelado lo supo, y les hizo decir, que se dirijesen á él. Ellos lo hicieron; Francisco les dijo, que le dijesen en conciencia, á cuanto podia ascender aquella herencia: ellos tuvieron lá desvergüenza de decirle, que podia valer veinte escudos de oro: *Pues bien, les dijo Francisco, dadmelos y ved aqui vuestro descargo.* De esta suerte adquirieron por medio de una mentira una rica sucesion, por una suma muy pequeña.

Jamas ha habido sorpresa igual á la del mayordomo, cuando supo por ellos mismos, que habian salido de este negocio á tan poca costa. No dejó de hacérsela presente al santo Prelado con aquel celo, que llegaba, como se ha dicho, hasta el estremo de reconvenirle. *¿Qué quereis?* le dijo el santo Prelado, *si yo no hubiese tenido una limosna que hacer, á la cual no sabia como atender, aun hubiera sido peor, porque nada les hubiera pedido.* Este derecho de su Iglesia estaba á su cuidado, y jamas lo exijia con rigor; sin embargo creyó no deber ó no poder desprenderse de él.

En el último viaje que habia hecho á Paris con el Cardenal de Saboya, habia ahorrado año y medio de su renta. Cuando se la presentaron: *no la he ganado,* dijo, y no quiso aprovecharse de ella; pero necesitando plata su catedral mandó hacer seis candeleros, y una lámpara de plata, y se lo regaló todo.

Estos tres ejemplos demuestran, que cuando se tiene el corazon grande como le tenia el santo Prelado, se puede ser liberal sin ser rico. Jamas hubo hombre con mas aficion á dar y con menos inclinacion á recibir que

él, y está era una de sus máximas. *Si tenéis mucho, dad mucho; si tenéis poco: dad poco cuando uno se ve reducido á pedir, debe creerse que tiene grande necesidad: el negarle lo que pide, ó el encarcelar demasiado lo que por él se hace, es ultrajarle.* Esto es lo que evitaba con mucho cuidado; y daba muchas veces, sin que casi se notase lo que daba.

La muerte de Paulo V que acaeció por este mismo tiempo, dió lugar á la eleccion del Cardenal Ludovisio, que tomó el nombre de Gregorio XV. En el primer año de su pontificado remitió un Breve al santo Prelado, por el que le daba la comision de presidir en su nombre el capitulo general de los Fuldenses, que debia celebrarse en Pignerol. Partió al momento, no permitiéndole el respeto, que tenia á la santa Sede, la menor dilacion quando se trataba de ejecutar sus órdenes. La division se habia introducido en esta santa Orden, tan unida hasta entonces, y aunque no hubiese alterado aun la exacta disciplina que se profesaba, habia motivo de temer que al fin llegase á hacerlo. Divididos los ánimos, no podian convenirse sobre la eleccion de un gefe: todos temian un cisma, y todos parecian dispuestos á precipitarse en él.

Francisco dió pruebas en esta ocasion de una prudencia consumada, y de aquel arte admirable de dirigir los espiritus, que poseia en grado superior: todo cedió á sus razones, todo se dejó vencer por su incomparable dulzura, y con la eleccion unánime de un General, volvió la calma á esta santa Orden, y con la calma restableció el buen orden.

Todos los votos se reunieron en favor del padre Juan de San Francisco. Este era un hombre de una eminente piedad, y de un saber consumado; además de las lenguas vivas, sabia á fondo la latina y la griega, las antiguas lenguas orientales, la hebrea, árabe, caldea, y siríaca. Sin embargo, esta gran sabiduría que le ponía

en estado de dar á luz tantas obras sabias, no impidió que escribiese la vida del santo Prelado, y es uno de los primeros que la han publicado en frances.

Habiendo terminado el santo Prelado todos los negocios que le habian obligado á ir á Pignerol, partió de allí para ir á Turin á saludar á SS. AA. RR. Fué recibido con toda la distincion debida á su mérito y virtud. No creia hacer sino un viaje de mera cortesía, y Dios le condujo allí para justificar á una persona desgraciada y de distincion, á quien el Duque de Saboya acababa de desterrar.

Un señor de la Corte, cuyo favor temia todo el mundo, habia sorprendido el ánimo del Duque, y la calumnia se habia dirigido con tanto artificio, que se le habian cerrado en el destierro todos los caminos para justificarse; nadie se atrevia á tomar partido por él, y las personas mas virtuosas temian comprometerse con el calumniador.

Francisco creyó, que era indigno de su caracter usar de estos miramientos. Hizose instruir del negocio, fué á ver al Duque, y le habló tan fuertemente en favor del acusado, que le hizo conocer su inocencia, y lo volvió á admitir en su gracia.

Esta accion fué muy alabada, y en efecto tiene algo de grande, y muy digno de la magnanimidad que es tan esencial á los Obispos. Sus amigos no dejaron de alarmarse, y de decirle que conocian el genio arrebatado y vengativo del señor, á cuyas espensas habia justificado él al inocente; que todo tenia que temer de su resentimiento, y que haria muy bien en vivir prevenido. *Todo el mundo me dice lo mismo, respondió el santo Prelado, pero mi vida está en las manos de Dios: despues de todo yo no he hecho sino mi deber; porque en fin, ¿quién hablará en favor de las personas inocentes y oprimidas, sino lo hacen los Obispos?*

Los temores de los amigos de Francisco no eran va-

nos; el calumniador se creyó perdido en el concepto del Príncipe, y creyó también que nada tenía ya que esperar. Buscóle algunos días sin encontrarle. En fin supo que decía misa en una Iglesia de la ciudad, y se fué á ella, resuelto á matarle cuando saliese. En el mismo momento le mudó Dios el corazón, y se conmovió de tal suerte á vista de la Magestad y devoción que se notaba en él, cuando celebraba este santo sacrificio, que desistió de su mala intención; hizo decirle por un amigo suyo al santo, que quería tener parte en su amistad, y le hizo asegurar que toda su vida le tendría la veneración debida á su mérito y á su virtud.

Estando próximo el santo Prelado á partir, fué á despedirse de la Princesa del Piamonte. Como esta señora no le vió el diamante que le habia regalado, le preguntó, que habia hecho de él. *Madama*, la respondió Francisco, *fácil os es alivinarlo. Probablemente*, respondió la Princesa, *no era bastante hermoso; quiero daros otro de mayor precio; pero no hagais de él lo mismo que de el otro; madama*, replicó el santo Prelado, sonriéndose; *yo no os respondo de eso; no soy á propósito para guardar cosas preciosas. No dejó por eso esta señora de dárselo, y Francisco partió algunos días después. Cuando estaba en camino creyeron sus gentes, que lo habian perdido, y se lo dijeron muy asustados. No es mas que esto*, respondió el santo Prelado, *vosotros os afligis por bien poca cosa: si un pobre lo hubiese encontrado, el mal no seria tan grande. Al poco tiempo se encontró el diamante, y sus gentes manifestaron tanta alegría, como aflicción cuando la pérdida: guardadlo mejor*, les dijo el santo, *nuestros pobres podrán tener necesidad de él.*

Este fué el uso que hizo de él: cuando necesitaba dinero para las limosnas, jamas dejaba de empeñarlo. Esto fué lo que un caballero de Annecy dijo á la misma Princesa que se lo habia regalado; porque como se ofreciese

hablar de aquel diamante: *yo le he visto*, dijo el caballero, *no es del Obispo de Ginebra, es de todos los mendigos de Annecy.*

El santo Prelado á su vuelta no trató sino de prepararse á la muerte; habia tenido presentimientos, y conocia que se iba debilitando de día en día. No es porque tuviese mucha edad; pero sus grandes trabajos, y continuas mortificaciones habian alterado la bondad de su temperamento. Sin embargo, antes de contar esta muerte tan preciosa delante de Dios, y tan digna de una vida tan santa, se ha creído que no podia menos de hablarse de la fundación del santo Orden de la Visitación: esta es su obra maestra; una prueba siempre permanente de su prudencia, de sus luces é incomparable dulzura, y de su eminente piedad, y si se ha diferido hasta ahora el hablar de ello, no ha sido otro el motivo, que el contarle todo seguido y sin interrupción.

## VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO SÉPTIMO.

No sería completa la historia de la Visitacion, ni la de San Francisco de Sales, sino se hablase de su hija espiritual, la señora de Chantal, su digna cooperadora en la fundacion de este santo Orden. Seria tambien en cierto modo ir contra la orden de Dios, el separar despues de la muerte á dos personas, á las que el Señor habia unido tan santamente durante su vida. Por otra parte, sus acciones, miras y designios estan mezclados de tal suerte, que no es posible desunirlos. Ninguno de los historiadores del santo Prelado lo ha hecho hasta aqui; se ha creido que debia imitarseles, y empezar la historia del Orden de la Visitacion por la de su fundadora, lo mismo que por la de su fundador.

La señora de Chantal se llamaba Juana Francisca Fremiot. Era hija de Benigno Fremiot presidente del Parlamento de Borgoña, y de Margarita de Berbisy, ambos de las familias mas antiguas de su provincia. Tres hijos fueron el fruto de este matrimonio, Margarita Fremiot, casada despues con el Baron de Effran, de la casa de Neuchese, Andres Fremiot Arzobispo de Bourges, y Juana Francisca, cuya vida se escribe, casada despues con el Baron de Chantal.

Nació en la ciudad de Dijon á 23 de enero del año de 1572, dia de San Juan el limosnero; miróse esto como un presagio de aquel tierno amor que tuvo á los pobres toda su vida, y del que siempre ha dado tan edificantes pruebas.

Como perdió su madre desde muy niña, su padre, que

estaba muy ocupado con su cargo, la casó en cuanto pudo con el Baron de Chantal. Era éste el primogénito de la casa de Rabutin; tenia mérito y valor, y estas dos cualidades le adquirieron la estimacion, la amistad y beneficios de Enrique el grande. La señora de Chantal vivió en el matrimonio, del mismo modo que habia vivido siendo soltera, es decir, que fué el modelo de las señoras casadas por su prudencia, por su conducta, y por su condescendencia con su esposo, asi como lo habia sido de las solteras de su edad, por su modestia, piedad y dulzura.

Lo primero que trató de arreglar en su casa, fué la oracion, obligando á sus criados á oír misa todos los dias. Quería que supiesen, que Dios es el principal amo, y el mas digno de ser servido, y que á nadie debian servir, fuese quien fuese, despues de él, sino porque así lo pedia el orden de su Providencia, y por ser él mismo, el que habia establecido esta subordinacion tan necesaria entre los hombres. Hacíales instruir con cuidado, ocupábales con discrecion, y los consolaba bondadosa en sus enfermedades y apuros. Despojábase entonces de la autoridad de ama para revestirse de la ternura de madre, tan persuadida de que servia á Jesucristo, sirviéndolos, como que él mismo ha dicho: *lo que hareis por uno de esos pequeños, lo hareis por mí mismo.*

Queriendo poner orden en la casa de su marido, que lo necesitaba en gran manera, empezó por arreglarse ella misma; devociones, diversiones y ocupaciones, todo se arregló, aun hasta sus mismos vestidos; los gastaba tan honestos, cuanto se lo permitia la condescendencia que tenia con su marido, y se decia de ella que en nada parecia joven sino en la cara. Sus ocupaciones ordinarias eran leer libros buenos, y trabajar para las Iglesias, y para los pobres. Siempre atenta á prevenir sus necesidades ú á remediarlas, acostumbraba decir, que pedia á Dios con mas confianza lo que necesitaba,

cuando habia asistido por su amor á los que él habia tenido á bien llamar miembros suyos.

Apreciaba sobre todas las cosas la oracion pública; tenia una fé extraordinaria en su eficacia; esto es lo que la hacia que asistiese con frecuencia á los officios de la parroquia; jamas faltaba á ellos, y tenia cuidado de llevar á su marido y á todos sus criados.

Durante las ausencias de su marido que se veia obligado á pasar una parte del año en la guerra y en la Corte, no salia de su casa; diversiones inocentes, juego, buen trato, todo cesaba, y hasta las visitas que no eran de obligacion, ó de indispensable cumplido. Cuando estaba de regreso, la condescendencia que tenia con él, la obligaba á variar de conducta; aflojaba tambien algun tanto en sus ejercicios de devocion. En fin llegó á formar escrúpulo de esto, y creyó que podia combinar lo que debia á Dios, con lo que debia á su esposo; y desde este tiempo, ya no se dispensó en sus piadosos ejercicios.

El Baron, que por su parte era un caballero lleno de honor y de virtud, nada halló que decir en esto. La apreciaba y amaba á un mismo tiempo, y confesaba él mismo, que el tiempo no habia servido sino de aumentar su ternura hacia ella. Un hijo y tres hijas que le habia dado, estrechaban los lazos de su union. Todo parece que contribuia á hacerlos dichosos; pero no hay en este mundo felicidad que sea estable y verdadera, todo está mezclado; y la sola fragilidad de los objetos á que nos unimos debiera bastar para desengañarnos. La señora de Chantal era llamada á una santidad demasiado eminente, para que no fuese probada, y Dios celoso de su corazon no podia sufrir que lo dividiese con otro.

Un pariente del Baron de Chantal, vecino é íntimo amigo suyo, fué á verle y le comprometió á ir con él á la caza. Chantal gustaba tan poco de esta diversion,

como tenia pasion por ella su pariente; no dejó de tener esta condescendencia con él. Habíase puesto aquel día el Baron un vestido de color de cierva. Su pariente se equivocó, y viéndole entre unas malezas, le tuvo por una bestia salvaje, le tiró y le rompió un muslo. Chantal cayendo de repente, exclamó, que lo habian muerto. Su pariente acudió á este grito, y Chantal viéndole desesperado le dijo: *primo mio, mi querido amigo, tu has dado este golpe sin quererlo hacer, te has engañado, y yo te perdono con todo mi corazon.* En seguida envió cuatro personas de las de su comitiva á cuatro parroquias distintas para no carecer de un confesor. Al mismo tiempo envió á decir á su muger lo que habia sucedido, pero con orden de que se le ocultase, que el golpe era mortal. Entretanto se le llevó á una casa de un pueblo inmediato, á donde acudió al momento la señora Baronesa. En quanto le vió, la dijo: *madama, las órdenes del cielo son justas, es necesario respetarlas, amarlas y morir.* La estremada afliccion de la Baronesa no le permitió responder; sus lágrimas y suspiros hablaron por ella. Habiendo comparecido un sacerdote en este momento, el primer cuidado de Chantal fué el confesarse, y lo hizo con una presencia de ánimo, y unos sentimientos tan cristianos, que se veia muy bien que no se ocupaba sino del cuidado de su salvacion. Concluida la confesion, el primero que entró en su cuarto fué aquel desgraciado pariente, que le habia herido; venia á echarse á los pies de la señora de Chantal para pedirle perdon. Tenia pintada en su cara la desesperacion, y su dolor parecia tan vivo, que no habia otro sino el de la señora de Chantal, con quien poder compararlo. Desde que Chantal lo vió, le alargó la mano, y dirigiéndose á su muger, la dijo: *madama, es preciso perdonarle, Dios os lo manda, y yo os lo ruego. Por mi le perdono de todo corazon.*

Hecha la primera cura se le llevó á su casa, en donde



su esposa, á pesar del dolor que le oprimia, le sirvió de guardia, de médico y de director. Pero el gasto, los cuidados y oraciones fueron igualmente inútiles. Dios que sabe mejor lo que nos conviene, que nosotros mismos, niega á menudo las gracias pequeñas para conceder otras mas grandes. Entróle calentura al enfermo al quinto dia, y al noveno, despues de haber recibido los Sacramentos con extraordinaria devocion, rogó á su muger y mandó á sus hijos que jamas pensasen en vengar su muerte. Dijoles ademas, que perdonaba al agresor con todo su corazon, y mandó escribir este perdon en los libros parroquiales con la orden que daba á su familia de no conservar resentimiento alguno por su muerte. Un momento despues espiró y dejó á la señora de Chantal en un dolor mas fácil de imaginar que de describir.

Asi es como Dios por medio de golpes ruidosos é imprevistos sabe desasir los corazones que quiere poseer, sin partarlos con otro. La ejecucion de los designios, que tenia sobre la señora de Chantal, no exijian menor sacrificio. ¡Dichoso el que sin conocer los designios de Dios, sin examinar lo que nos cuestan, sabe someterse á ellos, mas dichoso aun el que puede amarlos y que conservando para con él un corazon de hijo, cree que jamas comparará á demasiada costa aquella santa libertad, que nos pone en estado de no vivir sino para su divina Magestad!

Estos fueron los sentimientos de la señora de Chantal; hizo ver en semejante ocasion, que los mismos golpes que quebrantan la paja, separan de ella el grano; que el oro se petrifica en el mismo fuego en que se consume la escoria, y que las mismas aflicciones que endurecen á los malos, y les conducen á dudar de la Providencia purifican á los fieles, y no sirven sino de aumentar su amor y su fé. Lloró cuanto le fué permitido, á lo que creia que estaba en obligacion de amar;

aflijóse al ver rotos tan de pronto unos nudos que el mismo Dios habia formado. Pero volviendo al mismo tiempo la vista hácia aquel Ser independiente, que todo lo ha liecho para sí mismo, á aquella Omnipotencia, á quien todo debe ceder sin murmuracion, y hácia aquella bondad infinita, que no permite el mal, sino para sacar de él un bien mayor, decia con Job: Dios me lo habia dado, Dios me lo ha quitado; ¿si recibimos de él los bienes que se ha dignado concedernos, por qué no se han de recibir de la misma mano siempre igualmente bienhechora, las aflicciones, que tenga por conveniente enviarnos?

Esta sumision á las órdenes de Dios la hizo conocer pronto con toda claridad los designios, que tenia sobre ella; comprendió que no debia haberse unido tan fuertemente á lo que podia perder con tanta facilidad, y que estando solo Dios exento de la caducidad que acompaña á los objetos sensibles, siendo el solo bien que puede contentarnos, y que no puede sernos arrebatado á nuestro pesar, era tambien él solo á quien debia unirse. Esperimentó en seguida, que el Señor sabe consolar muy bien por sí mismo á los que ha afligido, y confesó despues, que no podia entender, como era que estaba tan contenta en medio de tantas aflicciones.

En este estado de dolor y de alegría, creyó que debia seguir el consejo del Apóstol; viéndose libre del matrimonio, resolvió no volverse á comprometer en semejante estado. Dios tuvo mucha mas parte en esta resolucion, que la veneracion que ella tenia á la memoria de su marido, y que el amor que profesaba á sus hijos. Porque para no verse obligada á variarla, hizo voto de no volver á contraer matrimonio, y se entregó á Dios irrevocablemente, con intencion de no vivir sino para él. Desde entonces no se vió casi en ella cosa alguna que fuese terrena; dió una gran prueba de esto, cuando para hacer ver mejor, cuan sinceramente perdonaba la muer-

te de su marido, quiso sacar de pila á cada uno de los hijos de el que lo habia muerto.

Al poco tiempo repartió sus vestidos entre los pobres, é hizo voto de no llevarlos en adelante sino de lana. Despidió parte de sus criados, despues de haberlos recompensado bien sus servicios, y no se quedó mas que con los que eran absolutamente indispensables para ella y sus cuatro hijos. En seguida se dedicó enteramente á educarlos bien, y dividió las ocupaciones del día en su educacion, en la oracion, y en el trabajo de manos.

Tenia grandes deseos de encontrar un director que fuese segun el corazon de Dios, y que pudiese dirigirle por sus caminos; y sabiendo cuan difícil era el encontrarle, y cuan peligroso á un alma tan dócil como la suya, el engañarse, se lo pedia á Dios con ardor, ayudaba y daba limosnas para conseguirlo. Una señora amiga suya y que veía la pena que esto le causaba, le aconsejó que tomase el suyo y le habló muy bien de él. La santa viuda consintió, aunque con una repugnancia secreta que jamas pudo vencer: consistía esto en que no era aquel director el que Dios le habia destinado, y no necesitaba menos que del santo Obispo de Ginebra para llegar á aquel alto grado de perfeccion, á que llegó despues bajo su direccion. Obedeció sin embargo al que tenia con mucha sumision, aunque siempre con la misma repugnancia; pero su profunda humildad le persuadia, de que nada podia hacer peor que dirigirse ella misma. En fin, habiendo obtenido el Parlamento de Borgoña del santo Obispo de Ginebra en el año de 1604, que fuese á Dijon á predicar la cuaresma; la santa viuda fué allí para oírle. Desde que le vió en el púlpito, conoció por un movimiento interior que aquel era el sugeto que Dios le habia destinado para que fuese su director. El santo Obispo por su parte reparó en ella, y se acordó de la vision que se ha dicho

que tuvo, en el castillo de Sales; creyó reconocerla por la que Dios le habia señalado, como el instrumento de que debia servirse para ayudarle á fundar un nuevo Orden. Al bajar del púlpito, se encontró con su amigo íntimo el Arzobispo de Bourges, y curioso de saber el nombre de aquella señora se lo preguntó. Hizole éste saber que era su hermana, viuda del Baron de Chantal. En lo sucesivo, como iba muy á menudo á comer á casa del presidente Fremiot, padre de la santa, tuvo ocasion de hablarle, y le admiró con la santidad de sus discursos, como ya lo habia hecho con la de sus sermones. De este modo se conocieron, y así se formó entre ambos aquella santa union que dió margen despues á la fundacion del Orden de la Visitacion. La señora de Chantal tenia grandes deseos de descubrirle su interior; pero le contenia para hacerlo el voto nunca debidamente vituperado, que su director le habia hecho hacer de no hablar sino con él de asuntos de conciencia. Un dia, que el santo Obispo creyó verla un poco mas adornada que lo que tenia de costumbre, le preguntó, si no iria tan bien puesta, no llevando guarnicion en la gorra y flecos en el pañuelo. La santa viuda cortó por sí misma los flecos sobre la marcha, y mandó descoser la guarnicion. El santo Prelado, que sabia mejor que otro alguno que nada es pequeño delante de Dios, de todo cuanto se hace para agradarle, admiró su docilidad, y juzgó desde entonces, que estando bien dirigida, haria grandes progresos en la virtud.

Por este tiempo se vió su director en la precision de hacer un viaje: permitió Dios, que durante su ausencia, fuese ejercitada con tan violentas tentaciones, que temiendo perder el juicio, se dirigió al santo Obispo, le abrió su corazon, y salió tan consolada de su presencia, que le parecia (segun decia ella misma) que no era un hombre, sino un angel el que le habia hablado.

La facilidad con que el santo Prelado habia disipado

aquella gran turbacion, de que estaba poseida, y vuelto la tranquilidad á su alma, aumentó la estimacion y confianza que en él tenia. Hallábale hombre de grandes luces, de prudente y caritativo, (cualidades enteramente esenciales á un director), y que no las encontraba en otras partes. Veía éste mas claro, que ella misma en su alma prevenia sus dificultades, y sus respuestas eran tan adecuadas á sus necesidades, que no dudó de que Dios le habia destinado á ser dirigida por aquel santo Prelado. En este concepto le suplicó, que la confesase; negóse á ello para probarla, y despues se lo concedió. Una paz profunda, que no habia experimentado aun, sucedió á su confesion; pero al mismo tiempo se aumentó el deseo que tenia de estar bajo su direccion. El santo la dió esperanzas, de que podria llegar tal vez un dia en que se le lograrse su deseo, y le dijo que era necesario pedir á Dios que les diese á conocer á entrambos su voluntad, y esperar con tranquilidad este dia. Este gran santo era enemigo de las precipitaciones, éranle sospechas. Este era casi el solo defecto, que hallaba desde entonces en la señora de Chantal: tenia una viveza para obrar el bien que no la dejaba sosegar; siempre inquieta, siempre descontenta de sí misma, no haciendo jamas las cosas bastante á su gusto, y siempre dispuesta á emprender otras nuevas por la gloria de Dios, y para su propia santificacion.

El santo Prelado no aprobaba sus inquietudes; sabia que el espíritu de Dios no se complace en la agitación, y que ama la paz y tranquilidad del corazón; en una palabra, miraba la gran precipitación de la señora de Chantal en obrar el bien, como una gran disposición para llegar á la santidad mas eminente, pero como una disposición que era necesario destruir, para que llegase á la santidad que preveía.

Algunos dias despues, al despedirse el santo Obispo de la señora de Chantal para volverse á su Diócesis, la

dijo, que le parecia que Dios aprobaba el que se encargase de su direccion, que cada dia se convencia de esto mas y mas, pero que no debia precipitarse la cosa, y que no queria que hubiese algo que fuese humano en este negocio. Al poco tiempo se le aseguró lo mismo por un gran siervo de Dios, á quien habia confiado lo que habia sucedido entre el santo y ella. Entretanto, las penas que sufría bajo la direccion de su primer director aumentaban de dia en dia; le parecia que le dirigia en verdad por caminos enteramente santos; pero que no eran por los que le convenia marchar; que Dios pedia de ella alguna otra cosa que aun no conocia, y su precipitacion en obrar el bien la causaba unas inquietudes que no estaba en su mano moderar.

Por este tiempo á corta diferencia, queriendo el santo Obispo, y la Condesa su madre cumplir un voto que habian hecho á San Claudio, se lo avisó el primero á la señora de Chantal á quien habia oido que habia hecho otro semejante, y le dijo el dia en que debian llegar allí. La señora de Chantal se trasladó al punto. Instruyó á fondo al santo Obispo, de todo lo que pasaba en su interior, é hizo con él una confesion general. Quitóla el santo los escrúpulos que tenia sobre los votos, que le habia mandado hacer su director; y para calmar sus inquietudes le compuso y entregó un método para su regla de vida, por el cual le aconsejó que se rigiese hasta tanto, que él juzgase conveniente el variarlo. Se ha creido que se daría gusto al lector refiriéndolo.

Conforme á este método, se levantaba á las cinco de la mañana, se vestia sola, y sin luz en toda estacion, y hacia una hora de oracion mental; ejercicio que recomienda el santo Prelado sobre todos los demas. En seguida hacia levantar á sus hijos, y les hacia hacer la oracion de la mañana en union con sus criados, llevándolos despues á misa. Despues de comer, leia la sagrada Escritura por espacio de media hora, explicaba la

doctrina, ó hacia pequeñas instrucciones á sus hijos y criados, y á todos los demas del pueblo, que querian asistir á este acto piadoso. Antes de cenar tenia un cuarto de hora de retiro espiritual, y rezaba el rosario. Por la noche se retiraba á las nueve, hacia la oracion y el examen de conciencia con sus hijos y criados, les daba á todos agua bendita, y se quedaba rezando sola otra media hora. En fin, concluía el dia con la lectura de la meditacion para el siguiente. El resto del tiempo, de que no se ha hablado, lo empleaba en trabajar en sus negocios, ó en visitar enfermos, si los habia.

Siguiendo el mismo método, se habia formado un santo hábito de la presencia de Dios, pero tan grande, que le veía en todas las cosas, y todas servian para llamarle á él, siendo al mismo tiempo tan dulce y tranquilo, que no se echaba de ver, ni le impedía obrar, hablar, y estar en todas las cosas que hacia.

Lo que era admirable en una vida tan santa y tan digna de imitacion, es que ni estaba triste, ni oprimida. La dulzura y libertad de espíritu reinaban en todas las acciones de la señora de Chantal; era buena, condescendiente, de fácil acceso á todo el mundo, interrumpia tambien sin escrúpulos sus ejercicios, ó los dejaba para otra ocasion, cuando la caridad ó las necesidades del prójimo lo exigian. Sus mismos criados, (gente que no reflexionaba por lo comun en estas cosas), viéndola siempre recogida, volviéndose á Dios en medio de los mayores embarazos de los negocios y cuidado de la casa, decian entre sí: *la señora reza á todas las horas del dia, no pierde á Dios de vista, y esto á nadie incomoda.* Dábanse grandes alabanzas sobre esto á la direccion del santo Prelado, y los mayores enemigos de la devocion convenian en que esta no tan solamente no es perjudicial á cosa alguna, sino que todas las compone, cuando se toma como debe tomarse.

Despues que la señora de Chantal hubo arreglado de

este modo su interior, pensó siguiendo el mismo método, en reformar lo que creyó que tenia y era aun algo mundano sobre su persona; cortó sus cabellos que eran muchos y muy hermosos, y ya no llevó otro adorno en la cabeza que una toca ceñida y espesa. Tuvo gran cuidado en mortificar su paladar, no comiendo sino manjares comunes y sin condimento, cuando estaba sola; pues si la compañía le obligaba á mandar servir á su mesa alguna cosa extraordinaria y bien compuesta, la dejaba en el plato sin afectacion, y la mandaba dar á algun pobre enfermo. Ayunaba todos los viernes y sábados, llevaba cilicio los demas dias, y tomaba disciplinas á menudo. Ya se ha visto, que naturalmente era viva, precipitada é inquieta. Perdió todos estos defectos bajo la direccion del santo Prelado. Este iba siempre á arreglar el corazon; empezaba por aquí, seguro de que el resto no dejaria de seguir. Así es, que al principio nada habia mas dulce que su direccion: exigia pocas prácticas exteriores de devocion; pero cuando se habia llegado una vez á gustar de ella, cuando veía un corazon desprendido del amor de los objetos sensibles, y del suyo propio, lo conducia por medio de un régimen muy prudente á la mas alta perfeccion. Así obró con respecto á la señora de Chantal. Este gran Prelado formado sobre el modelo de San Pablo, que (para usar de sus mismas espresiones), daba leche á los débiles, y un alimento mas sólido á los perfectos, no permitió al principio á la santa viuda todo lo que le sugeria su celo; no la agobió; tuvo en consideracion sus fuerzas; y le acostumbró poco á poco á la práctica de las grandes virtudes. Verdad es, que esta señora anduvo mucho camino en poco tiempo. Pero no es dado á todo el mundo hacer lo mismo, y es preciso seguir la medida de la gracia que es dada de lo alto.

En conformidad al mismo método de la señora de Chantal, los domingos y dias de fiesta, no queria ocu-

parse, ni aun oír hablar, en cuanto era posible, de negocios corporales: estos eran días consagrados enteramente á Dios, y á la caridad con el prójimo. Acabado el oficio divino, iba á visitar los enfermos, los consolaba y les hacía la cama, arreglaba sus casas, y no los dejaba carecer de alimento, medicinas y socorros espirituales.

Tenia siempre en su casa algunos pobres cubiertos de úlceras; limpiaba á menudo de rodillas sus llagas, y siempre con respeto, haciéndole ver la fé, de que estaba animada, á Jesucristo, en la persona de cada uno de ellos; los velaba cuando se acercaba su fin, asistíalos hasta la muerte, y los amortajaba con un valor, que afundía á todos los que no estaban animados como ella de una perfecta caridad.

Este era el modo con que vivía la señora de Chantal en medio del mundo, á la edad de treinta y dos años. Por la práctica de tantas virtudes era por donde Dios le disponía á llegar á ser un día la madre de tantas santas hijas, que aun la miran en el día como su fundadora y su modelo. Pero parece tambien, que Dios tenía la mira de confundir de antemano por medio de una vida tan santa, formada sobre los consejos y ejemplos del santo Obispo de Ginebra, á los que un día debían acusar su doctrina y conducta, de relajacion, y de una condescendencia poco conforme con la severidad de la Iglesia.

Hallándose la santa en el año de 1606, en Bourbilly, una de sus tierras, hubo un número tan grande de enfermos, que su caridad, tan activa como era, tuvo trabajos en atender á todo. Asistió á todos con sus bienes, cuidados, oraciones é instrucciones. Amortajaba muchas veces hasta cuatro personas por día, sin que el extremo peligro á que se esponía, fuese capaz de entibiar su caridad.

Pero no pudiendo al fin resistir á tantas fatigas como

sufrió por espacio de dos meses, cayó enferma de una disenteria, que le puso á las puertas de la muerte. En esta enfermedad dió grandes ejemplos de dulzura, y de una invencible paciencia, no quejándose jamas sino del trabajo que daba, y del peligro á que se esponían, sirviéndola. Aunque estaba aun en la flor de su edad no echaba menos la vida; pareció un poco afligida por sus hijos que dejaba de corta edad, y que necesitaban aun de los cuidados de una madre tan virtuosa, instruida y apasionada. Pero su sumision á las órdenes de Dios no le permitió manifestar la menor inquietud, creyó que el Señor les serviría de todo; y con esta sumision á su Providencia esperaba la muerte con la tranquilidad que acostumbra inspirar un corazón puro, y lleno de confianza en las bondades del Señor.

Su hora no habia llegado todavia, y Dios le reservaba para la grande obra de la fundacion del Orden de la Visitacion, que debia empezar con el santo Obispo de Ginebra, y sostener sin él, despues de su muerte. Curó contra lo que todos creían; volvió á continuar sus ejercicios en cuanto se lo permitió su salud, y prosiguió sirviendo á los enfermos con tanto celo, como si su caridad no le hubiese hecho estar á pique de perder la vida. ¿Pero por qué no haria hacer el amor de Dios, lo que el de la gloria hace emprender todos los días á tantos valientes, que no dejan de espouerse á los mayores peligros, aunque muchas veces se hayan visto cercanos á perecer en ellos?

Algun tiempo despues recibió una carta del santo Prelado, en la que decia, que creia necesario que hiciese un viaje á Annecy. Para comprender el motivo, es preciso suponer, que cuando habia hecho el viaje á San Claudio, de que ya se ha hablado, habia contraído una íntima amistad con la Condesa de Sales, madre del santo Prelado, que le habia hecho prometer que iria á verla á Sales. Habia cumplido su promesa el año siguiente, y

en una de las contestaciones que habia tenido con el santo Obispo, le habia dicho éste, que meditaba un gran designio, para el cual se serviria Dios de ella. Preguntóle lo que era; pero el santo Obispo le respondió, que queria meditar despacio su ejecucion, y que no podria decirselo hasta dentro de un año; que le rogaba entretanto, que uniese á las suyas sus oraciones, y que encargase bien á Dios aquel negocio. Para comunicarselo era para lo que le suplicaba, que se fuese á Annecy.

En cuanto hubo llegado, le dijo el santo, que habia examinado maduramente delante de Dios la proposicion, que tantas veces le habia hecho de abandonar el mundo para abrazar el estado religioso, y que siempre habia hallado en esto grandes dificultades; pero que al fin ya era tiempo de volverla respuesta. Sobre esto, para probar su sumision, le propuso que se hiciese religiosa de Santa Clara, despues hermana del hospital de Beaune, y al fin Carmelita. La santa viuda consintió en cada una de estas proposiciones con tanta docilidad, como sino hubiese tenido voluntad propia, y como sino se hubiese tratado de un empeño, que debia durar tanto como su vida.

Entonces el santo Obispo, prendado de su sumision, le comunicó los proyectos que habia formado para el establecimiento del Orden de la Visitacion, que luego fundaron ambos. Despues ha confesado, que se halló colmada de alegría con aquella declaracion, y que sintió un llamamiento de Dios tan poderoso para aquella santa empresa, que no dudó que fuese esta su voluntad, y que le daria su bendicion.

Sin embargo, como tenia un talento escelente, gran discernimiento, y mucha habilidad para los negocios, previó grandes dificultades: habíalas en efecto. Porque sin contar, que todo nuevo establecimiento está espuesto de ordinario á grandes contradicciones, y que lo que no han autorizado el uso y la costumbre, casi siempre es

sospechoso, ¿cuántos obstáculos no era fácil preveer por parte de la misma señora de Chantal? Un hijo único, joven y de grandes esperanzas, que necesitaba de sus cuidados; tres hijas de corta edad, á las que no era menos necesaria; negocios embarazosos de los que ella sola tenia conocimiento; su padre natural y el político, ambos de edad muy avanzada, y á los que, aunque no fuese sino por el bien parecer, no podia abandonar: ¿cómo dejar todo esto para ir á establecerse fuera del Reino? Por otra parte, ¿en qué fundan este establecimiento? ¿Qué medios, qué recursos habia para ello? Un Obispo pobre, que apenas tenia con que mantenerse, y que amaba tiernamente á los pobres, obligado por su caracter á dar grandes limosnas. Una viuda joven, rica en verdad, pero con cuyos bienes se habia resuelto no contar. La prudencia humana no podia entrar en semejante designio. Por esto el santo Obispo, que todo lo habia previsto, no pudo menos de decir: *yo veo un caos en todo esto; pero la Providencia, delante de la cual la prudencia de los hombres no es sino locura, sabrá desenredarlo muy bien, cuando sea tiempo oportuno de hacerlo.*

En efecto, puede considerarse el esplendor en que está el Orden de la Visitacion en el dia, dentro y fuera del Reino; tantas casas tan magnificas y bien fundadas; aquellas Iglesias tan adornadas, y bien provistas de todo lo que puede inspirar una idea grande de la Magestad divina, á quien se sirve en ellas con tanta dignidad; aquel gran número de hijas, aquella caridad y sencillez cristiana, aquel desprendimiento que reina entre ellas, aquella exacta disciplina, aquel retiro, y finalmente aquel espíritu interior y primitivo, á los cuales se dedican tan santamente; en una palabra, aquellos grandes ejemplos de virtud, de que está edificada toda la Iglesia, pueden considerarse todas estas cosas, sin que se eche de ver la mano de Dios que ha formado,

y que apoya y sostiene este santo Orden? Si á todo esto se añaden las contradicciones, obstáculos y contratiempos que fué preciso sufrir en los principios, se convenirá, en que se necesitó mucha prudencia, valor y celo para llevar á cabo aquel gran designio, ó por mejor decir, que alguna cosa mas que humana presidió á su nacimiento y progresos.

Durante la permanencia de la señora de Chantal en Ancey, la Condesa de Sales, prendada de su mérito, trató de unirse á ella con vínculos mas estrechos, y en este concepto, le hizo proponer por el santo Prelado el casamiento de su hija mayor con su hermano el Baron de Torens. La santa viuda se vió muy embarazada con esta proposicion; por una parte deseaba mucho este enlace, y creía que le hacia mucho honor; pero preveía por la otra grandes obstáculos por parte de los abuelos de su hija, y estaba casi enteramente convencida, de que jamas consentirian en que se le casase fuera del Reino: recibió no obstante la proposicion con grandes muestras de alegría y de reconocimiento, prometió todo cuanto dependiese de ella, é hizo por su parte una peticion á la Condesa, y al santo Prelado, que fué la de llevarse consigo á Montelon á la mas joven de sus hermanas, para educarla á su lado; pero murió esta señora á su llegada, del modo que se ha contado al fin del libro quinto de esta historia.

Madama de Chantal se aprovechó de aquella ocasion para proponer á su padre el casamiento de su hija con el Baron de Torens: puso todas las dificultades que ella habia previsto. Pero la santa viuda le dijo con mucha firmeza, que despues de la pérdida que acababa de ocasionar á la casa de Sales, no creía poderse dispensar de resarcirsela, dándola una de sus hijas. Agradó al presidente esta razon, y consintió en el casamiento con tanta mas satisfaccion, quanto que este era un gran partido, y que amaba y honraba particularmente al Obis-

po de Ginebra. Los abuelos paternos de la señora de Chantal, arrastrados por el consentimiento del presidente, llevaron á bien aquel matrimonio. Su madre lo avisó asi al momento al santo Obispo, que acompañó al Baron de Torens á pedir la mano de la señorita, que no tenia aun sino once años. Concluyóse el contrato matrimonial, y se dejaron las bodas para el año siguiente.

Ajustado este casamiento, atrajo las proposiciones para otro. Fué este el de la misma señora de Chantal. Un señor de Borgoña muy rico, prudente, gallardo, é intimo amigo del presidente Fremiot su padre, se la pidió por esposa. El presidente y todos los parientes de la santa viuda deseaban con ansia que se efectuase aquel negocio; y la santa viuda fué instada á consentir tanto mas vivamente, quanto que un doble matrimonio que se trataba de hacer entre sus hijos, traía grandes bienes á su casa. La tentacion era violenta; tenia que combatir á su propio corazon. No pudo dejar de prendarse del mérito de aquel señor, y de las grandes ventajas que aquel matrimonio debia reportar á su casa; pero Dios, á quien nada resiste, cuando quiere asegurarse de un corazon, quedó dueño de él; y las promesas, que tantas veces le habia hecho de no ser jamas sino suya, vencieron al cabo sobre toda otra consideracion. El caballero desistió de su pretension; y la santa viuda, para sellar con su sangre el voto que renovó de no escuchar jamas semejantes proposiciones, tuvo valor para imprimir ella misma sobre su corazon con un hierro encendido el nombre de Jesus: paccion extraordinaria, mas admirable que imitable, pero que no deja de manifestar un gran valor, y una firme resolucion de no ser jamas sino de Dios! Creyó tambien, que para evitar en lo sucesivo unas persecuciones semejantes á las que acababa de sufrir, y para no esponerse ella misma á ser tentada sobre el matrimonio, debia descubrirse con el

presidente su padre sobre el proyecto que habia formado en union con el santo Obispo de Ginebra, y sobre el designio que habia concebido de abandonar enteramente el mundo. Algunos dias despues, hallándose á solas con su padre, le dijo, que desde la muerte de su marido, se habia sentido siempre instada interiormente á abandonar el mundo, y para no vivir sino únicamente para Dios: que temia hacerse delincuente resistiendo por mas tiempo á su vocacion; que su hija mayor estaba ya casada, y las otras dos en religion: que él habia tenido á bien encargarse de su hijo, y que no podia dejarlo en mejores manos, que en este concepto nada habia que le impidiese obedecer la voz de Dios que le llamaba hacia tanto tiempo, sino la falta de su consentimiento, que le suplicaba le concediese.

A esta proposicion el buen viejo, sorprendido y herido en lo intimo de su corazon, lloró amargamente, despues abrazándola tiernamente le dijo: *y que, mi querida hija, ¿contais por nada un padre como yo, que os ha amado siempre con tanta ternura? ¡Ah! dejadme morir antes de abandonarme, despues hareis todo cuanto sea de nuestro gusto.* La fuerza de su dolor no le permitió decir mas, y se quedó sumergido en una tristeza, que hubiera movido á compasion á una persona que hubiera sido menos sensible, que la señora de Chantal. No esperaba esta tan duro asalto. Quedó enternecida, pero permaneció firme en su resolucion. Sin embargo, para no dejar á su padre sin consuelo, le dijo, que lo que acababa de proponerle no era mas que un simple deseo que habia creído deberle confiar, como que era su buen padre, que nada habia hecho todavia, y que jamas dispondria de sí misma sin su consentimiento. El presidente le cogió la palabra, y para asegurarse mas de lo que le decia, le hizo prometer, que no resolveria cosa alguna, sin que él hubiese hablado antes

al santo Obispo de Ginebra, y le prometió por su parte atenderse á lo que éste decidiese.

La señora de Chantal creyó haberlo ganado todo con esta promesa de su padre: porque no dudaba de que el santo Prelado, con quien estaba de acuerdo, concluyese en su favor, y alcanzase al fin el consentimiento de su padre, que desesperaba de poder obtener por sí.

Pero tuvo que combatir consigo misma, cuando se quedó sola; aquella firmeza, que habia manifestado, la abandonó; le pareció que habia algo de inhumanidad, y por consiguiente de ilusion, en el designio que habia formado de dejar á su padre, y á sus hijos; la naturaleza se insinuó con viveza en su corazon; la razon apoyó los sentimientos de la naturaleza; la fé lo aprobó asimismo; el espíritu enemigo de nuestra salvacion, que sabe aprovecharse tan bien de nuestras debilidades, se mezcló igualmente en esto, formándose de todo una furiosa tempestad, que mudó su designio en irresolucion; la misma irresolucion cedió tambien á una resolucion contraria, y admirado de que hubiese podido resolverse á romper unos lazos que el mismo Dios habia formado, tan pronto condenaba su designio; pues se condenaba á sí misma, por haberlo condenado.

Hallábase en este estado, cuando su hermano el Arzobispo de Bourges, sabedor por el presidente del intento de su hermana, llegó á Dijon. Unieronse padre é hijo, y ambos hicieron un gran esfuerzo sobre aquel espíritu que estaba ya vacilante.

El Arzobispo, que tenia sobre su familia toda la autoridad, que era capaz de darle su caracter, acompañado de un gran mérito, reprobó altamente la resolucion de su hermana. Sostuvo, que habia mas virtud en vivir en la perfeccion del estado en que Dios nos habia puesto, que en seguir, so pretesto de celo, un puro capricho, y una inquietud llena de ilusion que nos conducia á salir de él. La agovió de razones y autoridad



des, y en fin se redujo á pretender, que aun cuando hubiese de ejecutar su designio, no podria menos de esperar á que sus hijos estuviesen colocados, y á que hubiese prestado á su padre los últimos servicios, que no podía en una edad tan avanzada dispensarse de sus cuidados.

Asi es como las empresas mas santas son muchas veces vituperadas y contrariadas por las personas mas ilustradas y de mejor intencion; y á la verdad, no tomando las cosas sino en general, y no juzgando sino por las apariencias, la resolucion de la señora de Chantal no era para que todo el mundo la aprobase. Es necesario ver lo que ven los santos, y sentir lo que ellos sienten para juzgar bien de su conducta, y tal vez se censuraria aun en el dia el designio de la señora de Chantal, si la eminente santidad á que ha llegado, ejecutándolo, no lo hubiese justificado plenamente.

Sin embargo, por indecisa que estuviese la santa viuda, y por deferencia que tuviese á la autoridad del presidente, y á las luces del Arzobispo, no quiso abandonar su intento, y se remitió todo al fin á la decision del santo Obispo de Ginebra. Llegó este algun tiempo despues con el Barón de Torens, su hermano, que iba á concluir su matrimonio con la señorita de Chantal.

Al dia siguiente al de las bodas, la señora de Chantal, á quien habian afirmado en su resolucion algunas conferencias que habia tenido con el santo Prelado, suplicó á su padre y al Arzobispo de Bourges, que conferenciasen con él. Cerraronse los tres para hacerlo. Una hora despues hicieron llamar á la señora de Chantal. Jamas desplegó mas prudencia y firmeza que en esta ocasion. Dió cuenta de su designio y de su conducta; hizo ver claramente el arreglo que habia puesto en la casa de sus hijos, y que la dejaba sin deudas ni pleitos; hizo presente, que era justo que habiendo vivido tanto tiempo para ellos, le fuese permitido vivir al fin para Dios, y

para sí misma, y que habia tanto menos motivo para negarla lo que pedia, cuanto que el estado que queria abrazar, no le impediria velar sobre su conducta, y aun sobre sus negocios, cuando fuese necesario.

El santo Prelado añadió, que esto le seria muy facil, en razon á que no pretendia que se guardase clausura en su nueva fundacion; que las que entrasen, tendrian libertad de salir para visitar los enfermos, y asistir al prójimo en todas las ocasiones en que su caridad pudiese servirles de algun socorro; que la señora de Chantal no quedaria libre del cuidado de sus hijos por el empeño que contrajese; que este era un deber indispensable del que responderia á Dios y del cual no hay quien pueda dispensarse: que podria tambien educar á sus dos hijas pequeñas á su lado, y que siempre consentiria, en que hiciese todos los viajes necesarios para los negocios y establecimiento de sus hijos.

Estas esperanzas conmovieron al presidente y al Arzobispo, y el santo Prelado acabó de resolverlos á que diesen su consentimiento, haciéndoles presente que el designio de la señora de Chantal no habia sido formado temerariamente y con precipitacion; que él mismo le habia examinado con toda la detencion que se merecia; pero que cuanto mas detenidamente lo habia considerado, tantas mas señales habia hallado en él, de la vocacion divina, y que era temible oponerse á su voluntad, retrayéndola de ejecutarlo: que les rogaba que reflexionasen por sí mismos, que es en vano oponerse á sus designios, y que se debian tener por dichosos en contribuir á su ejecucion. En fin, el santo supo presentar este negocio bajo tan diversos aspectos, que obtuvo el consentimiento del presidente y del Arzobispo.

Quitada esta dificultad, faltaba aun otra, que era saber en donde se estableceria la primera casa de la Orden, en donde debia residir la señora de Chantal. El presidente quiso que fuese á Dijon, á fin de tenerla mas

cerca de sí; el Arzobispo que á Autun, para que estuviere mas á la vista de los bienes de sus hijos. Pero la santa viuda fué de dictamen, que á Annecy. Dió para ello dos razones; la una, que en los principios de una nueva fundacion no podia menos de suceder que se necesitase muchas veces de las luces y consejos de la fundadora; la otra, que estando cerca de Torens, podria ser mas útil á su hija recién casada, que podria verla mas á menudo, y dirigirla en el arreglo de sus negocios, y aun en el de su familia. El santo Obispo apoyó estas dos razones, el Arzobispo las halló plausibles, y el presidente consintió al fin, exclamando con un gran suspiro: *bien veo que es preciso hacer el sacrificio entero: me costará la vida; pero, Dios mio, no me toca oponerme á vuestra voluntad.* Se arregló en seguida la marcha de la señora para Annecy, y se fijó para dentro de seis semanas.

Habiéndolo arreglado de este modo el santo Obispo, partió para su Diócesis, y la santa le acompañó hasta Montelon, que era una de sus tierras. Durante el corto tiempo que permaneció allí, le rogó que hiciese una plática á sus habitantes; concedióselo y sacó de ella tanta utilidad, que convirtió á un joven desarreglado que despues fué capuchino, y murió en aquella Religion despues de haber dado mil ejemplos de virtud.

Durante la misma permanencia, la señorita de Brechar, de una buena casa de Nivernois, que vivia en las cercanías de Montelon, fué á ver al santo Obispo, se confesó con él, y le consultó sobre el designio que habia formado hacia mucho tiempo, de hacerse religiosa. El santo tomó ocasion de esto para preguntarla, si seguiria de buena voluntad la suerte de la señora de Chantal y si queria ser una de sus compañeras. Recibió esta orden con mucha alegría, y el santo la prometió una plaza á su lado, en el nuevo establecimiento.

Por este mismo tiempo, la señorita de Faure, hija del

primer presidente de Saboya, tuvo inspiracion en un baile de abandonar el mundo: en cuanto estuvo de vuelta el santo Prelado, se puso bajo su direccion y se lo propuso: aprobó su intento y juzgó tambien que estaba aun en su mano ser una de las compañeras de la señora de Chantal. Otra señorita de Saboya llamada Chatel, que estaba entonces en Alemania, movida tambien de la gracia, resolvió ponerse á su regreso bajo la direccion del santo Obispo; hizolo así, y aun se la juzgó digna de ayudar á la señora de Chantal á fundar el Orden de la Visitacion. La señorita Fichet del Fosigni fué tambien llamada de un modo extraordinario y fué la cuarta que Dios unió á la santa viuda. La señorita de Blosnay fué la quinta. El santo la apreciaba con particularidad. Esta fué la que sucedió á la señora de Chantal en la superioridad del primer monasterio de Annecy.

En tanto que Dios preparaba de esta suerte las personas elegidas para la ejecucion de sus designios, llegó el tiempo señalado para la marcha de la señora de Chantal. Todo estaba dispuesto para el viaje, cuando su padre le hizo presente, que aun no habia podido resolverse á separarse de ella, y que le suplicaba, que difiriese su partida hasta despues de Pascuas del año siguiente; concedióselo la santa, no creyendo que debiese negar este consuelo á un padre anciano, y que necesitaba aun todo este tiempo para resolverse á tan triste separacion.

Al tiempo señalado llegó el Baron de Torens para recoger su muger, y conducir su madre política á Annecy. No le quedaba otra cosa pendiente á la santa viuda para partir, que ser pagada de una suma considerable que debian á su difunto marido; pero como se le disputase, prefirió completársela á sus hijos, con lo demas que le debian, antes que pleitear y atrasar su partida: esta generosidad le perjudicó, y le quedó tan poca cosa de sus bienes, que no sirvieron estos de gran socorro para el

establecimiento de la Orden, de que debía ser madre. Una conducta tan desinteresada le hizo tanto mas honor, como tambien á su santo director, quanto que es muy raro, que uno se olvide de sí mismo en ocasiones tan urgentes. Pero el Orden de la Visitacion debia fundarse sobre el espíritu de desinterés, sobre un perfecto abandono á la Providencia, y por otra parte el santo no aprobaba aquellos establecimientos, que se hacen á espensas de las familias y de los legítimos herederos. Se preciaba de tener las manos limpias, y no se acomodaba con aquellas direcciones lucrativas que deshonoran á un mismo tiempo al director y á las personas dirigidas, y que siempre pegan de rechazo contra la Religion, y hacen la devoción sospechosa.

Quitados así todos los obstáculos y habiendo llegado el tiempo de su partida, fué á despedirse de su padre político el Barón de Chantal. A pesar de los malos tratamientos que habia recibido de él, se echó á sus pies y le pidió perdón de todo aquello en que pudiera haberle desagradado; le suplicó, que le diese su bendición, y le recomendó su hijo.

Este buen anciano de edad de ochenta y seis años, y que conocia que era culpable en muchas cosas con respecto á ella, admiró su virtud, pareció inconsolable, le abrazó tiernamente, y le deseó toda la dicha que merecia. En todas sus posesiones sirvió su marcha de un gran desconsuelo; no hubo persona que no creyese perder en ella una madre, un apoyo y un recurso en todas sus necesidades. Los pobres sobre todo, creyendo perderlo todo, perdiéndola, dieron señales de su aflicción con sus lágrimas y gritos, y con todo lo que es capaz de manifestar el mas vivo dolor. Dijoles á Dios á todos, les hizo una pequeña exhortación, abrazóles, se encomendó á sus oraciones y partió para Autun, llevando en su compañía al Barón y Baronesa de Torens, las señoritas de Chantal su hija, y la de Brechar, y el joven Chantal su

hijo de edad de catorce á quince años. En quanto á su hija tercera, habia muerto hacia poco tiempo.

Habiendo llegado á Dijon, creyó que debia proveerse del pan de los fuertes, contra los asaltos, que la ternura y compasión iban á darle en la separación de lo que mas queria en este mundo: no era de aquellas personas que han sofocado todos los sentimientos de la naturaleza, ó que jamas los han experimentado; sabia, que la gracia se contenta con arreglarlos, sin condenarlos. Era hija, y tambien era madre; sentia hácia un padre á quien siempre habia amado exclusivamente, todo lo que puede inspirar el mas tierno reconocimiento. Tenia á sus hijos todo el amor de que es capaz una buena madre; ellos lo merecian, eran gallardos, bien nacidos, habian sido siempre educados á su vista, y habia tenido cuidado en formarlos ella misma en la virtud. Semejantes empeños no se rompen, sin hacerse una gran violencia; todo se resuelve, todo se subleva en el fondo del corazón. ¡Cuánto cuesta resolverse en tales ocasiones, y cuan difíciles son de ejecutar semejantes sacrificios!

El primer objeto, que se le presentó al entrar en casa del presidente su padre, fué su hijo único anegado en lágrimas, que fué á arrojarse á su cuello; estuvo abrazado con ella largo rato, haciendo y diciendo en este estado todo lo que puede hacerse y decirse, que sea mas capaz de enternecer. Esta virtuosa madre recibió sus caricias con su acostumbrada ternura; tuvo espíritu para consolarle, y enjugó sus lágrimas, siendo así que ella misma estaba á punto de derramarlas; pero aunque oprimida del dolor, tuvo fuerza para pasar adelante, y entrar á despedirse de su padre. Su hijo hizo nuevos esfuerzos para detenerla; y no pudiendo conseguirlo, se echó atravesado en la puerta por donde debía pasar y le dijo. *Señora, yo soy muy débil para deteneros; pero á lo menos se dirá, que habeis pasado sobre el cuerpo de vuestro hijo único para abandonarle.* Un espectá-

culo tan tierno le detuvo; sus lágrimas comprimidas hasta entonces corrieron en abundancia; pero la gracia mas fuerte, que la naturaleza venció al cabo, pasó sobre el cuerpo de aquel hijo querido, y fué á echarse á los pies de su padre, suplicóle que la bendijese, y que tuviese cuidado del hijo que le dejaba.

Por tiempo que hubiese tenido el presidente para disponerse á esta triste separacion, no habia podido aun resolverse á ella; recibió á su hija con las lágrimas en los ojos, y con el corazon tan oprimido de dolor, que estuvo á pique de morir. Abrazó á su hija, y levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas: *O Dios mio, dijo, ¿qué sacrificio es el que me exijis? Pero vos lo queris, yo os ofrezco pues esta hija querida; recibidla y consoladme.* En seguida la bendijo, la levantó y abrazó, pero no tuvo valor para acompañarla. Salió sola de su cuarto, y halló una porcion de gentes que la esperaban; parientes, amigos y criados, todos se deshacian en lágrimas. Este fué un nuevo combate que tuvo que vencer; pero lo sostuvo con tanta firmeza, que habiéndose acordado que se le habia visto llorar, y aprendiendo que este dolor podria atribuirse, á que se arrepentia de su empresa, se volvió hácia la concurrencia, y dijo con semblante sereno: *es preciso perdonar mi debilidad: dejo á mi padre y á mi hijo para siempre; pero hallaré á Dios en todas partes.* Partió en seguida y llegó felizmente á Annecy, acompañada del santo Obispo y de las personas mas distinguidas de la ciudad que habian salido á recibirle á dos leguas de distancia; estuvo allí algunos dias para conferenciar con su santo director sobre los medios de ejecutar su empresa, lo mas pronto posible, pasados los cuales condujo á la señora de Torens á la casa de su marido, y permaneció en ella todo el tiempo que se creyó necesario, para enseñar á la nueva desposada el modo de conducirse en sus negocios y en el arreglo de su casa.

En cuanto la señora de Chantal regresó á Annecy se le presentaron las señoritas Faure y Brechar, y fueron á suplicarle que las recibiese por sus primeras religiosas. Concedióles lo que pedían sobre la declaracion del santo Prelado, que ya les habia dado su aprobacion. Estando ya dispuestas todas las cosas para el dia de Pentecostes, en el cual se habia proyectado hacer la fundacion, se vieron precisadas á retardarla. Una señora, que habia dado palabra al santo Prelado de unirse á la de Chantal, y que habia comprado la casa en que debian reunirse, se desdijo; lo grande de la empresa le asustó, y le halló superior á sus fuerzas. Consultó la prudencia humana, que habia sido poco atendida en el proyecto de que se trataba; la confianza en Dios, y el abandono á su Providencia no fueron de su gusto. Una señal de la proteccion de Dios fué el que esta señora no se comprometiese; la inconstancia de su espíritu hubiera embarazado; no se necesitaban en sus principios sino almas fuertes y purificadas, capaces en fin de resistir á las contradicciones de los hombres, sin miras particulares, sin apego al mundo, y dispuestas á emprenderlo todo por la gloria de Dios.

La señora de Chantal dió por el contrario en esta ocasion un gran ejemplo de su desprendimiento. Aunque no hubiese hecho aun voto de pobreza, y que aun no se pensase en comprender este voto entre los primeros de las hijas de la Visitacion, creyó que debia dar en sus principios una nueva prueba de su desinterés á sus allegados, y á sus religiosas un gran ejemplo de un perfecto desasimiento. Consultó sobre esto al santo Prelado, y como era el hombre mas desinteresado del mundo, aunque se encontrase sin recursos para su nuevo establecimiento, aprobó que se desprendiese de toda su hacienda y aun de su viudedad en favor de sus hijos, y que se contentase con una pension que le aseguró su hermano el Arzobispo de Bourges.

Esta accion fué casi igualmente alabada, que censurada. Las personas piadosas admiraron el desinterés de la santa viuda; pero las gentes del mundo, que se complacen en censurar lo que no tienen valor para emprender, veían una grande imprudencia en establecer una casa de religiosas sin contar con fondo alguno para ello. Convenia el santo Prelado, en que á juzgar de las cosas humanamente, habia mucha imprudencia en su empresa; pero no así en que el establecimiento del Orden de la Visitacion fuese obra de la prudencia humana. El suceso justificó su conducta, hizo ver que Dios tiene cuidado de los que se abandonan á su Providencia, y aunque sabe enriquecer en este mundo á los que lo han dejado todo por él.

Entretanto, como las dificultades animaban al santo Prelado en vez de desalentarlo, cuando se trataba de la gloria de Dios, compró la casa de que se ha hablado, y mandó hacer una capilla y todas las demas oficinas necesarias á una comunidad, y lo dispuso todo para celebrar la ceremonia de la fundacion el dia de la Santísima Trinidad.

La Vigilia de este dia tan deseado de la santa viuda y de sus dos compañeras, estuvo tentada tan fuertemente de abandonar su designio, que faltó poco, para que cediese á la tentacion. Todo el dolor de sus padres natural y político, de su hijo y parientes, y de tantos otros que necesitaban de su socorro, y á quien iba á ser inútil, se presentaba á su imaginacion, y le partía el corazón. Su misma conciencia le atormentaba, y le reprendia como la mayor de las inhumanidades, y como una conducta igualmente odiosa á Dios y á los hombres, el haber abandonado á un padre tan anciano y unos hijos tan jóvenes, que parecia que no podían pasar sin sus cuidados. Todo lo que le habia dicho el Arzobispo de Bourges para apartarla de su intento, le parecia incontestable, y creia ver su condenacion en aquel

pasaje de la sagrada Escritura, que trata de infieles, á todos los que abandonan su familia y sus hijos. En fin, durante tres horas que duró esta violenta tentacion, mas facil de imaginarse que de describirla, nada se presentó á su espíritu que pudiese justificar el empeño que iba á contraer. En semejante abatimiento se dirigió á Dios, le representó que nada habia hecho sino para agradarle y pertenecer á él, que este era su único objeto, y que ya lo conocia, puesto que veia el fondo de los corazones. Suplicóle en seguida que le iluminara, que no permitiera que se engañase y que no arrojase de sí á un alma inocente, que no buscaba sino á él, y que se echaba enteramente en sus brazos. El padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, atendió á sus súplicas, y difundió tantas luces en su entendimiento, y tanta alegría y consuelo en su corazón, que ya no dudó de que fuese acepto á Dios el sacrificio que estaba dispuesta á ofrecerle.

Asi es, como son tentados los mayores santos, y como á ejemplo de Job, permite Dios algunas veces, que el enemigo de nuestra salvacion haga unos esfuerzos contra ellos, á los que no podria resistir la humana debilidad, sino estuviese sostenida de lo alto. Nuestro orgullo tiene necesidad para domarse de semejantes pruebas; y jamas comprenderiamos bastante cuanto depende de Dios la obra de nuestra salvacion, si la propia experiencia no nos enseñase todos los dias, que no siendo casi nada en el orden de la naturaleza, somos aun menos en el de la gracia. Pero tambien es indudable, que una oracion humilde y fiel jamas es desechada, y que el socorro del cielo nunca falta á los que lo imploran con un corazón contrito y humillado. Fué pues el dia 6 de junio del año 1610, fiesta de la Santísima Trinidad y de San Claudio, cuando madama de Chantal, y las señoritas Faure y de Brechar bajo la direccion de San Francisco de Sales, dieron principio al estableci-

miento del Orden de la Visitacion; fundacion nueva, pero infinitamente útil al público, por admitirse en ella las viudas y las enfermas, por lo poco que se repara en los bienes y nacimiento para la admission de religiosas, y porque se fija únicamente la consideracion en la virtud y vocacion divina de las que se admiten.

El santo Obispo, despues de haberlas confesado y comulgado, les dió las reglas que para ellas habia compuesto, llenas de prudencia y de dulzura; y les hizo una plática sobre la fidelidad con que debian practicarlas. Les habló con encomios, del desprecio que hacían del mundo, y de la dicha que iban á tener de ser enteramente de Dios, y les prometió la paz del corazon, aquella paz, que sólo Dios puede dar.

En fin, como habia creído mas útil al prójimo, dejarlas la libertad de salir para servir á los enfermos, que tenerlas encerradas, no les mandó guardar la clausura sino solamente durante el año de noviciado. No varió la forma del vestido, que llevaban en el siglo, contentóse con mandar que fuese negro, y que se guardasen en él las reglas de la mas exacta modestia. Les obligó á pocas mortificaciones corporales; no permitiéndole obrar de otro modo el fin que se habia propuesto de recibir á las personas achacosas, y de complexion delicada.

Pero en cambio, les obligó á una vida tan interior, tan desprendida de las cosas del mundo, y tan uniforme; les sometió á una disciplina tan exacta; supo ocupar su tiempo de un modo tan santo, y dió tanto al espíritu y tan poco al cuerpo, que aun hay en el dia muchas personas que hallan que su vida es mas mortificada, que la que se practica en las religiones mas austéras.

Entretanto, la dulzura y santidad de sus costumbres, la sencillez cristiana, la perfecta caridad que reina entre ellas, atrajo en poco tiempo á un género de vida tan razonable y perfecto, un gran número de san-

tas jóvenes, que aunque tenían valor para abandonar el mundo, no tenían fuerza para soportar grandes austeridades corporales. Madama de Chantal en el solo año de su noviciado recibió diez jóvenes, número considerable para una fundacion que acababa de nacer, y que apenas estaba formada.

El santo Prelado no cesaba de bendecir á Dios por los progresos de su obra, y de atraer sobre sí nuevas bendiciones, al perfeccionarla mas y mas todos los dias. Las contradicciones y contratiempos, que tuvo que sufrir en sus principios, no debilitaron sus esperanzas, y se le ha oído decir muchas veces en lo mas fuerte de las dificultades que se presentaban: *yo espero siempre, que el Dios de nuestros padres multiplicará nuestras hijas, como las estrellas del cielo, y como las arenas del mar.*

Con razon puede decirse, que no ha sido engañada su confianza, puesto que hace ya muchos años que se contaban ciento cincuenta monasterios del Orden de la Visitacion, y mas de seis mil y seiscientas religiosas que los ocupan.

Habiendo llegado el tiempo de la profesion de madama de Chantal, escribió esta al santo Prelado, que se hallaba á la sazón en Sales, para hacerle presente la santa impaciencia en que estaba de acabar su sacrificio, y de entregarse á Dios para siempre; pero esto fué de un modo tan tierno y fervoroso, que se ha creído no poder prescindir de referir su carta en los propios términos en que está escrita.

*¿Cuándo llegará pues aquel dichoso día, Monseñor, en que yo haga á mi Dios la irrevocable ofrenda de mi misma? Su bondad me ha llenado de un deseo tan extraordinario y vehemente de lograr la gracia de ser suya, que si este deseo dura con tal violencia, me consumirá; ¿pero qué es lo que digo? yo debilito el don de Dios con mis palabras. ¡O cuan penosa es para el amor*

*esta barrera de la impotencia! Todo el mundo moriria de amor por este Dios tan amable, si yo pudiese hacerle sentir la dulzura que se encuentra, amándole.*

Puede juzgarse por estos sentimientos de madama de Chantal, siendo aun novicia, á cuan alto grado de perfeccion le elevó despues la gracia; y cuan grande dicha es amar á Dios y unirse á él esclusivamente. Asi es, que el santo Prelado se sintió tan movido con esta carta, que lo dejó todo para ir á examinarle la vocacion, como tambien á sus dos compañeras, y les dió la profesion.

Poco tiempo despues murió en Dijon el presidente Fremiot, padre de la madre Chantal. El santo Prelado, que perdía en él uno de sus mas queridos amigos, fué el que le dió tal noticia. Trastornóla esta tanto mas vivamente, quanto que no podia menos de acusarse de haber abreviado tal vez sus dias con abandonarlo. El estado en que quedaba por esta muerte el joven de Chantal su hijo, caballero de grandes esperanzas, y á quien habia dejado en casa de su padre, al abandonar el mundo, hizo juzgar al santo Prelado que no podia prescindir de hacer un viaje á Borgoña. Obedeció la santa, y partió inmediatamente, acompañada de la madre Faure, y de su yerno el Baron de Torens.

En el término de quatro meses que duró este viaje, arregló los asuntos de su casa con una prudencia, que fué admirada de todos, nombró un ayo para su hijo, lo puso á éste en la Academia, y se volvió á Annecy.

Volvió al momento á continuar sus ejercicios de caridad y compasion hácia el prójimo con un nuevo fervor; además de las prácticas interiores y domésticas, iba todos los dias acompañada de una ó dos religiosas á visitar los enfermos, consolarlos y servirlos con un celo, que no puede ser inspirado sino por la mas ardiente caridad. Nada era capaz de entibiárla, ni las enfermedades mas asquerosas y contagiosas, ni el disgusto y mal humor de los enfermos, ni aun el continuo peligro á

que se esponia. Sus santas compañeras le ayudaban con un celo, que no cedia sino al suyo, y reinaba entre ellas una santa emulacion en cargar con los empleos mas bajos, mas penosos y mas repugnantes á la naturaleza. La madre de Chantal no parecia superiora sino en estas ocasiones; dulce y humilde en cualquiera otra, y pronta siempre á ceder, no queria vencer, sino cuando resultaba fatiga, ó se esponia á un riesgo con el vencimiento. El santo Prelado, muy lejos de animar su celo, trataba únicamente de contenerlo; pero como ella veia á Jesucristo en la persona de los pobres, creia que jamas hacia demasiado para su consuelo.

Tantos trabajos de cuerpo, y de espíritu debilitaron al fin la salud de la madre de Chantal; la naturaleza cedió al peso de unas fatigas, que hubieran agoviado á los mas robustos; cayó peligrosamente enferma, y Dios permitió, que este santo Orden que debia estar abierto para las achacosas, tuviese por fundadora una persona que por su propia esperiencia pudiese compadecerse de las dolencias de sus religiosas, y formarlas con su ejemplo en la compasion y caridad tan necesarias para el consuelo de los enfermos. Sufrió por largo espacio de tiempo unos males tan violentos y desconocidos, que muy lejos de aliviarse con los remedios, no servian estos sino para aumentarlos. El santo Prelado, que la miraba como el sosten de su Orden en los principios, nada omitió para procurarle la salud. Se llamaron los médicos mas hábiles de todas partes, pero en vez de curar su mal, apenas conocian la causa. En este estado de abandono, siendo inútiles todos los socorros humanos, y aun habiendo cesado ya en ellos, Dios que hiere y cura, que quita y vuelve la vida, cuando le place, le dió nuevamente la salud. La convalecencia fué larga; pero al fin recobró enteramente sus fuerzas.

En quanto se vió ya enteramente restablecida, pensó en mudar de casa. El número de sus hijas se habia au-

mentado hasta el punto de no ser suficiente para tantas la primera casa, que les habia dado el santo. Todo parecia, que debia favorecer su intento, mayormente prestando al público unos servicios de tanta consideracion tanto ella, como sus compañeras. Pero sucede muchas veces por una especie de fatalidad, de la que seria bastante difícil poder dar la razon, que las empresas mas útiles son las mas contrariadas. Dios lo permite así para hacer ver, que no hay fuerza, prudencia, ni obstáculo que puedan impedir la ejecucion de sus designios.

El santo Prelado y la madre de Chantal tuvieron que sufrir en esta ocasion la oposicion del público y de los particulares; el mismo Principe les fué contrario, todo el mundo se sublevó contra ellos; y como escribe él mismo á uno de sus amigos, tuvieron que sufrir los mas crueles improperios. La paciencia y prudencia del santo superaron todos los obstáculos, y tuvo al fin la satisfaccion de ver empezar y concluir el primer monasterio de Annecy.

La reputacion de las religiosas de la Visitacion empezó á estenderse desde entonces por todas partes; la alta opinion, que se tenia de la santidad y luces del fundador, de la fundadora, y de las religiosas formadas por sus manos, hacia que las pidiesen á porfia las ciudades, para edificarles casas. No era posible en los principios satisfacer á tantas peticiones; hubiera sido arruinar lo interior, ó á lo menos debilitarlo extraordinariamente el estenderse por fuera al principio. *Demos de nuestra abundancia, decia el santo con este motivo, y cuidemos de que no se agote la fuente, dividiéndola así en tantos arroyos, antes que haya tenido tiempo de llenarse bien.*

Sin embargo, no pudo negarse al Cardenal de Marquemont, Arzobispo de Lion, Prelado de un gran mérito, é íntimo amigo suyo. Deseó éste tener en aque-

lla ciudad una casa de la Visitacion, se lo escribió al santo Prelado, y se lo pidió con tales instancias, que no pudo menos de concedérselo. El Cardenal envió al momento un coche con uno de sus capellanes para acompañar á la madre de Chantal. Partió esta de Annecy el 25 de enero del año de 1615, á pesar del frio, y de lo débil de su salud, acompañada de las madres, Faure, de Chatel y de Blonay, y llegó á Lion el 4.º de febrero vispera de la Purificacion. Fueron á apearse en la casa, que madama de Auxerre su fundadora les habia hecho preparar en Bellecourt, en donde esta señora las recibió con una alegría proporcionada al deseo que tenia de verlas.

El Cardenal fué aquel mismo dia á ver á la madre de Chantal; despues de haberle dado mil muestras del aprecio y estimacion en que le tenia, tomó hora para hacer al otro dia la ceremonia de la fundacion, y la hizo con toda la solemnidad posible. Madama de Auxerre entró en el noviciado aquel mismo dia. Tenia esta señora muchos bienes, pero sus parientes descontentos con que se hubiese retirado del mundo, se los hicieron embargar, y trataron de disputárselos. Recurrió á la proteccion del Cardenal; pero esto no impidió que el nuevo establecimiento tuviese mucho que sufrir al principio. Sirvióle de mucho la prudencia de la madre de Chantal; finalmente ella lo apaciguó todo, pero no fué sino despues de haber sufrido todo género de incomodidades con una paciencia y dulzura, que sirvieron de grande ejemplo á siete religiosas jóvenes, que habia recibido. Nueve meses se pasaron de esta suerte, al cabo de los cuales nombró por superiora á la madre Faure, y á la madre Blonay por asistente y maestra de novicias, y se volvió á Annecy.

Hasta aqui no habia tenido el Orden de la Visitacion la forma que tiene en el dia; no se hacian sino votos simples; el vestido no se diferenciaba del de las seño-



ras del siglo, sino en ser mas modesto; no se guardaba la clausura; y aun lo interior no estaba enteramente arreglado, como lo está en el dia; en una palabra, aun no tenia el título de religion, sino el de simple congregacion.

El Cardenal de Marquemont, aunque apreciaba mucho á sus fundadores, fué el primero que creyó, que era preciso variar alguna cosa en la primera forma del Instituto; aprendió, que despues de la muerte de los fundadores, podria decaer de su primitivo fervor; que la libertad, que tenian las religiosas de salir, era capaz de introducir la licencia y el desorden, y que los votos simples no serian tal vez unos lazos bastante fuertes para detener la inconstancia humana. Sobre esto escribió al santo Prelado, y á la madre de Chantal, que á fin de establecer el nuevo Orden sobre las bases sólidas, creia absolutamente necesario mandar la clausura, y obligar á las religiosas á que sus votos fuesen solemnes; en una palabra, que erigiesen su congregacion en título de religion, y les ofreció para ello su crédito y diligencias cerca del Papa.

Por deferencia que tuviese el santo hácia el dictamen de otro, y en particular al del Cardenal, no pudo en el principio aprobar la proposicion que se le hacia; la visita de los enfermos y afligidos, el consuelo de los pobres, y las obras exteriores de caridad le parecieron tan esenciales al Orden de la Visitacion, que creyó, que era perderlo, el quitar á sus hijas la libertad de practicarlas, mandándoles guardar la clausura. Asi se lo escribió al Cardenal poniendo en su conocimiento espresamente, que al establecer el Orden de la Visitacion, habia tenido presentes las dos formas de vida tan distintas, la una sobre el modelo de Marta, dedicada únicamente al servicio del prójimo, y la otra á ejemplo de María, no empleada en otra cosa que en el sosiego y la contemplacion; que su intento habia sido unirlas en

una proporcion tan justa, que se ayudasen mutuamente en lugar de destruirse, que la una sostuviese á la otra, y que aquellas religiosas, al trabajar en su propia santificacion, procurasen al mismo tiempo el alivio y salvacion del prójimo; que se veia palpablemente, que encerrándolas, se destruia una parte esencial del Instituto; que se reducía á las religiosas á la vida contemplativa; que se privaba al prójimo de sus socorros y de sus buenos ejemplos, y á ellas de la práctica de unas obras de caridad tan recomendadas en el Evangelio; que en vista de todo esto le suplicaba, que tuviese á bien que siguiesen las cosas en el estado en que se hallaban.

Habiendo recibido el Cardenal esta respuesta, creyó que adelantaria mas en una conferencia con el santo Prelado, que con todas las cartas que pudiera escribirle. En este concepto fué á verle á Annecy; tuvieron ambos varias conversaciones sobre el particular, terciando en ellas muchas veces la madre de Chantal. Por fin se rindió el santo, y consintió en que la congregacion de la Visitacion tomase el título de religion. En consecuencia de esta resolucion, juzgó el Cardenal que debia elegir una de las reglas aprobadas por la Iglesia, y componer unas constituciones, que el Orden de la Visitacion se empenaria á seguir exactamente, y en las que se arreglarían todas las cosas hasta las menores prácticas; y se encargó de obtener la aprobacion de la santa Sede.

En cuanto partió el Cardenal, se puso el santo Obispo á trabajar en las constituciones de la Orden. Escogió la regla de San Agustin, como la mas dulce y mas acomodada á sus intentos. Teniendo que componer en seguida las reglas particulares del nuevo Instituto, encomendó á Dios por mucho tiempo este negocio, é hizo que se lo encomendasen todas las personas piadosas, que conocia. Por iluminado que estuviese en la vida espiritual y religiosa, no quiso seguir sus propias luces; juntó las constituciones de diferentes Ordenes religiosas con inten-

cion de sacar de todas ellas lo que pudiese convenir á su designio. Pero se arregló particularmente sobre las de los padres de la compañía de Jesus. Admiraba el plan de ellas, el orden, equidad, prudencia y prevision admirable, que no habia permitido á su santo fundador el omitir la menor cosa, que pudiese contribuir á mantener la piedad en una Religion destinada á tantos empleos diferentes, y siempre ocupada de la salvacion del prójimo. Habiendo pues leído y examinado con mucha atencion todas aquellas diferentes constituciones, arregló las suyas, y empezó el plan, proponiendo por fin á las religiosas de la Visitacion, no solamente el trabajar en su propia santificacion, sino tambien en la de todas las personas de su sexo, que no se admitian en las demas religiones.

La razon que dá para esto, es que muchas mugeres inspiradas de Dios aspiran muy á menudo á la vida religiosa, de la que sin embargo son escluidas, ó porque son ya de bastante edad, ó porque son achacosas, ó finalmente porque la debilidad de su temperamento, ó lo delicado de su complexion, no las permite soportar los ayunos, abstinencias y demas mortificaciones, que estan en uso en las otras Ordenes religiosas; que sucede con esto, que aquellas personas aunque llenas de desprecio hácia el mundo, y de valor para abandonarle, y aunque muy propias para la vida interior, se ven obligadas á vivir en la confusion del siglo, muy en perjuicio de su salvacion, faltas de encontrar casas religiosas que las reciban, y en las que puedan practicar la regla; y que esta es la razon, porque ha fundado el Orden de la Visitacion.

En consecuencia de este fin, que se ha propuesto, manda que puedan recibirse en él las viudas, lo mismo que las solteras, con tal que esten descargadas legítimamente de sus hijos, si los tienen, y que hayan arreglado tambien sus negocios, que no haya motivo de te-

mer que sean turbadas en su retiro; que se tomará sobre esto el parecer de su padre espiritual, y el de otras personas prudentes, para evitar las quejas y murmuraciones de las personas del siglo, siempre dispuestas á censurar lo que no tienen valor para imitar.

Que siguiendo el mismo principio, puedan tambien recibirse, las que á causa de algun defecto ó enfermedad corporal no pueden entrar en los demas conventos, con tal que estos defectos sean recompensados por una buena y sana intencion, por una gran vocacion y deseo de pertenecer á Dios exclusivamente, y por unas grandes disposiciones para practicar toda su vida una profunda humildad, la sencillez evangélica, la obediencia, dulzura y demas virtudes cristianas, que no dependen sino del corazon y del espíritu. Exceptúa con todo eso de esta admision de achacosas, á las que padezcan enfermedades contagiosas, como es la lepra, ú otras que se pegan, ó á las que tuviesen enfermedades tan agudas y continuas, que por buena voluntad que tuviesen, fuesen absolutamente incapaces de practicar la regla, y demas ejercicios señalados en las constituciones. Por lo que respecta á las que hayan adquirido semejantes achaques despues de su profesion, quiere el santo Prelado, que no se cansen de servir las, que se tengan con ellas todas las consideraciones compatibles con la regla, y una caridad á toda prueba, y que nada sea capaz de entibiar.

Quiere ademas, que se ponga tanta menos dificultad en recibir las personas ancianas y achacosas, quanto que el primitivo Instituto de la Visitacion era servir á los pobres y enfermos, y que así debian tenerse por dichas en poder practicar dentro de sus casas una caridad, que la clausura no les permitia ejercer fuera de ellas.

Pero en razon á que siuo se recibian mas que personas ancianas y achacosas, no habria quien pudiese servir las, quiere tambien que se reciban solteras jóvenes,

sanas y robustas, á fin de que en tanto que las unas tienen el mérito de la paciencia, tengan las otras el de la caridad.

Añade, que las casas de la Visitacion compuestas de este modo de sanas y enfermas, representarán perfectamente el festin nupcial del celestial esposo, al que no solamente fueron convidados los que estaban buenos, sino tambien los enfermos, los ciegos y los cojos. En virtud de esta disposicion tan terminante, mandada por el santo Prelado, las viudas, las ancianas y achacosas, jamas han sido escluidas de las casas del Orden de la Visitacion. Se halla tambien en su año santo un epitome de las vidas de varias religiosas, que habiendo sido recibidas con muchos achaques, y aun con grandes defectos, han seguido una vida ejemplar y hecho una santa muerte.

Quiere en seguida, que todo el mundo sepa, que en el Orden de la Visitacion se cuentan por nada las ventajas del nacimiento, del espíritu y de los talentos, que no van acompañadas de la humildad, y que para que una religiosa sea considerada, es preciso que sea pequeña á sus propios ojos, y que quiera serlo aun mas á los de los otros; desea que se prefiera una muger pobre, dulce y humilde á la hija de un Rey que no tuviese estas cualidades; y la razon que dá para esto, es que una sociedad religiosa recibe siempre de esta clase de personas, ó mucha gloria, ó mucha confusion, segun lo bien ó mal llamados que han sido al estado religioso. Hasta ahora el Orden de la Visitacion no ha recibido de ellas sino mucho brillo. Se han visto, y aun se ven en el dia, Princesas y personas de la primera gerarquía con respecto á la cuna, que no se distinguen de las demas, sino por su dulzura, humildad y paciencia, y por la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas. Prueba infalible de las gracias y bendiciones, que no se causa Dios de echar sobre este santo Orden. Habien-

do ya establecido el fin, que debian proponerse las que entrasen en él, pensó el santo Prelado en los medios que eran necesarios para conseguirlo.

En este concepto, quiere, que las religiosas de la Visitacion tengan rentas y las posean en comun, á fin de que tengan por una parte con que atender al alivio de las enfermas, y que por otra no se distraigan en la vida interior con los cuidados que siguen siempre á la falta de las cosas necesarias á la vida. Pero quiere al mismo tiempo, que la pobreza sea tan perfecta en particular, que las hermanas no posean cosa alguna en propiedad, ni aun en cuanto al uso; manda al efecto que cambien todos los años de cuartos, de camas, cruces, rosarios y libros, y en general de todo lo que puede servir á los diferentes usos de la vida. Esceptúa de este cambio los cuartos, si la superiora y el médico no lo juzgan conveniente por razon de salud. Prohíbe absolutamente el uso de la bajilla de plata, permitiendo únicamente las cucharas de este metal, por razon de limpieza, y lo necesario al servicio del altar.

Con referencia al mismo fin, dispensa á las religiosas de las mortificaciones corporales á escepcion de las que estan permitidas por las constituciones, que son en corto número, y quiere, que las superiores esten atentas á no sufrir que bajo pretexto de un celo mal entendido se haga variacion sobre este particular; pero al mismo tiempo en cuanto á los ejercicios de piedad, que no dependen sino del espíritu y del corazon, lleva las cosas al mas alto grado de perfeccion.

Las exime tambien del rezo del oficio mayor, reduciéndolo únicamente al del oficio parvo de Nuestra Señora. Dá muchas razones para ello, que seria largo referir. Baste con decir, que la santa Sede las ha aprobado, al concederle tal dispensa, y que las meditaciones, lecturas santas, recogimientos y retiros, recompensan con ventaja este defecto, dado caso que lo fuera.

Manda en seguida la clausura y los votos solemnes, y toma tantas precauciones, á fin de que su práctica sea exacta, fervorosa y continua, que no pueden admirarse suficientemente su prudencia, piedad y prevision. Arregla los ejercicios, y empleo del tiempo hasta en las menores cosas, temeroso de que bajo pretexto de omision ó de interpretacion se introduzcan novedades. Declara estas siempre por sospechosas, sea en materia de doctrina, sea en quanto á las prácticas, y aun tambien bajo pretexto de mayor perfeccion, quiere que sean desterradas para siempre de la Orden: que las superiores velen cuidadosamente en impedir su nacimiento y progresos; que se eviten las singularidades, y que todas se atengan á las reglas y costumbres recibidas.

Arregla el hábito, tal como lo llevan en el dia las religiosas, los aposentos, el alimento, y todo lo demas en conformidad con el hábito, es decir, segun las leyes de la decencia y de la pobreza.

Ademas de los Estatutos, que acaban de referirse, hizo otros varios concernientes al modo de manejar los asuntos domésticos, hacer las elecciones, formar las novicias, examinar las pretendientes, imponer penitencias, corregir las faltas y otras cosas, que seria largo contar, y cuya narracion no conviene á la brevedad de la historia.

Habiéndose arreglado todas las cosas del modo que se ha dicho, faltaba únicamente un punto, pero de los mas importantes; tratábase de saber, si se daría un gefe, es decir una superiora ó superior general al Orden de la Visitacion, ó si se someteria á la jurisdiccion de los Obispos y Ordinarios de los pueblos. Este negocio estuvo mucho tiempo en deliberacion, y habia tan fuertes razones por una y otra parte, que tardó mucho en decidirse.

Decíase en favor de la primera idea, que unos monasterios situados en tantas ciudades, provincias y rei-

nos diferentes, no podian tener entre si una verdadera union, y que fuese duradera, sino dependian todos de un solo gefe: que todos los cuerpos políticos, eclesiásticos y religiosos no habian creido poder unir de otro modo los diferentes miembros de que se componian: que las monarquías tenian un Rey, las repúblicas un Magistrado supremo, las Diócesis un Obispo, las Ordenes religiosas un General, la Iglesia un Papa, que era su cabeza visible, y el mundo todo un solo Dios, que todo lo habia hecho, de quien todo dependia y á quien todo debia referirse: que todas las cosas en el orden natural, político y moral, se reducian de esta suerte á la unidad; y que hasta entonces no se habia hallado otro medio de unir las cosas, que eran independientes por sí mismas: que el someter á los Ordinarios de los pueblos los monasterios de la Visitacion, era hacer otros tantos cuerpos diferentes, que jamas compondrian un mismo cuerpo entre sí á no estar unidos á un mismo gefe: que sin esto no duraria la union sino en tanto que quisiesen, y que aun asi era muy difícil que durase por mucho tiempo.

Se añadía, que hasta entonces ningun legislador habia hablado con tal claridad, que sus leyes no hubiesen necesitado de aclaracion ó de interpretacion: que como no era posible preveerlo todo, no habia habido cuerpo, que no se hubiese visto precisado á hacer de cuando en cuando nuevos reglamentos, ó dispensado en los antiguos, y se preguntaba, quien podria hacer todas estas cosas en un Orden, cuyos monasterios fuesen independientes unos de otros, y no reconociesen todos una misma cabeza.

Decíase ademas, que el buen orden, la paz de las casas, la disciplina regular, y razones de salud exijian muchas veces, que se obligase á las religiosas á mudar de monasterios, que sucederia tambien infaliblemente que no hubiese en una casa persona capaz de gobernar,

al paso que en otra las habia de sobra. Y se preguntaba aun, quien proveeria á todas estas cosas, sin las cuales no podia subsistir una religion por mucho tiempo, puesto que un Obispo no tenia autoridad para enviar las religiosas á los conventos, que no dependian de él, ni tampoco la de sacar de ellos las personas útiles, de que necesitase.

En fin, se decia, que para que la Orden estuviese bien gobernada, debia depender de un superior, que hubiese obedecido antes de mandar, que supiese perfectamente el espíritu, las leyes y costumbres, y aun que las hubiese practicado; lo que ni se verificaba, ni podia verificarse en los Ordinarios.

El santo Prelado, que no era de este parecer, decia por el contrario, que podia uno, sin temor de faltar, arreglarse en los últimos tiempos, á lo que se habia hecho en los primeros siglos de la Iglesia; que entonces no habia ni religiosos, ni religiosas, que no dependiesen de los Obispos; que en particular les habia sido confiado el cuidado de las Virgenes cristianas, y que no se habia hallado, que su autoridad no fuese suficiente para poner remedio á los inconvenientes que se habian notado: que los miembros de un mismo cuerpo religioso siempre estarian unidos, con tal que estuviesen animados del mismo espíritu: que ellos tendrian las mismas leyes, la misma educacion y prácticas, y los mismos superiores eclesiásticos, y que todos caminarian á un mismo fin: que los primeros cristianos, que no tenian sino un corazon y una alma, en cualquier lugar en donde los hubiese colocado la Providencia, no estaban unidos por otros lazos: que la caridad, la sola capaz de unir las voluntades, se podia mantener por otros medios, sin tener que recurrir á un gefe: que hasta entonces no habian establecido cosa alguna los hombres, que no tuviese sus inconvenientes, y que no lo harian jamas: que una Orden sin superior general

podia tener ataduras, pero que las que lo tenian, no estaban exentas de ellas, y que no eran tal vez menores: que cuando una cabeza llegaba á debilitarse y corromperse, la debilidad y corrupcion pasaba al momento á todos los miembros: que un Obispo podia carecer en verdad de la vigilancia y firmeza necesarias para mantener las cosas en orden, pero que no era verosimil, que sucediese asi á un tiempo con todos los demas: que de esta suerte podria relajarse la disciplina en algunos puntos, pero que se sostendria en todos los demas: que en una palabra, si era propio de la humana debilidad el propender al desorden y á la corrupcion, á lo menos era prudente retardar y alejar sus efectos. Esta última razon venció en el ánimo del santo Prelado, y se resolvió, que los monasterios de la Visitacion estoviesen sujetos á la jurisdiccion de los Ordinarios. El suceso ha justificado el juicio del santo: el Orden de la Visitacion subsiste hace cerca de un siglo en esta independencia, y al mismo tiempo en una union que pudiera servir de modelo á los demas; todos los monasterios se ayudan entre sí en sus necesidades espirituales y corporales; la abundancia de los unos suple la indigencia de los otros; todos concurren á mantenerse y perfeccionarse. Las religiosas que los ocupan, se aman y aprecian, sin haberse visto ni conocido. Una caridad viva, activa y respetuosa reina entre ellas, y no deja motivo alguno de dudar, que su santo fundador, que las ha gobernado durante su vida, las gobierna aun desde lo alto del cielo.

Por lo demas, aunque no haya prescrito una medida igual de mortificaciones para todas las religiosas, no pretende escluir las de su Orden; al contrario, quiere que cada una reduzca su cuerpo y sentidos, á aquella servidumbre de que habla San Pablo, en cuanto puedan permitírsele su salud, los ejercicios interiores y la uniformidad. Pero por miedo de que el amor propio

no contenga, ó que un fervor indiscreto lleve demasiado lejos, quiere que sobre este punto dependa todo del juicio de las superiores, y les manda considerar en esto, por una parte el fin del Instituto, al cual todo debe estar subordinado, y por otra las fuerzas de las particulares, de modo que se guarde un medio entre la tibieza, que perjudica al alma, y el exceso que arruina al cuerpo.

Habiendo dado el santo Prelado la última mano á las constituciones del Orden de la Visitacion, las hizo examinar por personas piadosas, igualmente instruidas que prudentes. Fueron generalmente aprobadas, y no hay persona que no admire en ellas, aun en el día de hoy, la prudencia, dulzura y exacta prevision, que no puede venir sino de una consumada esperiencia. Se le hizo presente únicamente, que mandando que se recibiesen las achacosas, llegaría al fin á hacer un hospital de su Orden, respondió á esto: *que siempre habia sido partidario de los achacosos, que habia visto muchas veces personas que lo estaban, que hubieran sido unas excelentes religiosas, si hubiesen hallado conventos, en que hubiesen querido admitirlas, y que en parte habia fundado su Orden para remediar este inconveniente.*

La aprobacion de Roma siguió inmediatamente á la que habia tenido el nuevo Instituto en Francia y en Saboya. Paulo V, que apreciaba muchísimo al santo Prelado, le confirmó con grandes elogios; erigió la congregacion de la Visitacion, en título de Orden religiosa bajo la regla de San Agustin, y le concedió todos los privilegios de que acostumbran disfrutar las demas religiones.

Este cambio verificado en el Instituto de la Visitacion, muy lejos de detener sus progresos, no sirvió sino para aumentarlos. Durante los pocos años que vivió el santo Prelado despues de la ereccion del Orden en título de religion, vió hasta trece conventos, bien fun-

dados en Ancecy, Lion, Moulins, Grenoble, Bourges, Paris, Orleans, Dijon, y en otras varias de las principales ciudades del Reino. Multiplicando Dios sus bendiciones despues de su muerte, la madre de Chantal, su santa y fiel cooperadora, que no le sobrevivió sino diez y nueve años escasos, fundó hasta ochenta y siete, contando entre ellos los de que acaba de hablarse. Desde aquel tiempo se han aumentado los monasterios hasta el número de mas de ciento y cincuenta; la Orden encerrada por muchos años en Francia y Saboya, se ha estendido despues á la Italia, Nápoles, Alemania y Polonia.

Unos progresos tan considerables en lo exterior debian debilitar el Orden en lo interior segun el curso ordinario de las cosas, y no parecia posible naturalmente, que en tan poco tiempo pudiese formarse un número tan suficiente de religiosas para ser superiores, y ocupar todos los cargos, que eran consiguientes á tantos monasterios. En efecto, sucede en el orden de la gracia á poca diferencia lo mismo, que en el de la naturaleza, todo se hace ordinariamente con sucesion. Se necesita tiempo para formarse, crecer y fortificarse; el uso de la leche, como dice San Pablo, debe preceder al de un alimento mas sólido, y es necesario haber llegado á la edad de la perfeccion, antes de ser capaz de engendrar almas para Jesucristo. El Orden de la Visitacion parece que estuvo exento de esta ley por una gracia particular. Obsérvase en él desde su origen un maravilloso número de personas formadas, capaces de formar á otras, y casi tantas superiores y fundadoras como religiosas. Prueba infalible de la bondad y santidad de sus leyes, de la fidelidad en practicarlas, y de la superabundancia de gracias, con que Dios ha favorecido este santo Orden desde su nacimiento.

En tanto, que hacia los progresos de que acaba de hablarse, no estaba tan ocupado el santo Prelado de

los cuidados que suelen ocasionar los establecimientos nuevos, que no lo estuviese aun mas de sus funciones episcopales: por confianza que pudiera tener en el celo del Obispo de Calcedonia, habia pocos negocios que no los despachase por sí, ó á lo menos en los que no interviniese, ó con la direccion, ó con el consejo. Quanto mas se acercaba el fin de su carrera, mas se le veia redoblar su exactitud y ardor; y quanto mas próximo estaba á dar cuenta de su administracion al Supremo Pastor, al Obispo de nuestras almas, era mas exacto y fiel, aplicado á todos sus deberes y á la práctica de las virtudes cristianas y apostólicas.

Por razon de la proximidad de su muerte, de la que le habia dado Dios conocimiento, redobló sus limosnas y demas actos de caridad, sin variar nada en su ordinaria conducta; no habia cosa que escapase á sus cuidados. Visitaba mas á menudo de lo acostumbrado los hospitales, las cárceles, las casas religiosas y los enfermos: tenia una apuntacion de todo lo que necesitaban; les enviaba las medicinas; hacia guisar los alimentos, que les eran necesarios, se los servia él mismo, y quando estaba obligado á ausentarse, ó les dejaba dinero, ó daba tan buenas disposiciones, que de nada carecian. Asistia del mismo modo á los sacerdotes pobres de su Diócesis, y á varios caballeros arruinados, cuyos hijos hacia educar, pagaba sus pensiones, y nada escaseaba para darles una educacion cristiana y conforme á su nacimiento. La hospitalidad era para él muy recomendable; y cuando estaban llenos los cuartos, que tenia en su casa, dedicados á este objeto, alquilaba otros en la ciudad, y muchas veces pedia prestadas sumas considerables para atender á este gasto.

Los pobres vergonzantes no eran los que tenian menos parte en sus limosnas. Se compadecia igualmente de su miseria que de la vergüenza, que es como su compañera inseparable. Este era su particular cuidado; so-

corrialos siempre por sí, y sin que nadie mas tuviese conocimiento, guardando en estas ocasiones un secreto impenetrable. No podia sufrir la conducta de aquellas personas que por parecer caritativas, hacen mil investigaciones inútiles que no sirven sino para hacer patente la miseria de otro, y cubrirle de confusion, sin servirle casi de alivio. No podia menos de vituperar una conducta, que hace, que aquellos desgraciados compren tan caro el socorro que se les da. *¿De qué sirven añadia, unas pesquisas ruidosas, y unas ostentosas informaciones, sino de mortificar á estas pobres gentes, cubriéndolas de vergüenza delante de todos por su pobreza? ¿A qué este ruido? ¿para qué tantos testigos de ella? ¿para qué sirven todas estas cosas, sino para adquirirse una vana reputacion de caridad, y lisongear la vanidad y el orgullo, en tanto que aquellos pobres vergonzantes se mueren de sentimiento y de confusion? No, no, continúa, no es suficiente el hacer limosna, es preciso saberla hacer. Cuando Dios es el único objeto que nos mueve á hacerla, no se quiere sino á él por testigo.*

Con el mayor secreto posible proveyó á la subsistencia de una señora que tenia tres hijas, hasta tanto que las hubo alcanzado una pension del Duque de Saboya; y del mismo modo dió cuatrocientos escudos de oro, que le habian regalado, á una señorita, que falta de recursos, no podia llevar á efecto la intencion que tenia de hacerse religiosa. Cuando los años eran estériles, mandaba hacer grandes acopios de granos, que hacia que se diesen muy baratos á los que podian comprarlos, y de valde á los que carecian de medios. Su caridad se estendia hasta sus enemigos; no se contentaba con no incomodarlos, sino que les hacia toda clase de buenos servicios. Un caballero, de quien sabia que era odiado, y que nada habia omitido para desacreditarle por medio de calumnias secretas, hallábase arruinado,

por haberle salido mal un negocio; llegó á noticia del santo, se lo llevó á su casa, le mantuvo por espacio de seis semanas, y le dió al fin una cantidad considerable que pidió prestada, y con la que pudo aquel hombre volver á entablar sus negocios.

Asistia tambien á los hereges en sus necesidades; y esta caridad sin limites, de que estaba lleno su corazon, no le permitia dejar de socorrerlos, viéndolos en la indigencia. Se le reconvino alguna vez por esta causa, y aun se le dijo, que obrando de este modo, se privaba de los medios de asistir á los católicos. Pero respondia, que Dios proveeria á todo; que los hereges no dejaban de ser hombres por estar envueltos en el error; que eran cristianos, y ademas del número de sus ovejas, aunque descarriadas, y que los cuidados del Pastor debian alcanzar á la parte enferma del rebaño, del mismo modo que á la que estaba mas sana. Añadia, que el que podia ganar el corazon, lo ganaba todo: que aquellos socorros que daba á los hugonotes, les habia hecho muchas veces dóciles á sus intrucciones, y que tenia la alegría de ver entrar á varios en la Iglesia por aquella puerta.

Los mismos ginebrinos, movidos de la fama de su virtud, no podian menos de admirarla, y se les ha oido decir públicamente, que si todos los Obispos se le pareciesen, no tendrian repugnancia en entrar de nuevo en la Iglesia. Esta veneracion de los hereges á un Prelado tan santo y celoso se vió á las claras en su beatificacion. Cuando se tomaban los informes, se presentó un hugonote para declarar en su favor; pero como vió, que no era admitido su testimonio, dijo delante de todo el mundo: *que él habia conocido al difunto señor de Ginebra por espacio de muchos años, y que habiéndose dedicado á examinar su conducta, nada habia visto en ella, que no fuese digno de un Apostol.*

Se estrañará tal vez, que con tan poca renta pudiese

hacer tantas limosnas. Ciertamente, que esto le hubiera sido imposible, sino se le hubiese socorrido por otra parte; pero la alta estima, que se tenia de su virtud, y la persuasion en que se estaba de su perfecto desinterés, hacian que se le enviasen grandes limosnas de todas partes en donde era conocido, refiriéndose enteramente en el modo de emplearlas á su celo y á su prudencia; y este grande hombre tan desinteresado, tan firme en no recibir cosa alguna para sí, y tan circunspecto en evitar las menores sospechas que hubieran podido deshorrar su ministerio, no ponía dificultad en ser el depositario de los pobres, recibia para ellos, y de tantos caudales como se le confiaban, no hacia otro uso que cuidar de ellos, y tomarse el trabajo de distribuirlos.

Pero estas limosnas, aunque abundantes, frecuentes y manejadas con toda la economía que es capaz de sugerir la prudencia cristiana, no eran suficientes muchas veces para una caridad tan ilustrada como la suya, y tan atenta y ocupada de todas las necesidades del prójimo. Entonces no perdonaba á sus muebles, á su capilla, y ni aun á sus mismos vestidos. Esto es lo que le sucedió con un estrangero que pasaba por Aonecy, y que se hallaba en la última miseria: hallándose el santo Prelado sin dinero, le dió una vinajera de las de su oratorio; pero sorprendido el estrangero, y teniendo reparo en tomarla: *tomad*, le dijo el santo Obispo con rostro alegre, *qué uso quereis que haga de ella, que sea mejor que este?* Habiendo sabido que en una parroquia no podia continuarse el culto por falta de ornamentos, envió á vender dos candeleros de plata de su oratorio para atender á aquella urgencia; y habiéndosle hecho presente con este motivo que tendria necesidad de ellos. *No sé*, dijo, *que pueda ofrecerse otra mas precisa, que la que se trata de remediar.* En quanto á sus vestidos no se contentaba con dar los que habia en su guar-



darropa, se despojó muchas veces de los que llevaba puestos, cuando se hallaba sin dinero, y cuando no tenía otro medio de asistir á los pobres.

Estas limosnas, que miran á las necesidades corporales, iban acompañadas de la caridad, que se ocupa de las espirituales; la visita de los pobres, de los enfermos y de los presos, formaba su principal ocupacion. No permitiéndole su debilidad en los últimos dias de su vida dedicarse al ministerio de la predicacion, que miraba como un deber indispensable en un Obispo, esplicaba á menudo el catecismo en público, y aun mas á menudo en su palacio episcopal, en donde se le veia muchas veces en medio de una gran porcion de niños, á los que instruía y formaba en la virtud.

Le sucedió en este tiempo una aventura demasiado original para omitirla. Habia ido á Lion para unos negocios de importancia. Un dia, que estaba muy ocupado, recibió un billete de un desconocido, en el que no halló escritas otras palabras que estas: *sino venis á confesarme cuanto antes, responderéis de mi alma delante de Dios.* Contestó inmediatamente que fuesen á esperarle en el locutorio de la Visitacion, á donde iria dentro de poco: partió allí al momento. Al acercarse al monasterio reparó en una especie de lacayo de bastante mala traza, que tenia dos caballos por las bridas. Entró en el locutorio, y halló en él al que le habia escrito el billete, que ya estaba esperando. Era éste un hombre alto, de un aire brusco, y que se conocia que era extranjero, el pelo corto, y que empezaba á encanecerse. Iba vestido de paisano, y llevaba una capa parda con que se tapaba la cara para no ser conocido. Recibió al santo Obispo sin muchas ceremonias; y cuando le vió dentro del locutorio, cerró las ventanas y la puerta, y se guardó la llave, despues de haber cortado la cuerda de la campana para que no le interrumpiesen.

El santo Prelado miraba con atencion en que vendrian á parar todas aquellas precauciones, cuando el extranjero, habiéndole suplicado que se sentase, se echó á sus pies y empezó á hacer una confesion general. Le dijo, que era General de una religion, que vivia hacia mucho tiempo en una licencia espantosa, que sus malos ejemplos habian arrastrado á sus religiosos, sin que jamas se hubiera tomado el trabajo de corregirlos, ó contenerlos: que Dios, despues de haberle abandonado á los deseos de su corazon por espacio de muchos años, habia tenido al fin piedad de él, y que hacia mucho tiempo que le instaba interiormente, para que se convirtiese: que la vergüenza de confesar tantos desórdenes, y temor de dar con unos confesores severos y poco compasivos de su debilidad, le habian retenido por largo tiempo: que al fin habia oido hablar de su caridad con los penitentes, y que sobre la reputacion de su dulzura, habia venido de un pais lejano para hacer una confesion general con él, y regirse despues por sus consejos. Empezóla entonces con tantas lágrimas y suspiros, y la continuó con unas señales tan vivas de una verdadera contricion, que el santo Prelado no pudo menos de enternecerse.

A la verdad, le trató con su acostumbrada dulzura; pero estaba muy distante de aquella débil condescendencia, que halaga al pecador bajo pretexto de tenerle consideracion. Dióle una penitencia proporcionada á los excesos que habia cometido, le prescribió unas reglas de conducta, concertaron juntos los medios de que debian valerse para acabar por caritas la obra de su conversion, y le vió partir mudado en otro hombre, sin ser conocido de otro que del santo.

Supo despues, que su conversion habia tenido todos los felices resultados que se habia prometido: que la mayor parte de sus religiosos movidos de sus buenos ejemplos, le habian imitado, y que él habia llegado á re-

parar por su penitencia los escándalos que habian dado con sus desarreglos.

Convirtió tambien por aquel entonces á un religioso relapso, que quiso abjurar la heregia públicamente. Confesó en este acto, que aunque fuese sacerdote y hubiese enseñado teología en su Religion, no eran los errores que habia hallado en la doctrina de la Iglesia católica, los que le habian obligado á dejarla como se habia publicado: que no lo habia hecho sino para satisfacer sus malos deseos: que instado por los remordimientos de su conciencia, habia ya abjurado una vez en manos del santo Obispo de Ginebra: que una muger y los hijos, que habia tenido antes de su conversion, le habian hecho recaer en su primera apostasia, pero que persuadido al fin de que no podia lograrse la salvacion fuera de la Iglesia católica, venia por segun la vez á echarse á sus pies, y á protestarle, que nada seria capaz en lo sucesivo de arrancarle del seno de la Iglesia, en donde estaba resuelto á vivir y morir.

Habiéndole parecido sincera al santo Prelado esta segunda conversion, y hallando por otra parte que aquel penitente era hombre de mérito y capacidad, le recibió á la comunión católica; pero temeroso de que la necesidad le obligase á volver á sus primeros errores, le dió una pensión de cuatrocientas libras, y le retuvo en Anney.

Se le escribió entonces, que el Rey de Inglaterra escandalizado de la inconstancia de los ingleses, entre los cuales se introducian todos los dias nuevas sectas, cuyos progresos no podia impedir, habia formado buena idea de la Religion católica, y que si algun Prelado hábil quisiese trasladarse á su lado, habia motivo de esperar su conversion. El santo, olvidando todos sus achaques, se ofreció al momento para este penoso viaje. Pero el Duque de Saboya, cuyas sospechas se despertaban fácilmente, no quiso jamas consentir en que saliese de sus Estados.

Puede asegurarse sin embargo, que tal vez no habia otro Obispo en Europa, que fuese mas capaz de manejar aquel grande negocio, que el santo Prelado. Era sabio, hábil en la controversia, dulce é insinuante, que era una gran ventaja: el Rey de Inglaterra le profesaba una particular estimacion, y le habia dado pruebas de ella muchas veces. Pero el tiempo de las misericordias de Dios sobre aquel Reino, antes tan católico, no habia llegado aun, y no nos es permitido prevenir la época y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado.

Entretanto, el santo Prelado reducido á edificar su Diócesis con el ejemplo de las mayores virtudes, hacia resaltar todos los dias otras nuevas. Sucedió por entonces, que un caballero que habia concebido odio contra él, movido de falsos informes que no se habia tomado el trabajo de averiguar á fondo, usó de todos los medios posibles para vengarse de él; calumnias y acusaciones atroces, todo se empleó. Pero viendo, que no podia vencer aquella paciencia extraordinaria, ni arrancarle la menor señal de resentimiento, resolvió propasarse á los hechos. Durante muchas noches, cuando estaba todo el mundo en el primer sueño, fué con perros, garcetas, y todo el equipaje de la caza á meter un ruido horroso delante del palacio episcopal. Los criados del santo Obispo, indignados de semejante ultraje, y seguros de la ayuda de los vecinos, quisieron salir á escarmentar á aquellos insolentes. (Esto era lo que aquel caballero pretendia con el objeto de maltratarlos). Pero el santo Prelado se lo prohibió con tal severidad, que no se atrevieron á desobedecerle. El caballero, en la desesperacion de no poder llevar mas lejos el insulto, pasó á las injurias. No hubo alguna por infame que fuese, que no se la hiciese decir por sus criados, mándandoles al fin que cogiesen piedras, con las que rompieron todos los vidrios de la casa episcopal.

Habiéndose estendido la noticia de este insulto, to-

dos los amigos del santo Obispo fueron á verle, y ninguno hubo por moderado que fuese, que no le aconsejase que pidiese justicia al Senado ó al Duque. Francisco respondió, que se guardaria muy bien de hacerlo; pues dando este paso, le perderia, y que su intencion era ganarle. Habiéndole contado al caballero esta respuesta, no pudo menos de conmoverse á pesar de lo prevenido que estaba contra él. Algunos dias despues, habiéndole encontrado el santo por la ciudad, se dirigió á él, y le saludó con mucha cortesía como sino le hubiese ofendido tan cruelmente; pidióle en seguida su amistad, abrazándole con tanto afecto, como si hubiera tenido motivo para estarle muy agradecido, asi como lo tenia para estar resentido. Confuso el caballero de una bondad, que tiene tan pocos ejemplos, pareció suspeso y estuvo algun tiempo sin poder hablar; pero vencido al fin por una generosidad, que únicamente la santidad es capaz de inspirar, le pidió perdon, ofreció darle todas las satisfacciones que pudiese desear, y despues fué siempre el mas apasionado de sus amigos.

Habiendo dejado una señora de calidad un legado considerable á una casa religiosa, cierta persona que estaba interesada en esto, creyó, que el santo Prelado se lo habia aconsejado. Llena de semejante prevencion, fué á encontrarle, le hizo las reconvenções mas injuriosas, y se propasó hasta levantar la mano para pegarle. El santo Prelado, bien lejos de darse por resentido, le habló siempre con una estremada dulzura, y salió acompañándola despues de haberla convencido de que se habia equivocado; y de que él no habia tenido parte en el hecho que ella atribuía á sus consejos. El arrebató habia sido demasiado grande para serenarse tan pronto. Avergüenzase uno á menudo de confesar que se ha engañado, y que no ha tenido razon, y quanto mas lejos se ha dejado llevar de la cólera, hay tanta mas dificultad para volver en sí. Pasóse todo el dia sin que

aquella persona se arrepintiese de su acaloramiento; pero habiendo reflexionado en él al otro dia, fué á ver al santo, se echó á sus pies, y le pidió perdon.

Alcanzólo sobre la marcha; pero con tales muestras de bondad, que no podia despues dejar de hablar de Francisco, como de un Prelado de la mas eminente santidad.

No sucedió lo mismo con un abogado de Annecy; tenia un odio irreconciliable al santo Prelado, y no perdía ocasion de perjudicarle con sus murmuraciones y con todos los medios que estaban á su alcance. Sus amigos se lo habian reprehendido muchas veces, y le habian convencido de que obraba mal, pronosticándole, que con el tiempo le sucederia alguna gran desgracia. En efecto, habiéndose encontrado con el santo Obispo á los pocos dias, le tiró un pistoletazo, del que hirió á un criado del santo que iba á su lado. Apoderaronse del agresor al momento, y lo llevaron á la carcel; y por mas que hizo el santo Prelado para salvarle, fué sentenciado á muerte. Su caridad no se contentó con lo hecho, hizo que se suspendiese la ejecucion, y pidió el perdon al Duque de Saboya con tanto interes, que lo consiguió. Habiéndolo recibido, fué él mismo á la carcel á llevárselo á aquel desgraciado. Una gracia tan inesperada no fué capaz de moverle el corazon, propasóse á nuevas injurias, y aunque el santo Prelado se bajó hasta pedirle perdon, no pudo hacerle entrar dentro de sí mismo: no dejó por eso de entregarle su indulto; pero penetrado de dolor á vista de aquella dureza de corazon, le dijo al despedirse de él: *yo os he sacado de las manos de la justicia de los hombres, vos caeréis en las de la divina, y yo no tendré el mismo poder.*

Sucedió lo mismo que el santo habia predicho; la justicia de Dios le persiguió, y tuvo un fin muy desastroso.

Difícil seria llevar mas lejos la dulzura y paciencia

cristianas; sin embargo, la práctica de estas dos virtudes, tan alabada y aprobada en el Evangelio, y aun tan recomendada por el mismo Dios, no agradó á todos sus amigos. Hubo algunos, que le reconviniéron por que no sostenia bastante su caracter, y le dijeron, que su excesiva dulzura llegaba hasta hacerle despreciable. Pero este santo Obispo, educado en la escuela del mismo Jesucristo, respondia á los unos que nada era mas propio del caracter de un Obispo, que la dulzura y la paciencia: que sabia muy bien que el mundo y el amor propio habian establecido otras máximas; pero que la regla del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo eran contrarios á ellas, y que él se gloriaría siempre de seguirle. Respondia á los otros, que toda su vida habia trabajado para adquirir un poco de dulzura, y que no creia deber perder en un cuarto de hora el trabajo de tantos años: que Dios se habia reservado la venganza, y no nos habia dejado sino la gloria y ventaja de perdonar.

Su dulzura tenia sin embargo sus limites, y cuando la justicia lo exijia, cedia á la firmeza episcopal: se han visto tan grandes ejemplos de esto en la mision del Chablais, y en algunas otras circunstancias de su vida, que no dejan lugar de dudar de su certeza. Se ha creido conveniente referir aqui algunos ejemplos en confirmacion de lo dicho.

Unos caballeros de su Diócesis, infatuados con su nacimiento, y que no miraban á los sacerdotes sino con desprecio, queriendo obligar á un párroco á tener ciertas consideraciones que no creyó que eran propias de su caracter, se resistió á ello, y le maltrataron. El párroco elevó sus quejas al santo Obispo, examinólas y habiéndolas hallado justas, tomó su defensa, demandó en justicia á aquellos caballeros, y obtuvo contra ellos un auto de condenacion. Iba ya á hacerlo ejecutar, cuando los caballeros le manifestaron, que se arrepentian de

lo que habian hecho, y le pidieron mil perdones; aunque esto fuese ya algo tarde, el santo se dió por satisfecho; se lo hizo ver asi, y despues de haberles representado con mucha dulzura la falta que habian cometido, les suplicó, que viviesen bien con los sacerdotes de su Diócesis: y no les habló ya mas ni del auto, ni de los gastos del proceso, como sino hubiese ganado uno y otro.

Esta firmeza llegó á mas en otra ocasion, porque negó un Priorato al mismo Duque de Saboya, que se lo habia pedido para un sacerdote ignorante, y que no poseia cualidad alguna, de las que podian hacerle digno de obtenerle. Este sacerdote, que se veia apoyado, furioso con tal negativa, tuvo el atrevimiento de presentarle en el coro, á donde asistia al oficio divino, un libelo infamatorio, en que se tiraba extraordinariamente á su reputacion. Los canónigos, indignados de semejante insolencia, quisieron mandarle prender; pero el santo Prelado se opuso; les dijo, que no tardaría aquel hombre en arrepentirse, y que una penitencia voluntaria siempre valia mucho mas, que una forzada. En efecto, habiendo reflexionado en las consecuencias que podria tener esta accion, si llegaba á noticia del Duque, fué á echarse á los pies del santo al otro dia y á pedirle perdon. Por interesado que fuese este arrepentimiento, el santo Prelado no se contentó solamente con perdonarle; escribió en su favor al Príncipe del Piamonte, y le alcanzó un empleo de consideracion en su casa, del que era mas capaz, que de las funciones eclesiasticas.

Defendió con igual firmeza los bienes y derechos de su Iglesia contra los oficiales del Duque de Nemours, sostuvo para esto varios pleitos; y como ninguno emprendia á no ser justo, y como tenia cuidado de consultarlos bien, y nunca obraba por pasion, los ganó todos. Desesperados con esto los oficiales trataron para vengarse, de haver que riñese con el Duque; salieron con

su intento, vióse envuelta su casa en la desgracia, y aun el santo Prelado se halló en la forzosa precision de ausentarse de Anney y retirarse al castillo de Sales. Algun tiempo despues escribió al Duque con mucha firmeza para su justificacion y la de toda su familia. En fin, este Principe se desengañó, volvióle su aprecio y amistad, y por mas esfuerzos que se hicieron para malquistarlo con él, ya no fué posible conseguirlo en adelante.

En tanto, que el santo Prelado practicaba como á porfia todas las virtudes cristianas y apostólicas, y que adquiriendo la gracia todos los dias nuevas fuerzas en su corazon, se desprendia cada vez mas y mas de las cosas sensibles para no vivir sino para Dios, su cuerpo se debilitaba, aquella complexion tan robusta en otros tiempos, pero tan poco cuidada, cedia insensiblemente bajo el peso de los trabajos con que habia sido sobrecargado, y se acercaba la hora en que el justo Juez se preparaba para darle la corona de justicia, y para recompensarle de sus propios dones, de los que habia hecho un uso tan santo. Pocas personas hay por santas que puedan ser, que sintiendo acercarse este momento tan terrible para los que han olvidado á Dios, y de tanto consuelo para los que han vivido únicamente para él, no cambien alguna cosa en su primitivo modo de vivir. Se retira uno mas; se está mas atento, y se examina uno á sí mismo con mas cuidado; y sea que la vista de la justicia de Dios nos asusta, ó sea que la de su bondad nos serena, es muy raro que uno permanezca en la misma situacion.

El conocimiento anticipado, que Dios habia dado al santo Prelado de su próxima muerte, no produjo en él cambio alguno: como habia vivido del mismo modo, que si cada dia hubiese sido el último de su vida, su conducta fué siempre la misma. Reparóse solamente, que se encerraba mas á menudo de lo que tenia de costum-

bre con su hermano y coadjutor el Obispo de Calcedonia. Allí examinaban ambos con cuidado las memorias y estados de la Diócesis de Ginebra, que habian compuesto juntos, ó cada uno de por sí; repasaban todo lo que habian notado perteneciente al genio y costumbres de los pueblos y de los párrocos, y sus buenas ó malas cualidades, en cuanto á los medios mas propios para desterrar los desórdenes, y para establecer ó afirmar el bien; y como el santo Obispo estaba persuadido, de que la cuenta mas estrecha que tendria que dar á Dios, seria la de las almas que le habian sido confiadas, nada omitia para reparar lo que creia haber descuidado, y para acabar lo que no estaba sino empezado. Haciendo temer al Obispo de Calcedonia, que perjudicaría á la salud de su santo hermano la continuacion con que se aplicaban á este trabajo, creyó que debia hacérselo presente; pero el santo incapaz de ui larse, cuando se trataba del deber de su cargo, le respondió con su acostumbrada dulzura: *al contrario despachémonos; el dia declina y la noche se acerca.* Estas palabras, que el Obispo de Calcedonia miró como un anuncio de su próxima muerte, como lo era en efecto, le aflijieron en términos que prorrumpió en llanto. Habiéndolo notado el santo Prelado, le dijo, abrazándole tiernamente: *reprimid, mi querido hermano, esas lágrimas tan impropias en un cristiano, y sobre todo en un Obispo; no es propio sino de los infieles, que no tienen parte en una vida mejor, el aflijirse por la pérdida de la de aquí bajo.*

Ocupábanse de este modo, interrumpiendo á menudo su trabajo con conversaciones muy piadosas, cuando el santo Prelado recibió una carta del Duque de Saboya. Le mandaba éste, que fuese á unirse con él en Aviñon, á donde debia trasladarse para complimentar al Rey Luis XIII que acababa de reducir á su obediencia á los hugonotes del Languedoc. El Principe y la Princesa del

Piamonte, hermana del Rey, debian ser de la comitiva; estos habian deseado, que el Obispo de Ginebra acudiese allí para desempeñar su encargo de limosnero mayor, y para servirse de sus consejos en varios negocios que tenian que manejar. No permitiéndole hacer este viaje el mal estado de su salud, era de parecer el Obispo de Calcedonia, de que se escusase, y le ofreció tambien escribirse así al Duque. Pero el santo Prelado fué de contrario dictamen. Fundóle en dos razones; la una, que estando revestido del cargo de limosnero mayor, era justo que desempeñase algunas veces sus funciones; la otra, que la entrevista del Rey Cristianísimo con sus Altezas Reales era una ocasion preciosa, que Dios le ofrecia para procurar los adelantos de la Religion católica en aquella parte de su Diócesis, que dependia de S. M. y que se creia obligado á aprovecharla. Esta última razon pudo mas con él, que todo cuanto se le dijo en contrario. Así es, que no restándole sino algunos dias para preparar su viaje, empezó por hacer testamento, y disponer de todas sus cosas como si hubiera estado en visperas de morir. No pudo hacerlo tan secretamente, que no corriese la noticia. Vióse en esta ocasion, cuan amado era de su pueblo. El rumor de su cercana muerte causó una consternacion general. No podia salir, sin que se viese rodeado de una multitud de pueblo; todos salian de las casas; y hasta los trabajadores dejaban su trabajo para ir á pedirle su bendicion. El santo Prelado no se contentaba con dársela, deteníase á cada paso, decia al uno alguna palabra de consuelo, y daba al otro algun consejo sobre la paciencia. Daba limosna á todos los que se la pedian, y á todos les exhortaba á amar y servir á Dios, del modo que á cada uno convenia segun su estado. Hasta los niños sentian la impresion de la santidad; y se les ha visto muchas veces desde los brazos de sus amas, dar pruebas de la impaciencia en que estaban por acer-

arse á él. La bondad del santo Prelado no permitia pasar adelante, deteníase por un niño, como hubiera podido hacerlo por la persona de mas juicio de este mundo. Haciales la señal de la cruz en el pecho, en la frente, en la boca ó en los ojos y esto casi nunca era sin efecto. Se ha visto á varios curados desde aquel momento de los dolores, que causa la detencion de cólicos, y de otros pequeños males que suelen padecerse en esta tierna edad. Sus capellanes y demas que le acompañaban se impacientaban á menudo por verlo detenerse así por unos niños. Entonces el santo Obispo le decia, *que Jesucristo habia hecho lo mismo, que habia amado mucho á los niños, y que no podia haber indecencia en imitarlo.*

Llegada la vispera de su partida, fué muy de mañana á ver á sus queridas hijas de la Visitacion, dióles el último á Dios, les bendijo, y les dejó penetradas de afliccion. Subió en seguida al púlpito para despedirse de su pueblo. El sermón fué tierno, vivo y lleno de uncion. Pero habiendo concluido su discurso, diciéndoles, que ya no le verian mas, y que les exhortaba á que rogasen á Dios, que tuviese piedad de su alma; todos prorrumpieron en llanto, y no quedó persona alguna que no diese señales del mas vivo dolor.

Al dia siguiente salió de Annecy acompañado del Obispo de Calcedonia, y de los principales del clero y de la ciudad, que le acompañaron hasta Seissel. Este fué el lugar en que debia separarse, y en el que el santo, despues de haberles dado las gracias con palabras llenas de ternura, se puso de rodillas, y levantando las ojos y las manos al cielo, dirigió á Dios sus oraciones, y le pidió con una devocion, que arrancó lágrimas de los ojos de todos los que le acompañaban, que se dignase conservar al pueblo que le habia confiado, y ser él mismo su Pastor, y reparar por la abundancia de sus gracias las faltas, que él habia cometido por su ne-

glijencia ó por su poca capacidad, y acabó su oración con las mismas palabras, que Jesucristo dirige á su padre: *padre santo, os ruego por los que me habeis dado, porque son vuestros. Conservádllos por la gloria de vuestro nombre.* Despues, habiendo dado su bendicion á todos los que estaban presentes, pidiendo á Dios que les bendijese él mismo, les abrazó, y se encomendó á sus oraciones. En seguida se embarcó en el Rodano hácia mediados de noviembre del año 1622 en un tiempo muy frio, y que le incomodó mucho. Sus gentes eran de parecer, de que se detuviese en Lion para descansar algunos dias; pero quiso pasar adelante, y la razon que dió para ello, fué que era de su deber presentarse en Aviñon, antes que sus Altezas Reales, que el tiempo urgía, y era preciso no desperdiciarlo.

Vióse en este viaje cuan estendida estaba por todas partes la reputacion de su santidad. Hubo ciudades en donde el clero fué á recibirle en procesion á su desembarque, acompañándole luego hasta la Iglesia, en donde se cantaba el *Te-deum*. Pero su humildad no se acomodaba á estos honores; escondió las insignias de su dignidad y prohibió, que se dijese su nombre. Así llegó á Aviñon, sin ser conocido, la vispera de la magnífica entrada que hizo en esta ciudad el Rey Cristianísimo á su vuelta de la toma de Montpellier. Sus gentes le alojaron por casualidad en un paraje por donde pasó S. M. al otro dia. Fué esto para el santo un motivo de mortificacion; porque en lugar de contentar una curiosidad, que no podia ser sino muy inocente, viendo los regocijos públicos, se encerró en un gabinete, en el que pasó en oracion todo el tiempo que duró aquel grande espectáculo. No sucedió lo mismo con el ruido de la artillería; no pudiendo menos de oírlo, hizo con semejante motivo esta tan cristiana reflexion: *que Dios daba á los Principes unas grandes lecciones de humildad en medio de los honores, que se les tributaban; que el es-*

*truendo del cañon que duraba tan poco, y que se dissipaba en humo, les enseñaba que su gloria acabaría bien pronto, y que despues de algunos momentos de duracion, desapareceria como un sueño.*

Entretanto habiendo sabido el Vice-legado la llegada del Obispo de Ginebra, fué á visitarle, y le hizo grandes honores por todas partes; la Corte de Francia se portó del mismo modo, y cuando fué á saludar al Rey, le dió éste unas pruebas de aprecio tan particulares, que no hubo uno que á ejemplo del Príncipe no le dispensase toda la consideracion debida á su mérito y virtud.

Aun se esperaba al Duque de Saboya, cuando llegó su hijo el Cardenal. Su supo por él, que estando ya demasiado adelantada la estacion para pasar los montes, no haria el Duque el viaje de que se ha hablado: el Cardenal se escusó con el Rey, y le aseguró, que el Príncipe y la Princesa del Piamonte se trasladarian á Lion para saludar á S. M. La Corte partió algunos dias despues y el santo Prelado acompañó al Cardenal, que tenia orden de su padre para no separarse de S. M.

A su llegada á Lion encontró Francisco varias personas de distincion que le esperaban para llevarle á sus casas; el señor de Ollier Intendente de la provincia que vivia cerca del monasterio de la Visitacion, le ofreció un departamento cómodo en su casa; los padres Jesuitas fueron tambien á ofrecerle la suya de San José; pero el santo Prelado les respondió á todos que habiendo previsto la dificultad que habria en alojarse, estando en Lion las dos Cortes de Francia y Saboya, se habia prevenido de antemano, y sabia ya un alojamiento bastante cómodo para él, y el cual no podia saltarle. Creyósele, pero todo el mundo quedó muy sorprendido, cuando supo que no tenia otra posada que el cuarto del hortelano de la Visitacion. Empezaron de nuevo las instancias para darle un alojamiento mas conforme á su dignidad. Pero el santo Prelado, que nunca estaba me-

por que cuando podia imitar la pobreza de Jesucristo, se manifestó tan resuelto á no abandonar aquel pobre albergue, que se vieron en la precision de dejarle en él. Lo mas particular era, que sus gentes estaban mucho mejor alojadas. Pero siempre acostumbraba hacer lo mismo, y cuando las cosas dependian de él, siempre escogia para sí lo peor; empenándose en esto con tal teson, que sus familiares no se atrevian á contradecirle: lo que se vió claramente á su vuelta de Aviñon. El paso de la Corte hacia que fuese difícil hallar alojamientos. Dijo á los de su comitiva, que se alojasen como pudiesen; y no hubo alguno de entre ellos que no lo estuviese mejor que él; porque una vez entre otras se vió obligado á retirarse á una choza, en donde pasó la noche vestido y sobre la paja. Cuando se le representaba, que aquellas incomodidades que él mismo se buscaba, perjudicarian al fin á su salud, respondia, que era de un temperamento robusto, que las conveniencias y comodidades no servirian sino para alterarlo, y que un poco de trabajo contribuia á mantenerlo en su vigor. Asi es como cubria con razones especiosas el espíritu de mortificacion, que animaba todas sus acciones. No queria agrandar sino á Dios; queria tambien, que los motivos que le hacian obrar, fuesen conocidos solamente de él. Nada es mas debido á la virtud, que las alabanzas, nada hay tampoco que sea mas capaz de destruirla; jamas podria uno ser demasiado precavido en evitarlas.

El primer cuidado del santo Prelado á su llegada á Lion fué el ir á cumplir con SS. MM., con el Principe y Princesa del Piamonte, y con los amigos que tenia en ambas Cortes. El Rey Cristianísimo habia heredado de su padre el Grande Enrique la estimacion y aprecio, que profesaba á nuestro santo; las Reinas, Maria de Medicis y Ana de Austria le apreciaban con particularidad; sus sentimientos hácia él llegaban á la vene-

racion: el Principe y Princesa del Piamonte en nada les cedian sobre el particular, y las dos Cortes, como á porfia, hacian justicia á aquella eminente santidad, que brillaba á su pesar en todas sus acciones. Tantos atractivos, parece, que debian unirle al mundo, pero no servian sino para disgustarle de él: siempre alerta contra todo lo que hubiera podido corromper su virtud, en cuanto habia cumplido con los deberes de su cargo, y con lo que exijian de él la caridad y bien parecer, se retiraba con sus queridas hijas de la Visitacion, y se apresuraba con tanto mas ardor á formarlas para la virtud, cuanto que sabia que se acercaba su muerte, y que dentro de poco ya no podria ayudarles sino con sus ruegos.

Ocupábase de esta suerte, cuando los padres Jesuitas fueron á suplicarle, que predicase el segundo domingo de Adviento en su Iglesia del colegio grande; se lo concedió, y desempeñó su encargo con un celo, que demostró muy bien que la gracia no se resiente de las debilidades de la naturaleza. Cuando se volvia á su casa despues de este sermón, se encontró con un caballero que habia sido muy rico, pero á quien el juego y demas desórdenes habian reducido á una extrema pobreza. Este desgraciado le pidió limosna y el santo Prelado se la dió tan abundante, que habiéndose sorprendido, le siguió mucho rato, dándole miles de gracias, y repitiéndole á menudo, que no cesaria de rogar á Dios que le volviese el centuplo de lo que le habia dado. *Mucho favor me hareis, le dijo el santo Obispo, pero daos prisa á procurarme tan gran bien, porque dentro de poco, ni vos, ni yo necesitaremos de cosa alguna.* Esto era pronosticar bien claramente la muerte del caballero y la suya. En efecto, el santo Prelado no acabó el mes, y el caballero le siguió á poco tiempo.

La vigilia de Navidad se le suplicó por la Reina madre, que mandase levantar en su nombre la cruz de los



padres Recoletos; hizolo así, y predicó con mucho celo sobre el nacimiento de Jesucristo. Al día siguiente confesó al Príncipe y Princesa del Piamonte, les dijo misa, y les dió la comunión. Por la tarde dió el hábito á dos hijas de la Visitacion, predicó del misterio del día, y tuvo varias conversaciones piadosas con la comunidad. Se notó, que repetía con mas frecuencia de lo acostumbrado esta gran máxima: *que nada debía pedirse, ni recusarse*. En efecto, no hay punto mas necesario para mantener la paz en los monasterios, y para desterrar de ellos la inquietud y la ambicion.

Al día siguiente notó, que su vista y fuerzas se disminuían, no dejó por esto de decir misa, encontrándose despues de haberla dicho con el Duque de Bellegarde, y el Marques de Alincourt, con los que habló largo rato al aire libre, que por ser muy frio, aumentó su indisposicion. Fué desde allí á casa del Duque de Nemours, para que volviese á su gracia á aquellos mismos oficiales de su Ducado del Ginebres, que tan mal se habian portado con el santo. Este Príncipe estaba muy descontento de ellos y habia resuelto quitarles sus empleos. Pero el enfado, que tenia contra ellos, no le impidió reparar en el conato que ponía el santo Prelado en servirles; admiróse de esto, y no pudo menos de decirle muchas veces, que despues de los malos tratamientos, que le habian hecho, no eran dignos de la bondad que tenia de hablar en su favor. El santo Prelado no aflojó en sus súplicas, y el Duque, que nada podia negarle, le concedió al fin todo quanto quiso para unos hombres, que tampoco lo merecian.

Como debía partir este día, fué aun á casa del Príncipe del Piamonte á despedirse de sus Altezas Reales, y á terminar algunos negocios en que estaba interesada su Iglesia. Desde allí se volvió á su casa muy cansado. Como le diesen las botas, no las quiso al principio, pero habiéndoselas traído á poco su ayuda de cámara, le dijo:

*es preciso tomarlas, puesto que vos lo quereis, pero no iremos muy lejos*. Escribió en seguida algunas cartas de recomendacion que se las habian pedido, y recibió las visitas de varias personas que iban á despedirse de él. Pero habiendo reparado sus criados, que contra su costumbre no salía á acompañarlas, juzgaron que no se hallaba bien; en efecto, le encontraron tan abatido que le pusieron en cama, y al poco rato cayó en una apoplejia, de la que murió.

Ya hemos llegado á los últimos momentos de una vida inocente y santa, de una vida preciosa delante de Dios, y siempre ocupada en su servicio ú en el del prójimo. ¡Momentos temibles para los mas justos, pero mucho mas terribles para los hijos del siglo, que han pasado su vida sin pensar en Dios, y que despues de haberle olvidado en el tiempo de su misericordia, no se acuerdan de él sino en el de su justicia!

La muerte de San Francisco de Sales fué parecida á su vida, dulce, tranquila, llena de sumision á las órdenes de Dios, y de confianza en su infinita misericordia: acostumbrado á despreciar el mundo, y á mirar la vida presente como un destierro, vió con alegría como se disolvía su cuerpo; de nada se apartó con sentimiento, porque nada habia amado sino segun las disposiciones de Dios; y deseoso en gran manera de poseerle, no pensó en las criaturas sino para ofrecérselas en sacrificio. Esto es lo que se vá á ver en todas las circunstancias de esta dichosa muerte. Son demasiado edificantes, para que dejen de contarse.

En quanto se supo en Lion, que el santo Prelado estaba enfermo de peligro, corrió todo el mundo á visitarle. Los padres Jesuitas de San José fueron los primeros en cumplir con este caritativo deber. Apenas hubo visto el santo Obispo al padre Rector acompañado del hermano boticario, que habia traído las medicinas, y que se esforzaba en consolarle, cuando le dijo: *padre*

*mio, me veis en un estado, en que no necesito sino de la misericordia de Dios, y en el que todo lo espero de su bondad.* Habiéndole respondido el padre, que Dios jamas abandonaba á los suyos, le preguntó si estaba pronto á someterse á su divina voluntad, caso que esta fuese la de llamarle á sí. *Jamas he tenido otra voluntad que la suya,* respondió el santo Obispo, *él es dueño y puede hacer de mí todo lo que sea de su agrado.* Pidió hacer en seguida su profesion de fé, hizola con grandes sentimientos de piedad, y rogó á todos los que estaban presentes, que fuesen testigos de como siempre habia vivido, y moría en la Religion católica.

Como su mal iba en aumento á pesar de que aun no estuviese formada la apoplegia, y como temia perder la presencia de espíritu tan necesaria para recibir los Sacramentos con la decencia y devocion que les es debida, pidió la extrema Uncion, no permitiéndole sus frecuentes vómitos recibir el Viático. Los médicos, que no tenían tiempo que perder para hacerle remedios, se opusieron, y dijeron que avisarian, cuando fuese preciso hacerlo. A esta sazón llegó el Vicario general del Arzobispado de Lion para preguntarle, si queria que se hiciesen por su salud las rogativas de las cuarenta horas en la Iglesia de la Visitacion; respondió que no lo merecia. El Vicario general insistió, y se le preguntó, si llevaba á mal que se rogase á Dios por él: *al contrario,* respondió el santo Obispo, *me hareis mucho favor, jamas he tenido mas necesidad de que así se haga.* Como se temia que cayese en el sopor, le ocurrió á un eclesiástico que estaba presente, preguntarle para tenerlo desvelado, si era hugonote, y añadió que habia tenido demasiado trato con ellos para dar margen á dudar, de si lo era ó no. Entonces el santo Obispo, cuya fé habia sido siempre tan pura, y su celo por la conversion de los hereges tan ardiente, haciendo un gran esfuerzo: *¡oh! Dios me libre, juzgad por esta señal,* dijo hacien-

do la de la cruz. Oyósele despues repetir muchas veces: *la traicion seria demasiado grande, Dios mio, vos conocéis mi corazon.*

Al poco rato le preguntó el Vicario general, si temia á la muerte, y añadió, que los mayores santos la habian tenido miedo. El santo Prelado respondió: *que habian tenido mucha razon en temerla, y que debiendo decidir de nuestra eternidad, nada podia haber que fuese mas terrible.* ¡Oh muerte, continuó el Vicario general, *cuan amarga es tu memoria!* El santo Obispo prosiguió: *para los que han puesto su esperanza y salvacion en las riquezas.* Salió entonces el Vicario general, y mandó esponer el Santísimo en todas las Iglesias para pedir á Dios el restablecimiento de su salud; pero ya era un fruto maduro para el cielo. Viendo entonces que su mal era mas fuerte que los remedios, avisaron los médicos que ya era tiempo de darle la extrema Uncion. Dióle Dios en esta ocasion una serenidad que no es comun, y que tiene algo de milagrosa; la recibió con grandes sentimientos de piedad, respondiendo él mismo á las letanias con una tierna devocion. Como la apoplegia se formaba lentamente, y como su presencia de ánimo iba en aumento en lugar de disminuirse; se trató de sí se le daria el Viático; pero como habia dicho misa aquel mismo dia, y continuaba el vómito, se creyó que se podia pasar sin dársele.

Apenas hubo recibido este último Sacramento, cuando entró en su cuarto la Intendente con sus hijas para pedirle su bendicion para ella, y toda su familia. Al mismo tiempo llegó el Duque de Nemours; estaba éste en cama muy molestado de la gota, cuando supo que el santo Obispo estaba á los últimos. La violencia del mal no fué capaz de detenerle, se levantó al momento, y se hizo llevar á casa del santo. No pudo ver á este santo hombre agoviado por la violencia del mal, y casi sin esperanzas de curar, sin manifestar su dolor con

grande abundancia de lágrimas. Se habia desimpresionado enteramente de sus prevenciones; le habia perseguido muchas veces de varios modos. Pero aquella eminente santidad, que todos respetaban en él, le habia como forzado á volverle su estimacion. De su enemigo se habia convertido en su admirador, y quiso dar muestras públicas de esto; postróse á sus pies, le cogió la mano, se la besó, y bañó en lágrimas, y le pidió la bendicion para sí y para el Príncipe del Ginebres, su hijo primogénito. Como se creia que el mal le impedía hacer alto en esta accion del Duque, se le preguntó si le conocia; respondió, que era el Duque de Nemours, que habia nacido vasallo suyo, que siempre habia sido su servidor, y que rogaba á Dios que le bendijese, y á toda su ilustre casa: al pronunciar estas palabras le dió su bendicion.

Apenas habia salido el Duque, cuando llegó el Obispo de Damas; era éste amigo íntimo del santo, y éste le apreciaba con particularidad: el Obispo le dijo al acercársele: mi querido hermano, vengo para ayudarte en cuanto pueda; porque ya sabeis que está escrito: *que el hermano ayudado por el hermano es como una ciudad bien pertrechada. Verdad es*, respondió el santo Prelado, dándole la mano; y tambien está escrito: *el Señor salvará á entrambos. Poned vuestra confianza en el Señor*, replicó el Obispo, *y él nos alimentará*, respondió el santo. Un momento despues dijo estas palabras de la sagrada Escritura. *Mi corazon y mi carne se han regocijado en Dios vivo; yo cantaré las misericordias del Señor por toda la eternidad. ¿Cuándo compareceré delante de vuestro rostro? Mostradme, ó mi bien amado, en donde apacentais, y en donde descansais al medio dia.* Habiendo entrado entonces á visitarle el Arzobispo de Embrun, le halló enteramente ocupado de Dios, y oyó que decia con fervor estas otras palabras de la Escritura. *¡O Dios mio, mi deseo está*

*delante de vos, y no os son desconocidos mis gemidos. Mi Dios y mi todo, mi deseo y el de las colinas eternas!*

Entretanto, como la apoplegia aumentaba insensiblemente, se le hicieron varios remedios violentos para impedir su curso. Se le habia puesto en la cabeza un emplastro de cantaridas, al quitársele se le habia arrancado la primera piel; se le aplicaron dos veces hierros encendidos en la nuca, y una vez un boton de fuego en la parte superior de la cabeza, que quemó hasta el hueso. Durante unas operaciones tan crueles, el santo Prelado, que no habia perdido el conocimiento, ni el habla, no dió la menor queja, solamente suspiró algunas veces, y vertió muchas lágrimas que le arrancó la fuerza del dolor. Pero como miraba estos padecimientos, como unas penas debidas á sus pecados, y como otras tantas satisfacciones para la justicia divina que nada deja sin castigo, repetia muchas veces estas palabras del Salmista: *lavadme, Señor, de mis iniquidades; quitadme mi pecado, purificadme siempre mas y mas.* Habiéndole aumentado el dolor, fué causa de que creciesen tambien sus deseos de unirse á Dios. *¿Qué hago yo aquí*, decia, *ó Dios mio, alejado de vos, separado de vos? venid á mi ó mandadme que yo vaya á vos. Sacadme de este valle de lágrimas, y correré tras el olor de vuestros perfumes.*

Unos sentimientos tan tiernos, tan dignos de un santo, próximo á dejar el mundo, é ir á gozar de Dios; de un santo á quien su estremada dulzura hacia amar hasta de sus mismos enemigos, arrancaron las lágrimas de todos los circunstantes, y no hubo uno que tuviese valor para hablarle, no oyéndose otra cosa que un confuso ruido de suspiros y gemidos. Pero habiéndolo notado el santo Prelado: *no lloreis, hijos míos, les dijo; ¿no es preciso que se cumpla la voluntad de Dios? Despues de esto se quedó un rato sin hablar, lo que obligó*

á uno de sus criados á decirle, mi señor, no nos habláis, decidnos alguna cosa. Vivid en paz los unos con los otros, respondió el santo Prelado; pero amad á Dios sobre todas las cosas. Volvió aún á callarse; pero como conviene mucho en esta clase de uales, tener dispiertos á los que los padecen, le ocurrió á alguno el decirle que tuviese buen ánimo; y que aun se confiaba en verlo sentado algun dia sobre el trono de Ginebra. El santo, á quien estas palabras é ideas pomposas jamas habian agradado, respondió con su acostumbrada humildad. Nunca he deseado el trono de los ginebrinos; pero en cuanto á su salvacion y conversion, ó Dios mio, siempre os la he pedido y os la pido aun de todo mi corazon. Otro tuvo una ocurrencia mas feliz, haciéndole acordarse de sus queridas hijas de la Visitacion, y le preguntó, si tenia alguna cosa que encargalles. No, dijo, pero confio que Dios Todopoderoso, bueno y misericordioso acabará lo que ha empezado.

Yendo siempre el mal en aumento, se perdió la esperanza de que curase, lo que obligó al padre Ferrier Jesuita, que no se habia separado de su lado á exhortarle á hacer la oracion que San Martin: *señor, si aun soy necesario á vuestro pueblo, yo no rehúso el trabajo.* La profunda humildad del santo pareció algun tanto herida al ver que se le comparaba á un hombre tan grande, al que no obstante se parecia mucho, sin que hubiese otro que él que le conociera. Esta fué la causa por la que en lugar de decir esta oracion, repitió muchas veces que era un siervo inútil, de quien ni Dios ni su pueblo tenian necesidad. No hizo lo mismo cuando otro Jesuita le hizo que dijese: *santo, santo, santo, es el Señor, el Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.* Repitió esto muchas veces; pero se notó, que la idea de la grandeza, santidad y magestad de Dios le ocupaba tan vivamente, que estaba como agoviado. Perdió la palabra; y ya

no se conoció que aun vivia sino en el movimiento de sus labios, y en el de los ojos que levantaba al cielo de cuando en cuando.

Haciendo juzgar este accidente que ya le quedaba poco tiempo de vida, todos se pusieron en oracion para hacer la recomendacion del alma; y como llegasen á estas palabras de la letania de los Santos, *Santos Inocentes, rogad por él,* el santo Prelado levantó los ojos al cielo por última vez, y entregó á Dios su espíritu puro é inocente con la misma tranquilidad con que habia vivido. Sucedió su muerte el dia 28 de diciembre del año 1622, fiesta de los Santos Inocentes, cuya pureza habia imitado, á las ocho de la noche, y á los cincuenta y seis años de su edad, y veinte de su pontificado.

Ha podido notarse por todo lo que dijo el santo Obispo en las últimas horas de su vida, que mas habia deseado, que temido la muerte; y ciertamente, despues de haber imitado la caridad del grande Apostol durante su vida, hubiera sido una cosa estraña, que hubiese estado poseido de otros sentimientos que de los suyos á la hora de la muerte. En efecto, si San Pablo ha podido decir que Jesucristo era su vida; que miraba su muerte como un provecho, y como una ganancia, y que deseaba la disolucion de su cuerpo para poder estar con Jesucristo, hay lugar de admirarse, de que un hombre apostólico como San Francisco de Sales, haya manifestado tan poco amor á la vida, tan poco temor á la muerte, y unos deseos tan ardientes de verse al fin reunido á la fuente de todos los bienes, al mismo Dios que habia amado con tanto ardor, y á quien habia servido con tanta fidelidad.

Pero como era posible que muriese en otros sentimientos el que tantas veces habia enseñado despues de San Agustín, que si nosotros consultamos nuestra fé, y los pensamientos, que ella debe inspirarnos, hallaremos que la vida arreglada, y el deseo de la muerte son in-

separables: porque segun él, no se puede ser verdaderamente cristiano, sin amar á Dios; y no se le puede amar sin ansiar el poseerle, y sin desear aquella vida eterna que promete á los que le temen. Por la fé se cree, que es bienaventurada aquella vida; se la promete uno por la esperanza; se ama y se desea alcanzarla por la caridad; así es, que á proporcion que se adelanta en el ejercicio de estas virtudes tan esenciales al cristianismo, se adelanta tambien en el ejercicio de este santo deseo, y cuanto mas se desea aquella vida eterna, mas se desprende uno de la temporal, y mas se conoce, como conoció San Pablo, que el salir de ella es una ganancia, y una ventaja, puesto que sola la muerte nos hace entrar para siempre en la posesion de Dios, y que semejante posesion debe ser en este mundo el objeto de la verdadera piedad, y el fin de todos nuestros deseos. Tal ha sido la práctica de todos los santos; y puede decirse, que hubiera faltado alguna cosa á la eminente santidad de San Francisco de Sales, si hubiese muerto en otros sentimientos.

Cierto es, que la justicia de Dios tiene algo de terrible, y que jamas se debe uno creer bastante puro para no tener lugar á temerla, y que por mucho que haya uno podido hacer por Dios, siempre debe uno considerarse, como lo hacia el santo Prelado, por un siervo inútil: la esperanza, que debe animar á los cristianos, llegaria á ser presuncion, si uno se creia digno de la recompensa, que Dios ha prometido á los que le amen. Pero la caridad, que hace desear la muerte para hallarse unido á Dios de un modo que ya no permita que uno sea separado de él, es compatible con el temor que siempre debe tenerse de su justicia. Por otra parte la bondad infinita de Dios, sus misericordias que son sin límites, los méritos de Jesucristo, que nos ha amado hasta morir por nosotros, son unos fundamentos tan legítimos de esperar para un alma pura y desprendida del

mundo, que es raro que el deseo no venza en ella al temor. Se teme pues, se espera y se desea: pero en los santos de una caridad consumada, la esperanza y el deseo vencen al fin en ellos sobre el temor; y esto es lo que le hacia decir al santo Prelado: *¡ó Dios mio! venid á mi ó mandadme que yo me vaya á vos, sacadme de este valle de lágrimas, y yo correré tras el olor de vuestros perfumes.*

En cuanto se aseguraron de su muerte, se le abrió para embalsamarle, y entonces fué cuando se notó lo que ya se ha dicho, de que aquella gran dulzura que tanto se ha admirado en él; no le era natural; porque se encontró su hiel endurecida, y dividida en muchas pequeñas piedras á causa de la continua violencia que se habia hecho para dominar la cólera, á la que era naturalmente propenso. Sus vestidos y la sabana, que estaba teñida con su sangre, se repartieron entre varias personas de consideracion que las recibieron con mucho respeto, y las conservan aun en el dia, como unas preciosas reliquias. El Duque de Nemours pidió una medalla que llevaba puesta siempre, y su pectoral se le envió al Principe del Piamonte, y el anillo á la Princesa su esposa. Su corazón se puso en una fuente de plata, y se llevó con toda solemnidad y acompañado de un gran número de achas al monasterio de la Visitacion de Belle-Cour en Lion, en donde lo pusieron algunos dias despues en una caja de plomo, y en seguida en un relicario de plata.

Embalsamado ya su cuerpo, se le vistió de pontifical. Habiéndose estendido entonces la noticia de su muerte, corrieron las gentes de todas partes á darle pruebas de la estimacion en que se tenia su santidad durante su vida. El pueblo acudia en tropas á besar con devocion sus vestiduras, y á tocar á su cuerpo medallas, pañuelos y rosarios, y el concurso fué tan grande, y duró por tanto tiempo, que les costó mucho trabajo el poderlo llevar á la Iglesia de la Visitacion. Fué llevado allí en una cama

de respeto, en la que estuvo dos días, en cuyo tiempo se pronunció la oracion fúnebre, y se hicieron los sufragios acostumbrados. Pasósele en seguida en un ataud, y todo estaba ya dispuesto para llevarle á Saboya, cuando el Intendente de la provincia, á ruegos de los habitantes de Lion, que no podian sufrir que se les arrebatase aquel precioso depósito, se presentó y prohibió en nombre del Rey que se pasase adelante, hasta que se hubiesen recibido las órdenes de S. M.

Esta oposicion obligó á la familia de Sales á la que se dió conocimiento de ella, á escribir al Duque de Saboya, y este Príncipe envió al momento un extraordinario al Rey Cristianísimo con una copia del testamento del santo Prelado, que mandaba espresamente, que su cuerpo fuese enterrado en Annecy en la Iglesia de la Visitacion. No se necesitaba menor intercesion que la de un Príncipe tan grande, ni menor prueba de la última voluntad del santo Obispo, que su testamento en debida forma, para obligar á S. M. á consentir en que su Reino quedase privado de una alhaja tan preciosa: envió pues órdenes terminantes, permitiendo la traslacion. En cuanto se recibió la noticia en Annecy, el caballero de Sales acompañado de varios de sus parientes, y de dos canónigos de la catedral de Ginebra, se trasladó á Lion para procurar la ejecucion. Las órdenes del Rey eran tan terminantes, que no habia medio alguno de eludir las; así es, que en cuanto llegó el día señalado para la ceremonia, el Vicario general seguido de una gran parte del clero y del pueblo, se presentó en la Iglesia de la Visitacion, desde donde acompañó este santo cuerpo hasta una distancia bastante larga de la ciudad, los vecinos no podian consolarse al verse privados de los preciosos restos de un santo, que tantas veces les habia honrado con su presencia durante su vida. Por el camino los habitantes de las ciudades, villas y pueblos por donde pasaba el santo cuerpo salian en tropas á recibirle, y el clero, sin

necesidad de ser convidado para ello, le acompañaba de una parroquia á otra.

Luego que estuvo á la vista de Annecy, y que el toque de todas las campanas dió señal de que se acercaba, se oyó un llanto general por toda la ciudad. No habia persona en ella que no hubiese creido haber perdido en él todo lo que mas queria; y especialmente todos los pobres, que siempre habian sido el principal objeto de sus cuidados, no podian consolarse, cuando pensaban que habian perdido su padre, su protector y su apoyo. Cuando estuvo ya cerca de la ciudad, salió á recibirle su hermano y sucesor el Obispo de Calcedonia, acompañado del clero y pueblo, bañados los ojos en lágrimas, y dando todos á porfia señales del mas vivo dolor. Se le dejó depositado dos días en la Iglesia del santo Sepulcro, en tanto que se disponia la pompa fúnebre, cuando estuvo todo preparado se le llevó á la Iglesia de San Francisco, que sirve de catedral. El Obispo de Calcedonia celebró la misa, y despues que se hubo pronunciado la oracion fúnebre y concluido toda la ceremonia, se llevó su santo cuerpo á la Iglesia del primer monasterio de la Visitacion, en donde se le enterró cerca del altar mayor á mano derecha, y al pie de la pared. En adelante se trasladó á un magnífico sepulcro adornado de columnas de mármol y de varias inscripciones, para conservar en la posteridad una eterna memoria de sus virtudes, y de aquella santidad eminente que Dios coronaba en el cielo, en tanto que le honraba sobre la tierra con un gran número de milagros.

Mientras sucedian en Lion las cosas que acaban de contarse, la madre de Chantal estaba en Grenoble, desde donde debia pasar á Belley y Chambery por orden del santo Prelado. Como rogase á Dios por él en el día de los Inocentes, que fué el de su muerte, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *ya no existe*. Ella entendió estas palabras en un sentido figurado. Ya no existe, dijo,

es verdad, Dios mio: ya no vive para sí mismo, pero vive para vos, y me hace vivir en vos. Como nada habia sabido de su muerte, ni aun de su enfermedad, ya no discurrió mas sobre estas palabras. Algunos dias despues recibió una carta del Obispo de Calcedonia, en que le noticiaba la pérdida comun que acababan de sufrir. Entonces comprendió el verdadero sentido de estas palabras. *Ya no existe.* Por algun tiempo fué escetivo su dolor; pero trayendo al instante á su memoria todo lo que habia oido decir al santo Prelado de la sumision á la voluntad de Dios, creyó, que no podia honrar mejor su memoria que practicando sus máximas, y ejecutando sus últimas voluntades. Asi es, que partió algunos dias despues para Belley y Chambery, y se volvió á Annecy para disponer sus exequias.

Habiendo cumplido con este deber con aquella grandeza de alma que le era natural, se dedicó con mucho esmero á recojer todos los escritos de este santo Obispo, y á ella es á quien se debe que hayan visto la luz pública sus cartas, meditaciones, conversaciones y sermones, como tambien su excelente libro del amor de Dios. Mandó escribir en seguida las memorias de la vida del santo Prelado, y desde entonces trabajó sin descansar en las pruebas de sus milagros con tanta aplicacion y fruto, que se puede decir que el Orden de la Visitacion le debe á ella la canonizacion de su santo fundador.

Despues de haber cumplido de este modo con todo lo que juzgaba que debia á la memoria de aquel grande hombre, pensó que no podria hacer cosa mejor que arreglar interior y esteriormente el Orden que habian fundado juntos, siguiendo su espíritu y máximas. Con este objeto hizo reunir en Annecy todas las antiguas superiores del Instituto. Reunidas, juntaron todo lo que el santo Obispo habia escrito para la direccion y perfeccion del Orden, y compusieron de todo ello un libro que llamaron de costumbres. La madre de Chantal no quiso tener otra

parte en esta obra, que una gran exactitud en no dejar poner cosa alguna en ella, que no fuese de su santo fundador, sea por memorias escritas de su mano, ó por haber practicado bajo su direccion las máximas, que ella ponía en su regla.

En fin esta santa muger, despues de haber dado al Orden de la Visitacion mil ejemplos de virtud, despues de haber fundado setenta y cinco monasterios en los diez y nueve años que sobrevivió al santo Prelado, despues de haberse manifestado en todas ocasiones su digna hija espiritual, y su fiel discipula, murió en Moulins en opinion de santidad el 15 de diciembre del año 1644; su cuerpo fué llevado á Annecy, y enterrado en la Iglesia del primer monasterio de la Visitacion.

Antes de su muerte tuvo la satisfaccion de ver autorizada por Dios la santidad del bienaventurado Prelado con muchos milagros que se obraban en su sepulcro, y en otras partes por su intercesion. No eran menores los que acaecian en Francia con solo tocar su corazon, que habia quedado en Lion en el monasterio de la Visitacion de Belle-Cour, en donde se conserva aun con mucha veneracion. Algun tiempo despues de su muerte, el Duque de Vendome regaló á este monasterio un corazon de oro para encerrar en él el del santo Obispo en reconocimiento de varios favores, que habia obtenido de Dios por su mediacion. En el año de 1638, despues de su muerte, habiendo curado de una peligrosa enfermedad el Rey Luis XIII por haberle aplicado este santo corazon, regaló al mismo monasterio un corazon mas grande que el primero de que se ha hablado, como prueba perpetua de su reconocimiento, y del crédito de este gran santo cerca de Dios. La difunta Reina madre Ana de Austria su esposa ha dicho repetidas veces, que la Francia le era deudora de la conservacion de Luis el Grande, y que por sus oraciones se habia librado de unas viruelas locas muy malignas, de las que habia llegado á la muerte,

Habiéndole adquirido estos milagros, y otra gran porcion que seria largo referir, la veneracion de los pueblos que corrian en tropas á su sepulcro, y que le invocaban públicamente como á un santo, obligaron al Orden de la Visitacion á dirigirse al Papa para obtener su beatificacion. Su Santidad nombró al momento los comisarios para informar de su vida y sus milagros. Esta informacion se hizo con tan grandes precauciones, que es preciso decir, que jamas puede ser cierto lo que depende del testimonio de los hombres, sino lo son los milagros que se han asegurado. Antes de que se hubiese concluido esta informacion, murió Inocencio X que era el que la habia mandado haer. Habiéndole sucedido el Cardenal Fabio Clugi, bajo el nombre de Alejandro VII, se empezaron á hacer nuevas instancias al efecto. Se tenia tanto mas motivo de confiar en el buen éxito, quanto que él mismo podia dar pruebas auténticas de la santidad del Obispo de Ginebra. Por este mismo Papa, estando en Munster en eualidad de plenipotenciario el año precedente á su exaltacion, habia curado de una peligrosa enfermedad por la intercesion del santo Obispo, y habia reconocido él mismo, que debia á sus oraciones la salud, que habia recobrado, enviando una suma considerable á Annecy para contribuir á la construccion de la Iglesia, en donde estaba enterrado su cuerpo, y habia tambien prometido contribuir con todo su poder á su beatificacion, cuando estuviere en Roma.

Estas ventajas dieron margen á la Duquesa de Montmorency que se habia retirado á Moulins, al monasterio de la Visitacion, para escribirle despues de su eleccion recordándole su palabra. Solicitó tambien su cumplimiento por medio de varios Cardenales á quienes escribió; pero el Papa estaba instado mucho mas vivamente por su propio reconocimiento, y por las pruebas indudables y personales, que tenia él mismo de la santidad del Obispo de Ginebra, y de la dicha que disfrutaba en el cielo.

Asi es, que sin esperar á que se cumpliesen los cincuenta años que pasan regularmente desde la muerte de un santo hasta su beatificacion, le beatificó nueve años antes, el 28 de diciembre de 1661, y el Breve fué dirigido al primer monasterio de Annecy.

Entonces se sacó del sepulcro el cuerpo del bienaventurado Prelado y se colocó en el altar dentro de una rica urna de plata, regalada por Cristina de Francia, Duquesa de Saboya. Se esperaba, que la canonizacion seria al año siguiente; pero como todo se hace en Roma con mucha madurez, pasaron tres años sin que se adelantase cosa alguna en este negocio.

Esto fué lo que obligó al Rey Cristianísimo, á las Reinas su madre y esposa, á la Reina viuda de Inglaterra, á los Reyes de Polonia, y al Duque y Duquesa de Baviera á escribir al Papa, suplicándole que lo terminase. La asamblea del clero de Francia, los Ordenes religiosos, los Parlamentos y Gobernadores de las provincias unieron sus instancias á las de tantos ilustres personajes, y á fin de dar mayor solemnidad al asunto, el Rey envió á Roma á los Obispos de Evreux, y de Soisons para solicitar en su nombre, y en union con el Duque de Crequy su embajador, la canonizacion del bienaventurado Obispo de Ginebra.

Un empeño tan general acabó de determinar al Papa; asi que despues de las formalidades y ceremonias acostumbradas fué canonizado con mucha solemnidad el domingo 19 de abril del año 1665, mandando el Papa que se celebrase su fiesta en la Iglesia el 29 de enero de cada año, bajo el titulo de Confesor Pontífice.

Al enviar el Papa la Bula de la canonizacion á las religiosas de la Visitacion de Annecy las envió tambien un estandarte muy rico. Por un lado se veia el santo Prelado del tamaño natural y vestido de pontifical, y por el otro estaba en traje de canónigo, y tal como lo llevaba cuando era Preboste de Ginebra.

En esta Bula, que se envió despues á todas las Igle-



sias de la comunión Romana, despues que el Papa le ha dado todas las alabanzas que pueden darse á los mejores santos, le alababa en particular por haber convertido sesenta y dos mil hereges. Este hecho á pesar de lo maravilloso que parece, se tenia en Roma por tan constante, en razon á la averiguacion exacta que de él se hizo, que se puso despues en las lecciones que se leen todos los años en la Iglesia en el día de su fiesta. Ademas de tantos milagros del santo, como se habian verificado, refiere el Papa siete de los mas constantes y auténticos. El primero el de un muerto resucitado por su intercesion: el segundo el de un ciego de nacimiento, que recobró la vista en su sepulcro: el tercero y cuarto son de un paralitico y un tullido curados: el quinto es tambien de un muerto resucitado; y en fin el sexto y séptimo de otros dos tullidos curados repentinamente en su sepulcro.

Los que saben las estraordinarias precauciones, que se toman en Roma para la verificacion de los milagros, no tendrán dificultad en creer á lo menos los que acaban de contarse; de otro modo todo lo que depende de la fe humana seria incierto, y uno se veria reducido á no creer sino lo que hubiese visto con sus propios ojos; cosa que jamas ha pasado por la imaginacion de persona alguna por poco razonable que sea.

Al año siguiente, al enviar el mismo Papa á su sepulcro, una cruz y seis candeleros de plata de un peso y trabajo estraordinario, unió á este regalo un Breve dirigido á las religiosas de la Visitacion de Annecy: este es otro elogio de San Francisco de Sales. Dice entre otras cosas, que la prudencia y virtudes del santo Prelado, difunden una luz saludable por toda la estension del mundo cristiano; que despues de haberle iluminado desde sus primeros años, despues de haber admirado desde un principio su brillante mérito, y su doctrina enteramente divina, ha elegido como su principal guia y maestro, para señalarle los caminos que debia seguir durante su vida.

Prosigue repitiendo todavia, que sus heróicas virtudes y saludables escritos son como otras tantas achas encendidas, que llevan el fuego y la luz á todas las partes de la Iglesia.

A estos elogios del Papa podria añadirse todo lo que han dicho los hombres mas grandes de nuestro siglo en alabanza de este santo Obispo; pero como esto seria excederse de los límites de la historia, nos contentaremos con decir, que hay pocos santos en la Iglesia que sean mas generalmente respetados. De todas las partes de la Europa concurren gentes diariamente á su sepulcro. La reputacion de su santidad ha pasado hasta las Indias Occidentales, y pueblos enteros lo han escogido por su protector para con Dios.

Asi es como el Todopoderoso, el Padre de las luces y misericordias, el Dios de toda verdad, despues de haber prometido que los que creyesen en él y fuesen imitadores de la santidad de su Hijo, harian mayores milagros que los que habia hecho él mismo sobre la tierra; asi es repito, como este justo Juez corona sus propios dones. Porque en fin, por escelencia que reconozcamos en los santos durante su vida y despues de su muerte, la Iglesia católica no admite alguna, que no venga de Dios. Hace profesion de creer, que no tienen consideracion alguna delante de él, sino por sus virtudes: que estas virtudes son unos dones de la gracia, y que la eterna felicidad que es su recompensa, no se adquiere sino por una humilde dependencia, y por una sumision y perfecta conformidad con su divina voluntad.

Por esta constante sumision á las órdenes de Dios y por la continua y exacta práctica de sus mandamientos y consejos, fué por donde San Francisco de Sales adquirió aquella santidad eminente, que el Padre de las misericordias se ha dignado coronar en el cielo, y que la Iglesia propone á los fieles sobre la tierra para que sea un objeto de imitacion. Habia recibido de Dios, como Salomon, una inclinacion natural al bien, un alma tierna y

bienhechora, un corazón recto, firme, constante y unido siempre á sus deberes. Esento de aquella vicisitud desgraciada, que causa las caídas y recaídas, y que no permite á los hombres marchar constantemente por el camino de la virtud; la amó desde que pudo conocerla; una vez conocida la practicó sin interrupción. Por gracia particular de Dios conservó hasta la muerte la gracia, que había recibido en el bautismo: esta fué el fundamento de todas sus demás virtudes; un temor respetuoso, un amor tierno hácia Dios, una ardiente caridad hácia el prójimo, un celo infatigable por la salvación de las almas, una humildad profunda, una invencible paciencia, una dulzura á toda prueba, y un desprecio de sí mismo, que no podía ser mayor, eran como otros tantos arroyuelos que corrian continuamente de una fuente tan pura.

Instruido desde sus primeros años en la escuela de Jesucristo, respetó y amó siempre á la Iglesia como á su madre; unióse á su doctrina; evitó con cuidado en sus escritos y conducta aquellos caminos desviados, aquellas sendas particulares y estraviadas, que jamas dejan de conducir al precipicio; en una palabra fué sabio sin orgullo, sin adhesión á su propio dictamen, humilde sin bajeza, firme sin dureza, dulce sin flojedad, sin aquella débil condescendencia, tímida é interesada que adula al crimen, por contemplar al pecador; y ocupado siempre de la gloria de Dios, y de la salvación de las almas, se hizo todo á todos, para ganar á todo el mundo para Jesucristo.

Esta misma gloria del Todopoderoso es la que se ha tenido presente al escribir esta vida. Con este solo fin debe leerse. Porque al cabo por grandes que sean los santos, por elogios que se hagan de ellos, solo Dios es el que los ha santificado por su gracia, los ha iluminado con su prudencia, y los ha sostenido por la fuerza de su espíritu. Así es, que ellos no han sido sobre la tierra, ni son en el día en el cielo, sino lo que el Señor los ha hecho por su infinita misericordia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO.

## LISTA

### DE LOS SS. SUSCRIPTORES A ESTA OBRA.

#### *En Zaragoza.*

- Sr. D. Joaquin de Eguía, Brigadier de los Reales ejércitos.  
 Sr. D. Francisco Javier de Vallarino, Coronel de idem.  
 D. Esteban Masía, del comercio de Tortosa.  
 D. Pedro Serrato, presbítero beneficiado de la parroquial Iglesia de Santiago de esta ciudad.  
 D. José María Zoloaga, presbítero.  
 D. Francisco Boneta, Canónigo de la insigne Iglesia colegial de Daroca y comensal del Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, por tres ejemplares.  
 D. Vicente Ribera.  
 D. Cayetano Aznar, presbítero, escolar del Sto. Templo Metropolitano del Salvador.  
 D. Francisco Nuin, presbítero.  
 D. Tomás Ceñito, sochantre del Sto. Templo Metropolitano del Salvador.  
 D. Manuel Tomás, idem, idem.  
 Dr. D. Rafael Herranz y Sanz, Catedrático de Cánones de esta Real Universidad y beneficiado de la parroquial Iglesia de Sta. Maria Magdalena de esta ciudad.  
 D. Julian Fernando.  
 D. Pedro Larrosa, Racionero de Mensa del Sto. Templo Metropolitano del Salvador, por dos ejemplares.  
 D. Salvador Castan.  
 D. Felipe Llovet, presbítero.  
 El M. R. P. M. Fr. Faustino Garroverea, Ex-Provincial de Mínimos y Catedrático de sagrada Teología de esta Real Universidad.  
 D. Andres Joaquin Navarro.  
 D. Manuel Galeria, presbítero.  
 El M. R. P. Fr. Joaquin Nuez, mercenario.  
 Dr. D. Juan José Biec, Canónigo de la Sta. Iglesia de Huesca, por dos ejemplares.